

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



OTOÑO 1986

II EPOCA

N.º 25

UN PROYECTO SOCIALISTA PARA EUROPA

Documento

MODERNIDAD Y
PROGRESO SOCIAL

Nicolás Redondo

LA ESTRATEGIA
SOVIETICA

Ferenc Feher

LA RECUPERACION
REAGAN

A. Gunder Frank

EE.UU. Y LA
CRISIS MUNDIAL

I. Wallerstein

SOCIALISTA DESPUES
DE MARXISTA

M. A. Quintanilla, R. Vargas

IZQUIERDA Y
MODERNIZACION

Josep M. Colomer

INTELECTUALES Y
DEMOCRACIA

J. J. Brunner

CENTENARIO DE
ARAQUISTAIN

J.G. Bedoya



Leviatán

Revista de hechos e ideas

1



INDICE

ACTUALIDAD

Modernidad y progreso social. <i>Nicolás Redondo</i>	5
Movimientos sociales y política. <i>Judith Astelarra</i>	17
Energía nuclear: un dilema europeo. <i>Carlos Dávila</i>	25
EE.UU. y la crisis mundial. <i>Immanuel Wallerstein</i>	37
La recuperación Reagan. <i>André Gunder Frank</i>	47
La estrategia soviética. <i>Ferenc Feher</i>	63

DOCUMENTO

Un proyecto socialista para Europa	79
--	----

ANALISIS Y DEBATES

Socialista después de marxista. <i>Miguel Angel Quintanilla y Ramón Vargas-Machuca</i>	97
Valores de izquierda ante la modernización. <i>Josep M. Colomer</i>	113
Los intelectuales y la democracia. <i>José Joaquín Brunner</i>	119
Centenario de Luis Araquistain. <i>Juan González Bedoya</i>	137

LIBROS

<i>Miguel Porta, Antonio G. Santesmases, José A. Gimbernat, César Leante</i>	152
--	-----



Leviatán

Revista de hechos e ideas

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases Julio R. Aramberri
Ludolfo Paramio Santiago Roldán
M. Reyes Mate Miguel Satrústegui
Ramón Vargas-Machuca

Comité Asesor:

Pedro Altares F. Fernández Santos
Joaquín Arango Salvador Giner
Carlos Barral Enrique Gomáriz
Carlota Bustelo J. A. González Casanova
J. María Castellet E. Haro Tecglen
Fernando Claudín Francisco Laporta
Elías Díaz Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez J. Martínez Reverte
X. Rubert de Ventós

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Secretaria de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010-Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S. A. - C/. Plaza, 5 - 28043-Madrid.

Imprime: Mariar, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045-Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.

MODERNIDAD Y PROGRESO SOCIAL

Nicolás Redondo



Intentaré exponer, desde un punto de vista estricto del sindicalismo, una visión de problemas que preocupan al hombre de nuestro tiempo y que, con tanto sentido de la oportunidad, ha escogido este club para su ciclo de conferencias. La libertad del hombre, las consecuencias del desarrollo económico, el papel del Estado son, en efecto, cuestiones que nos afectan a todos de manera sustancial y el debate requiere de consideraciones técnicas, pero es ante todo ideológico, sindical y político.

Creo que en estas cuestiones, por lo tanto, hay que procurar regenerar el pensamiento de una izquierda demasiado absorta en los avances sociales logrados en la década de los 60 y primeros años de los 70 y que ha perdido la capacidad de inicia-

tiva que la llevó a impulsar transformaciones radicales de la sociedad.

Dentro de ese objetivo me propongo exponer una visión de la modernidad, defender una idea del Estado, así como pro-

clamar los objetivos del movimiento obrero en el marco de una democracia avanzada recordando que los sindicatos somos parte esencial de una sociedad que busque la justicia, la paz, la integración, la solidaridad como objetivos históricos ineludibles.

Hay que procurar regenerar el pensamiento de una izquierda demasiado absorta en los avances logrados en la década de los 60 y 70.

ta dictadura tuvo como nota destacada la gran ambición de sus objetivos: construir un régimen de pleno respeto de las libertades individuales y colectivas, devolver a

los ciudadanos la capacidad de decidir su propio destino a través de una democracia parlamentaria, hacer efectivos los derechos humanos, integrar política y culturalmente nuestro país en Europa, implantar la libertad sindical, reconocer los legítimos derechos de las regiones y nacionalidades, fueron metas que se trazaron para ser cumplidas no sólo simultáneamente sino, además, en corto espacio de tiempo.

El concepto de modernización

Lo que concierne a la «modernidad» es una preocupación casi obsesiva de la sociedad española de nuestro tiempo. Desentrañar la causa de este hecho requeriría, seguramente, un profundo análisis de nuestra historia, de la evolución que han sufrido nuestras instituciones y nuestra cultura, de nuestra propia identidad nacional, en última instancia.

Es un hecho conocido que procesos históricos fundamentales que afectaron a Europa en el siglo XIX y en el presente se produjeron en nuestro país con retraso. Caso paradigmático es, sin duda, la *primera revolución industrial* —uno de los acontecimientos trascendentales que el mundo ha conocido— cuya gestación en el Reino Unido se detecta ya en el último tercio del siglo XVIII cuando aquí sólo la hemos conocido plenamente en el presente.

Hay más ejemplos que pueden exponerse: la democracia social que fue realidad en casi toda Europa después de la segunda guerra mundial apenas se ha iniciado en nuestro país; la lucha por la igualdad de los sexos se producía en plenitud en el mundo desarrollado mientras padecíamos aquí una dictadura que se empeñaba en mantener vigentes los principios del concilio de Trento; la libertad sindical, la política de concertación social, la democracia industrial, son procesos que se han iniciado en nuestro país con notorio retraso en relación con los de nuestro entorno.

La extraordinaria transición que emprendimos después de varias décadas de funes-

El reloj de la historia

Si esto es así, debe añadirse que todo este crucial período de nuestra historia, que ha conseguido transformarnos hasta extremos no fácilmente previsibles hace apenas una década, estuvo fuertemente impulsado por una idea central compartida por todos los que de una u otra manera hemos participado en él: la necesidad de acelerar el reloj de la historia de nuestro país para borrar para siempre las diferencias negativas que nos han separado de los países que constituyen nuestro entorno geográfico. Entrar, en definitiva, con paso firme en los nuevos tiempos según la reflexión que nos propone este club.

Modernizar las instituciones, las costumbres, el marco legislativo, el sistema de relaciones laborales, fueron objetivos emprendidos por el pueblo con un entusiasmo y un grado generalizado de consenso que pocas veces en la historia de España se ha producido.

Y también ha sido extraordinario el cambio sufrido por el marco institucional laboral y la propia realidad de la relación individual y colectiva de trabajo, que han pasado del autoritarismo y el dirigismo a la *autorregulación* por interlocutores sociales mediante la concertación social, logran-

do así consolidar su espacio de actuación y obtener aceptación creciente por parte de empresarios y trabajadores.

El cambio ha sido, efectivamente, sustancial y pido que se me permita la inmodestia de afirmar que la Unión General de Trabajadores tuvo bastante que ver con ello. Por lo tanto, no sólo puedo decir con énfasis que lo apoyamos sino, con igual firmeza, recordar que lo hemos reclamado haciendo aportaciones fundamentales en este sentido y que nuestro trabajo estuvo dirigido a ponerlo en práctica.

Esta razón me mueve a manifestar que, a efectos de considerar la actitud frente al cambio de la Unión General de Trabajadores, debe tenerse presente que si la gran transformación de que ha sido objeto nuestro sistema de relaciones laborales se ha dirigido, como parece evidente, hacia su «modernización», esa modernización se debe a nosotros en gran parte.

La modernización deseada

Podría resultar interesante desentrañar con mayor profundidad el significado y la evolución histórica de los conceptos de modernidad y modernización que no son, ciertamente, unívocos ni se han asignado con intenciones similares según las épocas y los países en que han sido empleados.

La modernidad estuvo asociada, por ejemplo, al proceso de culturización forzada realizado por las potencias industriales en Asia y Africa, lo que ha llevado a formular críticas acerca de su utilidad. Hay que relativizar, por lo tanto, la concepción misma de la modernización, hoy tan en boga pero no exenta de controversia, hasta el punto de que se le puede dar una connotación incluso reaccionaria.

Sin embargo, parto de la evidencia que el término modernidad ha sido aceptado

por la sociedad española y es utilizado constantemente por estudiosos, políticos y sindicalistas con la intención de asignarle un valor positivo: el que surge de identificarlo con un proceso de cambio de unas estructuras anticuadas hacia otras que estén más adecuadas al devenir de nuestro tiempo.

En este sentido, que pretende ser creador y progresista, hemos adoptado el concepto de modernidad desde nuestra organización, y somos firmes defensores de él.

El progreso como objetivo

Es fundamental, entonces, recordar qué es para nosotros la modernidad, qué pretendemos abarcar en esa palabra aceptada por la mayoría como principio, porque es

Hay que relativizar la concepción misma de la modernización, hasta el punto de que se le puede dar una connotación incluso reaccionaria.

manifiesta la diversidad de opciones comprendidas en ella.

Así, mientras unos identificamos el concepto de modernidad con el de progreso, con el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de la población, con el avance de las libertades democráticas, con el reforzamiento de la estructuración social, desde otros sectores se propugna una idea que tiene, en gran medida, un sentido opuesto.

La pretensión de una «modernidad conservadora» me permite coincidir con la descripción que en el reciente «Encuentro sobre el futuro del socialismo», en Javea, se ha hecho del fenómeno neoliberal en Occidente, en el que hay:

«Una producción ideológica originada en centros académicos y en fundaciones públicas o privadas, difundida por poderosos medios de comunicación social, bendecida, incluso, por movimientos religiosos regeneracionistas y con el apoyo económico y el respaldo moral de organizaciones internacionales.»

La llamada «revolución conservadora» ha producido así un cambio en la escala

de valores y en las pautas culturales que prevalecieron durante muchos años en la propia izquierda llegando al concepto mismo de lo moderno. Por ello las propuestas, presentadas bajo el concepto de «modernización», desde esa óptica se traducen en poner en cuestión aspectos fundamentales de lo que hemos entendido siempre como progreso social.

Se pone seriamente en entredicho el Estado de bienestar que extendió hacia amplias capas de la población menos favorecida prestaciones básicas en materia de salud, educación, vivienda o cobertura para casos de vejez e invalidez. La mejor protección colectiva pública contra las contingencias, que constituía un signo diferenciador de la sociedad progresista y moderna, parece ser ahora señal de atraso y factor de regresión económica.

El progreso en sentido solidario siempre se entendió como un proceso en el que la dimensión colectiva prevaleciera sobre el egoísmo individualista, pero se nos presentan ahora estas aspiraciones como anti-téticas con una sociedad moderna. También hay una fuerte crítica a la intervención del Estado en la economía, tan importante en todos los países de la Europa occidental de hoy, cualquiera que sea el signo político de su gobierno. Simultáneamente se pretende ligar el concepto de modernidad a la defensa del mercado como agente fundamental de la eficacia económica y en el que se ha creído ver, incluso, a un creador de experiencias de solidaridad.

Son, estos, tiempos que se nos quieren presentar como de «menos Estado, más mercado, menos sindicato, más empresa», en los que la existencia de sindicatos fuertes como factores esenciales de integración social, tanto tiempo defendida por la izquierda que constituye parte ya de una concepción muy arraigada, también es cuestionada como expresión de rigidez retardataria.

**La «revolución conservadora»
ha producido un cambio en la escala
de valores y en las pautas
culturales que prevalecieron en la
propia izquierda.**

En definitiva, las exigencias de la modernidad estarían dirigidas hacia la eliminación de las normas reguladoras mínimas de las relaciones laborales y de la actividad económica para dejar librado el mundo de la empresa, del comercio, del trabajo al equilibrio mágico del mercado y a la fuerza misteriosa impulsora de los individuos que no deben sufrir interferencias públicas.

Lo malo es que todas esas aspiraciones contrastan duramente con la realidad y las experiencias «revolucionarias» del liberalismo que han llevado a un aumento de la desigualdad, a mayores diferencias entre ricos y pobres, a la segmentación del mercado de trabajo, y, en fin, al clima de crispación social y de xenofobia que es patente en muchos países.

Y la pretensión de devolver responsabilidades del Estado a la sociedad civil traería consecuencias negativas cuando el entramado social no está en condiciones de asegurar un crecimiento económico solidario y un mínimo de integración.

Los sindicatos hemos expresado ya nuestra discrepancia con la pretensión de identificar modernidad con el *economicismo* como enfoque unilateral a través del cual puedan tratarse las relaciones humanas, el mercado de trabajo o la protección social.

Porque modernización debe distinguirse de industrialización, no aceptamos una pretendida modernidad que consista únicamente en la asimilación de nuevas tecnologías sin un control social de su utilización ni una conciencia clara de sus consecuencias. Es rechazable, desde nuestro punto de vista, la modernidad entendida como apelación constante al *pragmatismo* y a la desideologización que parece haber invadido la cultura de nuestro tiempo.

Por lo tanto, la modernización es para nosotros un poderoso impulso dirigido a lograr, como exigencia del bien público, que el poder de los sectores privilegiados

de nuestra sociedad esté más controlado con la democracia. Que sea más transparente la actividad de los grupos empresariales y financieros que inciden de manera

Es rechazable la modernidad entendida como apelación constante al pragmatismo y la desideologización.

conjunto de empresas y en 1980 habían llegado ya al 75 %; en 1955 empleaban el 40 % de la población activa y en 1980 al 75 %.

decisiva sobre el rumbo de la economía; que cesen los privilegios corporativos, algunos tan anticuados que ya resultan ridículos, todavía detentados por cuerpos y estamentos de élite en nuestra sociedad. En definitiva, *la modernidad es para nosotros progreso, entendido como desarrollo social basado en la justicia con mayor bienestar colectivo.*

Concentración del poder

Desde esta concepción tendríamos que preguntarnos si estamos marchando en la dirección de transformar la sociedad secularmente desigual que padecemos, fuertemente segmentada y a la que la crisis ha insuflado graves tendencias al individualismo y a la insolidaridad. Creemos que sólo puede hablarse seriamente de la modernidad, de la modernización en la dirección correcta, acentuando el control social para evitar que el poder y la riqueza se agrupen cada vez más.

Las invocaciones genéricas a la «libertad de mercado» como requisito fundamental de la libertad individual, así como las aplicaciones de ese presunto paradigma que tenemos que oír con frecuencia, suenan en muchas ocasiones como un verdadero sarcasmo.

Tenemos no pocos ejemplos de que el mercado favorece la concentración del poder económico:

En Estados Unidos, país cuyo poderoso empuje deslumbra a los defensores de esta libertad, podía constatar, en 1955, que las 500 empresas más importantes controlaban el 40 % del total de las ventas de productos manufacturados, pero en 1980 esas 500 empresas controlaban ya el 67 % de las ventas. Tales empresas obtenían en 1955 el 25 % de los beneficios totales del

En esta línea, la Confederación Europea de Sindicatos ha recordado recientemente que dos tercios de las exportaciones y un tercio de las importaciones, también en Estados Unidos, están en manos de 300 empresas. Por eso resulta una falacia que los mecanismos del mercado contribuyan, por sí solos, a descentralizar un poder cuya internacionalización es creciente por la conexión cada vez más estrecha de los procesos productivos, la tecnología y los mercados de diversos países.

Es fundamental, por lo tanto, que el Estado ejerza su poder corrector de un mercado que no siempre, ni mucho menos, garantiza la libertad.

Ideología de la crisis

Nuestra idea de la modernización, y el rechazo de la pretensión modernizadora en el sentido que propugna el liberalismo, nos llevan a desestimar una ideología de la crisis que pretende conducirnos a la aceptación pasiva de la injusticia, al encoger-nos de hombros frente al desempleo presentado como ingrediente necesario de una concepción de la economía.

El desprecio por la utopía, por los ideales políticos, la apelación constante a la tecnocracia como fuente incuestionable de la sabiduría en el arte de gobernar, el economicismo pretendidamente aséptico aunque seguramente desprovisto de consideraciones éticas, conducen a la desmovilización social y socavan la fe de los ciudadanos en el sistema democrático.

La salida de la crisis que se nos propone bajo el prisma de la derecha es socialmente más regresiva, y esto ya puede comprobarse en los países que han aplicado este modelo donde hay un notable proceso de polarización social, de ahondamiento de

las diferencias entre ricos y pobres, de crispación, en definitiva, de los sectores que se suman paulatinamente en la marginación. Plantarnos frente a esta situación es un imperativo de los sindicatos y del conjunto de la izquierda.

En última instancia, creo que debería reconducirse la idea de modernidad hacia el cauce que la haga sinónimo de defensa del interés colectivo frente al individualismo, de promoción de factores de integración social como son los partidos políticos y los sindicatos, de reconocimiento de la necesidad del cambio en estructuras que se han revelado ineficaces para establecer una igualdad real de oportunidades.

Hay causas por las que luchar.

Esto implica, en cuanto tiene de rechazo del pragmatismo predominante, una *renovación cultural* que debe producirse en el seno de la izquierda e irradiarse al conjunto de la sociedad. Vencer el desencanto, restaurar la búsqueda de ideales, recobrar la convicción de que hay modificaciones sustanciales que dependen de la voluntad política, recuperar, en otras palabras, la iniciativa, es la gran tarea que tienen ante sí los partidos políticos que asumen los valores de la izquierda y los sindicatos de clase.

No consideramos suficiente el grado de cambio alcanzado sino que se hace precisa una acción que equilibre el rigor con la audacia. Tenemos que provocar un revulsivo cultural que haga del progreso, la igualdad y la estructuración de la sociedad los objetivos ineludibles del cambio, para que el movimiento no se convierta en retroceso.

Es cierto que la experiencia política de la transición y las nuevas coyunturas históricas han llevado a la izquierda, nos han llevado a todos, a desestimar cierta apelación al voluntarismo, pero también lo es que nuestra tarea de hoy es oponernos a

los profetas del desencanto que en realidad miran hacia nuevas formas de encantamiento basadas en el egoísmo.

En esta línea podrá hablarse del ocaso de cierta concepción milenarista, pero no se han acabado los ideales de la izquierda. Quizá deberíamos comenzar por asumir una activa posición crítica frente a la realidad social que contemplamos señalando que la dosis de utopía que siempre ha tenido el socialismo no puede perderse jamás porque ello implicaría traicionar su propia esencia. Pensamos, en definitiva, que *hay causas por las que luchar*.

La tarea de cambiar un orden injusto no fue un sueño de adolescentes sino que debe ser el motor y el fundamento de nuestro trabajo. Reformar la sociedad es una causa loable y la hacemos nuestra con entusiasmo porque no queremos formar parte

Es fundamental que el Estado ejerza su poder corrector de un mercado que no siempre, ni mucho menos, garantiza la libertad.

de quienes perdieron muchas horas de su vida discutiendo si era necesaria la revolución o la reforma y no practican, cuando les resulta posible, ni una ni otra.

En realidad, esta convicción es la que justifica la existencia de una organización sindical como UGT, que no tendría sentido si su destino fuera instalarse en el orden establecido, aceptar pasivamente a los gestores y teóricos de éste, para contemplar luego cómo se produce la fragmentación social y se destruye a los sindicatos.

El socialismo tiene un papel fundamental que desempeñar para edificar la sociedad del futuro y debe rechazar la opción de ser o bien cómplice o bien víctima del sistema capitalista. No podemos renunciar a la crítica ni admitir como una fatalidad que la izquierda tenga por vocación la gestión del capitalismo. Tenemos alternativas para construir una sociedad mejor.

Una causa es *la lucha por la igualdad*, a mi juicio exigencia básica del propio con-

cepto de democracia, y referencia obligada en los esquemas de las sociedades modernas. No se trata solamente de un principio jurídico formal, sino que ha de en-

**Podrá hablarse del ocaso
de cierta concepción milenarista,
pero no se han acabado
los ideales
de la izquierda.**

trañar una realidad sustancial: una igualdad real de oportunidades porque no es factible que los ciudadanos tengan las mismas posibilidades de desarrollo personal y colectivo en sociedades en que se dan enormes diferencias socioeconómicas. No podemos sentir autocomplacencia cuando sabemos que no hay igualdad en esta sociedad. Y la desigualdad no se contempla sólo en el seno de cada país sino que el poder económico de los más fuertes ha llevado a los países pobres a ser hoy mucho más dependientes y portergados.

Un mínimo de justicia exige, por lo tanto, políticas de mayor redistribución de bienes, el mejoramiento de instituciones y servicios sociales que sean accesibles a todos los ciudadanos, así como un orden internacional más justo.

Sigue siendo evidente, y no es una anti-gualla, que todo hombre tiene que partir de un nivel educativo y de recursos indispensable para poder llevar una existencia humanamente digna. Es algo que tenemos que lograr nosotros, las izquierdas, las fuerzas sindicales, porque los intereses económicos por sí solos no trabajan precisamente en esa dirección.

No faltan los ingenuos, ni tampoco los cínicos, que denuncian en la exigencia igualitaria poco menos que una castración del individuo, o una uniformización mediocre y gris en que toda diversidad queda anulada. Y nada más falso. Se trata, por el contrario, de hacer de la libertad individual del ciudadano una realidad viva, efectiva y no una mera declaración teórica; algo al alcance de cualquier persona y no privilegio de exiguas minorías.

Tengo que referirme también a la mayor preocupación de los sindicatos en nues-

tro tiempo porque, naturalmente, una causa que debe movilizar la conciencia de todos es la necesidad de *luchar por el empleo*, lo que implica, en primer lugar, re-

chazar las pautas culturales que nos presentan el paro masivo como una realidad que la sociedad tiene que aceptar sin cuestionarla. Tampoco son admisibles los modelos de desarrollo contruidos sobre generaciones enteras condenadas a convivir con tasas de desempleo intolerables.

El paro no es un problema de rentas o de nivel de vida, sino de dignidad humana, y es en esta grave lacra de nuestro tiempo donde se manifiesta más la necesidad de una *eficacia social* que no puede abandonarse como punto de mira ineludible.

Las fuerzas políticas y sindicales con profundo arraigo social, la izquierda en suma, están cada vez más convencidas de la necesidad de que las políticas de crecimiento económico provoquen un cambio en la sociedad industrial hacia la justicia.

Los sindicatos europeos hacemos una defensa de la necesidad de ampliar la cobertura de prestaciones sociales hacia los parados porque consideramos que es un deber de solidaridad mínimo que la sociedad tiene con ellos; pero somos perfectamente conscientes que es fundamental poner en práctica políticas que eliminen un desempleo masivo que amenaza con socavar las bases mismas de nuestro sistema democrático.

No es necesario recordar las cifras aterradoras de parados que se registran en toda Europa, y en nuestro país en particular, para demostrar la necesidad de readaptar una estructura económica y social que se demuestra incapaz de asegurar algo tan esencial como el empleo.

La *estrategia de cooperación para el crecimiento* que viene propugnando la Comunidad Económica Europea cuenta con

el firme apoyo de los sindicatos y debiera tener la misma consideración para los gobiernos y los empresarios porque no hay otro vínculo posible que el de la solidaridad.

Nuestra organización viene defendiendo en nuestro país una política que favorezca la inversión creadora de empleo, y estamos decididos a continuar trabajando en esta línea mientras contemplamos con preocupación que la gran afluencia de inversiones extranjeras no tiene un correlativo esfuerzo por los empresarios de nuestro país.

La mayor competitividad de la economía debe lograrse mediante un *diálogo social* que es imprescindible. Y, en este sentido, mayores inversiones públicas y privadas, acciones de fomento a la creación de empleo, una política más eficaz en materia de formación profesional y el reparto del trabajo existente a través de la reducción de la jornada laboral son, entre otras, medidas que reclamamos con insistencia.

Otro objetivo de lucha es *la conservación del medio ambiente*, que presenta de manera creciente una preocupación fundamental en los ciudadanos. La preservación de los recursos y la defensa del equilibrio ecológico aparecen cada vez más como imprescindibles cuando los medios de comunicación nos ofrecen imágenes sobrecogedoras de catástrofes que nos sitúan no ya ante el mundo que podremos ver algún día sino ante el mundo que tenemos. Esta debe ser una tarea del movimiento obrero consciente de que en ella se está jugando, y no es exageración decirlo, el futuro de la humanidad.

Como es conocido, la convicción de la necesidad de luchar por la defensa de la naturaleza se formó después de vencer ideas erróneas pero fuertemente arraigadas en la conciencia colectiva, tales como el carácter ilimitado de los recursos naturales o la promoción del desarrollo a toda costa. Y entre los equívocos hay que disi-

par está el de que la tarea de los sindicatos, lógicamente centrada en la preocupación por el empleo, pueda ser opuesta a los objetivos de preservación del hábitat natural. Por el contrario, creo que la lógica sindical es plenamente compatible con la defensa de la ecología que a todos nos incumbe, y que el ingenio humano puede perfectamente encontrar las vías de sustitución gradual de los procesos industriales que causen daño al medio ambiente por otros capaces de preservarlo, sin detrimento del nivel de empleo.

En este orden de cosas, hemos de declarar nuestra grave preocupación por los peligros que entraña la utilización de la energía nuclear, que se están haciendo cada vez más patentes y que imponen un replanteamiento serio de la cuestión de las fuentes de energía de cara al futuro, como los que se están efectuando ya en la izquierda europea. En este sentido se ha pronunciado recientemente la Confederación Europea de Sindicatos.

Finalmente *la lucha por la paz*, que constituye un componente cada vez más extendido y común en la conciencia colectiva, es una acción de la que el sindicato no puede en modo alguno desentenderse; una paz que, de modo creciente, depende de la voluntad de los ciudadanos, de los pueblos, y que sólo concebimos unida a la justicia.

No nos conformamos con una política de equilibrio del terror, sino que hemos de intensificar el trabajo en favor de la distensión y del desarme a escala mundial, con la inequívoca finalidad de afianzar la paz.

El movimiento sindical que, por tradición y por renovada convicción, es internacionalista y pacifista, rechaza la carrera de armamentos que sólo agrava los problemas económicos y sociales de la humanidad.

Nos oponemos frontalmente a quienes

**El paro no es un problema
de ventas o de nivel
de vida,
sino de dignidad
humana.**

recurren a las guerras o las fomentan indirectamente. Estamos en contra de que nuestro país exporte armas a Estados en guerra y a todos los que no respeten los derechos humanos, y somos partidarios de que los demás países europeos adopten una postura común en este sentido y también de que nuestro territorio no sea utilizado para operaciones ajenas a los intereses de la Nación española. En definitiva, para el movimiento obrero la causa de la paz es fundamental y no puede quedarse en el mero formalismo de las declaraciones.

Fortalecer el sindicalismo

El panorama descrito, la necesidad de hacer progresar este país, las grandes tareas que el socialismo tiene pendientes en la hora actual, me permiten sostener con énfasis que los sindicatos tenemos un papel fundamental que jugar en la construcción de la sociedad moderna a la que aspiramos. Es necesario que la sociedad asuma plenamente esta convicción y que los poderes públicos actúen con decisión en el sentido de promover la actividad de entidades que son esencialmente integradoras de la sociedad española.

Hemos dado un salto cualitativo en la acción sindical al dirigirnos hacia las nuevas capas de trabajadores e intentar que la mujer participe plenamente en la tarea sindical, y asumimos la defensa del ciudadano porque no nos resignamos sólo a reivindicar salarios. Esta circunstancia, la consideración del sindicalismo como factor básico de la transformación social, nos lleva a afirmar rotundamente *que no puede haber proyecto socialista sin sindicatos fuertemente arraigados en la sociedad.*

El fortalecimiento sindical es, por lo tanto, una tarea de todos. Nuestra, en primer lugar, porque es indudable que de nosotros depende fundamentalmente poder llegar a la conciencia de los trabajadores. Pero

**La lógica sindical
es plenamente compatible
con la defensa
de la ecología que a todos
nos incumbe.**

también hay aquí una responsabilidad colectiva que afecta muy directamente al poder público.

Hay dos aspectos que me parecen fundamentales en la línea de modernizar el marco institucional de relaciones laborales y sociales de este país:

- El primero es el que concierne a una mayor *participación institucional* que incremente el control y conocimiento por los interlocutores sociales de las áreas de decisión pública en las que se adoptan medidas fundamentales en materia de empleo, salud, o prestaciones sociales. Hemos expresado ya que no está debidamente asumida la participación en nuestro país, donde se da entrada a todo tipo de entidades mientras se sigue una política cicatera respecto a los sindicatos. Los países del Mercado Común —en cuyo ámbito existen nueve comités económicos y sociales nacionales más el de la propia Comunidad cuando aquí no lo tenemos todavía— registran una participación sindical mucho más amplia y profunda, y es este un parámetro de singular importancia que no podemos perder de vista.

- El segundo aspecto se refiere a la necesidad de profundizar en la *democracia industrial*, haciendo más amplia y eficaz la participación de los trabajadores en las empresas, tanto públicas como privadas. El ejercicio de la acción sindical a través de macroacuerdos, la práctica de la negociación colectiva, y la promulgación de normas en este sentido, han permitido establecer un campo de actuación recientemente ampliado con los acuerdos suscritos por nuestra organización con el gobierno en el ámbito de la empresa pública. Pero el marco que actualmente tenemos es insuficiente. Subsisten todavía factores

de rigidez, de jerarquización excesiva, falta de transparencia y hasta arbitrariedad en las decisiones empresariales. Y hemos comprobado que hay una intolerable re-

sistencia a la participación sindical en el sector financiero público.

Hay en estas cuestiones un campo de negociación que el sindicato está dispuesto a abordar. No transigiremos, en cambio, respecto del proceso de desregularización o privación de derechos mínimos de los trabajadores del que tanto se habla en estos días.

No existe rigidez salarial en España ni nuestras relaciones laborales son «las más intervenidas del mundo», como se ha dicho. Por el contrario, a pesar de lo que se afirma frecuentemente, ha mejorado la competitividad del coste del factor trabajo. En efecto, los costes salariales reales por trabajador en función de la productividad han decrecido casi ocho puntos en nues-

tro país en los últimos diez años, cuando en el conjunto de la CEE se mantuvieron. En cuanto a la regulación del salario mínimo es claramente inferior en España en relación con la de otros países de nuestro entorno.

Adaptación necesaria

Consideramos, por lo tanto, que existe una concepción de la modernidad asumida plenamente por el sindicalismo y que existen objetivos de trabajo y de lucha que merecen la movilización social.

Con ese bagaje pretendemos afrontar los nuevos tiempos que son de incertidumbre en cuanto el proceso de cambio pone en cuestión la base misma de actuación del sindicalismo al modificar la composición de la clase trabajadora y los métodos de producción.

Todo ello exige una fuerte adaptación, o reconversión histórica del sindicalismo como también se la ha llamado, emprendida ya con entusiasmo aunque no sean pocas las incógnitas que debemos despejar.

En esta etapa final del siglo XX, el sindicato debe adecuarse a la realidad de una economía en constante mutación e internacionalización en la que el impacto de las nuevas tecnologías marca una necesidad ineludible de modificar los métodos de producción y la organización de las empresas.

Pero el mensaje modernizador no puede ser unidireccional porque resultaría tan injusto como sesgado y, además, debe guardar coherencia con el esfuerzo que cada sector de responsabilidad esté dispuesto a realizar para ponerlo en práctica.

En este sentido, parece evidente que el esfuerzo de adaptación, de «modernización» si se le quiere llamar así, no deben realizarlo los sindicatos solamente sino

que se debe llevar a cabo en todas las estructuras de nuestra sociedad, incluidas aquellas cuyo profundo arraigo histórico las hace más reacias al cambio. Con toda

seguridad el proceso de modernización debe comenzar precisamente por ellas.

Los sindicatos hemos realizado un considerable esfuerzo para transformarnos desde que emergimos a la legalidad hace ya más de nueve años. En el caso particular de la Unión General de Trabajadores, hemos conseguido drenar cierta sobrecarga ideológica que afectaba a todo el sindicalismo español como consecuencia de la lucha política contra el franquismo. Y se modificaron también los medios de acción sindical, las estrategias reivindicativas y las estructuras organizativas en función de la nueva realidad institucional.

Un proceso similar debe producirse, insisto, en *todos* los sectores de la sociedad española y en la propia organización del Estado. Lo mismo cabe decir de la estructura industrial de nuestro país, porque tengo serias dudas de que todos los empresarios españoles hayan realizado la adaptación imprescindible para competir

en mercados mucho más dinámicos con la voluntad y eficacia necesarias. También es oportuno recordar que no puede exigirse a las centrales sindicales la mayor cuota

de responsabilidad que implica el proceso de cambio cuando simultáneamente se les niegan los medios imprescindibles para ello.

El desafío europeo

Potenciar los sindicatos, aumentar su intervención en las empresas y en las instituciones, y hacer de ellos cauces de máxima eficacia para una lucha de variadas metas que confluyen en la necesidad de progreso, son empeños que han de tener en cuenta las dimensiones impuestas por nuestra época.

Es fundamental, por consiguiente, enfocar los problemas desde marcos mucho más amplios porque es ya valor entendido que no existe solución a los problemas que la crisis económica ha planteado en Europa desde la óptica de un solo país.

Los nuevos tiempos se identifican así con el concepto de Europa, asumido con creciente intensidad por el sindicalismo. La cuestión parece bastante clara para nosotros y la resumiría diciendo que o los europeos somos capaces de unirnos y de actuar solidaria y coordinadamente o tendremos un futuro realmente difícil.

Me parece que esto explica por sí mismo la imprescindible necesidad de potenciar los esfuerzos de integración que desde el sindicato apoyamos totalmente. Esta integración significa reafirmar el *espacio social europeo*, objetivo fundamental para los sindicatos desde el convencimiento que las aspiraciones de los trabajadores no podrán obtenerse en el seno de países aislados. Los trabajadores no creemos que haya lugar para el «europesimismo» que alguien ha calificado, sobre todo cuando lo expresan determinados sectores, como «euroimpudicia».

Europa se diferencia de los colosos militares de nuestro tiempo en que no tiene una pretensión hegemónica.

Por el contrario, defendemos que la integración de Europa, su potencialidad como entidad creadora y dinamizadora, su capacidad de innovación, tienen todavía

la fuerza suficiente para que ésta siga siendo protagonista destacada de la historia. La Comunidad Económica Europea es un factor esencial de autoafirmación y su potenciación hará a los ciudadanos de Europa más libres y más justos. No sólo es conveniente, por lo tanto, sino imprescindible que se incremente su poder político para que pueda expresar con capacidad creciente el sentimiento de millones de ciudadanos que aman la paz y la libertad porque conocen los sinsabores de haberlas perdido.

Sobre todo, es fundamental que la voz de Europa —que se diferencia de los colosos militares de nuestro tiempo en que no tiene una pretensión hegemónica— se haga oír con plena independencia en los foros en los que se debaten no sólo las cuestiones económicas sino, fundamentalmente, las que conciernen a la paz y al desarme.

Por otra parte, la defensa de la cultura social, tan arraigada en los ciudadanos europeos, y que puede considerarse una aportación capital, nuestra disposición a sumarnos al esfuerzo de todos los que compartan el deseo de enriquecerla.

Estas son las líneas fundamentales del planteamiento de un sindicalismo socialista, el de la Unión General de Trabajadores, que apostó decididamente por la modernidad y está dispuesto a trabajar por su mayor extensión en todos los campos.

La realidad que impone la revolución tecnológica llevará a lo que se ha llamado «nueva alfabetización» de la sociedad en un proceso que exigirá redoblado esfuerzo de la clase trabajadora. Los nuevos tiempos implican, en definitiva, la necesidad ineludible de demostrar, por nuestra parte, que el desarrollo tecnológico sólo puede

producirse confluyendo con una mayor difusión de la justicia y una solidaridad más amplia.

El ahondamiento de la democracia, la extensión de la libertad hacia niveles más altos de justicia, concita la voluntad de un movimiento obrero plenamente dis-

puesto a demostrar, una vez más, que cuando actúa unido es capaz de transformar el curso de la historia. Ese es el gran desafío que tenemos y está aquí nuestra gran esperanza.

Intervención en el Club Siglo XXI, 1.º de diciembre de 1986.

MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLITICA: UNA RELACION DIFICIL

Judith Astelarra



2

Después de cuarenta años de dictadura, no es extraño que existan dificultades de organización y participación política entre españoles. Estas afectan a los partidos políticos, que muestran una proporción baja de militantes, en especial si se la compara con los países europeos, pero también a las organizaciones ciudadanas y los movimientos sociales.

Parte de los problemas se producen, además, por una serie de incomprensiones mutuas entre los partidos y los movimientos sociales que terminan por hacer que aumente la apatía y falta de movilización. Presentaremos a continuación algunas reflexiones en torno a las relaciones entre los movimientos sociales y los partidos políticos, específicamente los de izquierdas,

sin que pretendan ser más que una primera aproximación al tema.

Movimientos sociales: enfoques teóricos

Movimiento social es un concepto amplio que agrupa a fenómenos y organizaciones diversas, tales como el pacifismo,

el feminismo, el movimiento vecinal, el movimiento obrero (distinguiéndolo de los sindicatos), etc. Para algunos autores, los movimientos sociales se desarrollan como

No se pueden analizar los movimientos sociales sólo con los enfoques teóricos que se centran en las desigualdades de clase.

respuesta a los nuevos problemas surgidos como consecuencia de la crisis de los países capitalistas avanzados. Las organizaciones políticas tradicionales, en especial los partidos, por su propia dinámica burocrática no han sido capaces de identificar y proponer respuestas para ellos, por lo que ha sido necesaria la aparición de nuevas formas de organización y movilización como son los movimientos sociales. Para otros autores, en cambio, se trata solamente de la movilización de ciertos sectores sociales excluidos de las instituciones y organizaciones políticas y que buscan acceso a ellas. En lo que todos coinciden es en que no se pueden analizar, tanto los problemas que han dado origen a los movimientos sociales como sus características, sólo con los enfoques teóricos que se centran en las desigualdades de clase.

Para A. Touraine ¹ los movimientos sociales reflejan la conducta colectiva organizada de un actor de clase luchando contra su adversario por la dirección social de la historicidad en un colectivo concreto. Ahora bien, no se trata de definir estos actores a partir de las categorías del pensamiento revolucionario de la época industrial que separaba el conflicto situado en el interior de la vida social de un campo cultural que estaría por encima de los conflictos, es decir, dissociaba el orden social y el orden metasocial. Es necesario considerarlos como actores históricos, guiados por orientaciones normativas y por un proyecto, pues no se debe separar las orientaciones culturales y el conflicto social. Para la concepción revolucionaria, los actores populares no eran más que la expresión de contradicciones sociales o los portadores de fuerzas naturales, nunca actores sociales históricos que desarrollaban proyectos propios.

Touraine define a los movimientos sociales como conductas socialmente conflictivas pero culturalmente orientadas, a diferencia del pensamiento clásico de izquierda que los define como la manifestación de contradicciones objetivas de un sistema de dominación. La acción de los movimientos sociales no estaría dirigida fundamentalmente hacia el Estado, ni puede ser identificada con una acción política de conquista del poder. Tampoco un movimiento social es el creador de una sociedad más avanzada que la que combate, ya que sólo defiende en un campo cultural e históricamente dado una alternativa social. Es necesario reemplazar el tema de la superación de un modelo social por el de la alternativa, lo que contradice las ideas evolucionistas que han dominado el pensamiento social del siglo pasado.

Alberto Melucci ² considera que los movimientos que surgen en las sociedades complejas del capitalismo tardío no se pueden considerar como simples reacciones a la crisis económica o a los problemas surgidos de la exclusión del «mercado político» de algunos grupos sociales. Los fenómenos colectivos que atraviesan las sociedades avanzadas son los síntomas de nuevas luchas antagónicas, aunque éste no sea su único significado. En las sociedades modernas se han producido cambios sociales sustanciales. Producir no significa simplemente transformar los recursos naturales y humanos en valores de cambio, organizando las formas de producción, dividiendo el trabajo e integrándolo en el complejo técnico-humano de la fábrica. Significa, por el contrario, controlar sistemas, cada vez más complejos, de información, de símbolos y de relaciones sociales. El funcionamiento y la eficiencia de los mecanismos puramente económicos y de los aparatos técnicos se confía a la gestión y al control de sistemas en los que las dimensiones culturales, simbólicas y de relación se convierten en preponderantes frente a las variables «técnicas».

En este contexto, los conflictos se desplazan hacia la defensa y la reivindicación de la identidad, contra aparatos distantes e impersonales que hacen de la racionalidad instrumental su «razón» y, sobre esta base, exigen una identificación. Las demandas antagónicas no se limitan a atacar el proceso de producción, sino que consideran el tiempo, el espacio, las relaciones y los individuos. Plantean demandas relacionadas con el nacimiento, con la muerte, con la salud y con la enfermedad, que ponen en primer plano la relación con la naturaleza, la identidad sexual, los recursos de comunicación, la estructura biológica y afectiva del comportamiento individual. En estas áreas, aumenta la intervención de los aparatos de control y manipulación y, como consecuencia, se manifiesta una reacción difusa a las definiciones de identidad externas, aparecen demandas de reapropiación que reivindican para los individuos el derecho a «ser» ellos mismos.

La dificultad actual reside en el hecho de encontrarnos en una fase de transición:

el nuevo embrión está naciendo dentro del viejo seno, los nuevos actores se expresan con el viejo lenguaje porque todavía no tienen un lenguaje propio, tanto en el terreno de las ideologías como de las formas políticas de representación. Por otro lado, hay una gran variedad de movimientos sociales. Algunos están más o menos directamente ligados a grupos de una condición social determinada (mujeres o jóvenes); otros se definen por sus objetivos (ecologismo, pacifismo) y tienen sujetos relativamente poco estables. Esta variedad muestra que en las sociedades contemporáneas se está produciendo un cambio de forma de la acción colectiva.

Para Melucci, tres conclusiones se pueden extraer de este análisis: primero, los actores sociales conflictivos no limitan su figura social a los conflictos en los que participan. El compromiso en un conflicto antagónico no cubre toda la gama de

posibilidades de acción de los sujetos involucrados en él. En segundo lugar, los conflictos que surgen son limitados: manifiestan cuestiones determinadas y movilizan distintos actores. Se reproducen con cierta facilidad y tienden a desplazarse, una vez institucionalizados y a difundirse a otras áreas sociales. Finalmente, los actores de los conflictos antagónicos refuerzan de tal manera ciertas contradicciones específicas del sistema que, coyunturalmente, activan las movilizaciones. Se podría decir que determinados elementos de la condición social o de la posición de un grupo entran en colisión con la lógica dominante a nivel de sistema y la hacen evidente.

La mayoría de los autores comparte los análisis anteriores, en el sentido de señalar que los nuevos movimientos sociales surgen en las democracias occidentales como

La gran variedad de movimientos sociales muestra que en las sociedades contemporáneas se está produciendo un cambio de forma de la acción colectiva.

respuesta a una situación de cambio acelerado y, aunque sus objetivos a veces no son tan nuevos, reflejan una racionalidad diferente a la Ilustración diecioches-

ca que generó el movimiento obrero. Los nuevos movimientos sociales introducen un sentido espontáneo, irracional, accionalista en el panorama social. Anuncian realidades nuevas que tienen que ver con el modelo económico de crecimiento y desarrollo tecnológico, el modelo cultural, el político y el simbólico.

El análisis de estos movimientos plantea la necesidad de redefinir la herencia económica, política, cultural y simbólica heredada de la Revolución Francesa y del movimiento que le dio origen, la Ilustración. Los ilustrados establecieron una forma nueva de conocimiento con la razón como guía y crearon una estructura política fundada en el espacio público, así como pautas de socialización y un nuevo mundo institucional en abierto conflicto con el universo simbólico feudal. La dinámica social de los neo-movimientos puede suponer la identidad de una sociedad

que busca la recreación de un universo simbólico que cohesione y organice un marco diferente de relaciones sociales. Esto supone la reivindicación de la autonomía y

autogestión en materia económica, la participación política, la recreación de la subjetividad y la vida cotidiana como fundamento simbólico de la nueva razón y la exaltación de lo lúdico como base para la resimbolización de lo social.

Los nuevos movimientos sociales son un fenómeno diferente, que responde a los problemas de las sociedades occidentales como consecuencia de las profundas transformaciones culturales y sociales que las afectan. Pero su interés no sólo radica en esto: también sus propuestas de transformación son importantes, en la medida en que se refieren a la profundización de la democracia. Los movimientos sociales plantean la necesidad de ampliar los mecanismos de participación y representación, no sólo en las instituciones del Estado sino también en los partidos políticos, las organizaciones sociales y la vida cotidiana. Su respuesta a los problemas planteados pasa por el fortalecimiento del tejido social y por el desarrollo de formas de organización nuevas que no sean burocráticas y jerarquizadas. Esto produce dificultades en su relación con la política tradicional.

En primer lugar, se trata de la relación con las organizaciones políticas ya institucionalizadas, en especial los partidos. La mayor parte de los nuevos problemas enunciados no han sido aceptados como tales por los partidos por falta de capacidad innovadora que los hubiera llevado a tomar la iniciativa. Su propia burocratización hace que miren con desconfianza toda iniciativa que no haya surgido directamente desde su interior. Esto no significa que no puedan asumirlas llegado el caso, pero para ello deben ser capaces, por ideología y práctica, de relacionarse con los movimientos sociales y aceptar sus propuestas, lo que no ha sido fácil.

Los nuevos movimientos sociales surgen en las democracias occidentales como respuesta a una situación de cambio acelerado.

En segundo lugar, la flexibilidad organizativa y la exigencia de mayor democratización de los movimientos sociales dificulta a veces el entendimiento. Tanto los

partidos como los cargos directivos de las instituciones estatales tienden a pedir líderes establecidos y reconocidos y a buscar canales de jerarquía que no existen en los movimientos sociales. Al mismo tiempo, muchos de los principios de autoridad en que se basa el Estado se resienten por las propuestas de los movimientos sociales de buscar mecanismos más amplios de participación que garanticen la rotación del poder. Como, en la mayoría de los casos, los diputados, los altos cargos y los dirigentes permanecen en sus puestos por períodos muy prolongados de tiempo y esto casi se ha convertido en una norma, el principio de rotación del poder necesariamente ha de provocar su rechazo y enfrentamiento. Hay otro tema en que se produce este enfrentamiento: la exigencia de transparencia en la información como requisito indispensable para la democratización, que está en abierta contradicción con la generalización cada vez mayor de las instituciones estatales y los partidos políticos, a considerar un amplio campo de materias como «clasificadas» o «secretos de Estado». Todos estos problemas han aparecido en forma más nítida cuando un movimiento social decide transformarse en partido y participar directamente en las instituciones estatales, como ha sido el caso del Partido Verde en Alemania.

Los movimientos sociales españoles

En España, los movimientos sociales y sus organizaciones se han desarrollado a lo largo del proceso de transición democrática, es decir, al mismo tiempo que se creaba una nueva institucionalidad del Estado y que los partidos políticos adquirían vida legal. En cierta medida, ello contribuyó a que tuvieran presencia activa en la sociedad, pues coincidió con un perío-

do de grandes movilizaciones, pero también ha generado ciertos problemas derivados de la falta de tradición asociativa y participación política. En lo que resta de este artículo intentaremos señalar algunos de estos problemas. Es importante que se produzca un amplio debate sobre este tema en el futuro, pues se hace necesario que se impulse la existencia de espacios reales de participación de las y los ciudadanos, una vez conseguida la consolidación de las instituciones democráticas.

Al igual que en otros países, los movimientos sociales que se desarrollaron desde mediados de los setenta, primero el feminismo y luego el ecologismo y el pacifismo, respondían a los nuevos problemas de una sociedad avanzada que ya se comenzaban a manifestar en España. Durante los años anteriores, últimos de la dictadura, se habían desarrollado algunos movimientos sociales importantes, como el movimiento obrero, el estudiantil y el vecinal. La inexistencia de partidos políticos y organizaciones sindicales legales hacía que éstas se expresaran a través de estos movimientos. Al mismo tiempo, más allá de sus reivindicaciones específicas, todas las expresiones políticas confluían en un objetivo general común: el establecimiento de un sistema democrático. No existía, entonces, una separación radical entre los movimientos sociales y los partidos políticos, pues estos últimos debían expresarse a través de ellos y de las organizaciones ciudadanas legales, cuando éstas existían. Dirigentes y militantes de ambos eran a veces las mismas personas o sus vinculaciones eran muy estrechas.

Al ser legalizados, los partidos y los sindicatos pasaron a ocupar su espacio propio y a desarrollar las actividades normales de estas organizaciones en una democracia. Las características de la transición les dio el principal protagonismo en el proceso de pactos y negociaciones que condujeron a las primeras elecciones libres y,

Tal como se dice que hay una «razón de Estado», también hay que admitir que hoy existe una «razón de la sociedad».

posteriormente, a la redacción y aprobación de la Constitución. De hecho, se consolidó un sistema representativo parlamentario de fuerte control partidario y en el que ciertos mecanismos de participación directa, como el referéndum, tienen menos posibilidades de ser empleados que en otros países europeos. El reglamento de funcionamiento de la Cámara, además, hace que los diputados estén sometidos a una rigurosa disciplina partidaria, lo que no permite que puedan tener relaciones directas con los ciudadanos y sus organizaciones o posturas individuales, diferentes de las de su partido, en temas como los planteados.

Durante los primeros años de la transición surgieron movimientos sociales como los del resto de Europa, primero el feminismo y luego el ecologismo y el pacifismo. Las reivindicaciones que planteaban respondían a los nuevos problemas a los que hemos hecho referencia, también presentes en la sociedad española, aunque su reflexión teórica provino básicamente de los análisis ideológicos desarrollados en estos países. Los principales miembros y militantes de los distintos grupos que se crearon venían de los diferentes partidos de izquierda, parlamentarios o extra-parlamentarios, ya fuera que siguieran militando en ellos o que los hubieran dejado. En la medida, sin embargo, en que se consolidó el panorama electoral, haciendo que ciertos partidos de izquierda (como el MC o la LCR) no consiguieran representación parlamentaria, la presencia de estos grupos se hizo preponderante en los principales organismos coordinadores de los movimientos sociales.

Como ya se ha indicado, una de las dificultades de los nuevos movimientos sociales es que todavía no han consolidado

marcos de referencia ideológicos y formas de organización radicalmente diferentes a las existentes. Los partidos políticos que han tenido preponderancia en los movi-

mientos sociales españoles son partidos de tradición leninista o trotskista, para los que la revolución es aún una tarea pendiente y esto se refleja tanto en las propuestas ideológicas como en las acciones prácticas. Un ejemplo: en las últimas jornadas feministas estatales, la mayoría de las ponencias políticas sostenían la tesis de la necesidad de destrucción del Estado burgués y de sus instituciones parlamentarias.

Esta postura ideológica no es sólo una cuestión teórica ya que se manifiesta también en muchas de las acciones emprendidas. A veces problemas que son aceptados como tales por la opinión pública y que concitarían un apoyo importante, son enfrentados mediante acciones que producen rechazo. Otro ejemplo del movimiento feminista es ilustrativo. La ley del aborto y su aplicación no han sido capaces de resolver, ni siquiera en

unos mínimos aceptables, el problema. No sólo se trata de que la ley es restrictiva, sino que su reglamentación ha hecho que los médicos dispues-

tos a hacer abortos no hayan recibido el apoyo necesario por parte del Ministerio de Sanidad. Los datos de algunas encuestas indican que los españoles aprueban esta ley, por lo que es de suponer que, bien informados, también compartirían las críticas que se hacen a su aplicación.

Si se aunaran los esfuerzos de los médicos y los centros de planificación familiar dispuestos a cooperar, las organizaciones feministas y la opinión pública, se podría generar un amplio movimiento de presión. Ahora bien, en las jornadas estatales feministas a las que hacíamos referencia, un grupo de participantes de las comisiones pro-aborto, en las que suele haber una presencia importante de militantes de los grupos antes señalados, realizaron dos abortos en una de sus aulas. La intervención se filmó y se guardaron los fetos en unos botellines que se exhibieron a los medios de comunicación. Es difícil imaginar que

esta acción responda al principio feminista de que los abortos no son un hecho agradable para las mujeres que deben realizarlos, que su intimidad debe ser garantizada y que deben ser realizados en condiciones médicas adecuadas. Tampoco una acción de este tipo genera apoyo de la opinión pública, sino, por el contrario, rechazo. Por lo que es difícil situarla como parte de una estrategia tendiente a ampliar la ley y garantizar su aplicación. Pero, sí es más fácil comprenderla como una acción de enfrentamiento con el Estado burgués represor, en este caso la Administración socialista, coincidente con la lógica de los planteamientos políticos de las ponencias a las que hacíamos referencia.

Ahora bien, los movimientos sociales españoles y sus principales organizaciones también están constituidos por otros sectores que, sin compartir las ideas y acciones

**Desde los movimientos sociales
ha habido falta de reflexión
sobre cómo participar
en la construcción del Estado
democrático.**

de la extrema izquierda, son críticos con respecto a los partidos parlamentarios de izquierda. Habría que distinguir en este caso entre la actitud con respecto al

PCE y el PSOE, en especial desde que éste asumió el gobierno. Con respecto al PCE, este partido ha mantenido más relación con los movimientos sociales y sus demandas, aunque ésta ha tenido altibajos debido a su crisis. En todo caso, muchos de sus ex militantes se han incorporado a las organizaciones feministas, ecologistas o pacifistas. El problema, sin embargo, se ha producido en la medida en que esta participación, en especial en el movimiento pacifista a raíz del referéndum sobre la OTAN, ha buscado ampliar la base electoral comunista, deteriorada por diversos factores.

El caso del PSOE es diferente. En primer lugar, nunca tuvo una presencia tan activa en los movimientos sociales. En segundo lugar, su relación con ellos varió sustancialmente desde que se convirtió en gobierno. Como se ha indicado, la lógica de los movimientos sociales no es la del

Estado, ni buscan, necesariamente, llegar al poder. Por el contrario, se originan a partir de problemas centrados en aspectos de la vida social, que ocupan un espacio social y simbólico diferente. En este sentido, tal como se dice que hay una «razón de Estado», también hay que admitir que hoy existe una «razón de la sociedad», que no siempre coincide con la anterior y puede ser, por lo menos, diferente cuando no contradictoria con ella. Un ejemplo: cuando hasta las Naciones Unidas recomiendan que no se amplíen los bloques militares, es difícil que cualquier organización ciudadana, preocupada por los temas de la paz, estuviera a favor de la entrada de España en la OTAN, por muchas razones de Estado que hubiera para ello.

Ahora bien, todos estos problemas han existido en los movimientos sociales europeos, pero adquieren mayor relevancia en España debido a la juventud de las instituciones democráticas. Esto se manifiesta en dos aspectos principales: la necesidad de consolidar las instituciones estatales y el débil tejido asociativo español. El primer problema es obvio: para los partidos, en la época de la transición no se trataba tanto de hacer una crítica al funcionamiento del Estado democrático y asistencial, sino de ponerlo en marcha. Por ello, en muchas ocasiones, había razones de Estado que exigían moderación, consenso y pactos. La creencia en esta necesidad era compartida tanto por los partidos y dirigentes políticos como por la propia sociedad española que ha tenido momentos de movilización y presencia en las calles, pero también de exigencia de estabilidad. El tema, por tanto, de crítica a la razón de Estado se da en un contexto político diferente al de los países europeos.

Frente a esta situación, desde los movimientos sociales ha habido falta de reflexión sobre cómo participar en este proceso de construcción del Estado democrático, al mismo tiempo que se le hacen críticas, o, mejor, cómo exigir ciertas caracte-

terísticas a las instituciones representativas que fueran favorables, en el futuro al desarrollo de los movimientos. Como se ha dicho ha habido poca reflexión teórica, y este tipo de problemática no podía ser importada como otros elementos ideológicos. Es interesante señalar que esto produjo dos problemas en los movimientos sociales: su escasa participación en las negociaciones que realizaron las fuerzas políticas durante el período de la transición y su divorcio de la opinión pública, cuando el radicalismo de los movimientos aparecía como contradictorio con la moderación que hemos descrito.

En cuanto a la debilidad del tejido asociativo, ésta afecta a todas las organizaciones políticas y ciudadanas y también a los movimientos sociales. En otros países las organizaciones ciudadanas son una fuente importante de reclutamiento y de apoyo a los movimientos sociales. La escasa existencia de estas organizaciones en nuestro país afecta tanto al apoyo que éstas pueden prestar como a la cantidad de participantes y activistas de los movimientos. Esto acentúa aún más la presencia de militantes (o ex) de partidos políticos y perjudica la necesaria autonomía que los movimientos sociales deben tener.

A la poca participación ciudadana hay que agregar la desconfianza que ha subsistido en los movimientos sociales ante la posibilidad de buscar formas de organización legal, por el temor a la burocratización y al autoritarismo. En este sentido, es necesario impulsar en España lo que se denomina, en el lenguaje internacional, organizaciones no-gubernamentales. En Europa tienen un importante protagonismo en todo tipo de actividades, puesto que siempre se las requiere como contrapartida a las acciones de los gobiernos. En el futuro, ésta debería ser una forma de organización a la que se prestara más atención, por el apoyo que reciben de las instituciones europeas.

Otra dificultad de la relación entre los movimientos sociales y la política es la propia organización interna de los partidos parlamentarios.

Finalmente, otra dificultad de la rela-

ción entre los movimientos sociales y la política es la propia organización interna de los partidos parlamentarios. En estos años, diferentes partidos han tenido crisis importantes que los ha llevado a su desaparición o a la pérdida de militantes y apoyo electoral. Esta situación parece haber producido en los partidos una tendencia extremada a la disciplina y al orden, predominando la actitud de que las diferencias conducen a conflictos y desintegración. Así, se ha generado una actitud poco abierta con las discrepancias y el rechazo a la existencia de tendencias diferenciadas.

De hecho, no siempre las diferencias conducen al conflicto; también, si se les da el espacio orgánico adecuado, se podrían resolver a través de la negociación. Pero parece que ha predominado la tendencia a enfatizar el orden y la uniformidad y no a buscar formas flexibles para combinar el necesario respeto por las decisiones de las mayorías con la posibilidad de organización y expresión de las minorías. Como hemos dicho, existen a veces contradicciones importantes entre la lógica y las formas de organización incipientes de los movimientos sociales y las de los partidos. Cuando los partidos permiten que sectores que se sienten afines con estos movimientos puedan desarrollar sus propias instancias de reflexión y organización, se crean mecanismos de diálogo y relaciones políticas con ellos, lo que permitiría una relación más fluida.

**Si algo debiera diferenciar
a la izquierda democrática
de la derecha
es la forma de gestión
del Estado.**

Este diálogo es importante cuando se trata de partidos que están en el gobierno. Si algo debiera diferenciar a la izquierda democrática de la derecha es la forma de gestión

del Estado. La izquierda no sólo debe estar atenta a la presión de las fuerzas sociales y económicas más poderosas, sino que debería conseguir que el Estado tenga un rol activo en la eliminación de desigualdades sociales y permitir que se creen espacios sociales de participación. El Estado y los partidos políticos no pueden reemplazar a los movimientos sociales, por mucho que, en el corto plazo, parezca que inciden en ellos. Sólo deberían contribuir a que encuentren su propio espacio político, del mismo modo que se ha creado el del resto de las organizaciones políticas.

En estos momentos, en que la creación de instituciones políticas representativas se ha consolidado, poniendo fin a la transición, parece urgente plantear el debate sobre la profundización de la democracia, legitimando los espacios de participación de las organizaciones ciudadanas y los movimientos sociales. Pero, para ello, unos y otros deberán buscar clarificar sus diferencias, puesto que éstas realmente existen, convertir en norma de conducta el respeto al espacio ajeno y resolver los conflictos por la vía de la negociación.

¹ Alain Touraine, *La voix et le regard*. Paris: Editions du Seuil, 1978.

² Alberto Melucci, «Los movimientos sociales en el capitalismo tardío», en *A priori*, 6/7, julio-diciembre de 1983.

ENERGIA NUCLEAR: UN DILEMA EUROPEO

Carlos Dávila



3

Que las motivaciones para investigar sobre la energía liberada en los procesos de fisión de núcleos atómicos, naturales o artificiales, hayan sido exclusivamente científicas, sólo puede afirmarse respecto de los trabajos realizados, principalmente en Francia y Alemania, durante los años que precedieron a la guerra mundial.

Ya en el primer lustro de los años cuarenta, cualquier consideración científica tuvo que ceder terreno ante las imperiosas exigencias de la guerra que provocaron una alocada carrera, iniciada simultáneamente en París y en Berlín pero finalizada

«manu militari» en los Estados Unidos, para convertir la energía nuclear en el arma definitiva, como entonces se decía. El casi medio siglo de historia de la difusión mundial del uso de la energía nuclear sólo resulta inteligible si se hace con un perma-

nente recuerdo de esta fase bélica inicial. Es inútil, tal vez por lo irracional e injusto del intento, pretender olvidar que la Humanidad conoció la energía nuclear a la

Es inútil pretender olvidar que la humanidad conoció la energía nuclear a la sombra de los siniestros hongos de Hiroshima y Nagasaki.

sombra de los siniestros hongos de Hiroshima y Nagasaki. Precisamente en este raptó militar primordial está la clave para comprender tanto la inextinguible disponibilidad de recursos con la que se realizó el desarrollo de la tecnología nuclear, como su férreo enfeudamiento en intereses sólo regidos por autoproclamadas «razones de Estado».

Si todo hubiera continuado como al principio, dentro de esa lógica aparte en la que había brotado, casi con seguridad no se habrían puesto de manifiesto las contradicciones que hoy presenciamos en el tema nuclear. Ningún defecto empañaba la imagen de excelencia de la energía nuclear cuando lograba ampliar hasta límites no soñados la capacidad destructiva de las bombas atómicas, y conseguía proporcionar a los submarinos destinados a servirles de base de lanzamiento la más completa deslocalización en los océanos gracias a tiempos de inmersión y de cruceo prácticamente ilimitados. Dentro del esquema de valores de la guerra fría de los años cincuenta la energía nuclear, que constituía uno de sus elementos característicos, jamás planteó discordia alguna.

Los problemas empezaron a surgir a medida que sobre la energía nuclear se proyectaron otros intereses económicos menos rígidamente controlados desde los programas militares. Por ejemplo, en lógica económica no resultaba razonable dejar sin explotación comercial una tecnología de tan alto grado de sofisticación como el reactor nuclear que se había diseñado para la propulsión de los submarinos atómicos. Sobre todo teniendo en cuenta que los ingentes recursos requeridos para su desarrollo ya estaban presupuestariamente justificados y, por tanto, no tendrían que ser imputados a su aplica-

ción industrial. El fabuloso negocio que ha supuesto la expansión industrial de la tecnología nuclear ha provenido no sólo del alto valor que

podía alcanzar en un mercado mundial monopolizado inicialmente por los EE.UU. y después por sus filiales europeas, sino, sobre todo, de que representaba una rentabilización de inversiones ya amortizadas por «razones de Estado».

Tres contradicciones intrínsecas

La intensa dinámica expansiva de la tecnología nuclear industrial, en los años sesenta, llevaba en su seno tres gérmenes de contradicción que con el tiempo habrían de resultar autolimitantes. La difusión de centrales nucleares hacía crecer, inexorablemente: a) la *proliferación* de material fisible tanto en cantidad como en dispersión geográfica; b) la probabilidad de *accidente* nuclear catastrófico; c) la *escasez* de recursos de uranio explotables a precios rentables.

Ninguna de estas limitaciones futuras era desconocida en la década dorada de los años sesenta. Sin embargo, todas fueron consideradas de menor importancia, no porque se realizase una valoración errónea de ellas, sino porque se tenía una confianza ilimitada en que, antes de que fuese tarde, el progreso tecnológico les encontraría solución. La proliferación sería contenida mediante acuerdos diplomáticos de ámbito mundial y con un riguroso control de la transferencia de tecnología. La seguridad nuclear sería cuestión de extremar el control y de avanzar en el diseño de sistemas de contención adecuados. La prevista escasez de uranio se solventaría, en la década de los ochenta, con el paso a los reactores rápidos. Pero el tiempo ha demostrado que las cosas no eran tan sencillas.

1) El Tratado de No Proliferación no

ha logrado impedir que de las cuatro potencias nucleares que lo firmaron, hayamos pasado a las ocho naciones, por lo menos, de las que hoy se tienen pruebas de su posesión de arsenal nuclear y ello sin añadir la media docena de las que se sospecha, con fundamento, tanto de su capacidad como de su voluntad de fabricar la bomba atómica. La situación se agrava porque entre los países de inminente acceso a la nuclearización figuran varios de los que, dadas sus características políticas, ofrecen escasa garantía de responsabilidad y de estabilidad, precisamente en zonas del globo altamente conflictivas. Sobre las seguridades diplomáticas ha prevalecido una circunstancia objetiva que ligará para siempre y de forma indisoluble las bombas atómicas y los reactores nucleares. El armamento nuclear se fabrica con plutonio y este material fisible, que no se encuentra en la Naturaleza, no puede obtenerse más que a partir de uranio irradiado en un reactor nuclear. La decisión de disponer de reactores militares exclusivamente dedicados a la producción de plutonio o de que éste se obtenga de combustibles irradiados en reactores utilizados para generación de electricidad, es privativa de cada país y en gran parte relacionada con la envergadura de su programa militar.

2) No se puede decir, sobre todo a partir del accidente de Three Mile Island, en 1979, que la industria nuclear no haya realizado un gran esfuerzo para disminuir el riesgo de accidente grave hasta probabilidades inferiores a las de muchas actividades corrientes. Se han multiplicado las redundancias en los sistemas de control para tratar de salir al paso de los fallos posibles. Pero con independencia del éxito que se haya logrado con esta estrategia, la extrema complejidad de muchos de esos sistemas y, en cualquier caso, el gran número de los que intervienen en el diseño de un reactor actual, han conducido a que la inversión y el gasto en seguridad co-

mienzen a representar una partida cada vez más importante en el coste de una central nuclear, y nada parece indicar que nos acerquemos a su valor de saturación. La pérdida de competitividad de las centrales nucleares en los EE.UU., especialmente en algunas áreas del país, se suele atribuir en gran parte al encarecimiento derivado del mayor rigor inspector de la Nuclear Regulatory Commission, organismo responsable de la seguridad nuclear.

En una economía hasta cierto punto liberalizada como la del mundo occidental, esta disminución de competitividad por el alza progresiva del coste de la seguridad nuclear representa un factor altamente negativo. Pero mucho más grave es la circunstancia de que, a pesar de ello, no se consigue descartar la posibilidad del accidente catastrófico.

Sólo es absolutamente seguro el reactor que no existe, y casi seguro el que no está en funcionamiento. La probabilidad de accidente será *siempre* proporcional al número de reactores nucleares y a su tiempo de funcionamiento, es decir, al valor acumulado de *años × reactor*. Lo que consiguen los avances en seguridad nuclear es hacer progresivamente menor el factor de proporcionalidad. Todo depende, pues, de una competición entre la velocidad con que se acumulan los *años × reactor*, en respuesta al interés económico de explotación de las centrales nucleares existentes o futuras, y la velocidad con la que mediante avances en tecnología de seguridad se logra reducir la probabilidad de accidente grave. Ambas velocidades son absolutamente dispares con total desventaja para la segunda y, lo que es mucho más importante, son contradictorias desde un punto de vista económico, al menos a corto y aún a medio plazo. Mientras el accidente no ocurra, se gana más cuanto más tiempo se opera y menos se incrementa el gasto en seguridad.

Entre los países de inminente acceso a la nuclearización figuran varios de los que ofrecen escasa garantía de responsabilidad y de estabilidad.

De forma no siempre ingenua se ha venido confundiendo la baja probabilidad con la imposibilidad de accidente nuclear. Hasta 1979 (accidente de Three Mile Island) se decía que una catástrofe nuclear era «prácticamente imposible». Hasta 1986 (accidente de Chernobyl) los intereses nucleares se vanagloriaron de la ausencia de accidentes mortales en sus centrales. Pero ahora ya nada es igual y para ello ha bastado que se acumulase un valor suficiente de *años × reactor*, tal como pronosticaban las leyes de probabilidad. Lo preocupante es que, salvo un hipotético abandono de la energía nuclear para generación eléctrica, los *años × reactor* se seguirán acumulando en forma casi exponencial. Un trabajo de toda solvencia científica publicado este verano en la revista *Nature* (vol. 322, 21-8-86, página 691), calcula que, dada la potencia nuclear actualmente en funcionamiento en el mundo, hay una probabilidad mayor del 90 % de un accidente grave cada dos décadas, y un 70 % de que el accidente pueda ocurrir en los próximos cinco años.

3) Siempre se supo que si la expansión nuclear tenía lugar tal como se proyectaba en los años sesenta, las reservas mundiales de uranio se irían reduciendo de forma que, a principios de los años noventa el precio del mineral tendría un alza explosiva que haría palidecer la espectacularidad de las crisis del petróleo de los años 73 y 79. Esta escasez vendría a coincidir con que precisamente por el gran desarrollo de la generación nucleoelectrónica, la fracción de la demanda eléctrica satisfecha por centrales nucleares sería alta y en algunos países, en concreto los más desarrollados, muy alta. En consecuencia, no sería en absoluto despreciable el riesgo de colapso en los sistemas productivos más importantes de la economía mundial.

Pero en aquella época se postulaba una solución aparentemente sencilla. En los reactores nucleares actuales, la reacción de fisión se induce con neutrones lentos

**La probabilidad de accidente
será siempre proporcional
al número de reactores nucleares
y a su tiempo
de funcionamiento.**

por lo que no pueden utilizar como material fisible más que la fracción de U-235 presente en el uranio de los elementos combustibles. El uranio natural contiene aproximadamente un 0,7 % del isótopo U-235 y mediante el enriquecimiento, proceso caro y exclusivo de sólo cuatro países en el mundo, se consigue que los combustibles nucleares de las centrales modernas lleguen a alcanzar cerca del 4 % en U-235. Por ello no resulta sorprendente que quemándolas en los reactores actuales, las reservas de uranio resulten escasas ya que no se aprovecha más que del orden de una veintava parte del uranio que se introduce en los reactores.

La solución residiría en cambiar de tecnología, pasando a utilizar reactores en los que la reacción de fisión se mantiene mediante neutrones rápidos. En este caso, el material fisible ya no es sólo el U-235 sino también los restantes isótopos del uranio presentes en el combustible nuclear. Por tanto, las reservas se multiplicarían por un factor del orden de 20-30. Además, estos *reactores rápidos* producen plutonio en cantidad algo superior a la de material fisible consumido en la reacción nuclear, por lo que también se les conoce como *reactores reproductores*. Esta tecnología resolvería holgadamente el problema de escasez de recursos de uranio, al tiempo que, en versión de sus profetas, abriría el camino hacia una «era del plutonio» de independencia energética virtualmente ilimitada. Pero la operación de un reactor rápido obliga necesariamente al *reprocesado de los combustibles irradiados* a fin de conseguir mediante un proceso químico industrial, el aislamiento del plutonio generado durante el funcionamiento del reactor. Este reprocesado tiene una rentabilidad económica muy cuestionable, pero lo más importante es que introduce un alto riesgo de proliferación nuclear, ya que resulta imposible garantizar que parte de ese plutonio no se desvíe hacia fines militares o terroristas.

La sustitución de los reactores nucleares actuales por los reactores rápidos, que es una condición ineludible si se pretende contar a medio plazo con la energía nuclear como recurso energético del futuro no parece suscitar unanimidades. Los EE.UU. abandonaron en 1977 su proyecto de reactor rápido en Clinch River. La URSS tuvo un serio accidente con su reactor rápido BN 350, en Chevchenco a orillas del Caspio, en 1973, y desde entonces ha pospuesto el proyecto. El reactor rápido germano SNR 300, en Kalkar, no consigue superar ni los retrasos administrativos ni los problemas de opinión pública. Sólo Francia ha continuado la carrera en solitario, y su reactor rápido Super-Phenix, en Creys-Malville, está entrando en funcionamiento a lo largo de 1986. Probablemente se consiga demostrar la viabilidad tecnológica de los reactores rápidos a escala industrial, pero su inviabilidad económica ya se ha puesto de manifiesto.

Resumiendo: con el paso del tiempo se han cumplido las tres previsiones. Demasiados países disponen de armas nucleares. Demasiada preocupación se ha creado de forma irreversible en la opinión ciudadana después de los graves accidentes nucleares. Demasiado incierta y peligrosa ha resultado la pretendida solución de los reactores rápidos. La ola expansiva de la energía nuclear ha comenzado su reflujó.

Una situación imprevista

Otra importante circunstancia, no previsible hace veinte años, ha venido a añadirse a las anteriores consideraciones negativas que se derivan de la propia naturaleza de la tecnología nuclear. La fuerza motriz de la expansión nuclear ha venido residiendo tanto en el gran beneficio existente en la construcción de cada central nuclear como, sobre todo, en las expectativas de un enorme mercado potencial. Todos los países industrializados o en vías

de desarrollo eran candidatos a la nuclearización. Es decir, todos los países miembros de la OCDE y del CAME, así como otros muchos en América Latina (México, Venezuela, Brasil, Argentina), en Africa (Egipto, Argelia) y en Asia (Turquía, Irán, Pakistán, India, Indonesia, Filipinas, Taiwan, Corea del Sur). Las potentes industrias nucleares de la R.F.A. y de Francia se desarrollaron pensando en la conquista de estos mercados. Los nombres de Laguna Verde (México), Angra dos Reis (Brasil), Atucha (Argentina) y los de las centrales nucleares en proyecto en Egipto, Turquía e Irán, han sido habituales en la prensa europea desde hace quince años, ligados a un renovado y nunca realizado, anuncio de la inminente firma del «contrato del siglo» para la construcción de esas centrales. Pero Jomeini, la deuda latinoamericana y la recesión económica mundial han pospuesto «ad

**Demasiada preocupación
se ha creado de forma irreversible
en la opinión ciudadana
después de los graves accidentes
nucleares.**

calendas griegas» estos sueños europeos. La realidad es que, hoy, la mitad del mercado mundial se ha volatilizado y no queda otra posibilidad que intentar la continuación de programas europeos a uno y otro lado del telón de acero.

Se mire desde donde se mire todas las perspectivas son adversas. Desde el punto de vista de la energía nuclear, el mercado se reduce, el margen de beneficios se acorta, las consecuencias de los accidentes se internacionalizan y las opiniones públicas aumentan su rechazo. Si se piensa desde el sector energético en general, se observa que las crisis del petróleo han enseñado a los países industrializados a crecer económicamente sin que su demanda energética lo haga al mismo ritmo, que la oferta de carbón invade el mercado mundial y que los precios del petróleo vacilan. Si se reflexiona desde un plano político se constata la insuperable contradicción de que la seguridad nuclear ya no se puede garantizar más que en términos supranacionales, y se tiene la evidencia de que las exigencias de las soberanías nacionales jamás

permitirán ese planteamiento. En un contexto como el descrito, no puede resultar sorprendente para nadie que empiecen a generalizarse opiniones favorables a una reconsideración radical de la opción nuclear energética.

La crisis nuclear en el mundo

Un inevitable desconcierto nos invade cuando contemplamos las diferentes intensidades que adquiere la crisis nuclear en cada uno de los países industrializados y las distintas reacciones que provoca. Se tiene una sensación de confusión cuando al mismo tiempo que se razona la carencia de futuro, la inconveniencia y aún el riesgo de la energía nuclear, se observa que un país como Francia tiene más de los dos tercios de su consumo de electricidad cubierto por generación nuclear, mediante uno de los parques nucleares más importantes del mundo, con 41.748 MWe funcionando a principios de 1986. La consideración de las centrales nucleares como exponente del avance tecnológico del sistema productivo de un país se viene abajo cuando vemos que, por un lado, en los EE.UU. no se ha vuelto a contratar la construcción de un solo reactor nuclear desde 1977, habiendo sido cancelados por el contrario varias decenas de los anteriormente comprometidos, y que por otro lado, en la URSS durante la misma época, se acelera el programa de construcción de centrales nucleares de manera que desde ahora a 1990 se espera poner en marcha 29.880 MWe. Pero la sensación de desconcierto, de confusión, de arbitrariedad es sólo provisional. Se origina en que estamos presenciando, en simultáneo, distintos grados de avance en el proceso de nuclearización que dependen de las circunstancias de cada país.

Como fácilmente podría suponerse, dicho proceso alcanza en estos momentos su evolución más avanzada en los EE.UU. No en vano fue el país donde, si

**Estados Unidos fue el país
donde la energía nuclear
se desarrolló como tecnología
primero militar
y luego industrial.**

bien no puede decirse que nació la energía nuclear como descubrimiento científico, sí puede afirmarse que se desarrolló como tecnología primero militar y luego industrial.

Se podrían aportar datos de los incrementos relativos anuales recientes del parque nuclear americano para demostrar que su mercado interior está alcanzando su valor de saturación, así como datos sobre nuevos pedidos y cancelaciones de proyectos en curso, como indicadores del próximo comienzo de la fase de reducción del parque de reactores. Pero, sin duda, resultará más informativa sobre la postura americana ante el futuro de la tecnología nuclear la referencia a varias de sus decisiones estratégicas.

La industria nuclear americana, de la que son buenos representantes Westinghouse o General Electric, realizó a principios de los años setenta importantísimas operaciones de transferencia de tecnología que supusieron, por un lado, un sustancioso negocio americano, y por otro, el lanzamiento de la francesa Framatome y la alemana KWU a la conquista del mercado mundial con diseños propios de reactores nucleares. En los últimos años, Westinghouse se ha replegado, tanto en EE.UU. como en Europa, el negocio del mantenimiento y servicio de centrales nucleares, y General Electric ha abandonado el sector nuclear.

La Administración americana, que tuvo un papel promotor tan intenso durante la fase expansiva de la energía nuclear, tomó con Carter en 1977 la decisión de abandonar los proyectos de reactores rápidos y los de plantas industriales de reprocesado de combustibles irradiados. No se puede ignorar la importancia de esta

decisión que implica la renuncia tecnológica al futuro de la energía nuclear, y menos dejar de valorar que la Administración Reagan, verbalmente tan pronuclear,

la haya mantenido intacta durante dos períodos presidenciales.

Los EE.UU. están de vuelta en el tema nuclear. El mercado seguro, el interno y el

de la Europa industrializada, ya está explotado a fondo y el que podría quedar, el de los países en vías de desarrollo, es suficientemente incierto como los hechos vienen demostrando, para que resulte más prudente abordarlo mediante intereses interpuestos. Sin necesidad de declaración explícita alguna, los EE.UU. se vienen comportando, desde hace años, según una estrategia de abandono paulatino de la energía nuclear como recurso energético, dejando que el ritmo lo marque, probablemente, la propia vida útil de sus centrales nucleares. Su grado de envejecimiento y el incremento de exigencias en seguridad hacen pensar que su horizonte máximo está situado en la primera década del siglo XXI.

Dejando para posterior consideración el caso europeo por lo que tiene de singular, la postura claramente contraria a la americana está representada por países como Japón y la URSS que mantienen intensos programas de construcción de centrales nucleares. Ambos casos tienen en común que representan fases del proceso que ya fueron superadas en los EE.UU., pero conviene tratarlos separadamente por sus distintas circunstancias.

A diferencia del caso soviético, Japón ni tiene área económica reservada ni tecnología nuclear propia, a consecuencia de la renuncia constitucional al arma nuclear que le vino impuesta en el Tratado de Rendición de 1945. Su programa nuclear no puede tener pues, la motivación de conquista del mercado asiático ya que, por ejemplo, los programas nucleares de Corea del Sur, Taiwan, Hong-Kong y el presunto de la R. P. China, están reservados a las compañías occidentales. La razón de la nuclearización nipona hay que buscarla en características de su propia

Lo que suceda en Europa en estos años respecto a la energía nuclear marca el punto de no retorno sobre el tema.

economía. Su sector industrial es más importante de lo que corresponde a una economía avanzada y, en contra de la imagen que en Europa tenemos del Japón de la

microelectrónica, es un sector industrial con fuerte consumo eléctrico como consecuencia de su componente pesada y manufacturera con la que atiende al mercado surasiático. Esta peculiaridad estructural ha llevado al Japón a decidirse por un programa nuclear que supone triplicar su actual parque nuclear a razón de 2.500 MWe por año desde ahora al 2000. Esta decisión se tomó hace diez años en un contexto diferente del actual, tanto económico como en lo que respecta al tema nuclear. Veremos las consecuencias para el Japón cuando sus clientes surasiáticos desarrollen su propia industria pesada y de transformación como ya está empezando a suceder y Japón, como cualquier economía avanzada, pase a industrias menos intensivas en electricidad.

El programa nuclear soviético, que se propone duplicar su potencia nuclear en diez años y que es tan admirado entre nosotros por los dirigentes de los grupos de presión pronucleares, resulta más fácil de interpretar. La Unión Soviética sí tiene tecnología nuclear propia y área de influencia económica reservada. Los reactores a grafito y agua ligera, tipo RBMK como el de Chernobyl-4, fueron también desarrollados y financiados desde programas militares, y los del tipo VVR, más actuales, son la versión soviética de los reactores occidentales de agua ligera a presión. El conjunto de centrales nucleares cuya construcción está prevista, desde ahora al 2000, en los programas checo, búlgaro, polaco, alemán oriental y rumano, representaban 12.867 MWe.

En el caso soviético con un retraso de veinte años, y en una escala más modesta, se dan las mismas circunstancias económicas favorables que promovieron el negocio americano de expansión nuclear:

una tecnología avanzada en monopolio y un extenso mercado cautivo. Para escándalo de ideólogos superficiales, el proceso que habíamos presenciado en el mundo occidental lo estamos viendo reproducido ahora en el mundo de economía planificada. Frases de los discursos de Gorbachov sobre las excelencias de la energía nuclear, algunos las recordamos en boca de Eisenhower hace veinte años.

La crisis nuclear en Europa

Si la fase de abandono de la energía nuclear se detecta claramente en los EE.UU. y la ascendente en la URSS y en el Japón, es en Europa Occidental donde se tiene la sensación de aproximarse a un punto de inflexión. Que nos adentremos en el ocaso de la energía nuclear o que comience la era del plutonio con sus reactores rápidos

y sus plantas de reprocesado, depende de que los programas nucleares europeos se retrasen o se aceleren en los años próximos. Que nadie dude que lo que suceda en

Europa en estos años respecto de la energía nuclear marca el punto de no retorno sobre el tema. Comparando los programas nucleares de cada país se puede precisar más acerca de dónde se está jugando esta partida histórica.

En Europa existe un grupo de países *no nucleares estrictos* como Dinamarca, Portugal, Noruega, Grecia, Irlanda, Austria y Luxemburgo, y otros que son *no nucleares virtuales*, como Italia y los Países Bajos, ya que con un 3,7 % y un 5,7 %, respectivamente de su electricidad de origen nuclear no pueden ser considerados países nucleares.

La situación contraria está representada por países que, por razones técnicas, apenas pueden incrementar mucho más su potencia nuclear de lo que ya lo han hecho. Se trata de Francia y Bélgica, que ya tenían en 1984 un 58,9 % y un 50,6 %,

respectivamente, de generación nucleoelectrónica.

El grupo de países intermedios es el más interesante, ya que es en él donde se juega el futuro. En este grupo destaca Suecia, tanto por su 41,1 % de electricidad de origen nuclear en 1984 como especialmente por tener prohibida por ley la construcción de ninguna nueva central nuclear además de las que funcionan actualmente. Si los EE.UU. fueron el primer país en iniciar el abandono de la energía nuclear industrial por la vía de los hechos consumados, Suecia ha sido el primer país en hacerlo con refrendo político y legislativo. A continuación figuran Suiza, la R.F.A., España y Gran Bretaña, con sus respectivos 36,4 %, 23,5 %, 19,4 % y 19,2 % de producción de su electricidad mediante centrales nucleares en 1984.

**En España no tenemos
tecnología propia y no podemos
soñar con competir
en mercados
exteriores.**

Los porcentajes anteriores indican la intensidad con la que cada país se ha hecho dependiente de la tecnología nuclear, pero la importancia relativa de cada uno

de ellos en la generación eléctrica de origen nuclear en Europa Occidental hay que observarla en otros datos. La Tabla adjunta muestra que en 1984 la producción de origen nuclear en un solo país, Francia, fue equivalente a las de la R.F.A., Gran Bretaña, Bélgica y España juntas. Según las previsiones que figuran en el último informe de 1985 de la Agencia Internacional de la Energía, la generación electronuclear en Europa Occidental prácticamente se duplicará entre los años 1984 y 2000. Para ello crecerá a una tasa anual acumulativa de 3,9 %, aunque durante el mismo período la demanda eléctrica aumentará a una tasa más reducida, 2,1 %, por lo que inevitablemente tendrá lugar una sustitución a nivel de energía primaria, cediendo el carbón lugar a la energía nuclear. El incremento total de producción que pronostica la AIE es de unos 400 TWh (lo que supone unas 55-65 nuevas centrales nucleares) y se repartirá

entre los países ya intensamente nuclearizados, Francia y Bélgica, a los que correspondería un tercio, mientras que los otros dos tercios restantes correrían a cargo del grupo formado por la R.F.A., Gran Bretaña, España e Italia. Estos datos indican que si se habla del presente de la energía nuclear en Europa Occidental hay que referirse a Francia, pero si se quiere evaluar el futuro hay que considerar los programas nucleares alemán, británico, español e italiano.

Francia tiene una «force de frappe» que consume importantes cantidades de plutonio cada vez que hay que actualizar las cabezas nucleares de sus misiles. Francia hizo inversiones ingentes tanto para adquirir las licencias Westinghouse de reactores de agua ligera a presión, cuando abandonó su propio diseño de reactores a grafito-gas, como para desarrollar la tecnología correspondiente. Francia ha hecho un formidable esfuerzo de penetración comercial en los países candidatos a la nuclearización. Si estas razones no fueran suficientes, existe la fuerza de la sinrazón de que lo nuclear ya forma parte integrante de la «grandeur». Salvo accidente catastrófico, no se vislumbran motivos por los que Francia modificaría su programa nuclear.

La Gran Bretaña se encuentra en la situación contraria. Su arsenal nuclear no tiene la consideración popular con que cuenta el francés y comienza a ser cuestionado por importantes sectores de la sociedad británica. La Gran Bretaña no entró en la lucha por los mercados exteriores de tecnología nuclear, probablemente porque no dispuso de diseño propio de reactores de agua ligera a presión. El parque nuclear británico requiere una renovación profunda, ya que sus viejos reactores Magnox, que representan el 48,8 % de su parque actual, corresponden a un diseño de reactor a grafito-gas ya superado y que se acercan al final de su vida útil. Exage-

rando las cosas podría decirse que el Reino Unido se debate en la duda entre empezar su nuclearización de nuevo o adoptar una política energética diferente.

La R.F.A. es un caso intermedio. Hizo tantos proyectos y esfuerzos como su aliado francés en el camino de la expansión nuclear hacia países en vías de desarrollo. El parque nuclear iraní y el brasileño hubieran sido suyos si las cosas hubieran seguido por el camino previsto. La tecnología de KWU de reactores de agua ligera a presión es competitiva sin duda alguna con la de Framatome; pero hay una importante diferencia respecto de Francia: la R.F.A. no tiene arsenal nuclear propio, mientras que por el contrario tiene una de las contestaciones populares antinucleares más fuertes de Europa.

En España la situación es extremadamente sencilla. No tenemos tecnología propia y no podemos soñar en competir en mercados exteriores que ni siquiera los franceses y alemanes han logrado consolidar. Ahora ya no padecemos como en otros tiempos ninguna veleidad sobre un hipotético arsenal nuclear español. Es evidente que en España no hay consenso social favorable al tema nuclear, aunque continúe habiendo poderosos grupos de presión con audiencia indudable en la Administración y un efecto inercial de anteriores situaciones.

Italia es, sin duda, un caso especial. Según todos los argumentos habituales en los promotores de la opción energética nuclear, Italia debería ser un país con un importante parque de centrales nucleares tanto por su elevada dependencia energética del exterior, más del 80 % en 1984, como por su industrialización y su nivel tecnológico. Sin embargo, es el país im-

portante de Europa con menor participación electronuclear, sólo un 3,7 % de toda su electricidad en 1984 fue de origen nuclear, y lo que es mucho más significativo,

Un nuevo accidente desencadenaría un colapso económico que podría ser crítico para el papel de Europa en el mundo.

en la Europa Occidental del año 2000 es el país con más baja previsión de producción nucleoelectrónica, sólo un 16,4 %. Visto retrospectivamente, parece como si Italia hubiera tenido hace años la premonición de lo que serían las tendencias energéticas actuales, ya que proyectó la sustitución del petróleo por carbón mientras que otros países europeos lo hacían por energía nuclear.

El escenario descrito permite pensar que faltan circunstancias objetivas favorables precisamente en los países en los que habría de llevarse a cabo el impulso final, en caso de pretender que más de la mitad de la electricidad de Europa proceda de centrales nucleares. No hay motivaciones militares y, en caso de haberlas, jugarían en sentido contrario. No hay razones económicas, porque los mercados exteriores para rentabilizar la tecnología se hacen cada vez más hipotéticos y las inversiones requeridas son cada vez menos disponibles. No hay urgencias energéticas, porque la crisis del petróleo está siguiendo derroteros imprevistos y el carbón ha invadido el mercado internacional.

Por si fuera poco, la catástrofe de Chernobyl ha abierto los ojos a los europeos. No les ha descubierto absolutamente nada que sus técnicos y sus gobernantes no supieran con anterioridad, independientemente de que estuvieran dispuestos a reconocerlo, pero ha proporcionado a las masas de ciudadanos la evidencia de que, para Europa, el tema de la energía nuclear es una contradicción a resolver sin aplazamiento.

En Europa se da la máxima concentración geográfica del riesgo nuclear. A principios de 1986 estaba funcionando en Europa Occidental exactamente la misma potencia nuclear que en todo el continente americano, y el doble que la que lo hacía en Asia. La nube radiactiva de Chernobyl

En Europa se ha generado la máxima desconfianza recíproca entre los ciudadanos y sus autoridades en los temas nucleares.

nos ha demostrado que, cuando se trata de evaluar el riesgo nuclear, es necesario extender nuestra consideración a toda Europa. Pues bien, en 1986 el 50,2 % de

toda la potencia nuclear instalada en el mundo estaba funcionando entre los Urales y Gibraltar.

En Europa empieza a presentarse la máxima vulnerabilidad energética porque países clave de su sistema económico están produciendo su electricidad con centrales nucleares prioritariamente, y un nuevo accidente (ahora las probabilidades se ciernen entre el Elba y el Tajo) desencadenaría, sin duda, un colapso económico que podría ser crítico para el papel de Europa en el mundo.

En Europa se ha generado la máxima desconfianza recíproca entre los ciudadanos y sus autoridades en los temas nucleares. A pocas cuestiones se han dedicado por parte de los intereses económicos y de las propias Administraciones campañas de «información pública» más intensas, extensas y costosas que las que desde hace veinte años se vienen dedicando a cantar la excelencia, la inocuidad y el progresismo de la energía nuclear. Pero los sondeos de opinión demuestran con pertinencia su fracaso. Lo verdaderamente preocupante, sin embargo, es que este fracaso implica un divorcio entre los ciudadanos y su representación política; supone que, como en otras ocasiones históricas, las élites dirigentes no comparten los sentimientos de sus pueblos y que éstos, a pesar de los reiterados esfuerzos, no llegan a comprender a quienes les representan. Esto significa, en resumen, una quiebra institucional.

Afrontando el dilema

A lo largo del verano de 1986, varios grandes partidos políticos y confederaciones sindicales han comenzado a recoger

en sus resoluciones congresuales la respuesta que, desde la izquierda se empieza a dar a este dilema con el que se enfrenta Europa. Los socialistas alemanes, británicos e italianos, por ahora, han adoptado programas de abandono progresivo de la producción electronuclear comprometiéndose no sólo a no poner en marcha nuevas centrales, sino a ir procediendo a la clausura de las que hoy están en funcionamiento. Según las circunstancias de cada país, este abandono se propone «a la sueca» (también se podría decir «a la americana»), es decir, a medida que cada central agota su tiempo de vida útil (unos veinte años), o bien de forma más drástica, en períodos más cortos.

A nadie se le escapa que en función del apoyo electoral que estos programas susciten, la posición de Europa ante la disyuntiva nuclear puede resolverse de forma sorprendente, al menos si se mira desde la perspectiva imperante hace diez años. Tampoco hay duda de que no sólo un abandono gradual sino incluso un simple pero prolongado estancamiento de la nuclearización de Europa implica, a medio plazo, el fin de la tecnología nuclear, aún en el supuesto dudoso después de Chernobyl, de que el esfuerzo soviético continuase en solitario.

Es evidente que un acontecimiento de estas características representaría un cambio de rumbo en la evolución tecnológica de la Humanidad. Por ello, desde una mentalidad de izquierda, habría de ser considerado como un hecho trascendental. Pero lo sería no sólo por la importancia intrínseca del cambio, sino por las razones que lo habrían promovido. Para la izquierda europea lo que importa, entre

**El abandono paulatino
y planificado de la energía nuclear
supondría la ruptura con el
modelo de crecimiento seguido
por el capitalismo avanzado.**

otras cosas, es que el abandono de la energía nuclear supondría:

- Que los planteamientos tecnocráticos tantas veces utilizados como camuflaje de intereses sectoriales y corporativos no conseguirían prevalecer sobre los intereses generales, por más primario y elemental que sea el lenguaje en que éstos se expresan.

- Que una intervención perfectamente planificada sobre elementos estratégicos del sistema productivo realizaría la sustitución de un recurso energético primario en tiempo prefijado y con mínima perturbación económica y social.

- Que el criterio de explotar una tecnología hasta el límite de su rentabilidad, según la pura lógica capitalista, sería abandonado por otro, no economicista, de solidaridad ante el riesgo; solidaridad entre pueblos distanciados por millares de kilómetros y entre generaciones separadas por siglos.

- Que a los temores populares no se respondería con desprecio vanguardista ni con paternalismo comprensivo y magistral, sino que poniendo la máquina al servicio del hombre, y no al contrario, se abordaría una política energética compatible con una sociedad distinta.

Para terminar: el abandono paulatino y planificado de la energía nuclear en Europa Occidental supondría la ruptura con el modelo de crecimiento seguido por el capitalismo avanzado en el presente siglo, y cuyo principio rector de maximización del beneficio bajo criterios fuertemente restrictivos viene excluyendo la consideración de los valores sociales primarios.

PRODUCCION NUCLEOELECTRICA EN EUROPA OCCIDENTAL

	(A)	(B)	(B-A)	(B-A) / $\Sigma(B-A)$
	1984 TWh	2000 TWh	TWh	%
Francia	191,2	311,5	120,3	30,5
R. F. Alemana	92,8	162,3	69,5	17,6
Gran Bretaña	54,2	144,7	90,5	22,9
Suecia	51,0	58,2	7,2	1,8
Bélgica	27,7	43,9	16,2	4,1
España	23,3	59,6	36,3	9,2
Suiza	18,4	26,0	7,6	1,9
Italia	6,8	53,8	47,0	11,9
TOTAL	465,4	860,0	394,6	100,0

DATOS: Informe 1985 de AIE; elaboración propia.

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA CRISIS MUNDIAL

Immanuel Wallerstein



Ronald Reagan se ha convertido en presidente de los Estados Unidos con la promesa de «invertir la tendencia al declive» de la potencia y de la riqueza americanas, y de devolverle a los Estados Unidos su posición hegemónica en la economía mundial.

A la vista del dólar, que ha recobrado la salud, de la supuesta recuperación económica americana y de las renovadas promesas por parte de Francia y de Alemania en cuanto a su «atlantismo», algunos piensan que Reagan lo ha logrado.

Pero, de hecho, sus éxitos van a ser efímeros, y su política no va a permitir al-

canzar los objetivos que se ha fijado, ni a largo ni a medio plazo. Es un hecho que *ninguna* política por parte del gobierno puede invertir el *declive relativo* hacia el que habrán de tender, en los próximos treinta años, el nivel de vida de los americanos y la potencia de los Estados Unidos. Este «declive» va a ser en cualquier caso más suave y menos doloroso de lo

que piensan los alarmistas, pero tampoco se producirá sin dolor alguno, en particular para ciertos estratos de la población. No obstante, este «declive» también constituye la oportunidad soñada de los Estados Unidos para integrarse tras treinta y cinco años de hegemonía. Nadie aprecia a una primera potencia arrogante, y además, tampoco resulta demasiado sano ser la primera potencia, como lo demuestran la guerra del Vietnam y el asunto Watergate.

A partir de los sesenta, los Estados Unidos empezaron a notar el peso del coste que su posición de supremacía suponía para su economía.

Para comprender mejor las distintas opciones que la Historia nos depara, es necesario situar este «declive» en una perspectiva histórica. El primer punto sobre el que hay que llamar la atención es que un «declive» como éste del país preponderante (de la «potencia hegemónica») en la economía capitalista mundial no es nada nuevo. Se produce a intervalos de tiempo regulares. El «declive» de Venecia empezó hacia el año 1500, el de Holanda alrededor del año 1600, el de Gran Bretaña hacia 1873 y el de los Estados Unidos hacia 1967. En todos y cada uno de estos casos, la razón fundamental, siempre la misma, fue de tipo económico. Estas potencias, que conocieron en su apogeo una tasa de productividad muy superior a la de los Estados rivales, empezaron a ver cómo se reducía esta ventaja debido al envejecimiento de su aparato productivo (en el sentido más amplio de la palabra), y al aumento del coste relativo de sus factores de producción, que venía a añadirse a la importante carga que su *posición* dominante a nivel político y militar suponía para su economía. Esta carga implicaba a su vez una presión fiscal cada vez mayor que por su parte también hacía crecer los costes de producción con relación a los de los demás Estados. Ni Venecia, ni Holanda, ni Gran Bretaña fueron capaces de detener este fenómeno, como tampoco lo conseguirán los Estados Unidos. En cada uno de estos casos el «declive» fue lento, e hizo falta casi un siglo pa-

ra que dejara sus huellas en todos los aspectos de la vida económica, política y social del país, hasta que este país experimentaba una regresión más acentuada y

más rápida, hasta alcanzar el rango de potencia de segundo orden (es decir, hasta su «semiperiferización»): a partir de 1650 para Venecia, de 1770 para Holanda y de 1960 para Gran Bretaña. En los casos de Venecia y de Holanda, que ofrecen una perspectiva histórica mayor, se produjo incluso una tercera fase durante la cual se recuperó un nivel de vida relativamente alto: después de 1870 en los Países Bajos y después de 1960 en la Italia septentrional.

Este «declive» de los Estados predominantes no es más que un aspecto de un fenómeno mucho más amplio de «rotación» en la economía capitalista mundial, tal y como ésta viene funcionando a lo largo de la historia. Como bien hemos podido comprobar en varias ocasiones, está demostrado que todo sistema en el cual los productores que compiten tratan de maximizar individualmente el capital acumulado, y de acumular más aún, en un estímulo notable para la producción y la innovación. Sin embargo, un sistema como éste también estimula la «sobreproducción»: cuando hay perspectivas de obtener grandes beneficios, es evidente que muchas personas intentan sacar tajada del pastel. Este pastel queda desmigajado, y el problema radica en saber si habrá un número suficiente de consumidores que dispongan de los medios necesarios para adquirir los bienes producidos a un precio tal que permita a los empresarios obtener el beneficio esperado.

Es falso afirmar que la producción genera consumo. A medio plazo, el nivel de consumo de una población importante resulta de una decisión de tipo social (político) relacionada con la distribución de los ingresos; es función de las normas que imperen en esa sociedad, respecto a los nive-

les de renta y los modos de redistribución pública. Estos últimos se van modificando a lo largo del tiempo, pero en un momento determinado son relativamente estables. Existen diversos modos: uno a nivel de todo el planeta, otros para cada zona (el centro, la semiperiferia y la periferia), y otros más a nivel nacional. En un momento determinado todos estos modos de redistribución son fruto, tanto individualmente como en su conjunto, de los conflictos sociales, políticos e incluso militares, producidos en un pasado reciente.

De este modo, se da regularmente el caso de que se producen «en exceso» los mismos bienes que habían generado prosperidad durante las épocas de expansión y la economía mundial entra entonces en una fase de paralización. Aparentemente, estos altibajos duran una media de alrededor de unos 25 años cada uno. Cuando la economía mundial se encuentra en una de sus fases de paralización, los productores, persiguiendo la obtención de beneficios, luchan por sobrevivir. Muchos quiebran. Otros intentan reducir los costes y/o «hacer innovaciones», es decir, intentan descubrir nuevos sectores de actividad, más lucrativos. Pero la reducción de los costes, e incluso la innovación, implican a menudo un trasvase de los medios de producción —unas veces para sacar beneficios de alguna ventaja en relación con la geografía; más frecuentemente para evitar unos gastos de personal elevados o una fuerte presión fiscal, cuya reducción es difícil de obtener con medios políticos.

Los capitalistas abandonan el «país» y esta salida redundante en un «declive» para dicho país. Por supuesto, habrá algún otro país para el cual este mismo trasvase signifique un «auge», y en la mayoría de los casos éste se vanagloria de sus propias virtudes que han sido, al parecer, responsables de este «desarrollo». Cada cincuenta años aproximadamente, y en el mundo entero, algunos países «progre-

san» (o «se desarrollan»), mientras que otros «van en declive».

En general, durante los períodos fastos, se suele pintar un cuadro demasiado rosa de la situación, y en cambio en los períodos nefastos el cuadro es demasiado oscuro o demasiado siniestro.

Volvamos desde esta perspectiva sobre lo que ha ocurrido exactamente en los Estados Unidos en los últimos años. A partir de 1945, como ya hemos dicho, los Estados Unidos eran hegemónicos en todos los sentidos de la palabra. En primer lugar, a nivel económico: en todos los sectores productivos, del comercio y de las finanzas, las empresas establecidas en los Estados Unidos eran las más rentables en términos de mercado. Para sacarle el máximo provecho a esta situación, los Esta-

Watergate dejó patente que el acuerdo social que había sustentado la estabilidad política interna amenazaba peligrosamente con derrumbarse.

dos Unidos tenían que encontrar salidas comerciales y evitar que se interrumpiera la producción. Las salidas les fueron proporcionadas gracias a la reconstrucción

de Europa Occidental y de Japón (plan Marshall, Bretton Woods, etc.), y en segundo lugar, favoreciendo lo más posible el libre cambio en las zonas periféricas de la economía mundial (apoyando la descolonización del Tercer Mundo, Alianza para el Progreso, etc.). Los Estados Unidos se aseguraron una producción interior ininterrumpida gracias a un contrato social suscrito *de facto* por las grandes sociedades y los principales sindicatos que garantizaron la paz social, una mejora de la productividad y un incremento de los beneficios empresariales, a cambio de un aumento de los salarios reales; el coste de este acuerdo fue asumido por terceras personas (los «consumidores», y en particular los trabajadores no afiliados a ningún sindicato) a través del alza de los precios. A nivel cultural, la posguerra vivió la «americanización» del mundo, o al menos la del «mundo libre»: desde las ciencias hasta la Coca-Cola, pasando por el idioma.

La única sombra que apareció en este cuadro fue la existencia de un «bloque socialista», o al menos de países socialistas algo hostiles, entre los cuales los dos principales, la URSS y China, eran grandes en extensión pero débiles económicamente hablando. Esta «dificultad» quedó solventada a nivel político al aislar a estos países política y militarmente (OTAN, equilibrio del terror nuclear, ideología anticomunista, etc.).

Este sistema funcionó sin trabas hasta mediados de los años sesenta, momento en el cual sus contradicciones se hicieron patentes. En primer lugar, la reconstrucción de Europa Occidental y de Japón, tan necesaria para la prosperidad de los años 50, generó una serie de rivales en la producción que empezaron a igualar, y luego a superar, las tasas americanas de productividad. Tuvo lugar un fenómeno bien conocido: a unos medios productivos más recientes corresponden unos costes de producción menos altos. Estos costes más reducidos lo eran con doble fuerza: por un lado, los salarios obtenidos por trabajadores con idéntica calificación eran menos elevados; por otro lado, las grandes sociedades, e indirectamente el país entero, tenían que soportar el peso de una proporción menor de individuos con profesiones liberales, de ejecutivos y técnicos pertenecientes a la clase media alta.

Además, los Estados Unidos empezaron a notar el peso del coste que su posición de supremacía suponía para su economía. Que las empresas asentadas en los Estados Unidos hubieran sido tan competitivas en los años cincuenta se debía en parte a que, entre 1870 y 1940, el Estado americano había tenido muy pocos gastos en materia político-militar. En aquella época, los costes en los que incurría para mantener su supremacía eran soportados por Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón. Pero después de 1945, a Alemania

y a Japón se le impone la prohibición formal de incurrir en tales gastos, mientras que Gran Bretaña y Francia reducen progresivamente los suyos. Desde ese momento, los Estados Unidos tuvieron que asumir en gran proporción el pago de la cuenta. Esto supuso, sin duda, alguna garantía para su potencia, pero a un alto coste para su economía. Fue la guerra del Vietnam la que hizo que las cosas se precipitaran. Al ver las reservas americanas de oro progresivamente drenadas hacia el exterior, los impuestos crecer regularmente y la inflación empezar a surgir, los Estados Unidos tomaron de repente conciencia de que sus arcas no carecían de fondo. Las cosas no podían seguir de este modo.

Fue finalmente a nivel político donde el asunto tomó un mal rumbo, precisamente allí donde menos cabía esperarse. El imperio soviético empezó a resquebrajarse: la desestalinización a partir del XX Congreso del Partido en 1956; las perturbaciones en Europa del Este; la ruptura chino-soviética en 1960. Los Estados Unidos creyeron que todo esto respondía a lo que ellos habían deseado, pero la desintegración del imperio soviético resultó ser un factor *negativo* para la hegemonía americana. El conjunto del sistema interestatal que los Estados Unidos dominaban descansaba sobre la base de una situación de bloqueo entre dos polos desiguales («la contención»). Ya desde sus inicios, la disgregación del «bloque socialista» liberó a esta especie de disciplina militar que la guerra fría había impuesto, no sólo a los países no-alineados del Tercer Mundo, sino también a los firmes aliados de los Estados Unidos, como Europa Occidental o Japón. Última cuestión, aunque no por ello menos significativa, el derrumbamiento del sistema soviético permitió cierta renovación política en el propio seno de una izquierda y de una derecha opuestas al consenso centrista que había asfixiado al país durante el período de hegemonía.

Reagan propuso reforzar la potencia militar y reafirmar un anticomunismo como medio de presión ideológica sobre Europa Occidental y Japón.

Todo el mundo pudo darse cuenta fácilmente de esta ruptura en el sistema interestatal que hasta entonces venía funcionando sin obstáculos bajo el dominio de los Estados Unidos. Son tres las palabras que la definen: Vietnam, OPEP y Watergate.

En el Vietnam, los Estados Unidos fueron vencidos por un pueblo pequeño porque este pueblo combatió con tenacidad (y no gracias a los rusos ni a los chinos, sino en gran medida a pesar de ellos), y porque el coste económico y político de la guerra se estaba volviendo sencillamente imposible de asumir por parte de los Estados Unidos.

El hecho de que la OPEP haya sabido reservarse un alto porcentaje sobre la «renta» generada por las ventas de petróleo en el mundo fue la resultante de los siguientes factores:

— El vigor con el cual el Tercer Mundo comenzó a defender sus propios intereses, y Vietnam es aquí un símbolo de ello.

— La rivalidad, ya existente a nivel económico, entre los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, que impulsó a los Estados Unidos a hacerse cómplices de la primera subida de los precios del petróleo en 1973, por mediación del Shah de Irán y de los saudíes.

— La fiebre de las sociedades transnacionales por encontrar nuevas perspectivas económicas rentables en la era post-hegemónica americana. (¿Se beneficiaron o se vieron perjudicadas por el alza de los precios decidida por la OPEP?)

El asunto Watergate, que sucedió al movimiento de protesta contra la guerra del Vietnam, al del «Black Power» y a las revueltas estudiantiles de 1968-69, dejó patente que el acuerdo social que había sustentado la estabilidad política interna

La espectacular subida del dólar es, en parte, consecuencia de las contradicciones inherentes a la política económica de Reagan.

amenazaba peligrosamente con derrumbarse.

En este contexto, los Estados Unidos intentaron a finales de los años 70 «salvar la situación» (desde su propio punto de vista) por cuatro vías diferentes. La primera reacción consistió en volver a concederle a la Unión Soviética por un lado, y a China por otro, un lugar en la división mundial del trabajo y en los acuerdos políticos internacionales. Esto se manifestó en forma de distensión en el caso de la Unión Soviética, y de una «nueva política» iniciada por Nixon frente a China.

El razonamiento que subyacía bajo estos dos virajes diplomáticos era doble.

Por un lado, en una economía mundial en la que la demanda empezaba a disminuir gravemente, la Unión Soviética y China ofrecían unos amplios mercados nuevos. Con muy poco que se les ayudara, estos países estarían en situación de alcanzar aquel grado en el cual tendrían que recurrir precisamente a los bienes cuya producción era excedentaria en el resto del mundo: acero, trigo, material de transporte o material electrónico, etc. Por otro lado, habiendo desembocado la grieta que había aparecido en el bloque socialista al mismo tiempo en una «liberalización» y en una «heterodoxia» marxista que conmocionó seriamente a toda la ideología anticomunista, parecía a todas luces que el mejor medio de limitar los riesgos políticos en el Tercer Mundo era admitir que las altas esferas soviéticas y chinas participaran en el «gran juego» de Rudyard Kipling. De Gaulle llevaba años defendiendo esta postura, y en los años 70, los Kissinger y otros Schmidt estaban dispuestos a atribuirse el análisis gaulista.

La segunda reacción de los Estados Unidos fue intentar frenar el deslizamiento de sus «aliados» hacia la independencia, y en particular el de Europa Occiden-

tal. Kissinger aludió públicamente a esta política, que fue el objetivo explícito de la Comisión Trilateral. La complicidad de los Estados Unidos con la OPEP, en lo que respecta al alza de los precios, supuso un esfuerzo por disciplinar a las economías de Europa Occidental y de Japón, de las que se pensaba que se verían más gravemente afectadas que los Estados Unidos. Pero esto sólo fue cierto durante algunos años. Como cada vez se hacía menos probable que las maniobras económicas consiguieran hacer ceder a sus aliados, los Estados Unidos se las agenciaron para acorralarlos en el plano ideológico, creando o exacerbando una serie de situaciones respecto a las cuales esperaban que la opinión pública en Europa Occidental presionara a los gobiernos para que éstos volvieran a reconocer la autoridad de los Estados Unidos. Me resulta difícil comprender las tomas de postura de la diplomacia americana (en tiempos de Carter y de Reagan) en lo relativo a Afganistán, a Irán, a Polonia y al gaseoducto, al menos de considerar que estuvieran dirigidas no tanto como la URSS como contra Europa Occidental (en la óptica de obligar a ésta a acatar globalmente las posturas americanas).

La tercera reacción fue el intento de preservar el ritmo de acumulación de capital en el mundo, y en particular del capital localizado en los Estados Unidos, concediendo créditos ingentes (e imprudentes desde el punto de vista económico) a los mayores Estados semiperiféricos del planeta, como México, Brasil y Argentina, Zaire, Turquía e Indonesia, Polonia, Hungría y Corea del Norte, y muchos otros más. Por añadidura, a medida que el importe de estos préstamos iba aumentando, paralelamente a la inflación, la capacidad de devolución de los gobiernos deudores iba disminuyendo debido a la caída de la actividad económica mundial. Para poner remedio a esta situación, los bancos y el gobierno americanos se vieron

obligados a sacrificar, desde ese momento y a intervalos de tiempo regulares, una parte importante de sus fondos para «salvar» al mundo del crac financiero. Este fenómeno se ha vuelto imposible de controlar, como una ruleta infernal.

Finalmente, la cuarta reacción de los Estados Unidos fue de orden interno. Hubo que apretarse el cinturón y reducir los costes. Para los antiguos sectores clave de la industria esto significó el cierre de fábricas y la reducción de las remuneraciones (indirectamente primero, no haciendo crecer los salarios al ritmo de la inflación, directamente después, firmándose nuevos convenios colectivos). De ahí que los Estados Unidos vieran cómo crecía una tasa de desempleo significativa entre aquellos mismos trabajadores que habían hecho posible el contrato social de la pos-

**Las transnacionales establecidas
en Estados Unidos están
transfiriendo fuera del país
sus capitales
y su personal.**

guerra entre las grandes sociedades y los grandes sindicatos, y que habían sacado provecho de él. Estos trabajadores habían constituido la base política fundamental de la coalición Roosevelt y Kennedy. Sin embargo, muchos de ellos votaron por los republicanos en 1980, y le ofrecieron así a Reagan un margen de apoyo decisivo, con la esperanza —desde luego vana— de que cortara la progresión del paro del que eran víctimas.

Mientras estos trabajadores eran despedidos, otros eran empleados. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, los Estados Unidos conocieron un desarrollo notable de lo que en el siglo XVIII se llamaba «industria a domicilio», en la cual se emplea a trabajadores «marginales» (por ejemplo mujeres, niños, miembros de minorías) a cambio de un salario mucho más bajo, privándolos al mismo tiempo de la mayoría de las ventajas sociales vigentes. Paralelamente a las «industrias a domicilio» en el sector textil y en la pequeña empresa, se asiste a un recrudecimiento deliberado de la «inmigración ilegal»: es muy cómodo disponer de trabajadores que tie-

nen pocos derechos sociales y tan poco poder político. Desde luego, también se desarrollaron industrias que utilizaban técnicas de punta y que constituyeron una esperanza para el futuro, pero, frente a la competencia japonesa, estas industrias han empezado a dar peligrosos tumbos en los últimos años.

Las críticas de Reagan respecto a las políticas de Nixon, Ford y Carter se basaban en la contradicción entre la primera reacción, la distensión, y la segunda, el Trilateralismo. Afirmaba que esta contradicción servía los intereses de los Estados Unidos. Propuso una alternativa: reforzar la potencia militar y reafirmar un anti-comunismo activo, como medio de presión ideológica sobre Europa Occidental y Japón.

Reagan está convencido de que lo ha conseguido. La táctica consistente en presionarlos ha hecho aparentemente de Mitterrand y de Kohl unos aliados más dóciles que Giscard y Schmidt. Pero esto sólo es cierto a primera vista. Es posible que Europa Occidental se haya moderado en cuanto a la cuestión de los misiles (si bien todavía no ha sido dicha la última palabra en este asunto) y se muestre menos crítica en lo relativo a Centroamérica y al Medio Oriente. Pero en lo fundamental, en lo que de verdad importa, en el plano económico, Europa Occidental ha permanecido inquebrantable. Incluso Margaret Thatcher ha demostrado su firmeza en el problema del gaseoducto soviético.

No cabe duda de que la espectacular subida del dólar es en parte consecuencia de las contradicciones inherentes a la política económica de Reagan: menos impuestos y más gastos militares han conllevado un enorme déficit en el presupuesto y, por tanto, tipos de interés altos. Pero también es una política deliberada, un arma en contra de los europeos. Y los europeos lo saben. Pero no puede durar. A largo pla-

zo, tenderán a alejarse de la OTAN y a asociarse con la URSS en la esfera económica (aunque no en los ámbitos militar e ideológico), para contrarrestar la nueva alianza económica del Océano Pacífico entre Estados Unidos, Japón y China.

¿Cuáles son pues hoy las distintas posibilidades que se le ofrecen a los Estados Unidos? Se habla mucho de la «reindustrialización». Cualquiera que pensara que es posible volver a la situación económica del período 1950-1970 gracias a una «reindustrialización» viviría de ilusiones. Un reciente debate en el Congreso americano lo ha demostrado claramente. Cuando un parlamentario de Michigan se quejó de que la industria automovilística japonesa fuera la responsable del paro en su Estado, su colega de Tennessee le contestó que esta misma industria había creado puestos de trabajo en el suyo, donde se acababan de abrir varias plantas de montaje. Sin embargo, este diputado había omitido precisar que los nuevos empleos creados eran del mismo tipo (ensamblaje de piezas) que los que la industria americana del automóvil viene ofreciendo tradicionalmente en Nigeria. Los sueldos eran menores, al igual que los ingresos fiscales obtenidos por los Estados Unidos y la parte de beneficios destinada a reinversión en el país.

Las sociedades transnacionales han empezado a emigrar. Las que están establecidas en los Estados Unidos están marchándose, transfiriendo fuera del país sus capitales y su personal. Las transnacionales provenientes de otros países se instalan en los Estados Unidos, con la intención de utilizar sus establecimientos americanos como lugares de producción «con menores costes». La elección que se le va a presentar a los Estados Unidos será la misma

La única decisión que puede suavizar el declive del nivel de vida americano es una doble medida de redistribución social, tanto interna como mundial.

que la que se le ofrece a Italia, a Nigeria o a Brasil, es decir, no dificultar el proceso y facilitar la explotación, o utilizar el aparato del Estado para intervenir y obtener

condiciones más justas. Que los Estados Unidos sean capaces o no de seguir la segunda vía dependerá, como en el caso de los demás Estados, de su capacidad para defender sus intereses (capacidad que no le falta) y de las restantes posibilidades que se les ofrezcan a las transnacionales (cuyo abanico es más amplio de lo que queremos darnos cuenta) y de la «determinación» americana.

Abordemos ahora el tema de la «determinación» americana. Reagan ha hecho de él una cuestión fundamental. Los anteriores presidentes, ha declarado o insinuado, no habían tomado la determinación de remediar el «declive». Nosotros afirmamos que es una idea equivocada. El «declive» es estructural. Pero, ciertamente, la «determinación» también juega un papel: nos referimos a la «determinación» en materia de redistribución de la renta.

En un período de paralización generalizada, o peor aún en el caso de un crac financiero, que podría producirse perfectamente en un futuro próximo, los gobiernos no pueden invertir instantáneamente la situación, pero pueden hacer que sea menos dolorosa. O, mejor dicho, pueden decidir sobre quién recaerán sus consecuencias. De hecho, la única decisión que puede suavizar de forma significativa el «declive» del nivel de vida americano durante los próximos diez o cincuenta años es una doble medida de redistribución social, tanto a nivel interno como a nivel mundial.

Preconizar una redistribución de la renta mundial como instrumento para mantener el nivel de vida de los más favorecidos puede parecer un extraño remedio. Pero existe una realidad, simple y fundamental: cuanto más se elevan los salarios de los trabajadores del sector textil en Malasia, o de los mecánicos de la industria automovilística en Venezuela, menor es el margen de maniobra de las transna-

**El mundo no debería
olvidar que el declive soviético
ha venido a contrarrestar
el declive
americano.**

cionales frente a los trabajadores americanos del sector textil o del automóvil. Y cuanto más eficazmente se someten las «industrias a domicilio» en los Estados

Unidos a una legislación social que garantiza mejores salarios reales, más (y no menos) posibilidades tienen los especialistas en siderurgia de Pittsburgh de conservar su empleo. El nuevo eslogan de la «reindustrialización» es una palabra cifrada que significa la baja de los salarios reales, en una época en la que es precisamente el mantenimiento e incluso el alza de los salarios reales lo que puede prometer una competitividad mayor.

Además, desde la segunda guerra mundial, el americano medio está convencido de que los levantamientos revolucionarios en el Tercer Mundo constituyen una amenaza para la estabilidad y el nivel de su propia forma de vida. Desde luego, esto era en parte cierto en la época de la hegemonía americana. Pero en la época poshegemónica ya no lo es. No hay duda de que cada vez que las fuerzas populares obtienen una victoria en algún lugar lejano del planeta, el hecho viene a acrecentar, y no a disminuir, el peso de las masas americanas y del Estado americano en su relación de fuerzas con las transnacionales, cuya primera preocupación es su propia rentabilidad. Al fin y al cabo, los negocios son los negocios.

Por último, el nuevo alineamiento de las alianzas interestatales también es positivo. En el corto plazo aparece como un factor desestabilizador y el riesgo de los «errores» nucleares se ve aumentado, pero en el más largo plazo promete un reparto más equilibrado de la potencia militar mundial, y en consecuencia una probabilidad menor de que cualquiera se sienta lo bastante poderoso como para arriesgarse a un conflicto nuclear. El mundo no debería olvidar que el «declive» soviético ha venido a contrarrestar el «declive» americano. Es difícil conven-

cerse de todo esto cuando aún se cree vivir en 1950, en la época en la que los únicos que importaban eran los Estados Unidos (y la imagen especular que se han creado,

la URSS). Pero, por fortuna, el mundo ha evolucionado.

Traducción: Magali Martínez Solimán

PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

Revista de Economía Política

Revista semestral patrocinada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL)

Junta de Asesores: Raúl Prebisch (Presidente), Rodrigo Botero, Fernando H. Cardoso, Aldo Ferrer, Enrique Fuentes Quintana, Celso Furtado, Norberto González, David Ibarra, Enrique V. Iglesias, José Matos Mar, Andreu Mas, Francisco Orrego Vicuña, Manuel de Prado y Colón de Carvajal, Luis Ángel Rojo, Santiago Roldán, Germánico Salgado, José Luis Sampedro, María Manuela Silva, José A. Silva Michelena, Alfredo de Sousa, Osvaldo Sunkel, María C. Tavares, Edelberto Torres Rivas, Juan Velarde Fuentes, Luis Yáñez, Gert Rosenthal y Emilio de la Fuente (Secretarios)

Director: Anibal Pinto

Consejo de Redacción: Adolfo Canitrot, José Luis García Delgado, Adolfo Gurneri, Juan Muñoz, Ángel Serrano (Secretario de Redacción), Carlos Bazo, Carl Sch, Augusto Mateus y Luis Rodríguez Zuñiga

Nº 9 (608 páginas)

Enero-Junio 1986

SUMARIO

EL TEMA CENTRAL: INFLACION, ACELERACION Y CONTENCIÓN

- *Análisis retrospectivo de los ciclos inflacionarios en América Latina, 1950-1985*: Héctor Assael
- *Ciclos inflacionarios en América Latina, 1950-1985. Comentarios*: Albert O. Hirschmann
- *Ciclos inflacionarios en América Latina, 1950-1985. Comentario*: Felipe Pazos
- *La inflación argentina de los 80 y el Plan Austral*: Carlos Daniel Heymann
- *El programa antiinflacionario argentino*: Alfredo Eric Calcagno
- *O choque antiinflacionario brasileiro*: Antonio Kandir
- *La inflación en el Uruguay*: Israel Wonsewer
- *La evolución de las tendencias inflacionarias en el Ecuador*: Germánico Salgado
- *Costa Rica: Inflación y crecimiento ante la crisis de la deuda externa*: Ennio Rodríguez Céspedes
- *Causas y efectos de la inflación y de las políticas antiinflacionarias en Venezuela*: Miguel A. Rodríguez F.
- *La aceleración inflacionaria en Venezuela*: Anibal Lovera
- *Bolivia: inflación y democracia*: Arturo Nuñez del Prado
- *Perú: Análisis de una experiencia heterodoxa de estabilización económica*: Jorge Chávez
- *La inflación en Perú (1950-1984). Síntesis descriptiva*: Javier Iguñiz
- *Inflación, conflictos macroeconómicos y democratización en Chile*: José Pablo Arellano y René Cortázar
- *Inflación y política antiinflacionista en la transición democrática española*: José Víctor Sevilla Segura
- *La necesidad de consenso democrático para afrontar la crisis económica*: Antonio García de Blas
- *O processo inflacionario português no pós-25 de abril de 1974*: Daniel Bessa

Intervienen en el Coloquio: Sergio Aranda, Armando Córdova, Carlos Díaz de la Guardia, Víctor Fajardo, Augusto Mateus, Gastón Parra, Anibal Pinto y Héctor Silva Michelena

Y LAS SECCIONES FIJAS DE:

● **Reseñas temáticas:** examen y comentarios —realizados por personalidades y especialistas de los temas en cuestión— de un conjunto de artículos significativos publicados recientemente en los distintos países del área iberoamericana sobre un mismo tema. Se incluyen quince reseñas temáticas en las que se examinan 234 artículos realizados por: M. Alberto Carrillo, Lilia Domínguez, Aline Frambes-Buxeda, Raul Leis, Carmelo Mesa Lago, Joao Quartim de Moraes e Isabel Torres (latinoamericanas), José Antonio Alonso, Emilio Arévalo y Juan Antonio Gallego, María Angeles Duran, Manuel Guedán y José Ángel Sotillo e Ignacio Santillana (españolas), Joao Bettencourt, Ilona Kovacs, y Stefano Mainardi (portuguesas)

● **Resúmenes de artículos:** 150 resúmenes de artículos relevantes seleccionados entre los publicados por las revistas científico-académicas del área iberoamericana durante 1985-86

● **Revista de Revistas Iberoamericanas:** información periódica del contenido de más de 140 revistas de carácter científico-académico, representativas y de circulación regular en Iberoamérica en el ámbito de la economía política.

● **Suscripción por cuatro números:** España y Portugal 3.600 pesetas ó 40 dólares; Europa 45 dólares, América y resto del mundo 50 dólares.

● **Número suelto:** 1.300 pesetas ó 15 dólares

● **Pago mediante talón nominativo a nombre de Pensamiento Iberoamericano.**

● **Redacción, administración y suscripciones**

Instituto de Cooperación Iberoamericana
Dirección de Cooperación Económica
Revista Pensamiento Iberoamericano
Telef. 244 06 00 Ext. 300
Av. de los Reyes Católicos, 4
28014 MADRID

TEORIA Y PRACTICA

Immanuel Kant

LA PSIQUE HUMANA

John C. Eccles

DIALOGOS DE AMOR

León Hebreo

INTUICION Y RAZON

Mario Bunge

**MAQUINAS, SISTEMAS
Y MODELOS. Un ensayo
sobre sistémica**

Javier Aracil

**HISTORIA DE LA
CIENCIA Y SUS
RELACIONES CON LA
FILOSOFIA Y LA
RELIGION**

William Cecil Dampier

**ETICA MINIMA.
Introducción a la filosofía
práctica**

Adela Cortina

**PERIODISMO DE
INVESTIGACION**

Petra M. Secanella

**FILOSOFIA ACTUAL DE
LA CIENCIA**

Andrés Rivadulla Rodríguez

**REIVINDICACION DE
LA LIBERTAD DE
PENSAMIENTO Y
OTROS ESCRITOS
POLITICOS**

Johann Gottlieb Fichte

**SOBRE LA REPUBLICA.
SOBRE LAS LEYES**

M.T. Cicerón

**LA TEORIA DE LA
MINORIA SELECTA EN
EL PENSAMIENTO DE
ORTEGA Y GASSET**

Ignacio Sánchez Cámara

**DISCURSO DE LA
SERVIDUMBRE
VOLUNTARIA O EL
CONTRA UNO**

Etienne de la Boëtie

EN ESTE PAIS

Pedro Laín Entralgo

**LA COMUNICACION
HUMANA**

José Luis L. Aranguren

EL MIEDO A LA RAZON

Enrique Tierno Galván

tecno

EDITORIAL TECNOS

O'Donnell 27. 1º - 28009 MADRID - Telés. 431.64.00 - 53

De venta en las principales librerías.
Solicite catálogo al aptdo. 14632. Ref. D. de C. 28080 MADRID.
Comercializa GRUPO DISTRIBUIDOR EDITORIAL, S. A.
Don Ramón de la Cruz, 67. 28001 MADRID Tel. 401 12 00

ANAYA

LA RECUPERACION REAGAN

André Gunder Frank



La «recuperación» de la economía mundial registrada con el presidente Reagan a partir de 1983 es débil a nivel nacional, desigual a nivel internacional, y temporalmente inestable. La próxima recesión amenaza con agravar las tendencias depresivas, las medidas neomercantilistas, e incluso las políticas económicas de bloque que recuerdan a la de los años 30.

Podríamos resumir el desarrollo de la crisis económica mundial hasta la fecha observando que ya ha experimentado cuatro recesiones, en 1967-70, 1973-75 y 1979-82. Ninguna de las recuperaciones clínicas intermedias volvió a recuperar los niveles anteriores a la recesión, y cada recesión ha sido más profunda, más larga, más du-

radera y más generalizada que la anterior, según varios indicadores de peso. Esta tendencia a la baja en el índice de crecimiento de las recuperaciones y recesiones queda plasmada en los gráficos del Comité Económico Conjunto del Congreso de los Estados Unidos. Esta misma tendencia es todavía más evidente en la economía mun-

dial en su conjunto. En los Estados Unidos, en cada recesión, la tasa de crecimiento del PNB disminuía más, y la producción y los ingresos eran menores que en la anterior.

En el caso de las inversiones comerciales, el creciente declive de las recesiones clásicas era aún más pronunciado. El índice de utilización de la capacidad industrial no se limitaba sólo a disminuir en cada recesión, como es de esperar. Es todavía más significativo que, en ninguna de las recuperaciones, el índice de utilización de la capacidad industrial recuperaba el punto más alto alcanzado antes de la recesión anterior. Esto significa que, tanto durante las recesiones como durante las recuperaciones, la utilización de la capacidad industrial tendía a la baja, y los valores de la capacidad utilizada sabían—incluso después del cierre y reconversión de siderurgias, fábricas, etc.—. En cuanto a la tasa de crecimiento de la productividad, los mínimos registrados en las recesiones cíclicas y los máximos en períodos de recuperación disminuían de una recesión a otra.

Los índices y el volumen total de desempleo aumentaban en cada recesión, y los índices mínimos de desempleo eran más altos cada vez, ya que nunca recuperaban los niveles mínimos de paro registrados en la recuperación anterior. En Europa y en Japón, por no mencionar el Tercer Mundo e incluso los países socialistas, el desempleo aumentó todavía más. En los países industrializados de la OCDE en su conjunto, el desempleo doblaba aproximadamente de una recesión a otra —de cinco millones en 1967 a ocho millones en 1970, a 15 millones en 1975, y 33 millones en 1982— y, en Europa, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, el desempleo siguió aumentando incluso durante la recuperación de 1975-79, y de nuevo en la de 1983-86. En el Tercer Mundo, el desempleo estalló con la llegada de la recesión mundial de 1979-82 y la crisis de la deuda en 1982, y no ha dejado de aumentar desde entonces. Los salarios reales y la renta media que se de-

El cambio a un control monetarista y a una política económica de oferta fueron respuestas a las exigencias de la crisis económica.

riva de ellos empezaron a bajar en los Estados Unidos durante la recesión que empezó en 1973, y más tarde en Europa, y nunca han vuelto a alcanzar los niveles

anteriores. Uno de los mecanismos que redujo los salarios reales fue la inflación, que se aceleró en 1972 y siguió siendo importante a lo largo de toda la década. La reducción de la tasa de inflación a lo largo de la primera mitad de la década de los 80 en los países industrializados —y su aumento en el Tercer Mundo y en los países socialistas— se pagó a costa de la seria recesión de 1979-82, y del crecimiento desigual registrado desde entonces.

Si hacemos una comparación, a lo largo de la década posterior a 1973, Norteamérica ahorró más energía y consiguió un mayor rendimiento energético, mientras que Europa Occidental ahorró mano de obra, y Japón hizo las dos cosas. De este modo, en Estados Unidos el consumo de energía disminuyó más y el empleo aumentó mucho más, pero la productividad de la mano de obra aumentó menos que en Europa y en Japón. Como Estados Unidos partió con costes de mano de obra superiores, y costes energéticos inferiores que los otros, cada cual ahorró más en los recursos que le resultaban más baratos, en vez de hacerlo en los más caros. Esto puede parecer extraño (es otro ejemplo de lo que los economistas denominan la paradoja Leontieff). Se podría explicar (al margen de la terminología económica) porque los bajos precios de la energía subieron relativamente más en Norteamérica, y los salarios subieron relativamente más, o bajaron menos, en Europa y Japón, dando lugar a mayores incentivos para ahorrar energía y aumentar la mano de obra barata en los Estados Unidos, mientras que en Europa se ahorraba en mano de obra, haciendo crecer el desempleo considerablemente. A lo largo de estas cortas recuperaciones y recesiones clásicas durante este período de crisis creciente en la economía mundial, las medidas económicas y políticas no constituían una lucha contra el

origen o la causa de la crisis, sino que eran una respuesta frente a estos ciclos y frente a la tendencia en curso, cuando no estaban determinadas por ello. Hemos observado cómo el cambio de una política de demanda keynesiana a un control monetarista y a una política económica de oferta fueron respuestas a las exigencias de la crisis económica. De este modo, fue primero el gobierno laborista de Callaghan en Gran Bretaña, y después la administración del Partido Demócrata con Carter en Estados Unidos, los que abandonaron el keynesianismo y adoptaron una política monetarista en 1976 y en 1977 respectivamente. La mayoría de los países hicieron lo mismo. Las políticas económicas cíclicas y supuestamente anticíclicas también constituían, en gran medida, respuestas (políticas) ante el cambio coyuntural, aún cuando en ocasiones ciertos giros en estas

políticas se anticipaban —y generalmente reforzaban— los cambios cíclicos. Estados Unidos intentó defenderse de los estragos provocados por la creciente crisis econó-

mica mundial, y traspasar su carga, siempre que fuera posible, a sus aliados en Japón, Europa y el Tercer Mundo. Para ello, Estados Unidos se apoyó sobre todo en el precio del petróleo, en la política monetaria y en el tipo de cambio, que se benefició del papel todavía predominante del dólar en la economía mundial.

Todas las tendencias e índices negativos de la economía real provocaron, y fueron perfectamente igualados por un crecimiento proporcional en el ámbito financiero, y especialmente en la especulación, que reemplazó a la inversión real y a la producción, cuando éstas dejaron de ser rentables. A pesar de las políticas monetaristas destinadas a controlar la afluencia de dinero, las reservas monetarias se multiplicaron por más de diez en una década, la financiación de créditos creció rápidamente, la deuda aumentó hasta límites peligrosos y los tipos de interés se dispararon hasta alcanzar niveles sin precedentes. Incluso des-

pués de bajar en cierto modo durante la recuperación de 1983-86, permanecieron a un nivel tres veces superior a su norma histórica. Estos intentos financieros, y a menudo especulativos, por compensar la tendencia cíclica a la recesión de la economía real durante la larga crisis parecen haber tenido éxito parcialmente —hasta que, lo que había parecido una solución al problema, se convirtió en una nueva fuente de problemas—. Concretamente, ya en 1982, la deuda del Tercer Mundo estaba adquiriendo dimensiones de crisis, provocadas por la recesión mundial que había comenzado en 1979. Después, el mecanismo financiero que supuestamente debía mantener el crecimiento real en los países industrializados exportadores, y en los países del Tercer Mundo importadores, dio lugar a una drástica reducción de las exportaciones para los primeros, y de la

producción real, la renta y las importaciones en los segundos. Una de las consecuencias sería la reducción de las tasas de crecimiento durante la recesión y la subsi-

guiente recuperación en Europa y Japón, más dependientes del mercado del Tercer Mundo; y en Estados Unidos la activación de los gastos de defensa y el crecimiento especulativo, financiado por la deuda. Examinaremos a continuación el desarrollo de esta recuperación a partir de 1983, y las perspectivas para la próxima recesión, que será la quinta de esta crisis económica mundial.

Se ha afirmado, incluso por parte del propio presidente Reagan, que la recuperación a partir de 1983 ha superado los problemas económicos de la década anterior mediante un crecimiento renovado. Sin embargo, esta afirmación —o esperanza— no tiene unas bases muy firmes. A nivel nacional, en Estados Unidos, la recuperación está débilmente apoyada por el consumo y la deuda; y a nivel internacional, la recesión se ha extendido de forma lenta y desigual. Además, este desarrollo desigual de la recesión ha acentuado

Estados Unidos intentó defenderse de los estragos provocados por la creciente crisis económica mundial y traspasar su carga a sus aliados.

los desequilibrios internacionales de la economía, que amenazan la estabilidad económica mundial en la próxima recesión. Siempre hay una próxima recesión, como ha habido ya cuatro en la actual crisis económica mundial desde 1967, y más de cuarenta desde el nacimiento del capitalismo en el mundo alrededor de 1800. Por lo tanto, la cuestión no es saber si habrá otra recesión, sino cuándo llegará y qué gravedad revestirá —y cuáles serán las consecuencias políticas.

Hay muchas razones para pensar que la próxima recesión puede ser aún más profunda que la anterior, como ha ocurrido con cada una de las tres últimas en la actual crisis económica mundial desde 1967. Ninguna de las recuperaciones intermedias ha superado el legado acumulado durante las recesiones previas, y la recuperación actual ha acentuado considerablemente los problemas estructurales y cíclicos de la economía mundial. La debilidad subyacente de la recuperación en Estados Unidos; los desequilibrios que ha acentuado en las principales regiones económicas de Norteamérica, Japón, Europa Occidental, Europa Oriental y el Tercer Mundo; el depender de la especulación financiera, nacional e internacional, en vez de depender de la inversión y la producción reales; y el nivel de agotamiento de los principales instrumentos fiscales y monetarios de lucha contra la crisis para afianzar la última recuperación, anticipan unas perspectivas poco prometedoras para la próxima recesión. La combinación de estos y otros factores, y la dinámica que pueden generar, podrían convertir la próxima recesión en una grave depresión. A pesar de la satisfacción y el optimismo reinantes en círculos oficiales, podríamos encontrarnos ante una situación como la que se registró entre los años 20 y los años 30. En efecto, la satisfacción y la creencia infundada en el poder económico y en la invulnerabilidad de Estados Unidos son factores que contribuyen a la gravedad de la situación

porque impiden un análisis serio y una política eficaz.

Por regla general en el pasado, y también en la actualidad, se han hecho pronósticos excesivamente optimistas e infundados, aunque sólo sea porque el optimismo forma parte, política e institucionalmente, del orden establecido. De este modo, el economista monetario americano más destacado de los años 20, Irving Fisher, pronosticó una buena salud de la economía. Rockefeller afirmó, en 1929, que la situación económica era estable. Volviendo la vista atrás, una década después, el analista de ciclos económicos más serio de nuestro siglo, el economista de Harvard Joseph Shumpeter, observó que los economistas habían afianzado sus bases firmemente, pero que, desgraciadamente, las bases se habían derrumbado. Ya hemos observado que los eruditos contemporáneos, como Paul Samuelson, repitieron esta misma postura al principio de los años 70.

Actualmente, las principales instituciones internacionales y otros analistas están extrapolando de nuevo la recuperación Reagan hasta un futuro indefinido. Por ejemplo, en 1986 el «Informe Económico del Presidente» de los Estados Unidos prevé «un crecimiento real del PNB de 4 % en 1986, que continúa a lo largo de 1987 y 1988, disminuyendo gradualmente en 1989-91». El Banco Mundial sostiene, en la frase introductoria de su «Informe sobre el Desarrollo Mundial» de 1985, que la «turbulencia económica de los últimos años ha disminuido», y más adelante compara los últimos años con la depresión de los años 30 y con la crisis de 1880, y afirma que nos ha ido muy bien. Después establece proyecciones máximas y mínimas para el crecimiento económico. Su proyección máxima es de una media de 4,3 % al año,

Ya en 1982 la deuda del Tercer Mundo estaba adquiriendo dimensiones de crisis, provocadas por la recesión mundial que había comenzado en 1979.

y una mínima de 2,5 % para los países industrializados. Para los países menos desarrollados del Tercer Mundo, las proyecciones del Banco Mundial para los próxi-

mos años están en torno al 5 %, un poco más en el caso de la máxima, y un poco menos para la mínima. El Fondo Monetario Internacional titula todo un capí-

Hay muchas razones para pensar que la próxima recesión puede ser aún más profunda que la anterior.

tulo «La recuperación en marcha», y también establece sus proyecciones. La máxima prevé un crecimiento de la economía mundial del 3 %, y la mínima es un 2 %. Hablan de la posibilidad de una recesión, pero no la tienen en cuenta en sus cálculos, ya que su proyección mínima prevé un crecimiento del 2 % en todo el mundo, y de 5 a 6 % en los países menos desarrollados.

El Instituto de Economía Internacional estudia unas seis proyecciones diferentes en un informe de octubre, 1985, sobre la financiación necesaria para el Tercer Mundo en los próximos años. En estas proyecciones, el crecimiento varía de 2,5 % a 3 % en los países industrializados, y de 4 a 5 % en los países menos desarrollados, con el tipo de interés alrededor del 10 %, una inflación de 4 a 7 % anual, y el precio del petróleo prácticamente estable en torno a los 27-35 dólares. Estas estimaciones se basan en las seis proyecciones diferentes que estudian. Sobre esta base, sostienen que es probable que el Tercer Mundo necesite de 15 a 20 mil millones de dólares en préstamos suplementarios al año. James Baker III, el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, declaró en la reunión de 1985 del Banco Mundial y el FMI en Seúl, que se había restaurado el crecimiento, se había reducido el déficit del Tercer Mundo, y habían aumentado las exportaciones del Tercer Mundo. Por lo tanto, necesitamos nuevos préstamos por valor de 30 mil millones de dólares a lo largo de tres años, o unos 10 mil millones de dólares al año, que es menos que la inflación, o nada. Pero, aún para conseguir eso, Baker y Volker tendrán que pelearse con la banca privada, incluso mientras dure la recuperación. Sin embargo, ninguna de estas proyecciones tiene en cuenta lo que probablemente ocurrirá cuando aparezca

la próxima recesión, las tasas de crecimiento sean negativas, y los fondos de la banca privada se agoten de una vez por todas.

Bases poco firmes

La recuperación Reagan a partir de 1983 (o más concretamente a partir de noviembre de 1982) ha sido muy poco firme en los Estados Unidos, contrariamente a lo que sostiene la Administración Reagan. El «Informe Económico del Presidente» de febrero de 1986 presenta un panorama extremadamente favorable, que no responde a la realidad, ni siquiera a la que se refleja en sus propias tablas estadísticas. Sin embargo, incluso el «Informe Económico del Presidente» reconoce la «evidencia de una economía “en dos niveles”, en la que los Estados Unidos se concentran en la producción de servicios y en la importación de bienes» (pág. 38). El crecimiento industrial ha registrado un retroceso y el empleo ha descendido. La afirmación del Informe de que el crecimiento anual del 11 % en la inversión comercial real ha sido excepcionalmente fuerte, no es correcta. Incluso el Informe reconoce que entre el 20 % y el 25 % de la inversión suplementaria en 1982-84 se debe a cambios en las leyes fiscales que son irrepetibles. Y, lo que es más significativo, la inversión bruta aumentó para la partida de bienes de equipo de vida corta, pero la inversión neta en Estados Unidos se mantuvo baja, siendo sólo de un 7 % del PNB. Esto es mucho menos que en Japón, Europa y otros países que también contribuyeron con parte de sus ahorros para hacer posible la inversión en Estados Unidos. Además, más del 90 % de las inversiones comerciales en Estados Unidos se destinó a automatización y equipos de oficina (computadores) de vida corta. Incluso durante la recuperación Reagan, la inversión neta en capital industrial americano ha seguido disminuyendo, llegando a sus niveles más bajos desde la depresión de los años 30, como observó con cierta alarma el ex pre-

sidente del Consejo de Asesores Económicos del Presidente, Walter Heller, ante un comité del Congreso. Según el «Informe Económico del Presidente», todos los aumentos en desembolsos del capital previstos para 1986 afectan al sector comercial, y la inversión en la industria y la minería va a reducirse. La inversión productiva se concentró en unas pocas industrias de alta tecnología, y gran parte de ella proviene de las órdenes del Departamento de Defensa de Estados Unidos de «comprar productos americanos». Aún así, incluso una parte importante de esta inversión se destinó a componentes y maquinaria importados, incluyendo chips de ordenadores de alta capacidad fabricados en Japón. Sin embargo, la industria de software, microchips y ordenadores también experimentó una crisis de crecimiento a nivel mundial en 1985, y Silicon Valey tuvo graves problemas sociales y económicos.

La crisis social y económica de la agricultura americana, especialmente en el cinturón agrícola del medio oeste, es todavía más grave. El precio del trigo ha vuelto a los niveles de 1930 en dólares (sin contar la inflación), los ingresos agrícolas se han reducido más de la mitad, y el valor de las propiedades agrícolas se ha venido abajo, suprimiendo de esta forma la garantía de los créditos agrícolas. De los más de dos millones de agricultores norteamericanos, entre un 10 y un 15 % tienen serios problemas financieros y se enfrentan a la bancarrota o ya han perdido los derechos sobre las hipotecas, y muchos ya no tienen garantías de crédito para conseguir nuevos préstamos para la siguiente temporada. Sin embargo, estos 200.000 a 300.000 agricultores están concentrados en la «agricultura familiar» que representa el 80 % de la producción agrícola de los Estados Unidos. En estas regiones, cuyo epicentro es Iowa, comunidades enteras, desde las ferreterías hasta los vendedores de maquinaria agrícola, por no hablar de los pequeños bancos locales y rurales, es-

tán a punto de quebrar y desaparecer. La deuda agrícola de los Estados Unidos es superior a la de Méjico y Brasil juntas, y es tal vez más difícil de pagar. Una serie de problemas económicos y sociales, que recuerdan a los de los años 30, incluido un notable aumento del número de suicidios, han vuelto al cinturón agrícola americano.

El crecimiento del empleo —con nueve millones de puestos de trabajo— durante esta recuperación se ha limitado al sector de los servicios, y, dentro de éste, al comercio de mano de obra barata (establecimientos de comida rápida, como «McDonald», y tiendas abiertas 24 horas, como la cadena «7-11»), al servicio sanitario y al sector financiero. Pero este último caso refleja en parte el crecimiento de la especulación financiera en la economía de deuda y en la sociedad casino, que no se conocía en los años 70.

El endeudamiento más claro y del que más se habla se refleja en el aumento del déficit del presupuesto federal a 200.000 millones de dólares, y en el hecho de que una administración dedicada a la eliminación del déficit haya doblado la deuda federal hasta alcanzar los tres trillones de dólares. Además, el que este déficit aumentara, sobre todo durante los tres años de la recuperación Reagan, debería suscitar una preocupación mucho mayor de la que aparentemente causa en cuanto a las perspectivas para la próxima recesión, cuando sea necesaria una financiación del déficit mucho más importante. Los miembros republicanos del Comité Económico Conjunto del Congreso de los Estados Unidos observan, por ejemplo, en su «Informe anual sobre la Economía de Estados Unidos» de 1985 (10 de enero, 1986, pág. 18) que «a principios de los 80, la causa del

**La recuperación Reagan
a partir de 1983
ha sido muy poco firme
en los
Estados Unidos.**

déficit fue la recesión a la que los pronósticos económicos excesivamente optimistas no daban ninguna importancia. La recesión, el déficit se dispararía». En vista de

la mala utilización del déficit presupuestario durante la actual recuperación cíclica, cabría preguntarse en qué medida se podrá recurrir a este instrumento político y económico, supuestamente anticíclico, cuando sea necesario durante la próxima recesión. En el pasado, los déficits han dado lugar a iniciativas constitucionales, compromisos presidenciales y medidas por parte del Congreso para equilibrar el presupuesto. La ley Gramm-Rudman prevé reducciones anuales en los déficits presupuestarios hasta su eliminación en 1991; pero esto se refiere a anticipaciones presupuestarias y no a los gastos y a los ingresos actuales, y la ley proporciona una cláusula de escape en caso de que el crecimiento del PNB se reduzca a 1 % anual. Estas circunstancias y reacciones no dejan claro hasta qué punto un aumento importante del déficit federal es políticamente posible en la próxima recesión y cuáles serán las consecuencias económicas.

«Sociedad Casino»

Sin embargo, el reciente aumento de la deuda durante la última recuperación es mucho mayor que el déficit federal y que su contribución a la deuda federal, que constituye sólo la punta del iceberg de lo que el *Business Week* (16 de septiembre de 1985) denomina la «Sociedad Casino». El presidente del Federal Reserve Bank de Nueva York, Gerald Corrigan, dirigiéndose a la Asociación de Banqueros Americanos en Nueva York, el 18 de septiembre de 1985, advirtió que la proporción de la deuda con respecto al PNB en los Estados Unidos había pasado de 140 a 160, no en la última recesión, sino en la actual recuperación de 1981 a 1985. Eso significa que la deuda está aumentando a un ritmo 15 % superior al PNB. La deuda federal ha pasado del 28 % al 40 % del PNB. La deuda exterior ha crecido considerablemente. Los intereses de la deuda han aumentado mucho, siendo ahora de 130.000

El crecimiento del empleo en Estados Unidos durante esta recuperación se ha limitado al sector de los servicios.

millones de dólares. (En cinco años, los pagos de intereses han aumentado del 9 al 14 % de los gastos federales, y de un 10 % a cerca de un 20 % de sus ingresos, o de una quinta parte a dos quintas partes de los ingresos por impuesto sobre la renta, y al doble de los ingresos por impuesto sobre sociedades). Corrigan prevé que los intereses superarán los 200.000 millones de dólares en 1990, de los cuales 40.000 millones serán para extranjeros, y se sumarán al ya enorme déficit comercial. Según Corrigan, el ahorro extranjero representa ya un tercio del ahorro nacional, y cubre la mitad del déficit presupuestario de los Estados Unidos.

Por razones evidentes, se ha dedicado mucha atención al déficit federal y a la deuda federal, pero Corrigan está preocupado, como deberíamos estarlo todos, por la deuda privada. La deuda inmobiliaria, la deuda agrícola (que han puesto en dificultades al Bank of America), la deuda relacionada con la energía debido a la caída de los precios del petróleo (que acabó con el Continental Illinois), por no hablar de las deudas impagadas sobre créditos y préstamos (Ohio y Maryland) han aumentado espectacularmente durante la fase de recuperación del ciclo económico. Una parte importante del nuevo dinero y de la deuda en Estados Unidos se ha invertido en la financiación de instalaciones productivas ya existentes mediante la valorización de acciones depreciadas (o para financiar la compra a la alza de los valores propios, para evitar compras predatorias por parte de otros), lo que ha aumentado considerablemente la proporción de la deuda con respecto a los dividendos en las empresas americanas. En sus declaraciones ante el Comité Económico Conjunto en enero de 1986, el financiero Felix Rohatyn observó con alarma que la deuda de las empresas había aumentado en 1984 y en 1985 a un ritmo tres veces superior que en los ocho años anteriores, y que excedía en un 12 % el valor neto total de las em-

presas. Los préstamos a sociedades pasaron del 56 % de financiación externa en 1975, al 81 % en 1985. Y, lo que es más alarmante, el servicio de la deuda en la actual recuperación ha pasado del 27 % del *cash flow* durante la recuperación de 1976-79, al 50 % en la actual.

¿Qué ocurrirá en la próxima recesión cuando el *cash flow* se reduzca y los tipos de interés aumenten tal vez más todavía? Muchas de las empresas tendrán que dejar de pagar la deuda contraída para comprar a la alza los valores despreciados y/o los intereses excesivamente altos que han contraído para financiar esta nueva deuda. Ya que no parece prudente suponer que el ciclo es una cosa del pasado, Corrigan advierte que «si el tipo de interés llega a ser menos favorable, puede resultar muy difícil pagar incluso los actuales niveles de deuda. Teniendo en cuenta la etapa del ciclo en que nos encontramos, con la curva en ascenso, los índices de morosidad existentes en el pago de las hipotecas y los préstamos impagados en el sector bancario, el sector privado puede estar experimentando una falsa sensación de seguridad. Es posible que las tendencias registradas en el sector privado no justifiquen la satisfacción reinante».

La deuda privada ha aumentado espectacularmente durante la fase de recuperación del ciclo económico.

Todavía hay menos motivos de satisfacción y más de alarma si tenemos en cuenta de qué forma están relacionadas las deudas de estos sectores entre sí. Por ejemplo, existe una relación entre la deuda del Tercer Mundo y la deuda de las empresas. Cuando el crecimiento de la primera dejó de ser rentable o razonable a partir de 1982, los bancos pasaron a la segunda y aumentaron considerablemente el índice de crecimiento de sus préstamos comerciales (de la misma forma que se habían vuelto hacia el Tercer Mundo en los años 70 cuando el mercado de préstamos comerciales se había reducido debido a la crisis). Sin embargo, muchos de los nuevos préstamos comerciales a empresas es-

tadounidenses son todavía más especulativos y menos seguros que los préstamos al Tercer Mundo, aún cuando se reconoce que muchos de estos últimos fueron poco razonables y resultan incobrables. Los nuevos préstamos también están relacionados de un sector a otro. La caída del precio del petróleo a principios de 1986 es un ejemplo de ello. La caída del precio del petróleo reduce la capacidad de los países exportadores, como México, de pagar sus deudas y amenaza la posibilidad de que los bancos cobren siquiera los intereses. Lo mismo puede aplicarse a la deuda petrolífera de los Estados Unidos (y por extensión a todo el sector energético y del gas), que a su vez afecta a la deuda inmobiliaria de regiones petroleras como Tejas, haciendo que el paquete de valores de Continental Illinois, comprado por el FDIC, se convierta en préstamos difíciles de cobrar y activos depreciados. Además,

muchas de las operaciones de compra han sido realizadas por empresas que también tienen valores en el sector energético, y especialmente en el petrolífero. De forma

similar, como veremos más adelante, los precios agrícolas afectan tanto al Tercer Mundo como a los Estados Unidos y a otros países industrializados exportadores que compiten en el mercado mundial. De este modo, la caída de los precios agrícolas puede amenazar a algunos países del Tercer Mundo y a los sectores agrícolas de otros países —y a los bancos en ambos casos—. Por lo tanto, la tendencia generalizada de estudiar cada sector por separado, e intentar aislar y hacer frente a los problemas de forma individual, también origina un optimismo que no está justificado, porque los sectores (y los países) están relacionados entre sí, y los problemas pueden extenderse rápidamente de uno a otro.

Inestabilidad financiera

Por lo tanto, hay pruebas irrefutables que sostienen la advertencia del presiden-

te del New York Federal Reserve Bank, Corrigan, de que la sensación generalizada de seguridad y satisfacción no está justificada. Además de lo ya expuesto anteriormente, podríamos resumir estas pruebas con la imagen del iceberg. La punta de este iceberg la constituyen las quiebras bancarias que se han registrado hasta ahora; la parte sumergida estaría formándose mediante la acumulación de los elementos de una posible crisis financiera; y el deterioro del mar que lo rodea, lo constituiría el entorno internacional que presagia la posibilidad de una crisis económica mundial generalizada.

La punta del iceberg es que el número de quiebras bancarias en Estados Unidos (por no hablar de quiebras importantes en el Tercer Mundo) *ha estado aumentando de año en año durante la recuperación*. Durante el último año de la última recesión en 1982, las quiebras de bancos en Estados Unidos ya habían alcanzado lo que entonces era la cifra más alta desde la Depresión, y ascendía a 34. Pero, posteriormente, las quiebras aumentaron hasta 45 en el primer año de la recuperación Reagan, 1983, y hasta 78 en 1984, año en el que se registró la más alta tasa de crecimiento del PNB, 7 %. En 1985, la tasa de crecimiento del PNB cayó hasta un 2,5 %, y el número de quiebras de bancos americanos subió hasta 125. Según los reguladores bancarios, el número de bancos que se encuentran en dificultades supera los 1.000. Según el Federal Savings and Loans Insurance Corporation (FSLIC), el 85 % de los créditos y préstamos que asegura registraron pérdidas en la recesión de la segunda mitad de 1981, y lo mismo ocurrió con cerca de un 25 % durante la expansión del segundo trimestre de 1984. Según el *Washington Post* (23 de febrero, 1986), sólo en la primera mitad de 1985,

27 préstamos y créditos pasaron a situación de insolvencia, estableciendo en 461 el número de préstamos y créditos cuyas deudas superaban a los activos por un va-

La caída del precio del petróleo reduce la capacidad de los países exportadores.

lor total de 3.400 millones de dólares. De los 3.200 préstamos y créditos existentes, 833 tenían un valor neto por debajo del 3 % mínimo exigido (activo menos pasivo). El cerrar o fusionar las 239 empresas más débiles costaría al FSLIC 5.000 millones de dólares más que el total de sus fondos de seguros, equivalente a 6.000 millones de dólares. Los préstamos impagados que el FSLIC debe asegurar, superan los 80.000 millones de dólares, según el *Wall Street Journal*. Las tasas de morosidad en el pago de hipotecas pasaron del 1 % en 1980, al 6 % en 1985. Es posible que la formación de la parte sumergida del iceberg, es decir, la inestabilidad financiera, sea invisible para los que se niegan a admitir su existencia. Sin embargo, no por ello deja de ser real, y conocemos ya muchos de los elementos que la constituyen. Un analista de la inestabilidad financiera en el Federal Reserve Board (firmado a título personal y no en nombre de la Reserva Federal) ha establecido un modelo de cómo se desarrolla la crisis financiera.

A medida que se acerca el punto álgido del ciclo de expansión se va deteriorando la situación financiera de las empresas. Las empresas tienen cada vez más dificultades a la hora de hacer frente a sus obligaciones, especialmente cuando se trata del pago de la deuda. Esta dificultad tiene su origen en el hecho de que las obligaciones de pago de la deuda aumentan a un ritmo mucho mayor que su capacidad para cumplir esos pagos.

La deuda aumenta en relación a los dividendos, de forma que la deuda por pagar es mayor cada vez. El vencimiento de la deuda se acorta, aumentando la proporción que hay que pagar. Los tipos de interés aumentan, y de este modo una cantidad determinada de deuda requiere

mayores obligaciones de pago (tanto para tipos variables como para operaciones de refinanciación). Al mismo tiempo, la liquidez y las tasas de beneficios se reducen.

De esta forma, las empresas tienen más dificultades a la hora de efectuar los pagos a partir de los ingresos en curso o, en caso necesario, de la venta de activo líquido...

Las empresas tienen cada vez más dificultades a la hora de hacer frente a sus deudas y otros compromisos, y están intentando pedir préstamos a los bancos y contraer deudas en el mercado de valores para ello. Los bancos están experimentando problemas cualitativos cada vez mayores en los préstamos, así como una disminución en el crecimiento de sus reservas; están limitando las condiciones de los préstamos y recortándolos.

En esta situación frágil y de equilibrio precario, un acontecimiento inesperado puede provocar un derrumbamiento. De hecho, *una vez que el sistema financiero se ha hecho vulnerable*, un acontecimiento por sorpresa puede dar lugar a una crisis financiera.

La crisis se produce porque las formas de crédito que se han utilizado como dinero, o casi como dinero, durante tiempos normales, ya no pueden emplearse de este modo cuando se interrumpen los créditos y se derrumban los modelos financieros normales. Las empresas que ya no pueden obtener crédito recurriendo al mercado de valores o a los bancos, intentan desesperadamente conseguir el dinero que necesitan para cumplir sus compromisos. Los bancos, que de repente ven limitada su capacidad de conseguir fondos, deben buscar otras fuentes de liquidez para cumplir sus compromisos. Los inversores recelosos se inquietan —y a menudo sienten pánico— por la capacidad de sus prestatarios para pagar, y en vez de extender el crédito exigen el pago en efectivo. Toda la estructura de crédito que se ha desarrollado durante la expansión, y que ha contribuido a que ésta continúe, se basa en la confianza. Si esta confianza se ve amenazada, o si el crecimiento con-

tinuado del crédito se interrumpe debido a limitaciones institucionales, toda la estructura puede venirse abajo. Cuando esto ocurre, el crédito desaparece y sólo el dinero, contante y sonante, es suficiente. De este modo, una crisis financiera puede definirse simplemente como una demanda repentina e intensa de dinero. Lo que se busca es dinero al contado, en vez de las formas de crédito que habían servido anteriormente como dinero. (Martin H. Wolfson. «Financial Crises: Understanding the Postwar U.S. Experience». 1985, Armonk, New York, M E Sharpe Publishers, págs. 246-7, 251-5).

Todos los elementos constitutivos de este modelo se encuentran ya en la parte sumergida, aunque no totalmente invisible, del auténtico iceberg de la inestabilidad financiera: aumento de la proporción deuda/dividendos, tipos de interés altos

(que permanecen altos a pesar de la caída registrada en 1985, y que pueden volver a subir, como observaremos más adelante), tasas de beneficios y liquidez reducidas, y

dificultades cada vez mayores por parte de algunas industrias y entidades financieras de hacer frente a sus obligaciones financieras, sin seguir aumentando su demanda de dinero. Esta es una de las razones principales por la que esta política flexible de la Reserva Federal permitió que la provisión de dinero aumentara un 12 % en 1985. Pero, el dinero libre y la creación de crédito sin garantía debe continuar para inflar el globo financiero y evitar la deflación —aumentando de este modo todavía más la presión y el peligro de que explote. Esto podría explicar las tímidas limitaciones impuestas por la Reserva Federal en enero de 1986 sobre la emisión de acciones de revalorización y la oposición de la Casa Blanca a estas limitaciones en el mercado libre, que según se dijo traducían motivos «ideológicos», pero que también podría explicarse como un intento por anular cualquier freno a la expansión, necesaria para evitar obstácu-

Hay pruebas irrefutables de que la sensación generalizada de seguridad y satisfacción no está justificada.

los, o incluso un derrumbamiento financiero.

El experto en finanzas Félix Rohatym defendió ante el Comité Económico Conjunto, en enero de 1986, esta medida de la Reserva Federal «en gran parte simbólica... y fácil de burlar», que «sólo está destinada a los casos más extremos de revalorización». Después de 30 años realizando cientos de operaciones de fusión y adquisición, expresó su alarma ante la actual «especulación descontrolada», que amenaza «la integridad de nuestros mercados de valores y la estabilidad de nuestras instituciones financieras». Los excesos no se limitan a las operaciones de compra, sino que «forman parte de un modelo general de especulación de valores, artículos, divisas, etc.». Consecuentemente, «se están produciendo una serie de acontecimientos que destruyen el clima de confianza necesario a nuestras instituciones financieras. Entre éstos, hay que incluir la quiebra de varias compañías que negocian con valores del Estado, que provocó la crisis de los sistemas bancarios de Ohio y de Maryland, el colapso financiero del Penn Square Bank que llevó a la casi-nacionalización del Continental Illinois Bank y a la quiebra del Seafirst Bank. Habría que añadir también los temores de los prestatarios del Tercer Mundo. Cada uno de estos acontecimientos afecta a la confianza que es necesaria para nuestro sistema financiero. Nuestro sistema bancario todavía está expuesto a grandes riesgos. Muchos creen que el problema de la deuda del Tercer Mundo se ha resuelto a raíz de una serie de acontecimientos; lo que ha ocurrido recientemente en Argentina, Brasil y México, que tienen entre los tres una deuda exterior de 250.000 millones de dólares, puede hacerles volver a la realidad. Por otro lado, si el precio del petróleo cayera un 20 %, lo que no es impensable en las actuales circunstancias, los problemas de los bancos con importantes préstamos energéticos se sumarían a los problemas de las empresas petrole-

Las empresas tienen cada vez más dificultades a la hora de hacer frente a sus deudas y otros compromisos.

ras, reestructuradas a raíz de operaciones de compra y fusiones. Al trillón de dólares en préstamos bancarios al Tercer Mundo, debemos sumar el increíble aumento

de la utilización de la deuda, tanto en forma de deuda comercial, como en financiación, todo tipo de operaciones de compra y revalorización, y el riesgo existente si entramos en una recesión grave. No hace falta ser Casandra para estar preocupado por la seguridad de nuestras instituciones financieras y por su vulnerabilidad ante cambios bruscos».

De este modo, el funcionamiento natural del mercado y la política económica, en gran medida flexible, han reaccionado ante las recesiones, cada vez más graves, y ante las débiles recuperaciones intermedias, mediante una reestructuración industrial que reduce costes y protege los beneficios (sin mantenerlos), mediante la reorganización del mercado laboral, la liberalización de anteriores limitaciones a este proceso, y la especulación financiera, en vez de crear posibilidades de inversión real suficientemente rentables. El aumento del dinero y del crédito, y la proliferación de instituciones, operaciones e instrumentos financieros especulativos han sido los motores de la reestructuración y la reorganización de la economía tanto a nivel nacional como internacional. Sin embargo, el aumento de la especulación financiera que esto genera alcanza sus propios límites como solución a los problemas de la economía real y se convierte a su vez en un problema, que puede reaccionar en contra de la economía real. Este proceso ya comenzó en el Tercer Mundo durante la recesión de 1979-82. Como ya hemos observado, lo que había parecido la solución para financiar la reconversión industrial a nivel mundial, y para impulsar las exportaciones del Tercer Mundo (y las importaciones por parte de Occidente), mediante la deuda del Tercer Mundo, se convirtió a su vez en un problema. Sin embargo, el problema no se limitaba a esfe-

ras financieras. El problema de la deuda también afectó a todo el sistema de producción y consumo, e hizo imposible seguir confiando en el modelo de crecimiento activado por la exportación, tanto en América Latina como en otras regiones del Tercer Mundo. La recuperación económica Reagan, desde 1983, no sólo no ha conseguido aliviar el problema del Tercer Mundo, sino que lo ha extendido a las materias primas, la energía, y el sector agrícola, y en cierta medida también al sector industrial y al sector inmobiliario en los países industrializados.

Por lo tanto, es probable que la próxima recesión —independientemente de que empiece en la economía real y se extienda después al sector financiero o viceversa— agrave la extensión de la crisis económica mundial en todos estos sectores industria-

les y de servicios en la mayoría de las principales regiones económicas de América del Norte, Japón y Europa Occidental, y en la mayor parte del Tercer Mundo. Está

claro que la próxima recesión en los países industrializados agravará todavía más la depresión en los países del Tercer Mundo, cuyo nivel de producción y renta bajaron hasta alcanzar los niveles anteriores a 1970 durante la recesión mundial de 1979-82, y que no han percibido ningún alivio significativo con la recuperación Reagan. Además, la próxima recesión no sólo llevará a América Latina a la bancarrota y ensombrecerá todavía más las perspectivas de los países exportadores de petróleo en Oriente Medio y Africa (puesto que el resto de Africa, con la excepción de Sudáfrica, ya está en serias dificultades económicas), sino que también puede privar a Africa de los mercados exteriores, con la excepción del mercado del oro, y comprometer gravemente las posibilidades de crecimiento activado por la exportación en Asia Oriental, que depende de mercados mundiales que pueden reducirse. Singapur ya experimentó una grave crisis de crecimiento en 1985, provocada

en parte por el exceso de especulación financiera y la reducción del crecimiento en los mercados de electrónica y petroquímicos, que también afectó a Silicon Valley y a Tejas en Estados Unidos. Está claro que, durante la próxima recesión, como ha ocurrido en las anteriores, en una crisis económica mundial que todavía está desarrollándose, la economía mundial o los países industrializados no dispondrán del Tercer Mundo, o de otros tipos de financiación a las importaciones ahora posibles, como fuente alternativa de demanda a la exportación, y por lo tanto, como válvula de escape o red para los países desarrollados.

La recuperación Reagan: problemas para el resto del mundo

Sin embargo, este creciente desajuste

Una vez que el sistema financiero se ha hecho vulnerable, un acontecimiento por sorpresa puede dar lugar a una crisis financiera.

Norte-Sur es sólo un desajuste más entre muchos otros. Desde el punto de vista de la economía mundial, tal vez ni siquiera es el más importante de los crecientes desequilibrios de la economía, especialmente entre Estados Unidos y Japón, Europa y las economías socialistas. La concentración de la recuperación en los Estados Unidos, que el propio Reagan ha aclamado como fuente de esperanza y buen ejemplo para los otros, plantea, de hecho, serios problemas al resto del mundo, e incluso a los Estados Unidos, especialmente cuando empiece la próxima recesión. La recuperación Reagan se ha centrado fuertemente en los Estados Unidos, de forma que las tasas más altas de crecimiento durante esta recuperación, en 1984, fueron de 7 % anual en Estados Unidos, 6 % en Japón, y, en Europa, se quedaron rezagadas durante un par de años, alcanzando un máximo de 3 % anual. En el Tercer Mundo, incluso durante la recuperación Reagan, la tasa de crecimiento siguió siendo negativa, a pesar de que en algunos países ha habido una cierta recuperación en 1984-85. La producción industrial creció un 10 % en Estados Unidos y Japón, durante esta re-

cuperación, y 3 % en Europa. El empleo creció un 5 % anual en Estados Unidos, un 1 % en Japón, y 0 % en Europa. Un síntoma de que esta recuperación es diferente a las anteriores es que el crecimiento entre los puntos máximos cíclicos del comercio mundial fue de un 2 % medio anual, mientras que en la recuperación anterior había sido de 4 % y en la anterior a ésta de 10 %. Para la industria, la tasa de crecimiento fue del 4 % en esta recuperación, mientras que en las anteriores había sido un 5,5 %, y antes de eso un 10 %. Eso significa que, a nivel internacional, la recuperación ha sido mucho menor, y ha tenido menos impacto en el mercado internacional. Una de las principales razones (que ya había anticipado para la recesión de 1979-82) es que los países socialistas, los países del Tercer Mundo y los países de la OPEP, ya no pueden ayudar a reactivar la economía. En esta recuperación, todo el mundo observa el déficit comercial de los Estados Unidos, un indicador de que casi dos tercios del aumento de las importaciones a nivel mundial han ido a parar a los Estados Unidos. 63 % del aumento de las importaciones corresponde a Estados Unidos, 8 % a Japón y 13 % a Europa Occidental. En las recuperaciones anteriores, a los Estados Unidos les correspondía entre un tercio y un cuarto del aumento de las importaciones, y a Europa le correspondía una mitad. En la actualidad, Europa se ha quedado, en gran medida, al margen de la recuperación. Las exportaciones de los Estados Unidos han aumentado, pero sólo en un 25 % del total mundial, y las exportaciones de Europa y Japón una quinta parte del total mundial cada una. En el Tercer Mundo y en algunos países socialistas, todo el proceso de ajuste externo se llevó a cabo limitando las importaciones, que no crecieron y se redujeron considerablemente. Las exportaciones, que ya llevaban un retraso de la recesión anterior, se redujeron sustancialmente al principio de la recuperación y se han recuperado en cierta medida en 1984-

La próxima recesión en los países industrializados agravará todavía más la depresión en los países del Tercer Mundo.

85, aunque todavía siguen siendo inferiores a lo que eran antes de la última recesión.

En resumen, esta recuperación cíclica —comparada con las recuperaciones anteriores en la misma crisis— tiene unas bases realmente muy poco firmes y no está extendida en la economía mundial de forma igualada, especialmente en Europa Occidental y en el Tercer Mundo, aunque lo mismo ocurre en muchas de las economías socialistas de Europa Oriental. Este hecho tiene consecuencias de mucho alcance para la próxima recesión, cuando estas mismas áreas de la economía mundial se hundan todavía más, y además no puedan amortiguar la explosión de una nueva recesión en la economía de los Estados Unidos y en la economía mundial en su conjunto.

La concentración de la recuperación en Estados Unidos es también una manifestación de los crecientes desequilibrios internacionales, que reflejan la disminución de la competitividad de los Estados Unidos, y la aparición de un grave déficit en su balanza comercial, que convierte a este país en una nación deudora.

El déficit comercial de Estados Unidos ha crecido enormemente, pasando de un pequeño excedente en 1982, a un déficit de cerca de 150.000 millones de dólares en 1985. Las exportaciones de bienes descendieron cerca de un 10 %, mientras las importaciones, especialmente de productos industriales, aumentaron en más de un 70 %, de forma que las importaciones superaron a las exportaciones en un 50 %. Como ya hemos observado, en 1985, Estados Unidos importaba un 18 % del total mundial, pero sólo exportaba un 11 %, al contrario de lo que ocurría 25 años antes. En 1984, las importaciones de Estados Unidos eran un 9,3 % del PNB, y las exportaciones un 5,8 %, lo que suponía un déficit del 3,5 %, casi el doble del exis-

tente un siglo antes, cuando, debido a la expansión americana hacia el oeste (ferrocarriles, trigo, etc.), Estados Unidos era un importante importador de capital. Al

La concentración de la recuperación en los Estados Unidos plantea de hecho serios problemas al resto del mundo.

es en gran parte responsable del creciente déficit comercial en Estados Unidos, que cada vez parece ser más estructural que cíclico.

Al mismo tiempo, como ya hemos observado, los pagos de intereses sobre la deuda exterior han aumentado de forma considerable. Esto ha llevado a que en Estados Unidos se hayan extendido las acusaciones a Japón, las quejas sobre las limitaciones de importaciones en otros países, y se eche la culpa de todo a la subida del dólar. Sin embargo, ninguna de estas cuestiones por separado, o incluso juntas, parecen ser responsables del problema. El comercio con Japón equivale a 45.000 millones de dólares, o a sólo una tercera parte del déficit; y Japón ha limitado las importaciones menos que otros países, y no ha restringido el comercio mucho más que otros. Lionel Olmer, ex subsecretario de Comercio, no atribuye más de 5-8 % del déficit a las limitaciones comerciales, y sugiere que el eliminarlas totalmente no reduciría el déficit más de un 10 % a lo largo de varios años. La tasa de cambio del dólar no puede ser responsable del déficit de 25.000 millones de dólares con los países del Este asiático, que han estabilizado sus tipos de cambio con respecto al dólar; o del déficit de 20.000 millones de dólares con Canadá, en donde la apreciación del dólar estadounidense ha sido del 6 %. Incluso el nuevo déficit de 25.000 millones de dólares con los países de Europa Occidental no tiene correlación (negativa) con los tipos de cambio. El déficit de 20.000 millones de dólares con América Latina debe atribuirse, en gran medida, a las exigencias del pago de la deuda. La reducción de la competitividad de la industria en Estados Unidos, especialmente en el sector altamente deficitario del automóvil, en la siderurgia, en la industria textil y del calzado, en los productos electrónicos de consumo, y también en los equipos de telecomunicaciones de alta tecnología, y de forma especialmente significativa en la industria de la maquinaria,

Desequilibrios mutuamente reforzados

Los desajustes de la política económica nacional y la recuperación en Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, y los desequilibrios en sus relaciones comerciales internacionales y en los movimientos de capital se refuerzan mutuamente. La recuperación de Estados Unidos era fuerte y estaba apoyada por una política fiscal expansiva, reducciones fiscales a los suministros, y aumentos de gastos militares keynesianos, completado por una política monetaria restrictiva (con las medidas de Volker para controlar el dinero y aumentar los tipos de interés). Por el contrario, Europa Occidental y Japón llevaron a cabo políticas fiscales más restrictivas y políticas monetarias más liberales, que incluían la liberalización de los mercados de capital. La demanda en el mercado nacional permaneció débil a lo largo de toda la recuperación, que se basaba, en gran medida, en las exportaciones a los Estados Unidos, con menos éxito por parte de Europa que de Japón. Pero el resultado es el excedente en las exportaciones masivas de bienes de Japón, y el déficit comercial de Estados Unidos. Este déficit sólo puede cubrirse, y sostenerse, mediante una entrada equivalente de capital proveniente de Japón, y en menor medida de Europa, así como con la conversión del excedente comercial en pagos de intereses sobre la deuda por parte del Tercer Mundo. Esta entrada de capitales se debe a la atracción por los altos tipos de interés en Estados Unidos (o más bien por la diferencia de tipos de interés entre Estados Unidos y otros países, a consecuencia de sus políticas monetarias diferentes). Sólo en 1984, Estados Unidos recibió 100.000 millones de dólares de capital extranjero. Más de 20.000 millones de dólares de este

capital se invirtió en Bonos del Tesoro, haciendo subir la parte de la deuda federal en manos de extranjeros hasta un 13 %. Al mismo tiempo, los préstamos extranjeros netos de los bancos americanos disminuyeron en 100.000 millones de dólares entre 1982 y 1984, hasta alcanzar prácticamente el nivel 0. El resultado es que, a finales de 1985, la economía más rica del mundo se convirtió también en el mayor deudor neto del mundo, ya que Estados Unidos reemplazó a Brasil, con más de 100.000 millones de dólares de deuda exterior.

Además, las deudas oficiales de Estados Unidos al resto del mundo no son gran cosa comparadas con la otra «deuda», menos oficial pero no menos real, representada por los dólares acumulados por valor de 2,5 trillones en manos de extran-

jeros o en el mercado de Eurodivisas, y en otras partes. Esta suma es casi igual al valor de los bienes y servicios (PIB) producidos en Estados Unidos en un año, o

a las exportaciones de Estados Unidos en 10 años. Ese es el valor de los bienes y servicios que Estados Unidos ha podido consumir o poseer sin tener que producirlos, gracias a haber podido emitir dólares que el resto del mundo quiere tener y utilizar como moneda de reserva. Otros, incluidos las empresas y los bancos americanos, utilizan estos dólares para efectuar transacciones en los mercados financieros mundiales, y para financiar parte del comercio internacional de bienes y servicios (por ejemplo, las importaciones europeas y japonesas de petróleo se pagan en dólares). Por lo tanto, también es poco probable que esta inmensa cantidad de dólares se llegue a cambiar nunca por auténticos bienes y servicios procedentes de Estados Unidos, que en la actualidad exporta al año sólo una décima parte de esta cantidad.

El declive del poderío económico americano, del que el déficit comercial y la

deuda exterior crecientes constituyen sólo la punta del iceberg, plantea muchos problemas y peligros. Uno de ellos, y no es el menor, es la negativa americana a reconocer esta realidad cambiante en el mundo, tanto a nivel oficial como a nivel popular. Es significativo que el presidente Reagan declarara que le había gustado «Rambo», y que esta política haya causado furor en Estados Unidos. Lo mismo podría decirse de la satisfacción general por la invasión de la isla de Granada y la captura de un avión comercial desarmado tras el caso Achille Lauro. La necesidad de ligar el orgullo nacional a este simbolismo permite valorar hasta qué punto ha llegado el declive del poderío americano. Por otro lado, la marginación de los aliados de Estados Unidos en estos dos incidentes pone de manifiesto la negativa americana a reconocer la pérdida de una base

real para la cooperación y el liderazgo internacionales.

La repetición de los errores británicos

**A finales de 1985
la economía más rica del mundo
se convirtió también
en el mayor deudor neto
del mundo.**

El presidente Reagan tenía razón al observar que, al igual que Estados Unidos ahora, Gran Bretaña también tenía un déficit comercial durante su período de apogeo. En efecto, Gran Bretaña tuvo un déficit creciente con gran parte del mundo, y especialmente con su colonia india durante un siglo, desde Waterloo en 1815 hasta Sarajevo en 1914. Pero Gran Bretaña equilibraba este déficit comercial con ingresos por exportaciones de capital y otras exportaciones al continente americano y a las colonias. Gran Bretaña intentó mantener el nivel del oro y de la libra esterlina altos, así como su posición imperial, a pesar de que eran insostenibles después de la primera guerra mundial. La realidad del desarrollo mundial provocó una grave depresión con deflación en la misma Gran Bretaña en los años 20, y le obligó a abandonar su política irrealista, a un coste todavía mayor para su población que si hubiera sido modificada a tiempo.

Con sus actuales medidas a lo «Rambo», Estados Unidos parece estar repitiendo los errores británicos, con la diferencia de que su poderío económico relativo está

cayendo más deprisa, y de que no se dispone de tanto tiempo para aprender la lección de la historia. La postura y las medidas americanas en política económica son irracionales e irrealistas, y no sólo amenazan a la mayor parte de la población americana con ser más costosas de lo necesario, sino que hacen peligrar la estabilidad del sistema político y económico a nivel internacional.

Los crecientes desajustes entre producción y consumo en las principales áreas económicas del mundo, y el desequilibrio cada vez mayor entre producción real o comercio internacional, y transacciones financieras o movimientos de capitales, están provocando una tensión peligrosa en las relaciones económicas (y tal vez políticas) a nivel mundial. La especulación financiera nacional supera a la producción de bienes y servicios no financieros, dejando a un lado la inversión en estos mismos sectores; y los movimientos de capital es lo único que se mueve en la economía mundial, estableciendo los tipos de cambios, los tipos de interés, la demanda y el suministro de dinero, los precios, y el empleo. Los tipos de cambio y sus fluctuaciones responden casi únicamente a la coyuntura financiera especulativa, en vez de hacerlo a las condiciones de producción y comercio, como los déficits comerciales. Por lo tanto, las fluctuaciones en los tipos de cambio tampoco corrigen o amortizan estos desequilibrios comerciales, sino que los refuerzan. La política fiscal, a nivel nacional, ha perdido su fuerza; y la poli-

**La especulación financiera
y los movimientos de capital
es lo único que se mueve
en la economía
mundial.**

tica monetaria, en vez de ser directiva, se adapta a las circunstancias, incluso en los países capitalistas, o en los países socialistas económicamente más fuertes, y hasta

en los Estados Unidos, por no hablar del Tercer Mundo. Como respuesta a esto, se intenta cada vez más limitar el movimiento de capitales mediante impuestos y aranceles (sobre las transacciones financieras, en vez de, o además de limitar el comercio), y reducir las fluctuaciones de los tipos de cambio, mediante fijos fluctuantes, serpientes, patrones de medida sobre bienes, paquetes de divisas, o mediante la vuelta al patrón oro.

Lo que importa no es tanto el sentido técnico de estos términos y políticas económicas, sino que su implantación supone una débil respuesta económica ante los desarrollos de la economía mundial, que están fuera de control, pero que tendrán consecuencias políticas e ideológicas de gran alcance. Los controles sobre el capital violan los principios sagrados del capitalismo, y la vuelta total, o parcial, del oro revalorizado proporcionará unos beneficios inesperados a los principales propietarios y productores de oro, como la Unión Soviética y Suráfrica, lo que va en contra de las políticas reales o manifiestas de los Estados Unidos. Sin embargo, ninguna de estas respuestas tiene probabilidades de convertirse en una opción políticamente realista hasta la próxima crisis política, en el marco de la crisis económica, especialmente en Estados Unidos, cuando las ilusiones americanas en cuanto al lugar de los Estados Unidos en el mundo y a la supuesta fuerza de su economía se enfrenten a los duros golpes de la realidad.

Traducción: Paloma Valenciano

LA ESTRATEGIA SOVIETICA

Notas sobre el 27 Congreso del PCUS

Ferenc Feher



El doble objetivo estratégico interno del Nuevo Equipo de Gorbachov está entrando en la llamada fase intensiva de desarrollo económico, por una parte, y en la promoción masiva de nuevos cuadros a posiciones estratégicas superando las barreras restrictivas erigidas por la «gerontocracia» brezniana, por la otra.

No se trata de un invento totalmente original. Los economistas, dentro y fuera de la URSS, llevan tres décadas discutiendo la conveniencia, y las vías alternativas, de llevar a cabo esta transición que, por numerosas razones, se ha convertido en una necesidad. La principal razón a favor de un cambio rápido es que la economía soviética parece haber alcanzado un *límite demográfico* insuperable y, por primera

vez en varias décadas, tiene dificultades relacionadas con la escasez de mano de obra ¹.

Estrategia interna: transición a la fase intensiva de desarrollo económico sin cambios sociales

¿Pero cómo se propone el Nuevo Equipo alcanzar este doble objetivo? Con su

estrategia reaparece una segunda edición casi grotesca de aquellos experimentos, con la «racionalidad sustantiva» que estuvieron en auge bajo Jruschov, quien es la úl-

La economía soviética parece haber alcanzado un límite demográfico insuperable y tiene dificultades relacionadas con la escasez de mano de obra.

recta de reducir impuestos, en vez de como un cambio organizativo. Aparte de esta única medida fiscal, no parece haberse planeado ni el más mínimo cambio so-

cial genuino. M. Huber, cita siete precondiciones para una reforma económica estructural genuina, de acuerdo a lo establecido por un experto en ciencias políticas húngaro. Estos siete pasos son los siguientes: «un concepto de reforma coherente; compromiso con la reforma por parte de las autoridades centrales; una base de poder adecuada para continuar la reforma; espacio de maniobra política tanto en el interior como en el exterior; preparativos para enfrentar democráticamente la oposición; creación de estímulos para continuar las reformas; formalización de los resultados para hacerlos irreversibles». Aun cuando por el momento de lado la portentosa cuestión de si una reforma económica separada es en absoluto posible en la sociedad soviética, y si acepto la lista de precondiciones de este entusiasta abogado de un supuesto reformismo existente en la actual URSS, sigue siendo preciso afirmar que ninguna de las precondiciones mencionadas estuvo presente durante las deliberaciones del Congreso. Incluso la misma idea de aceptar (teóricamente) relaciones (controladas) de mercado ha seguido siendo explícitamente anátoma para el nuevo equipo gobernante ².

En cierto modo, el Nuevo Equipo lleva aún más lejos la maniobra jruschoviana de cuadrar el círculo. Todos ellos son retoños del período Breznev, no obstante su evidente ingratitud para con su predecesor político y antiguo maestro, en la medida en que todos ellos están determinados a no experimentar *con cambios estructurales de ninguna clase*, ni siquiera en el menor grado. No hay una sola frase que pueda ser citada por el más ardiente partidario de «Gorbachov el Reformista» en sus informes, que aluda ni remotamente a un cambio estructural. La única medida acordada por el alto mando, según el testimonio del Informe Político presentado por Gorbachov, es el permiso concedido a los koljoses para que vendan sus excedentes alimentarios en el mercado del koljós, en vez de venderlos obligatoriamente al Estado a precios considerablemente menores. Sin embargo, dado que es el Estado quien define lo que es un excedente, esta medida puede considerarse sencillamente como una forma elaborada e indi-

Entonces, ¿en dónde tienen puestas sus esperanzas? Las aparentemente confiadas declaraciones del Nuevo Equipo son manifestaciones de una «institución imaginaria» totalitaria-tecnocrática en pura cultura. Para el Nuevo Equipo de Gorbachov, las computadoras y los micro-chips, además del irrestricto poder del centro, representan la misma panacea universal que el maíz y la química agrícola representaba para Jruschov. A juzgar por los informes y los discursos del Congreso, no parecen existir aquellos poderosos incentivos sociales (tanto pecuniarios como no pecuniarios) que inducen a los administradores

y obreros fabriles a utilizar la moderna tecnología de forma racional. Como resultado, nunca se ha discutido, y ni siquiera se ha planteado en el Congreso, que tales poderosos incentivos están ausentes de la economía soviética por razones *estructurales*.

Pero existe un aspecto todavía más serio en el proyecto de modernización de Gorbachov. Los planes son notablemente ambiciosos. Según podemos ver en el informe de Rizkov ³, el volumen de inversiones de capital debe elevarse desde el anterior 16 % del presupuesto nacional hasta un 25 % en el nuevo plan quinquenal, esto es, cerca de un 60 %. Esto constituye un programa de inversiones enormemente incrementado en un espacio de tiempo muy breve. Por consiguiente, la primera pregunta que surge en relación con el proyecto es la siguiente: ¿dónde están las fuentes del auge inversionista?

Hablando lógicamente, fuentes como éstas sólo pueden ser proporcionadas por una reducción drástica de los presupuestos económicos, la rápida y acertada reorganización del cuadro de producción existente que podría dar como resultado una reducción general de los costos, el súbito descubrimiento de gran cantidad de recursos minerales con precios elevados en el mercado mundial, la «explotación» de la periferia Este-europea del imperio y, finalmente, marcadas reducciones del nivel de vida y el poder adquisitivo de la población. De estos factores, el cuarto (la venta de recursos minerales) ha sido constantemente empleado, volverá a emplearse y, al mismo tiempo, puede ser tranquilamente descartado como fuente principal de nuevas inversiones. La URSS, gigantesco exportador de minerales y materias primas, no deja, sin embargo, de enfrentar serias dificultades con los decrecientes precios mundiales, sobre todo de los crudos. Por lo tanto, el balance es bastante negativo en este aspecto e incluso si las actuales tendencias del mercado mundial

fuesen de corta duración, la exportación de minerales no puede, en un período igualmente breve, convertirse en fuente principal de financiamiento para el auge inversionista.

La segunda opción, la cancelación de los principales proyectos, puede descartarse igualmente como fuente del auge de las inversiones. No hubo ninguna señal de tan drásticas medidas en el Congreso, y tampoco podrían ser fácilmente introducidas, por dos razones. Si tales cancelaciones son lo suficientemente amplias (y sólo en este caso serían útiles económicamente), provocarían, aunque sólo fuese temporalmente, un desempleo masivo que el régimen está empeñado en evitar a cualquier costo. En segundo lugar, como ya expuse en otro lugar junto con A. Heller y G. Markus ⁴, la economía soviética re-

**Hay signos que indican
la decisión del Nuevo Equipo
de aligerar las cargas
del sector
militar.**

produce constante y simultáneamente el desperdicio y la escasez. Por consiguiente, en esta sociedad no se produce nada que no esté en demanda en un momento determinado y, al mismo tiempo, los productos existentes para satisfacer esa demanda escasean regularmente. Esto no sólo se aplica a las necesidades de bienes de consumo de la población, sino también a las necesidades de materias primas para la industria y, sobre todo, al equipo tecnológico para proseguir el crecimiento. Así, la cancelación de proyectos en marcha es, o bien una forma indirecta, y disfrazada, de restringir el consumo popular (en cuyo caso pertenece a otro grupo de posibles fuentes de inversión), o bien socavaría el propio proceso de inversión.

Por lo que respecta a las medidas de reorganización económicamente eficaces y racionales, el Nuevo Equipo se le presentan dos problemas casi inmediatamente. El primero, según M. Huber, es una falsa apreciación por parte de los analistas occidentales el culpar a la insuficiente independencia de las fábricas por el fracaso de lo que ella (y los autores soviéti-

cos) califican de «reforma económica» de 1965, con notable exageración. La causa del fracaso fue más bien la imposibilidad de lograr una *coordinación local* correcta de los esfuerzos económicos ⁵. Una coordinación local de este tipo hubiera producido supuestamente enormes ahorros a través de la racionalización. Sin embargo, concediendo que esto sea verdad, cualquiera que esté familiarizado con la operación de un sistema de planificación centralizada sabe perfectamente que la coordinación local de esta clase es *estructuralmente incompatible* con el propio sistema. Esto me trae al segundo aspecto. El Nuevo Equipo está aparentemente preparado para recurrir a la medicina soviética tradicional: reorganizaciones a *nivel administrativo* (por ejemplo, creación de nuevos superministros). Los cambios estructurales siguen siendo anatema para ellos ⁶.

Por supuesto, la opción por cortes drásticos en el presupuesto militar es más que una posibilidad física, no obstante, una costosa y difícil guerra todavía existente en Afganistán, y, no obstante, el elevado número de tropas acuarteladas en Europa Oriental con la función de controlar esta zona. Incluso hay signos que indican la decisión del Nuevo Equipo de aligerar las cargas del sector militar. En primer lugar, toman el programa de Iniciativa de Defensa Estratégica de la Administración Reagan mucho más en serio que los críticos sociólogos occidentales, y al parecer desean desesperadamente evitar verse comprometidos en una competencia con la investigación estadounidense. En segundo término, existen ciertos indicios, aunque no sean definitivos, de que Gorbachov, a diferencia de Breznev, no está preparado para satisfacer automáticamente todas las demandas del Ejército y la Armada. Y, sin embargo, las ocasiones de obtener en este campo ahorros para la inversión son también muy limitadas. Todo lo más podría predecirse un programa de crecimiento nulo en este sector, y esto sólo en el caso

de una nueva distensión extraordinariamente bien lograda que fuese mucho más allá de los compromisos de Breznev con la Administración estadounidense en los setenta. A decir verdad hay que reconocer que una distensión de este tipo no depende totalmente de la voluntad soviética. Por el momento, no parecen tener un socio norteamericano para un compromiso tan amplio por más que ellos realicen esfuerzos sinceros en esta dirección (lo que está lejos de ser el caso). Además, una distensión de tal alcance y profundidad parece una opción política casi imposible para el Nuevo Equipo. Un glorioso y multigalardonado Almirante, un ambicioso Jefe de Estado Mayor, pueden ser cesados por Gorbachov. Pero un enfrentamiento global con la infraestructura militar, que a lo largo de varias décadas ha llegado a convertirse en uno de los principales, y relativamente independiente, centros del sistema, y que representa la única *fuerza eficientemente moderna* dentro del mismo, equivaldría a un terremoto en la vida política soviética. Por añadidura, un recorte del presupuesto militar lo suficientemente drástico para contribuir al auge de la inversión socavaría las posiciones soviéticas en tres continentes. Y, finalmente, podría entonces plantearse legítimamente la cuestión: ¿para qué la «modernización», la cual es un medio de expansión (llamado «proceso revolucionario mundial»), si el propio expansionismo es refrenado?

La explotación económica de Europa Oriental es poco más que una opción lógica. Acepto en lo esencial el análisis de las relaciones económicas entre la URSS y Europa Oriental realizado por R. Selucky, el cual demuestra la imposibilidad práctica de semejante proyecto ⁷.

La única fuente de capital disponible para un proyecto de incremento de la inversión parece ser entonces la congelación a largo plazo de los salarios, junto con medidas indirectas de restricción del con-

Un recorte del presupuesto militar lo suficientemente drástico para contribuir al auge de la inversión socavaría las posiciones soviéticas en tres continentes.

sumo y la imposición coercitiva directa de la «disciplina laboral» ya iniciada bajo Andropov en forma de medidas policiales. En contraste con las leyendas periodísticas acerca de la anticipada abundancia bajo Gorbachov, según todos los indicios los nuevos líderes tienden a prohibir, más que tolerar y fortalecer, la llamada «economía secundaria», que es beneficiosa para la población en términos del aumento del ingreso privado y de los servicios disponibles. Los datos presentados por Rizckov ante el Congreso acerca de los niveles de vida fueron formulados con gran cautela. Lo que se desprende del Punto V de su Informe es la promesa de que «las bases de la futura prosperidad», más que la prosperidad en el presente, es lo que se creará en el período 1986-1990. Estas son palabras familiares para los trabajadores soviéticos, indicaciones típicas de un período de fuerte aumento de la inversión, durante el cual los patrones de vida permanecen estancados o descienden francamente. El término «aceleración» tiene un significado igualmente familiar y ominoso para los trabajadores soviéticos: normas laborales muy aumentadas, una intensificación forzosa de la productividad, la reducción de incluso los menores derechos disfrutados en el período de Breznev, medidas coercitivas contra los trabajadores ausentistas y los que cambian de lugar de trabajo sin permiso. No por nada los líderes revivieron en el Congreso la memoria de los estajanovistas —aquellas «tropas de choque industriales» de Stalin tan odiadas por los obreros de cualquier país soviético— en medio de una orquestación sentimental ⁸.

Entender el verdadero carácter del proyecto del Nuevo Equipo de una «revolución tecnológica», para entrar en la fase intensiva de crecimiento así como los recursos que pueden obtener, significa entender su inherente futilidad y su carácter explosivo. Sin profundos cambios socioestructurales y los incentivos que sólo ellos

La única fuente de capital disponible para un proyecto de incremento de la inversión parece ser la congelación a largo plazo de los salarios.

podrían proporcionar, la esperanza de crecimiento creada por métodos intensivos es enteramente útil: aunque puedan comprar y copiar la necesaria tecnología, en cosa de una década volverá a imponerse el estancamiento. Por otra parte, aunque la población soviética posee, por muy buenas razones, un record extraordinariamente largo de aguante político pasivo, resulta cuestionable si están preparados para resistir las nuevas cargas que el auge inversionista echaría sobre sus espaldas.

Estrechamente vinculado con el programa de entrar en la fase intensiva de desarrollo económico está el segundo aspecto de la estrategia del Nuevo Equipo: *el completo rejuvenecimiento de la nomenklatura* ⁹. La conexión *causal* entre los dos aspectos ha sido establecida por el Nuevo Equipo mismo. Han proporcionado la explicación más sencilla posible, y por lo tanto obviamente propagandística y desorientadora, acerca de la recesión soviética declarándola un «problema generacional». La dirigencia cada vez más esclerótica de Breznev fue, por supuesto, una larga e ininterrumpida era tenebrosa para cualquiera que deseara el más mínimo cambio beneficioso dentro del imperio soviético. Y, sin embargo, esta nueva teoría generacional para explicar graves crisis internas me parece un tratamiento bastante ligero de un síndrome más serio. Se hecho, la «gerontocracia» de Breznev era una *meritocracia orientada al pasado*, autoemancipación de una oligarquía opresiva de dirigentes omnipotentes y tiránicos. Como el tirano, este enemigo natural de las oligarquías, siente el más absoluto desprecio por los pasados méritos de la «aristocracia» bolchevique y la ha masacrado en masa, y puesto que este desprecio se manifestó una segunda vez en forma satírica con Jruschov, el cual no los masacró, pero los destituyó por docenas, los oligarcas políticos y físicamente sobrevivientes estrecharon sus filas en torno a Breznev y establecieron un *sistema de garantías*. Es-

te último consistía sobre todo en la prohibición de elevar a ningún hombre individualmente por encima de sus *pares*¹⁰. En segundo lugar, significaba la clasificación de los miembros de la nomenklatura en base a sus méritos pasados (precisamente en este sentido es que la oligarquía de Breznev era una meritocracia orientada al pasado), prolongados servicios y comportamiento «equilibrado». El adjetivo «equilibrado» poseía un claro significado: los miembros de la oligarquía debían ajustarse a la línea del partido obedientemente a través de cada uno y todos los giros políticos *sin excesivo compromiso* ni con los demasiado audaces experimentos de desestalinización. Además, el término «méritos pasados» se basa en un criterio histórico. Bajo Breznev, aquel particular grupo de edad avanzó a la primera fila que había sido políticamente socializada bajo el Gran Terror, había soportado sus pruebas durante la guerra

y había llegado a la madurez política en el período de transición desde Stalin a la era posestalinista. Y esta insistencia en la «prueba histórica» no

era una simple histeria de seguridad por parte de la oligarquía de Breznev, sino que más bien era lo que se esperaba normalmente de un miembro de la élite: que al menos una vez en la vida fuese capaz de demostrar sus cualidades. En otras palabras, el suyo era un espíritu de *noblesse oblige*. Finalmente, el sistema de garantías también proporcionaba compensaciones. La primera de ellas era el acuerdo informal de que no existe límite de edad para el servicio público y, en el caso de los líderes, ni siquiera hay exigencias de salud. El retiro automático y obligatorio no se aplica a la oligarquía: así fue como la era Breznev llegó a estar dominada por una camarilla de septuagenarios que bloqueaban eficazmente la movilidad ascendente de los jóvenes advenedizos. En segundo lugar, la atmósfera general de *enrichessez-vous* era una prerrogativa tácita igualmente estipulada en esta atmósfera. Cualquiera que sea la opinión que se tenga acerca del

gobierno oligárquico, parece ser una conclusión sociológica inevitable que quien toque las prerrogativas de las grandes familias, en caso de éxito, sólo tiene dos opciones: o bien abre la puerta a una democracia genuina o reintroduce la tiranía personal.

Los Nuevos Turcos de Gorbachov han salido a escena con la inconfundible ambición de una *meritocracia orientada al futuro* para lanzar un asalto frontal a las prerrogativas históricas, el lujo del hedonismo pero, sobre todo, la importancia socioeconómica de los meritócratas orientados al pasado. La total ausencia de una dimensión histórica de su «institución imaginaria», tan claramente puesta en evidencia durante el Congreso, fue en parte una útil precondition, y en parte un efecto autocondicionado del cumplimiento de esta tarea. Los Nuevos Turcos no tienen ningún complejo de inferioridad visible para

Estrechamente vinculado con el programa de entrar en la fase intensiva de desarrollo económico está el completo rejuvenecimiento de la nomenklatura.

constituir la segunda, o más bien tercera, generación de padres fundadores. Parecen poseer la imperturbable convicción de que

la historia soviética ha estado aquí desde tiempos inmemoriales, «el estilo de vida soviético», un *Breznev-Ersatz* para «construir el comunismo» ha sido establecido para siempre, y por lo tanto los custodios fieles y capaces de este estilo de vida pueden brotar en cada período y en cada área. La nueva meritocracia, hambrienta de poder y orientada al futuro, siente un desprecio aparentemente total por los «derechos históricos» de las grandes familias de la era Breznev. Este desprecio por la edad, el papel desempeñado en los anales soviéticos y los lazos familiares los presta un aire de aspiraciones democráticas, aunque los pretendientes meritocráticos orientados son exactamente tan elitistas y corporatistas como solían serlo los meritócratas orientados al pasado de Breznev. Sin embargo, perciben correctamente dos graves peligros en el estilo de vida que predomina actualmente entre la oligarquía (aparte la ignorancia rampante, el nepo-

tismo y los desatinos económicos). El primero es que el Partido no puede desempeñar una de sus funciones principales en la sociedad soviética, como canal de movilidad ascendente ¹¹, con una gerontocracia dosificada en su cima. El peligro inherente de esta situación no es sólo que el aparato únicamente pueda renovarse a partir de una reserva de nepotistas incapaces, sino también que gran número de hombres y mujeres jóvenes y capaces podrán encaminarse a otras formas de vida alternativas, y en algunos casos opuestas. Porque si la disidencia no se contempla con la idealizadora iluminación de un Víctor Hugo sino más bien con los crueles ojos de un Dostoievski, el autor de los *Endemoniados*, el «síndrome de disidencia» desarrollará unas características morales muy ambivalentes. Comprende ya a unos cuantos personajes heroicos e incluso nobles: un Solyenitsin, un Sajarov, un Bukovski, un Scharanski, un Amalrik, un Siniavsky, pero la mayoría de ellos parecerán reclutados entre hombres de ambiciones de poder y carrera frustradas ¹².

Los Nuevos Turcos son igualmente conscientes del segundo peligro inherente en el estilo de vida dominante de la meritocracia orientada al pasado: la corrupción. Esta conciencia no está motivada por sus inclinaciones espartanas. Ligachev, supuestamente el número dos del Nuevo Equipo, defendió la existencia de las «tiendas reservadas», este conspicuo símbolo de las prerrogativas parasitarias del aparato dirigente, en la entrevista antes mencionada. La amplia publicidad concedida por los medios al responsable del vestuario de Gorbachov antes de su viaje a la cumbre, un verdadero ejercicio de mal gusto, tampoco es una manifestación de ascetismo revolucionario. En un enfoque sociológico más sobrio, pueden identificarse dos efectos sociales indeseables de corrupción masiva, que preocupan actualmente por igual a los actuales líderes de la nomenklatura. Uno de ellos ha sido correctamente descri-

La era Breznev llegó a estar dominada por una camarilla de septuagenarios que bloqueaban eficazmente la movilidad ascendente de los jóvenes advenedizos.

to por A. Besançon ¹³ como «la guerra de emancipación de una sociedad civil» en contra de las prerrogativas absolutas de un Estado totalitario. En este sentido particular el término «corrupción» denota «corromper» más que «ser corrompido». En otras palabras, significa obtener de los funcionarios en ejercicio aquellos favores (admisión a instituciones educativas de altos estudios, pasaportes, pisos, permisos, o al menos tolerancia para cierto tipo de actividades económicas que sólo podrían realizarse legalmente dentro de los canales controlados por el Estado y asuntos similares) que no sólo ayudan al bienestar material de una persona o una familia, sino que también garantizan formas más independientes de vida y estrategias de vida para ellos. En este sentido, la participación en la corrupción es ciertamente una emancipación relativa, pero la cuestión es: ¿hasta qué punto estará emancipada una sociedad emancipada de esta manera? Las consecuencias morales de la cuestión no son ambiguas. Y la sociedad civil que emerge, todavía encadenada, y que gradualmente se emancipa de un Estado despótico mediante prácticas fraudulentas, tiene ya un extraordinario parecido con el capitalismo ruso de tipo asiático que tan acertada y amargamente retrató Gorki. Al mismo tiempo, está claro el tipo de peligro implicado en este proceso para la nomenklatura. Tan distorsionada como pueda estar (parcial y no política), la emancipación a través de la corrupción socava los «territorios protegidos» del control estatal, lo cual es un escándalo para el *ethos* de un aparato totalitario.

El otro significado del término «corrupción» es «ser corrompido» o, más bien, para emplear la forma activa: «forzar a otros a recurrir a la corrupción» (aceptar sobornos para desempeñar labores públi-

cas, garantizar el usufructo, legal o ilegalmente, de ciertos bienes materiales, amasar fortunas privadas los empleados públicos de fuentes y en formas estrictamen-

te ilegales, por ejemplo, aceptando comisiones por negocios de comercio exterior, conservar piedras preciosas, oro y divisas en cuentas numeradas en bancos extran-

**El mérito histórico
de Jruschov fue precisamente
la clausura del período
de «revolución
desde arriba».**

jeros). Estos abusos de poder aparentemente pasivos, pero de hecho muy activos, constituyen la forma de corrupción más extendida entre la oligarquía. El peligro de corrupción inherente para la oligarquía tiene dos aspectos. En primer lugar, implica la relativa emancipación del *apparatchik* respecto del aparato ¹⁴. Al permitir la posesión de una considerable riqueza privada que hace a los funcionarios independientes en cierto grado, deben dejar prevalecer en ellos consideraciones ajenas a aquellas dictadas por los intereses colectivos de la corporación. Pero en segundo lugar, y aún más importante, sucede que la riqueza privada *heredable* pertenece a los miembros de un Estado o una clase, no a los de una corporación cuyas pretensiones de poder se basan precisamente en buscar la total eliminación de las diferencias de clase. El Nuevo Equipo parece estar seriamente preocupado por la abierta transformación de la corporación en una clase dentro de la sociedad soviética. La prueba indiscutible de esta preocupación es la sorprendente recomendación de Gorbachov en el sentido de que podría ser reintroducido un impuesto progresivo a las herencias (abolido por Stalin a mediados de los veinte como medida que había perdido toda relevancia tras la expropiación de las antiguas clases poseedoras) ¹⁵. La importancia social de esta nueva medida propuesta tentativamente aparece clara en el contexto antes citado: va dirigida contra la formación abierta de clases. Sin embargo, sus implicaciones son de largo alcance. Si en verdad va a ser progresiva, desatará oposición y violenta resistencia por parte de los círculos oligárquicos, y aunque la meritocracia orientada al pasado parece ser por el momento la perdedora, sus reservas de poder no deben ser subestimadas. Si, por otra parte, no fuese a ser progresiva, desataría la in-

dignación popular. Por lo demás, quizá no está totalmente claro para el Nuevo Equipo que su tentativa de recomendación implica la oportunidad vital de una meri-

toocracia de una generación con potenciales de carrera ilimitados como recompensa al talento pero cuyos frutos no pueden pasar a los descendientes de los afortunados advenedizos. En la medida en que un modelo como éste pueda ser implementado en absoluto sin la supervisión de un omnipresente ojo público, producirá un tipo de funcionario característico del imperio otomano, cuyo único interés estriba en un triunfo rápido, en resultados a corto plazo sin logros necesariamente duraderos, cuya filosofía vital sería *après moi le déluge*.

Una meritocracia orientada al pasado conduce a un estilo de vida estático, es alérgica a las turbulencias incluso dentro del estrato superior (porque teme especialmente la «irreverencia» del actor turbulento hacia los derechos históricos). Los beneficios que puede ofrecer son, como ya mencionamos, lujos, seguridad en el trabajo en caso de incompetencia, y el reconocimiento *casi público* del carácter hereditario del *producto privado* de las funciones públicas (sobre todo, la riqueza amasada). Hemos visto igualmente que la furia crítica de la *Fronda* gorbachiana va dirigida contra el carácter hereditario (y de «tienda reservada») de los rangos jerárquicos en la medida en que es público y en la medida en que bloquea la movilidad ascendente de una nueva generación de advenedizos, y contra la riqueza privada en la medida en que hace a los miembros de la corporación relativamente independientes de ésta. Los *Frondeurs* pueden ofrecer a sus mesnadas el acicate de la movilidad ascendente, de la promoción y la acción, el placer de ejercer dinámicamente un poder incontrolado desde abajo y que se expande en paralelo con la expansión del imperio (por supuesto, junto con todos los lucrativos beneficios que acom-

pañan «normalmente» a la posición de miembro de la nomenklatura). Sin embargo, si esta *Fronza* realmente adquiere importancia, podría evolucionar en forma de una nueva «revolución desde arriba» con todos los síntomas destructivos que acompañan normalmente a tal cosa en la historia soviética. El mérito histórico de Jruschov fue precisamente la clausura del período de «revolución desde arriba». En retrospectiva, es cierto que Jruschov no aparece como un reformador en el sentido de un legislador que crea instituciones duraderas que sobreviven al legislador y a la ley. Pero no puede negarse que cambió la historia soviética durante tres décadas dándole una (relativa) paz interna, aunque paz de un tipo indudablemente basado en la coerción, proyectos reformistas incompletos y tentativas de innovación abortadas.

Pertenece a la extraña ironía de la historia el que la única oportunidad que tiene Gorbachov de convertirse en el hombre del cambio real sea la más negativa, esto es, la oportunidad de acabar con la rela-

tiva tranquilidad y reintroducir, quizá en contra de sus propias intenciones, el ímpetu de su propio proyecto, un nuevo ciclo de revoluciones desde arriba. Hay un único motivo recurrente en todas las extremadamente monótonas contribuciones del 27 Congreso que al menos puede interpretarse como anuncio de una próxima tormenta. La norma más constante en la casi invariable coreografía de los congresos del Partido desde Stalin hasta la fecha, ha sido el que uno de los delegados «de a pie» haga la crítica pública de un ministro en particular. Según las tradiciones, una crítica de este tipo ha sido considerada como signo inconfundible de la inminente destitución del ministro en cuestión y el «obrero» o «campesino» honorífico, a quien se otorga licencia para hacer la crítica, es casi invariablemente una de las nuevas estrellas ascendentes. En el 27 Congreso, sin embargo, vemos una verdadera

hipertrofia de este evento litúrgico. Después del primer día, *todos los oradores*, con la significativa excepción de los miembros del Politburó, criticaron al menos a un ministro en particular y a veces a varios en un mismo discurso. Casi todos los ministros, con la excepción una vez más típica (los de la Defensa e Interior, junto con la KGB), fueron blanco de críticas. Un ataque tan concentrado de las marionetas de los Nuevos Turcos es un fenómeno incomparablemente más vasto y más significativo que el único acto litúrgico de «crítica constructiva» de un objetivo particular preseleccionado. Es una declaración de guerra contra todo el aparato (no político, esto es, administrativo) de Breznev. Aparentemente, el Nuevo Equipo no ha llegado aún a ser lo bastante poderoso para purgar a fondo los organismos dirigentes de las organizaciones del Partido a niveles de provincia y distrito. Pero están llevando a cabo un movimiento de tenaza.

El Nuevo Equipo no ha llegado aún a ser lo bastante poderoso para purgar a fondo los organismos dirigentes del Partido.

Atacan el aparato de Breznev en su punto más vulnerable (en última instancia, los administradores son responsables de los pobres resultados económicos porque su

función dentro del sistema es traducir las directivas estratégicas del Partido al lenguaje operativo a corto plazo). Por el momento, el *Partido como un todo* permanece libre de los ataques de los Nuevos Turcos¹⁶. Un hecho particular presta una dimensión aún más siniestra a los cambios actualmente en marcha. Chébrikov, el nuevo director de la KGB, mencionó casualmente en su discurso que espías norteamericanos (en plural pero inidentificados) habían sido desenmascarados, una vez más, «en varios ministerios»¹⁷. Y si bien es perfectamente verosímil, incluso probable, que existan espías norteamericanos en la URSS, esta afirmación hecha de forma tan general e indefinida, y en el contexto del ataque lanzado contra los «ministerios», es verdaderamente ominosa.

La transición al período intensivo de crecimiento económico no promete, por lo

que se ve, ser un camino fácil. Si el Nuevo Equipo fuese capaz de poner a prueba su proyecto total, lo cual esciertamente un gran «sí», no es probable que se llegue al final del camino a una reforma auténtica, al menos no en un sentido que represente un cambio hacia algo mejor. Pero las turbulencias, de volumen considerable, y de carácter incluso dramático, no están excluidas.

Estrategia externa

1. La «Opción por la Paz».

Gorbachov anunció su espectacular propuesta de prohibición total de todas las armas nucleares hasta finales de este siglo ya antes del 27 Congreso. En el Congreso elaboró más aún su propuesta, añadiéndole lo que podría llamarse «la doctrina militar soviética para consumo público». La nueva tesis consiste en que debe lograrse el nivel de paridad estratégica *más bajo posible*, no el *más alto posible*, ya que esto constituye la única garantía posible de supervivencia para la humanidad ¹⁸. Estoy perfectamente convencido de que la propuesta de Gorbachov en su forma actual no puede ser tomada seriamente como un programa genuino de desarme nuclear total, sino más bien como un astuto movimiento táctico que, al menos por el momento, no puede sino reforzar la posición soviética. Esto se debe a las razones siguientes. En primer lugar, una ruptura tan tremenda con estrategias de casi medio siglo de antigüedad exige por parte de las superpotencias una confianza recíproca auténtica, bien establecida e incluso probada, la que sólo puede construirse gradualmente, en una forma extremadamente responsable, con un espíritu evidente y demostrable de compromisos recíprocos. Ambas superpotencias deben convencerse mutuamente de que ninguna de ellas tiene motivos ulteriores sino que, por

el contrario, ambas están seriamente interesadas en un tipo de reconciliación sin el cual el desarme nuclear, si milagrosamente llegara a suceder tal cosa, solamente podría ser el prólogo de devastadoras guerras mundiales con ultradestructivas armas «convencionales». Entre tanto, sin embargo, el Congreso del Partido alcanzó nuevas alturas de demagogia y una páfida especie de antiamericanismo. Continuó los ya tradicionales pasos de intentar aislar a los Estados Unidos de sus aliados de Europa Occidental, proclamó insensatas acusaciones ¹⁹, intensificó su estrategia ofensiva en el Tercer Mundo en las contribuciones preorquestadas de delegados invitados al Congreso. Cualquiera que esté familiarizado con la capacidad soviética para ser flexible y tranquilizador cuando se lo propone realmente, desde las negociaciones entre Molotov y Ribbentrop, pasando por las «giras de buena voluntad» de Jruschov hasta las negociaciones secretas de Breznev con Kissinger, sabe que la elección de un lenguaje tan extraordinariamente cínico y provocativo solamente podía tener un objetivo: hacer imposible para la Administración norteamericana, aun cuando hubiera tenido la intención de hacer tal cosa, comprometerse en conversaciones serias con ellos.

En segundo lugar, cualquiera propuesta de prohibición nuclear total que se haga seriamente, y que no sea sólo propagandista, requeriría una renovación inmediata, sincera y a escala total de la política de distensión. Por «distensión» no quiero decir un despliegue general de *credulidad* para la que *ambas* partes están particularmente mal preparadas, sino un diálogo soviético-norteamericano directo en el que se acepte mutua y conjuntamente la responsabilidad por las cuestiones mundiales. Sin duda, esta sería una tarea difícil aun-

Cualquier propuesta de prohibición nuclear total requeriría una renovación inmediata, sincera y a escala total de la política de distensión.

que los soviéticos estuviesen dispuestos a aceptarla. Es un ridículo *slogan* propagandístico acusar a la Administración Reagan de «prepararse para la guerra» por

haber iniciado un nuevo ciclo de carrera armamentista hace ya muchos años, en parte como respuesta a una momentánea superioridad soviética. Pero no es una fal-

**Una prohibición súbita
de las armas nucleares dejaría
a la Unión Soviética
en una indiscutible
superioridad.**

sa suposición pensar que esta Administración tuvo entonces, y tiene ahora, cierto número de motivos ulteriores. Quizá uno de ellos sea, como muchos analistas han indicado, el de dar un empujón a la economía que estaba seriamente enferma cuando Reagan asumió el poder. Otro podría ser el designio estratégico de obligar a la URSS a una nueva ronda de gastos militares que fatalmente paralizaría su economía, incomparablemente más débil. Comoquiera que sea, sigue en pie el hecho de que al menos por el momento (aunque esto puede cambiar de un momento a otro) la Administración soviética conduce una política *antidistensión* en la medida en que cultiva vigorosos contactos, sustancialmente antinorteamericanos, con numerosas fuerzas europeas, sobre todo con la socialdemocracia alemana ²⁰, mientras que sólo mantiene conversaciones fingidas con los Estados Unidos, y eso sólo cuando es absolutamente indispensable.

Sin compromiso no puede haber acuerdo sobre cuestiones estratégicas cruciales. Esta verdad de perogrullo acrecienta, sin embargo, su significado, cuando establezco el segundo dato de conocimiento común: a saber, que una prohibición súbita de las armas nucleares dejaría a la URSS en una indiscutible superioridad por lo que respecta a las tropas y armamentos de los ejércitos convencionales. Esta circunstancia hace que la cuidadosa discusión previa de los compromisos y garantías en el escenario europeo sea una condición absoluta para cualquier negociación seria acerca de la prohibición total. Por el contrario, el Informe Político declara que todas esas ideas son «trucos» e intentos de sabotear unas conversaciones constructivas ²¹. Pero aún existe una razón especial y última que hace casi superfluo discutir seriamente la intención soviética de prohibir

todas las armas nucleares: la presencia de China.

Así pues, parece correcto decir que la propuesta de Gorbachov de prohibición

total de las armas nucleares ha sido diseñada para el consumo propagandístico de Europa Occidental, para varios partidos socialdemócratas de Europa Occidental: el germano occidental, el británico, el griego PASOK (cuyo delegado habló ante el Congreso, *Pravda*, 2 de marzo de 1986, N.º 61, pág. 9, en forma inconfundiblemente comunista) y para los movimientos antinucleares. Lo que los dirigentes soviéticos están tratando de conseguir realmente es, primero, la erosión de la OTAN (en lo que cuentan con muy buenas posibilidades de éxito) y, en segundo lugar, el mantenimiento del nivel actual de paridad en el arsenal nuclear y el de la superioridad soviética en el campo de las armas convencionales. Pero ciertamente no desean verse envueltos en una competencia paralizantemente onerosa con los Estados Unidos en la Iniciativa de Defensa Estratégica. Sin duda, la finalidad a largo plazo sigue siendo una Europa finlandizada, pero no ocupada, que pagaría los costos de la «revolución industrial» soviética.

2. *El movimiento comunista mundial.*

Utilizar el tema de la paz como una estrategia de caballo de Troya no es un invento del Nuevo Equipo; fue iniciado por Andropov. Su espíritu innovador se revela plenamente cuando analizamos el despliegue y la actuación del «movimiento mundial» en el 27 Congreso. Para empezar, es dudoso si podemos discutir el «movimiento comunista» en absoluto a la luz de las innovaciones de Gorbachov. Todo un popurrí de organizaciones sin ninguna o casi ninguna relación entre ellas en términos de ideología fue invitado al Congreso ²². Partidos comunistas ortodoxos y probados aparecieron en el foro precedidos y seguidos por organizaciones que ja-

más se han llamado a sí mismas comunistas o marxistas-leninistas, y que ciertamente no lo son (los partidos gobernantes de Túnez, Zambia, Madagascar, el Baath sirio, el Partido Socialista libanés Djumblatt, y así por el estilo). Pero para todos los efectos actuaron como comunistas de los buenos viejos tiempos de Stalin: su vocabulario, su demagógico antinorteamericanismo hacía que no se diferenciaron de los partidos comunistas tradicionales de Chile, Portugal o Grecia. Este colorido desfile de partidos que tienen ideologías totalmente diferentes pero una característica esencial en común, que son la fuerza política dirigente de un régimen totalitario en sus propios países o que pretenden crear un régimen de ese tipo, indica un giro dramático: «el fin de la ideología» en la política soviética. Cuando los partidos socialistas ideológicamente pluralistas, o ideológicamente indiferentes (como el PC de

Italia), aparecen juntos con organizaciones que combinan una especie de curiosa versión de marxismo con dogmas «africanistas» o musulmán-fundamentalistas, o

con agencias que son oficialmente organizaciones sombrilla sin ninguna ideología en absoluto (el Congreso Nacional Africano), pero que durante todo lo que duró el Congreso actuaron como partidos marxistas-leninistas *bona fide*, entonces, obviamente, la estrategia mundial comunista ya no es interpretable en términos ideológicos.

Una innovación más, que esta vez brota de la propia fantasía creadora de Gorbachov, es la *aparición paralela* de varios partidos del mismo país. Dos partidos comunistas estuvieron presentes representando a India, España y Australia. Los partidos en el gobierno de Túnez, Siria y Madagascar tuvieron que aceptar aparecer junto con los partidos comunistas de sus respectivos países, a los que por lo menos marginan dentro de casa. Desde Suráfrica, el PC oficial envió una delegación, pero la segunda organización dominada por

los comunistas, la ANC, no oficial pero en realidad mucho más influyente, también estuvo presente. Este nuevo fenómeno, inigualado desde los primeros tiempos del Comitern, difícilmente puede atribuirse a una repentina proclividad por el pluralismo entre los líderes soviéticos. Este nuevo despliegue de «tolerancia a la diversidad» posee muchas funciones distintas. A veces se utiliza para presionar a un partido particular mediante el despliegue abierto de la otra opción disponible para los líderes soviéticos. La aparición en paralelo es además una manifestación pública de «el fin de la ideología», una clara demostración de que no es la ideología confesada oficialmente lo que cuenta, sino la obediencia práctica. Finalmente, en ciertos casos, en particular en el caso español, la aparición paralela sirvió de oportunidad para recuperar la antigua prerrogativa moscovita del Comitern de arbitrar en los debates internos ²³.

La propuesta de Gorbachov de prohibición total de las armas nucleares ha sido diseñada para el consumo propagandístico de Europa Occidental.

El colapso de las fuerzas ex eurocomunistas, su capitulación final y formal, fue completa. Es cierto que el delegado ita-

liano, Pecchioli, portavoz del único partido ex eurocomunista que tiene auténtica influencia política en su propio país y para quien el eurocomunismo, aunque siga siendo una opción poco clara, era algo más que un simple recurso electoral, desvió suavemente toda la agenda del Congreso. Es igualmente cierto que los comunistas italianos en su mayoría se consideran como un partido socialista entre muchos otros. Pero esta herejía ideológica tiene muy poca importancia en la nueva era Andropov-Gorbachov del «fin de la ideología». La debilitada socialdemocracia italiana es apenas más importante o incómoda para los líderes soviéticos que los dogmas islámicos del movimiento de Gaddafi. La atmósfera cínicamente tolerante del «fin de la ideología» hace posible que los partidos suscriban cualquier cantidad de opiniones eclécticamente combinadas, o ninguna en absoluto, siempre que sigan fielmente la línea estratégica soviética, o

al menos mínimamente, con tal que guarden silencio acerca de su carácter. Ni siquiera una genuina transición hacia la socialdemocracia es una opción excluida en una atmósfera en la que la jefatura soviética encuentra tan fácilmente un lenguaje común, y casi una alianza, con la socialdemocracia alemana. Sería necesario tener una política socialdemócrata auténticamente independiente para enfrentar las realidades soviéticas tal como son en realidad.

Y es esta última característica la que se ha evaporado sin dejar rastro del movimiento comunista, incluso en la forma débil y superficial de crítica del «stalinismo» que dominó la escena europea en la década de los setenta. Ni una sola mención a Polonia, donde el régimen militar de Jaruzelski amenazó por un momento con provocar la ruptura formal entre los comunistas italianos y el aparato soviético; ni una sola palabra acerca de la situación real en Afganistán, y ni siquiera acerca de los derechos humanos en la Unión Soviética, interrumpió las serenas deliberaciones del Congreso a favor de «la supervivencia de la humanidad».

Las causas de este impredecible retorno a las viejas posiciones totalitarias son múltiples, y no puedo analizarlas aquí. Basta decir que las razones pueden localizarse en la astuta sabiduría previsora de sucesivos gobiernos soviéticos que de hecho hicieron muy poco para promover y crear una situación tan favorable para ellos. Pero saben muy bien cómo explotarla. No obstante, su pedestre fachada y el aluvión de poco atractivos discursos, a pesar de los resultados poco concluyentes, no cabe duda de que el 27 Congreso representó una notable victoria para ellos. Invirtió completamente los resultados (relativamente) emancipadores del 20 Congreso sin una rehabilitación explícita de Stalin (que el Nuevo Equipo no necesita). Una vez más, la fidelidad a la Unión Soviética, esta «sal-

Sería necesario tener una política socialdemócrata auténticamente independiente para enfrentar las realidades soviéticas tal como son en realidad.

vanguardia de la paz mundial», se convirtió en el criterio de ser «progresista» mucho más allá de las profesiones de comunismo *sensu stricto*. Esta fidelidad comprende dos elementos: seguir las líneas políticas y estratégicas de la Unión Soviética y disculpar la realidad del sistema soviético mediante el silencio. Ciertamente el totalitarismo no había ocupado una posición tan ventajosa desde hacía décadas.

Resumiré esta reflexión con dos conclusiones. En primer lugar, el 27 Congreso no fue portavoz de reformas sociales de la forma en que nosotros asociamos el término «reforma» con el otro término «progreso» en el sentido más amplio posible de la palabra. Esto no se debe a una insuficiencia de poder por parte del Nuevo Equipo, sino que es resultado del carácter mismo de su proyecto. En segundo lugar, estuvo lejos de ser un acontecimiento insignificante, como una prensa desilusionada, que aguardaba esos milagros que nunca se producen, informó posteriormente. El bosquejo de la estrategia soviética hasta finales de este siglo, y más adelante aún, surgió muy claramente en los discursos e informes, por más pedestres que estos fueran.

Sin embargo, estamos viviendo después de Chernobyl. Por supuesto, no existe ninguna razón para nutrir exageradas esperanzas en una acción democrática en un país cuyo aparato de represión sigue igual de poderoso e intacto, cuya capa dirigente tiene una inquebrantada autoconciencia de sus ilimitadas prerrogativas de poder, y cuya población ha sido entrenada durante muchos siglos de gobierno autocrático y décadas de totalitarismo en una indiferente obediencia a las órdenes. Pero, a pesar de todo, Chernobyl podría desencadenar importantes cambios. Después de

la charada de la KGB, y de las organizaciones antinucleares patrocinadas por el Partido, podrían emerger ahora otros movimientos auténticos y genuinos. Sin duda,

esto representaría un reto desigual: por el momento, la nomenklatura puede someter cualquier resistencia a su autoridad absoluta sin esfuerzos excesivos. Pero en esta ocasión, la victoria tendría un precio. La «cuestión de la paz» es demasiado crucial para la estrategia del Nuevo Equipo, y una represión violenta de los movimientos antinucleares soviéticos podría ocasionar un daño irreparable a la imagen de este «guardián de la paz» como para hacer bastante impredecibles los resultados. Hizo falta una catástrofe provocada por error humano para abrir ciertas opciones sociales. Pero ahora estas opciones, aparentemente al menos, pueden ser útiles.

Traducción: Ana María Palos

¹ El Primer Ministro Rizkov subrayó en su informe sobre el plan de desarrollo económico de la URSS entre 1986-1990, que el crecimiento anual proyectado deberá alcanzarse con una reducción paralela de los recursos de mano de obra (*Pravda*, 4 de marzo, 1986, N.º 63, pág. 2). Pero quizá aún más importante es la siguiente afirmación del Primer Ministro. Las cifras que se pretenden obtener con el nuevo plan quinquenal sólo podrán alcanzarse con los llamados métodos extensivos de desarrollo (cantidad ilimitada de mano de obra, nuevos centros de trabajo y empleos) si durante el período abarcado por el plan se suman a la fuerza laboral unos veintidos millones de hombres y mujeres jóvenes. Mientras que según las predicciones demográficas sólo se dispondrá de una fuerza laboral nueva de 3,2 millones. Y Maria Huber, experta en economía soviética de la Universidad de Heidelberg, resume la misma situación en los términos siguientes: «Si el crecimiento económico de la Unión Soviética depende cada vez más del aumento de la productividad (crecimiento intensivo), esto sugiere que las fuentes de crecimiento distintas a las relaciones con la productividad (crecimiento extensivo) van agotándose gradualmente». M. Huber, «The Prospects for Economic Reform», en C. Schmidt-Häuer, *Gorbachov*, London: 1986, Tauris, Appendix 1, pág. 170.

² Lygachev rechazó enérgicamente la idea de una rehabilitación teórica del mercado en una entrevista previa al Congreso. Rizkov aludió a tales sugerencias en su informe (*ibid.*, pág. 2) en un tono sarcástico típico de los dirigentes soviéticos cuando consideran alguna propuesta indigna de ser tomada en consideración. Las críticas político-económicas de los mandatarios soviéticos son ejemplos de libro de texto eternamente irresolutos, y dentro del sistema imposibles de resolver, antinomias de la economía dirigida.

³ *Pravda*, *ibid.*, pág. 3.

⁴ F. Feher-A. Heller-G. Markus *Dictatorship Over Needs*, Oxford: Blackwell, 1983.

⁵ *Gorbachov*, Appendix, pág. 171.

⁶ Una extraña y reveladora característica de la discusión sobre supuestas reformas económicas del equipo Gorbachov, que analistas experimentados desdeñan sistemáticamente, es la única morfología de A. Nove en su *The Soviet Economic System*, London-Boston-Sydney: George Allen and Unwin, 1977. Nove demuestra irrefutablemente que lo que podría denominarse «nivel administrativo» en el sistema económico soviético (ministerios y gerencias de fábricas) no son agencias políticas en el sentido so-

viético del término, y por consiguiente no pueden influir en los planes de colectivización de la primera y crucial fase de su descolectivización. Esto significa que pueden oponerse a los objetivos, pero que no pueden iniciar un cambio estructural, así como tampoco cualquier cambio implementado a su nivel considerado como estructural.

⁷ R. Selucky: *Das gegenwärtige Dilemma der sowjetisch-osteuropäischen Integration*, Cologne: Index, 1985.

⁸ Momias de un temido y despreciado pasado, como K. G. Petrov, fueron regalvanizadas y revividas al narrar los «heroicos hechos» de los stajanovistas en 1935 (!) en palabras agrídulces, *Pravda*, 3 de marzo, 1986, N.º 62, pág. 2.

⁹ Un comentarista equilibrado y auténticamente experto del Congreso, Michel Tatu, hace la pertinente observación de que, de hecho, el proceso de rejuvenecimiento no ha progresado excesivamente. En su «Le XXVII.º congrès n'aura été qu'une étape intermédiaire sur la voie du rajeunissement», *Le Monde Hebdomadaire*, 19 de marzo, 1986, pág. 3, Tatu analiza en detalle los grupos de edad de los nuevos organismos dirigentes. Llega a la conclusión de que todavía el 78 % de estos organismos está constituido por personas mayores de cincuenta años. Por supuesto, esto representa un sereno recordatorio de los actuales límites de Gorbachov con respecto al poder, pero en mi opinión no es una refutación de la tendencia existente.

¹⁰ El resible homenaje rendido oficialmente a alguien tan insignificante intelectualmente como Breznev fue simple adulación cortesana, y no un «culto a la personalidad» en el sentido de las connotaciones que los líderes soviéticos adjudican al término. Por supuesto, Breznev disfrutó enormes prerrogativas de poder, pero nunca un poder ilimitado. Durante cierto tiempo Shaliapin, y durante casi todo el período de su mandato Kosyguin, fueron sus contendientes o al menos sirvieron como contrapesos de su poder. Súslov fue internamente tan poderoso e intocable como el mismo Breznev. En sus últimos años, Breznev no pudo mantener bajo control el ascenso de Andropov y, según todos los testimonios (s. Schmidt-Häuer *Gorbachov*, I. Zemtsov *Andropov*, Jerusalem: IRICS Publications, 1983) el período final de su mandato estuvo consagrado a desbaratar los ataques contra él mismo y su clan, en medio de crecientes dificultades. En esto, como por lo general en lo concerniente a la descripción del período de Breznev, estoy en perfecto acuerdo con H. D'Encausse Carrère en su magnífico *Confiscated Power*, New York: Harper and Row, 1983.

¹¹ Varios sociólogos han señalado que la creación y control de la movilidad ascendente es una de las principales funciones constitutivas del sistema del Partido; véase G. Konrad-I. Szélenyi *The Intellectuals on the Road to Class Power*, New York-London: Harcourt, Brace and Jovanovitch-Harvester Press, 1979 y V. Zaslavsky: *The Neo-Stalinist State*, Armonk: Sharpe, 1982.

¹² Contamos ahora con un documento desacombradamente explícito sobre este particular tipo de activista opositor en la entrevista concedida por Zinóviev a G. Urban (*Encounter*, 1985) durante la cual el entrevistador, un periodista liberal-conservador experimentado y tolerante, apenas puede contenerse y tiende frecuentemente a calificar la posición de Zinóviev como moralidad fascista. De hecho, el escritor satírico antisoviético llega al punto de aplaudir el terror stalinista que evacuó villas, empleos y otros bienes terrenales para aquellos lo bastante desinhibidos como para ponerse físicamente las botas de los ejecutados. En general, y piadosamente, la entrevista de Zinóviev fue considerada como un documento de patología privada. Yo prefiero considerarla una prueba de la existencia, entre los disidentes, de hombres que llegan a estar «endemoniados» debido a sus ambiciones continuamente frustradas.

¹³ A. Besançon: Prefacio a I. Zemtsov, *La corruption en l'URSS*, París, Fayard, 1979.

¹⁴ En las interesantes memorias de A. Hegedüs, quien fue alto funcionario de la Hungría stalinista, en 1955-56 Primer Ministro del país, puede estudiarse en qué medida un funcionario del Partido de la época de Stalin no poseía prácticamente nada, hasta qué punto dependía existencial y financieramente de la corporación. En su *Life Under the Shadow of an Idea (Élet egy eszme árnyékában)*, Viena, publicado por Z. Zsille, 1985), escribe: «...este régimen tiene una lógica interna y una función exacta. Si alguien es despedido de su empleo, si pierde su puesto, queda de un día para otro totalmente indigente: nada le pertenece. La silla en que se sienta, la cama en que duerme, todo pertenece al Partido. Hasta en el más ruinoso escritorio lucía la placa "Propiedad del MDP" (Partido Húngaro de los Trabajadores)», página 136. Incluso en el período en que el funcionario ya no perdía su cabeza, su familia y su libertad junto con la silla, la cama y la ropa de cama (10 que es una referencia directa, pues Z. Mlynár describe en su *Night Frost in Prague*, Londres: Hurst and Co. 1980, pág. 66) cómo la familia Novotny «expropió» la fina ropa de cama de Clementis, ex Ministro de Asuntos Exteriores, tras la ejecución de este último), la dependencia económica total ha permanecido vigente durante largo tiempo sirviendo de garantía contra la insubordinación.

¹⁵ M. Gorbachov, *Political Report of the CPSU Central Committee to the 27th Party Congress*, Moscú: Novosti Press Agency Publishing House, 1986, página 57.

¹⁶ Esto es cierto sólo en un sentido relativo. Los comités del Partido en Leningrado y Moscú, bastio-

nes de Romanov y Grishin respectivamente, fueron purgados antes del Congreso en el curso de un reajuste más general. En el Congreso, se hicieron numerosas referencias a reajustes y purgas similares en los gobiernos de las repúblicas, particularmente en Uzbekistán y Kazajstán. Las cifras concernientes a los cambios anteriores al Congreso pueden verse en Schmidt-Häuer *Gorbachov*, pág. 136. Pero aquí nos estamos refiriendo a los cambios en los organismos supremos del Partido, que son extraordinariamente significativos políticamente pero sin importancia alguna por lo que respecta a las oportunidades de empleo de toda una generación de Nuevos Turcos de segunda y tercera clase.

¹⁷ *Pravda*, 3 de marzo, 1986, pág. 2.

¹⁸ *Political Report*, pág. 81.

¹⁹ Por lo que respecta a las «insensatas acusaciones», bastará mencionar que en el Informe Político los Estados Unidos (y el «imperialismo mundial») aparecían como responsables de la guerra en Afganistán, del conflicto Iran-Irak, de la breve pero sangrienta purga interpartidista en Yemen del Sur, del asesinato de Bishop en Granada a manos de sus propios compañeros de partido. Por otro lado, la revolución en Filipinas, única victoria de la democracia en tantos años (durante los cuales la URSS apoyó públicamente a Marcos mientras que el resuelto apoyo del Congreso de los Estados Unidos desempeñó un papel decisivo en el incruento desarrollo de los sucesos) ni siquiera mereció una mención.

²⁰ En nuestro ensayo con A. Heller «Eastern Europe Under the Shadow of a New Rapallo», Colonia: Index, 1984, reproducido en *New German Critique*, (*Leviatán*, n.º 19, primavera 1985) y en nuestra «Reply to Our Critics», *New German Critique* (1986), pretendemos identificar las implicaciones estratégicas de este tipo de relación germano-soviética.

²¹ *Political Report*, pág. 85.

²² Una encuesta estadística no tendría dificultades en indicar que de hecho una tendencia como esta empezó a emerger en los últimos años de Jruschov, llegando a alcanzar mayor importancia bajo Breznev. La diferencia numérica entre la lista de partidos no comunistas invitados al 26.º y los invitados al 27.º Congreso es, por consiguiente, muy pequeña. Pero su función en el último Congreso fue diferente. Hasta ahora, los invitados no comunistas saludaban al Congreso y a continuación exponían sus propios objetivos políticos. Esta vez se les concedió el derecho a *respaldar* las políticas externas e *internas* de la URSS lo que los convirtió en «compañeros de lucha».

²³ El «arbitraje» soviético debe haberse producido, previamente al Congreso o tras bambalinas, en forma tan enérgica que provocó la *única* voz disonante en el Congreso. El delegado del PC español protestó indignado contra la torpe interferencia de Moscú, en nombre de los dirigentes españoles que debieron sufrir durante algún tiempo la presión de Moscú para que se fusionaran con el Partido Comunista Stalinista de los Pueblos de España encabezado por Gallego (*Pravda*, 6 de marzo, N.º 65, pág. 8).

SOBRE EL PACIFISMO

Agnes Heller y Ferenc Feher

POCAS cuestiones tan polémicas en Europa occidental como los movimientos pacifistas y antinucleares. Heller y Feher han adoptado frente a ellos una postura difícil y atrevida: identificándose con sus fines últimos y respaldando su contenido radical —la idea de que las cuestiones de defensa y de sobrevivencia no pueden quedar exclusivamente en manos de los expertos—, los autores toman, sin embargo, una posición crítica respecto al significado político inmediato de dichos movimientos, en el que ven una disociación entre la defensa de la vida y la defensa de la libertad. Sin una apuesta por la emancipación, por el ideal de una sociedad libre, el viejo sueño ilustrado de la **buena vida** se vería sacrificado a la defensa cuasi zoológica de la **mera vida**: la inseguridad emocional de un Occidente en crisis podría llevar a los pacifistas a olvidar los problemas políticos de la construcción de una sociedad libre y segura.

SOBRE EL PACIFISMO
Agnes Heller y Ferenc Feher
Editorial Pablo Iglesias
184 págs.; 900 ptas.

PEDIDOS:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid
Tels.: 410 46 96 y 410 47 98

DOCUMENTO

UN PROYECTO SOCIALISTA PARA EUROPA

Desde el comienzo de la crisis en los años 70, la izquierda ha visto brutalmente sacudidas sus creencias en todo el mundo: algunos de sus valores tradicionales, como la apuesta por el sector público como motor de desarrollo, han quedado en entredicho ante la creciente evidencia de que las empresas públicas no se adaptaban con eficacia a las circunstancias nuevas creadas por la crisis, sin ofrecer, por otra parte, mayores posibilidades al control social de la producción. El resurgir del peligro de guerra mundial, las tensiones Este/Oeste que han marcado los años más recientes, el deterioro de la situación de los países menos desarrollados, su endeudamiento, en buena parte provocado por los problemas de los países centrales, el consiguiente sentimiento de oposición Norte/Sur y, en Europa, la frustración que provoca la lentitud del avance hacia una verdadera unidad política y económica, son factores que enfrentan a la izquierda, y especialmente a la de los países avanzados, con problemas no previstos.

La creciente pérdida de credibilidad del ideal revolucionario, ante los resultados ofrecidos por las grandes revoluciones de este siglo, desde la de 1917 hasta la nicaragüense, ha provocado una pérdida de rumbo estratégico en las fuerzas progresistas, desencantadas también en muchos casos ante los modestos resultados de la experiencia socialdemocrática en Europa, y a menudo desconcertadas ante la aparición de nuevas reivindicaciones sociales ligadas a la conservación del medio ambiente, a la agresión de la mujer, a la falta de perspectivas de los jóvenes, a la lucha por la paz; reivindicaciones, como es obvio, difícilmente traducibles a la vieja teoría de las luchas de clases.

En España, la ideología y la cultura política heredadas de la resistencia anti-franquista por la izquierda se han visto sometidas también, y muy específicamente, a una severa prueba en el curso de la transición democrática, y más aún desde el comienzo en 1982 del gobierno socialista. Los problemas nuevos suscitados por un proceso político inédito —el paso de la dictadura a la democracia por una vía pacífica y reformista— se han entretelado con los problemas comunes

a la izquierda de todos los países europeos occidentales, los problemas derivados del profundo impacto que en la sociedad, la economía y las instituciones políticas de las democracias industriales están teniendo la crisis económica estructural y la subsiguiente revolución tecnológica.

Muchos de los viejos esquemas ideológicos, de las respuestas políticas tradicionales de la izquierda española, han revelado en la práctica su inadecuación a la nueva problemática. Desde el gobierno central, las comunidades autónomas y los ayuntamientos locales, así como desde otras instancias políticas y sociales, la izquierda ha debido asumir prácticamente la tarea de reforma y modernización de la sociedad española, esforzándose por conjugar el pragmatismo con la innovación.

La práctica ha ido delante de la teoría. Pero cada vez es más evidente la necesidad de integrar y desarrollar esta práctica en el marco de un nuevo paradigma teórico, de una nueva perspectiva estratégica. En este sentido, la Fundación Pablo Iglesias organizó los días 29 y 30 de noviembre pasados un debate sobre el tema La izquierda y Europa, que pudiese servir como contribución a la satisfacción de esta urgente necesidad.

Esta iniciativa se sitúa además en el contexto del comienzo de una nueva etapa de la democracia española, una etapa caracterizada por la adhesión a la Comunidad Europea, la decisión popular de permanecer en la Alianza Atlántica, y la renovación de la confianza mayoritaria en el PSOE para seguir dirigiendo los destinos del país. En esta nueva etapa la izquierda española tiene la responsabilidad de afinar y profundizar sus respuestas a un conjunto de problemas económicos, sociales y políticos que cada día tienen una dimensión más insoslayablemente europea. De ahí que en la búsqueda de estas respuestas sea aconsejable tomar en cuenta, a la vez que las específicas condiciones españolas, la experiencia acumulada por la izquierda en países pertenecientes, desde hace tiempo, a la Comunidad y a la Alianza. Por ello nuestra invitación a participar en el debate a algunos destacados políticos e intelectuales de diversos países europeos.

Incluimos en estas páginas la última parte de la ponencia que sirvió como marco para la discusión en estas jornadas, Un proyecto socialista para Europa. La Editorial Pablo Iglesias publicará próximamente el libro que recogerá el texto completo de la ponencia, así como los comentarios, intervenciones y debates que allí se suscitaron.



La misma posibilidad de definir un proyecto socialista para Europa resulta aparentemente contradictoria. Por una parte, cuando hablamos de socialismo en Europa lo hacemos proyectando la vieja idea marxiana de que el socialismo es fruto del mismo desarrollo del capitalismo. Europa podría llegar a ser socialista porque es en ella donde más antiguas son las raíces del modo de producción capitalista. Pero a la vez se diría, se dice de hecho, *desde la nueva derecha*, que Europa ha perdido ya la carrera del desarrollo económico frente a los USA, al Japón, a los nuevos países industriales del Pacífico. Europa habría sido la cuna del capitalismo pero no estaría ya en la vanguardia de su progreso histórico.

Tendríamos así una paradoja: el socialismo sólo sería un proyecto creíble en Europa, pero Europa estaría ya condenada por la historia, incapacitada para mantener el ritmo de desarrollo de economías capitalistas más jóvenes. Así, el socialismo habría sido sólo el breve sueño del siglo de la primera revolución industrial europea, entre las revoluciones de 1848 y la segunda guerra mundial, el sueño del tiempo en que Europa fue el centro del sistema mundial. Después el eje del desarrollo capitalista se habría desplazado hacia el Pacífico, y del sueño ya sólo quedaría su herencia: un Estado asistencial ineficiente, una pesada burocracia disfuncional, un intervencionismo torpe y dispendioso.

Más aún: Europa habría entrado en una grave decadencia moral. La falta de voluntad de autodefensa que revela el movimiento pacifista, que más allá de su retórica sólo tendría como objetivo el desarme unilateral, sería el síntoma de una profunda inseguridad, de una pérdida de confianza en los valores democráticos que acompañaron históricamente el ascenso de la Europa capitalista (en una estrecha dialéctica con el mismo ascenso del movimiento obrero, por cierto). El correlato del estancamiento económico, bajo el peso muerto de la burocracia y el intervencionismo, sería entonces la desintegración de la voluntad política de defensa y autoafirmación. Europa, minada por las ideas socialistas, estaría condenada, en un mundo más competitivo que nunca, económica y políticamente.

¿Se pueden plantear hipótesis alternativas? Ciertamente, el auge del pacifismo occidental puede hacer pensar en una pérdida de la voluntad de independencia, de preservación de los valores democráticos, de autoafirmación política. Pero no es obvio que se trate de un proceso colectivo, global, ni sobre todo racional. Podría muy bien ser la respuesta primaria, juvenil, emotiva, ante el clima de inseguridad que se generaliza en Europa y en el mundo occidental desde el renacimiento de la tensión Este/Oeste durante los meses finales de la presidencia de Carter. Es cierto que la extensión del movimiento revela una profunda inseguridad en la conciencia social occidental, pero no es obvio que esta inseguridad revele una decadencia moral. Podría ser la respuesta irracional, pero comprensible, a la situación objetiva en que se encuentra Europa durante la primera presidencia de Reagan: un rehén, cuyos intereses no son prioritarios dentro del agresivo proyecto norteamericano de recuperación de la hegemonía global, pero que sería el primer afectado por cualquier confrontación militar entre los dos bloques.

Ahora bien, el problema es saber si esa situación de Europa occidental como rehén de la política de bloques es irreversible. Si no lo fuera, la *decadencia moral* podría superarse con un proyecto de autoafirmación de Europa en el plano político y de la defensa. Igualmente habría que examinar más de cerca la idea de que Europa ha perdido el tren de la modernización económica. Sabemos que ha perdido terreno, sabemos que su respuesta a la crisis ha sido más lenta, descoordinada, desigual, pero no es evidente que éste sea un retraso irreversible, definitivo.

Quizá pudiera superarse con un proyecto de modernización de la economía de la Comunidad, un proyecto que pasara por la unificación económica y política.

I

Como la viabilidad de cualquier proyecto de autoafirmación europea depende en última instancia de las perspectivas económicas de Europa occidental, puede ser conveniente examinar éstas en primer lugar. Ya se vieron más arriba los grandes rasgos que caracterizan económicamente a la Comunidad. En primer lugar, la fragmentación del mercado y la descoordinación de las políticas nacionales; en segundo lugar, el alto intervencionismo del Estado y la fuerte proporción del PNB que acapara el gasto público, como consecuencia de la existencia de amplios sistemas asistenciales públicos; en tercer lugar, una tendencia a integrar a las economías de la Europa del Este, como semiperiferias —a la manera en que lo fueron las economías de la Europa mediterránea en los años 60—, dentro de un sistema paneuropeo de división internacional del trabajo; en cuarto lugar, una capacidad de integración análoga, aunque menos significativa en el corto plazo, con economías del Sur, y especialmente de América Latina; en quinto lugar, un relativo retraso tecnológico frente a los actuales países punteros, USA y Japón.

¿Es posible diseñar un proyecto de viabilidad para Europa partiendo de estos rasgos? Resulta obvio que algunos de ellos son favorables para el crecimiento económico en condiciones competitivas —la complementariedad casi natural con la Europa del Este, si obviamos las dificultades políticas, las posibilidades en este mismo sentido con América Latina y los países del Sur—, pero que la mayor parte son desfavorables. Quizá sea conveniente distinguir dentro de estos factores, aparentemente negativos, entre factores superables e insuperables *políticamente*. Y para ello puede ser útil analizar la experiencia de los gobiernos conservadores en Europa desde el comienzo de la crisis, con especial hincapié en la Inglaterra de Thatcher.

Como es bien sabido, la ideología neoconservadora sostiene la necesidad de recortar el gasto público para liberar excedente destinado a la inversión. Eso quiere decir recortar los impuestos y dismantelar el Estado asistencial. Igualmente defiende la supresión de todas las trabas que podrían frenar la libre iniciativa empresarial. Eso quiere decir desregular la industria, reduciendo o eliminando la legislación sobre contratación de mano de obra, sobre condiciones de trabajo, sobre protección del medio ambiente. Como lógica consecuencia, se pretende reducir el poder sindical, ya que son los sindicatos los principales defensores de la regulación legal de los contratos y condiciones de trabajo.

Esta ideología neoconservadora debe compararse con la práctica real de los distintos gobiernos conservadores, y puede ser ilustrativo, en particular, relacionar los diferentes resultados de esta práctica en Europa y en los USA. Bajo Reagan, ya se dijo antes, la economía norteamericana ha experimentado una espectacular recuperación, con una fuerte reducción de las cifras de desempleo hasta niveles envidiables desde el punto de vista europeo. La reducción de los programas asistenciales, en perjuicio de los más pobres, ha sido también muy significativa, siguiendo el principio de que la pobreza debe ser combatida favoreciendo el crecimiento, y éste es fruto de la iniciativa individual, no de la pasividad parasitaria que favorecen los programas asistenciales. De hecho, la economía norteamericana ha crecido de forma notable hasta el relativo estancamiento de 1986, pero

la consecuencia ha sido una fuerte polarización de la distribución de la renta: hoy, en USA, los pobres son más pobres y los ricos más ricos.

En la Inglaterra de Thatcher también se ha producido polarización del ingreso, y, tras una fuerte recesión inicial, una recuperación significativa de la actividad industrial. Pero el paro no se ha reducido, y los recortes del Estado asistencial han coincidido con una caída global del nivel de vida. La razón de esta diferencia respecto a los USA se encuentra en la diferente posición de ambos países en el sistema mundial. La recuperación de la economía norteamericana, de hecho, se ha basado en un monstruoso déficit público, siguiendo un modelo vergonzantemente keynesiano de impulso a la demanda a través del rearme. Ese déficit no se ha traducido en inflación gracias a un estricto control monetario, pero lo más notable es que ha sido compatible con un creciente —y ya brutal— déficit comercial gracias a la entrada en USA de capitales especulativos europeos atraídos por los altos tipos de interés.

La revaluación del dólar, el crecimiento en un contexto de brutales desequilibrios, ha sido posible en USA gracias a su posición hegemónica en el sistema mundial. Inglaterra no tiene tal posición, y la aplicación de políticas conceptualmente análogas no ha podido conducir en su caso a una elevación del nivel medio de vida financiado por capitales extranjeros, lo que ha obligado a una política ortodoxa de conservación de los equilibrios. Así, el modelo neoconservador, aplicado en una economía *no hegemónica*, es un tratamiento de choque que conduce a la recuperación tras una dura recesión cuyos efectos negativos no se ven compensados por la reactivación posterior: se trata de una modernización salvaje con altísimos costes sociales.

Pero hay otro hecho aún más significativo en el que es preciso hacer hincapié: en Inglaterra la ofensiva del neoconservadurismo no ha tenido efectos sustanciales en el desmantelamiento del Estado asistencial ni del poder sindical, realidades incomparablemente más presentes en este país que en los USA. Eso no significa que no se haya producido un notable ataque en ambos sentidos: se ha introducido legislación que recorta, por ejemplo, la capacidad de los sindicatos para convocar huelgas sin tener el respaldo mayoritario y secreto de sus bases; el gasto público se ha reducido fuertemente en sectores como la enseñanza. Pero el balance global está muy por debajo de las expectativas que se habían creado en torno a la ideología neoconservadora.

¿Por qué no se ha producido en Inglaterra un verdadero desmantelamiento del Estado asistencial? ¿Por qué, pese a todo, los sindicatos siguen siendo un poder real? La razón hay que buscarla en una tradición política, la europea, que hace inimaginables, en la práctica, acciones políticas como las propugnadas por el conservadurismo más radical. Y a ello hay que añadir que el fracaso comparativo de la experiencia conservadora en Inglaterra, el empobrecimiento real del país frente a la euforia de la economía norteamericana, está acortando cada vez más los horizontes electorales de Thatcher, por lo que es poco pensable que su gobierno vaya a avanzar más allá en cualquiera de estas líneas.

Esto conduce a dos conclusiones: la aplicación radical del proyecto neoconservador en Europa es difícilmente imaginable, en primer lugar, y los resultados económicos del liberalismo salvaje, en segundo lugar, están condenados en Europa a quedar muy por debajo de la recuperación norteamericana, ya que ésta ha

funcionado —mientras ha funcionado— gracias a la hegemonía política y financiera de los USA en el sistema mundial. El modelo conservador, en Europa, no ofrece las mismas posibilidades, y tampoco puede aplicarse hasta el fin, en la línea de recorte del gasto público o desmantelamiento del Estado asistencial, a causa de la cultura política dominante a este lado del Atlántico.

Pero, si volvemos al principio, eso quiere decir que, entre los rasgos condicionantes de las perspectivas económicas de Europa occidental, hay que incluir, entre los políticamente inevitables, la permanencia del Estado asistencial y del intervencionismo. Dicho de otra forma, estos rasgos deben aceptarse como un dato, y de lo que se trata es de ver si, contando con ellos, es posible modificar algunos de los otros rasgos desfavorables, a saber: el retraso tecnológico y la fragmentación y descoordinación de las políticas económicas nacionales. Obviamente la apuesta de fondo es recuperar el terreno perdido frente a otros países y mantener la competitividad con ellos: evitar la decadencia de Europa en el sistema mundial, como condición previa para hacer viable un proyecto socialista europeo.

El razonamiento debe realizarse en dos pasos. El primero se refiere a lo que depende de la voluntad política. Si el acuerdo de principio en torno al Acta Unica se concreta y profundiza, en la década de los 90 Europa puede estar mucho más cerca de la unidad política y contar con un mercado interno unificado y capaz de competir con el norteamericano. Se diría entonces que éste es el primer punto de un proyecto socialista para Europa: *apostar sin reservas ni mezquindades nacionalistas por una verdadera unificación política y económica de la Comunidad*. Esta es una cuestión de voluntad política y en ella se trata de luchar por la mayoría política en Europa de las fuerzas que apuestan por la unidad, fuerzas que hoy se identifican en buena medida con el área socialista, más allá de reservas locales (Gran Bretaña, Grecia), y sin excluir a las fuerzas europeístas de la derecha.

El segundo paso se refiere a la capacidad de renovación industrial y tecnológica, y constituye en realidad una apuesta sobre el paso anterior. ¿Podría una Europa unificada recuperar la distancia perdida respecto a otros países avanzados? En principio existiría un factor positivo nuevo, la coordinación de políticas económicas y la existencia de un mercado interno gigantesco que facilitaría considerablemente la rentabilización de las inversiones de innovación. Ahora bien, ¿sería esto suficiente o el retraso frente al Japón o los USA resultaría ya irrecuperable?

El punto de partida sería, naturalmente, una posición intermedia en la división internacional del trabajo. Europa debería inicialmente importar tecnología de punta, buscar la normalización de sus pautas industriales (mientras se redactan estas líneas se acaba de hacer público un acuerdo para compatibilizar los sistemas de las principales firmas europeas de ordenadores, lo que aumentaría considerablemente sus posibilidades comerciales frente a la IBM norteamericana), recurrir a inversiones extranjeras en los campos en que la superioridad tecnológica de sus competidores fuera abrumadora. Pero en determinadas condiciones ésa podría ser la vía para acortar distancias: históricamente existe la experiencia de *late comers* que han logrado ponerse a la cabeza, y el propio Japón es un excelente ejemplo. La más reciente experiencia española parece confirmar esta hipótesis.

Pero aquí entramos en una cuestión especialmente polémica: ¿son compatibles el Estado asistencial, el intervencionismo público, la regulación burocrático-

legal de las relaciones industriales, con un modelo de crecimiento que permita recuperar la distancia ganada por las economías *liberales*? Hay un ejemplo positivo, el de la recuperación de la economía sueca. Las condiciones para esta recuperación han sido fuertes inversiones posibilitadas por la concertación entre el sindicato, la patronal y el Estado. Pero no es obvio que el caso sueco sea generalizable al conjunto de una economía tan desigual como la de los países que componen la Comunidad.

Ahora bien, hemos señalado ya que tampoco la experiencia neoliberal parece una promesa de éxito seguro. Las limitaciones del caso inglés justifican serias reservas en este sentido, pero incluso el caso norteamericano, irreplicable, como ya hemos dicho, permite sospechar de su futuro: a fin de cuentas el *milagro* de Reagan ha sido hacer pagar el proceso de ajuste de los USA a otros países —Europa y América Latina, especialmente— por la vía monetaria y del déficit. Y ahora, en pleno estancamiento, los USA deben exigir a las restantes economías desarrolladas que relancen su consumo interno para reequilibrar su balanza comercial, víctima de los graves problemas de productividad aún irresueltos de la economía norteamericana.

Podríamos pensar entonces que ninguno de los dos modelos en competencia garantiza la sobrevivencia económica de Europa. Se trataría así de saber cuál es más realista, cuál se ajusta mejor a las condiciones de partida de la Europa real. Y de ver si ese modelo ofrece perspectivas razonables para un proyecto de progreso económico y social hacia el fin de siglo. La respuesta parece razonablemente clara: *sobre la base de la concertación, de la cooperación de los principales agentes sociales, parece posible modernizar las economías europeas siempre que se pueda ofrecer una perspectiva de futuro en la que todos los interlocutores encuentren algo a ganar*. Se trata de superar la perspectiva de la crisis, como un juego de suma nula, y pasar a la perspectiva de una nueva fase de crecimiento en la que todos los agentes se beneficien.

Ahora bien, esa perspectiva de crecimiento solidario implica una cierta constelación de fuerzas económicas y políticas. Sería preciso, de una parte, que existiera una dinámica real, en el capitalismo europeo, que apostara por la unificación del mercado y la autonomía relativa de la economía europea. Hay ciertamente tendencias que se mueven en este sentido, pero no es evidente que sean ni dominantes ni determinantes. Por ello puede resultar decisiva la relación de fuerzas en el plano político, tanto a nivel social como en el Estado: se requiere una iniciativa, y, si fuera posible, una hegemonía socialista capaz de orientar la marcha general, en el terreno económico y político, del conjunto de Europa occidental. Es éste el punto en que, más claramente, el futuro de Europa depende de las distintas políticas nacionales, y, dicho en otras palabras más inmediatas, de la capacidad de la izquierda democrática para hegemonizar el proceso político. Es obvio que para que tal cosa se produzca es preciso concretar cuál será la oferta política socialista. Más adelante se volverá sobre este punto, pero hay algo que se puede adelantar: esa oferta debe basarse en la conservación del Estado asistencial (cualitativamente reformado y mejorado), en la idea de crecimiento solidario, y en la apuesta por la democracia económica. Tal es la apuesta del socialismo español.

Esas son las señas de identidad del socialismo europeo, y no hay razón para abandonarlas, pues tampoco los neoliberales ofrecen panaceas verosímiles. Otra cosa es que debamos sacar las lecciones de la ofensiva neoliberal, y en este aspec-

to será preciso discutir con cierto detalle los problemas de la modernización sindical y de la modernización de la gestión de las empresas y servicios públicos. Pero, en principio, en vez de dejarnos deslumbrar por el espejismo de los USA de Reagan, o por la históricamente irreplicable experiencia japonesa, parece más prudente que los europeos desarrollemos nuestro propio modelo. Reconociendo que en un mundo en cambio el ajuste económico exige flexibilidad, pero sin aceptar que el precio a pagar por esa flexibilidad sean la desregulación y el regreso al capitalismo salvaje.

Conviene insistir aquí, una vez más, en que las ventajas iniciales que han obtenido otras economías, sobre la base de una fuerte polarización de su estructura de distribución de la renta, podrían perderlas en el medio plazo frente a una me-soeconomía fuerte, dinámica, y que tuviera su principal motor en un sólido mercado interno. La crisis de los años 70 no ha sido una crisis de demanda, sino una crisis de oferta, y es así comprensible que los modelos neoliberales de reactivación de la oferta hayan tomado la delantera en la recuperación, sobre todo en el plano de la innovación tecnológica. Pero en una nueva onda de crecimiento volverá a desempeñar un papel fundamental la demanda, y no es verosímil que ni el armamento (como en los USA de los años 80) ni la demanda agregada de los *yuppies* y la vieja clase propietaria puedan ser el motor de un largo crecimiento.

Hay sólidas razones para pensar que el modelo neoliberal, al polarizar el ingreso, ha cavado la tumba de su propio proyecto. La lenta recuperación de las economías europeas, en cambio, podría ser la base de un desarrollo estable y sano, y compatible además con políticas de redistribución, con un modelo de equidad social, con un Estado asistencial eficiente. Una vez más, como en la fábula clásica, podría ser la parsimoniosa tortuga quien ganara la carrera frente a la rápida liebre. Es sólo una apuesta, claro está, pero es una apuesta razonable, y, en todo caso, la única apuesta verosímil para Europa.

II

¿Existe un proyecto de autodefensa para Europa? ¿Es posible superar su actual situación de rehén de la política de bloques, causante a su vez de la inseguridad colectiva que explica el auge del pacifismo unilateralista, la pérdida de confianza en los valores democráticos? Son viejas preguntas, y siempre se ha sabido la primera condición de cualquier respuesta: Europa podrá defenderse por sí misma si está dispuesta a pagar el precio de un sistema de seguridad colectivo y autónomo. En la política exterior norteamericana hay dos tendencias contrapuestas: una de ellas, quizá la dominante, pretende mantener la hegemonía de los USA en el sistema occidental de defensa, y en tal sentido apuesta por el fortalecimiento de la Alianza y por una mayor flexibilidad europea frente a las estrategias de Washington.

Pero hay otra línea, popularizada por Henry Kissinger, según la cual los USA deben volcar sus prioridades hacia el Pacífico, y por tanto sería mejor para todos que Europa pudiera asumir su propia defensa. La real afirmación del pilar europeo de la Alianza, incluso con la existencia de un Saceur europeo, sería la contrapartida de una disminución de la responsabilidad norteamericana, militar y financiera, en la defensa europea, que dejaría las manos libres a los USA para otras áreas más prioritarias en la nueva geopolítica. Además, la mayor autonomía europea obligaría a los países de la Comunidad, pertenecientes o no a la

Alianza, e incluso a los países neutrales, como Suecia, a abandonar su actual mentalidad de *free-riders*, beneficiarios gratuitos de un sistema de seguridad colectiva en el que tienen poca o ninguna responsabilidad.

Planteada así la alternativa, la elección parece clara: si ustedes no quieren ser socios subalternos en problemas de seguridad tienen que estar dispuestos a pagar el precio correspondiente. Y, si no quieren pagarlo, deben aceptar la posibilidad de verse manipulados en función de los intereses estratégicos particulares de los USA, quedando como rehenes en la política de bloques. El *free-rider*, el polizón, tiene que aceptar que él no elige el rumbo del barco al que ha subido sin pagar el billete. En abstracto el razonamiento es bueno, pero si lo concretamos en estos años que vivimos hay razones serias para discutirlo.

La Alianza surgió como una necesidad de la Europa occidental empobrecida e intimidada por la expansión soviética: en aquel momento no había condiciones objetivas para que los europeos crearan un sistema autónomo de defensa, y el tratado de Washington, aunque sirviera a los intereses de los USA, suponía un apoyo muy decisivo a la independencia de la Europa democrática. Pero, tras la distensión de los años 70, la nueva guerra fría de los 80 ha creado una impresión generalizada en Europa de que el principal interés norteamericano en la Alianza es el de contar con unas cartas que jugar en su disputa por la hegemonía global con la Unión Soviética, sin mayor consideración a los intereses de sus socios: ése es el origen de la inseguridad europea, dramáticamente acentuada por el clima de inminente guerra nuclear que, en los primeros años 80, parecía amenazar al (indecorosamente) llamado *teatro europeo*.

En otras palabras: si la Alianza nació respondiendo a una necesidad europea, su actual funcionamiento es interpretado por un amplio sector de la población europea como una imposición y una manipulación de los USA para asegurar sus propios intereses estratégicos a expensas de la seguridad y de la conveniencia de Europa occidental. Un ejemplo muy ilustrativo es el ya citado de la *doble decisión* de desplegar los euromisiles y negociar la reducción de armamento nuclear en Europa: pese a que el origen de la doble decisión fue una demanda europea, y más en concreto de la RFA, para responder al despliegue de los nuevos misiles de alcance intermedio del Pacto de Varsovia, el clima de la primera presidencia Reagan, con su agresiva retórica y su dura diplomacia, tuvo como consecuencia una espectacular inversión del clima social. Hoy hay en la RFA una amplia opinión contraria al mantenimiento de los euromisiles, pues en ellos no se ve una garantía sino un riesgo.

Así, el problema no es simplemente el de una Europa que no quiere asumir sus responsabilidades de defensa, sino también el de un aliado en el que la juventud europea ya no tiene confianza. La política de Reagan, tan eficaz para crear una nueva seguridad, una reafirmación de la identidad de los USA, ha tenido en Europa un efecto completamente opuesto: el de sembrar la inseguridad colectiva, la desconfianza respecto al aliado norteamericano, el derrotismo unilateralista como alternativa al riesgo de una guerra que, desde el punto de vista de muchos europeos, podría venir provocada por la agresividad norteamericana, no por el expansionismo soviético: Y con la llegada al poder de Gorbachov se ha extendido aún más la idea de que la URSS desea la paz mientras los USA buscan la confrontación.

Pero la otra cara de la moneda está también ahí: Europa no puede pretender afirmar su autonomía frente a los USA sin asumir una parte mucho mayor del coste de su propia defensa. La alternativa, es bien sabido, sería la finlandización. El problema es que la tentación de la finlandización, con o sin este nombre, es muy fuerte para un amplio sector de la juventud europea, especialmente en la RFA. Hay varias razones para ello. Una, especialmente paradójica, es la ausencia de experiencia sobre el totalitarismo en la juventud de posguerra: el fascismo es sólo un nombre, especialmente devaluado por su utilización abusiva para designar cualquier actuación conservadora o autoritaria. Otra, decisiva en la RFA, es el sueño de la reunificación y la fuerte realidad de la interrelación entre las dos Alemanias, incluyendo un flujo comercial de la RDA con la Comunidad superior al que mantiene Portugal.

Sin experiencia directa de la vida bajo el totalitarismo, con fuertes intereses y tradiciones comunes con la Europa del Este (la vieja Europa central) sin la que no se comprende la misma cultura europea, y en un momento en que la nueva dirección soviética ofrece un rostro de mayor diálogo, de liberalización y apertura, es bastante comprensible que sean muchos los jóvenes alemanes que prefieran la posibilidad de una Europa neutral, aunque finlandizada, al riesgo de una Europa devastada por la guerra nuclear. Por una guerra, además, en la que la lógica decisiva sería la de la hegemonía mundial norteamericana, no la de la autodefensa europea.

En apariencia, como ya hemos señalado antes, la aceptación de la finlandización de Europa occidental sería el complemento lógico de la resignación ante la subalternidad económica de Europa, como mesoeconomía, en el contexto del sistema mundial. Si Europa no puede competir en términos de igualdad con el Japón o los USA, su mejor apuesta quizá fuera una neutralidad en política exterior cuya otra cara sería la posibilidad de exportar tecnología a los países del Este, integrándolos como semiperiferia en su propia división internacional del trabajo. Pero también se podría pensar en la finlandización como medio para llegar a la competitividad económica.

En efecto, ésa es la experiencia del Japón de la posguerra: habiendo aceptado una dependencia en política exterior de los USA, habiendo renunciado en consecuencia a los gastos de defensa que le habrían correspondido en caso de hacer una política de potencia (como la había hecho hasta Pearl Harbour), Japón logró crecer más rápidamente que los USA, ponerse a la cabeza del desarrollo tecnológico y adquirir una hegemonía económica en el sistema mundial que no habría logrado por la vía político-militar. Quizá ésta fuera también la alternativa para Europa: renunciar a la independencia en política exterior, prescindir de los gastos de defensa y dedicarse a modernizar su economía.

Esta propuesta de egoísmo económico más subalternidad política no es enteramente realista, pues es difícil que un mercado relativamente poco dinámico, como el de los países del Este (más la URSS), permitiera a la Europa occidental crecer competitivamente respecto a los países del centro del sistema. Pero la razón fundamental para decidir sobre su aceptación o rechazo debe ser moral. Europa debe elegir entre su autonomía política y su subalternidad a una gran potencia, o a las dos, en función de sus tradiciones de libertad, democracia e igualdad y solidaridad. Ciertamente, esas tradiciones se han visto deformadas o traicionadas por el imperialismo y el fascismo, pero en ninguna otra parte del mundo han arraigado tanto como en Europa.

Pero, si se rechaza la tentación de la subalternidad, ya sea en su forma actual de dependencia fáctica respecto a los USA dentro de la Alianza, o en su forma hipotética de una futura finlandización, *la única posible alternativa es la asunción por Europa occidental de una parte sustancial de sus gastos y responsabilidades de defensa, superando la idea de transferir los problemas de seguridad a un hermano mayor*. Esto no debe entenderse en el sentido de romper con los USA en cuestiones de seguridad, sino en el mucho más prudente y habitual de fortalecer el llamado pilar europeo de la Alianza, sin romper ésta pero acentuando la autonomía militar y diplomática de Europa occidental respecto al socio norteamericano.

La primera objeción que suele hacerse a este tipo de proyectos es su coste. ¿Puede Europa apostar a la vez por la modernización económica y por la financiación de un sistema (casi) autónomo de seguridad colectiva? La respuesta debe matizarse en función de los guiones históricos que se prevean para la evolución de la coyuntura actual. Si se mantuviera el clima de tensión y rearme que marcó los primeros años 80, ciertamente, la misma idea de un sistema de seguridad europeo supondría una sangría de recursos incompatible con la modernización de la economía. Hay que recordar, en primer lugar, que el déficit presupuestario que ha hecho posible el rearme norteamericano —incluyendo el descabellado presupuesto de la SDI— no sería financiable en Europa, a causa de la posición no hegemónica de las economías europeas en el sistema financiero mundial.

Pero no hay por qué partir de los datos del presente como si fueran inamovibles. Más bien, hay que tomarlos como base para diseñar el propio proyecto. La incompatibilidad entre un clima de tensión y rearme y una política de seguridad europea no debe llevar a concluir la imposibilidad de ésta, sino a definir la política de una posible comunidad europea de defensa como una política de distensión, porque sólo en el marco de la distensión entre los bloques puede afirmarse la identidad europea en cuestiones de seguridad y defensa. Más aún: sólo en un clima pacífico puede escapar la Europa occidental a la tentación de desviar sus mejores recursos económicos hacia el desarrollo de un *arsenal barroco* que, a cambio de una inmediata prosperidad de las industrias ligadas a la defensa, hipotecaría su porvenir tecnológico e industrial.

Esa política de distensión no puede limitarse a la consigna de la *seguridad compartida*, más comprensible en sus intenciones que en su contenido real. No basta (ni se trata, de hecho) con fijar zonas libres de armamento nuclear, o corredores desmilitarizados en la Europa *actual*. Se trata de llegar a una relación distinta entre los bloques, a una relación en la que la mutua desconfianza ya no sea la norma, a una nueva relación en la que sea habitual la información recíproca entre los bloques en cuestiones de seguridad. Se debe aceptar que la llegada al poder de Gorbachov favorece esta apuesta; se trata ahora de saber si Europa puede contribuir a esta tendencia sin abandonar sus valores democráticos, su confianza en la libertad.

El futuro de Europa depende de su capacidad para convertirse en un interlocutor autónomo capaz de matizar los impulsos hegemónicos de los USA sin por ello aceptar la solución trivial de una finlandización, de una subalternidad frente al bloque del Este. Ello exige no sólo una definición exterior *pacifista* de los diferentes Estados europeos, a la manera de las propuestas por el SPD y el Labour Party, sino una opción europea global por la autonomía en cuestiones de seguridad colectiva para la Europa occidental.

Resumiendo: *Europa debe apostar por un mando militar integrado de las fuerzas europeas dentro de la Alianza, lo que sería la base lógica para la existencia de un Saceur europeo; Europa debe buscar la distensión como condición imprescindible para un sistema europeo de seguridad que no suponga su ruina económica; Europa, consiguientemente, necesita tener una única voluntad política, tanto para poder tener una voz clara en la esfera internacional, una voz capaz de imponer sus criterios sobre la necesaria distensión, como para poder medirse con las superpotencias como una fuerza coherente en las disputas de seguridad.* La experiencia de la extraviada marcha de la *doble decisión* es que Europa, en cuestiones de seguridad y diplomacia, no puede perder nunca su propia voz.

III

A lo largo de toda la exposición realizada hasta aquí surge como una constante la necesidad de *voluntad política*: para lograr la unidad económica y política, para que Europa afirme su propia voz, y una voz única, en cuestiones de seguridad. Si los primeros pasos hacia la unidad vinieron impulsados por los mismos intereses del capital, ahora es muy grande para algunos intereses económicos privados la tentación de buscar alternativas fuera de Europa, especialmente en el área del Pacífico. No hay una dinámica económica unívoca que lleve a la unificación, y ésta sólo puede impulsarse de forma resuelta creando una voluntad política continental de unificación.

Parece entonces lógico vincular el proyecto de unidad europea, en estos momentos, con una apuesta por la hegemonía de las fuerzas socialistas. Este es el primer sentido en el que el proyecto de construcción de Europa es un proyecto socialista. Pero esa misma hegemonía socialista, tan lejana hoy, cuando en los principales países europeos gobiernan las fuerzas conservadoras, depende de que el propio proyecto de Europa posea un contenido de progreso, un contenido socialista, de que la promesa de una Europa unida sea el discurso de una sociedad futura capaz de ilusionar a la mayoría social, capaz de crear una nueva hegemonía social y política. Frente al regreso a las esencias pasadas de los USA de Reagan, Europa necesita un proyecto socialista de futuro.

Se ha comenzado a hablar de este proyecto como un Nuevo Contrato, un *New Deal* europeo que tendría dos frentes. El primero sería exterior: la construcción de una Europa autónoma en el plano internacional, que fuera un factor de paz y distensión entre los bloques sin, por otra parte, pretender una imposible equidistancia entre ellos. Una Europa que, aun haciendo tajante su definición por la democracia y la libertad, no fuera un simple aliado subalterno en la Alianza Atlántica, sino un socio con voz propia, capaz de distanciarse de las actuaciones exteriores de los USA cuando su motivo fuera el puro deseo de afirmación hegemónica, pero capaz de hacerlo sin por ello entrar en un proceso de finlandización.

El segundo frente es el tema de este apartado: el contenido *social* del proyecto de una Europa unificada. El punto de partida debería ser obvio por lo ya dicho con anterioridad: Europa no renunciaría al Estado asistencial, ni al ideal de equidad social que ha sido durante un siglo el eje de actuación de la socialdemocracia. Las conquistas en este terreno no serían abandonadas o desmanteladas como ha propugnado la ofensiva neoconservadora, sino que se las reformularía y actuali-

zaría, para superar sus deficiencias, pero en un sentido conducente a su profundización y desarrollo, no a su recorte.

Las formas concretas que debería adoptar un futuro Estado asistencial tendrían que ser fruto de un largo debate social, pero se pueden adelantar ideas que ya están en discusión: la fijación de un ingreso social mínimo para trabajadores y no trabajadores, la reducción de las inercias burocráticas mediante la introducción de mecanismos competitivos en la gestión, completando los servicios públicos estatales con servicios públicos gestionados privadamente y voluntarios. La idea fundamental sería la de buscar una seguridad social, unas garantías de ingreso y atención pública, que no dejaran al ciudadano a merced del azar ni permitieran que el criterio de decisión social fuera la selección natural darwiniana, pero que tampoco reforzaran las tendencias a la inercia, el parasitismo y la pasividad.

Los neoconservadores han subrayado que los mecanismos del Estado asistencial favorecen el abandono de la ética del trabajo. Hay que decir, ante todo, que esta ética puede entenderse como defensa del trabajo creativo, de la autorrealización personal, o como aceptación del yugo de la necesidad más elemental, del «ganarás el pan con el sudor de tu frente». Una sociedad libre debe apoyar el trabajo como actividad creativa, pero no puede aceptar que el riesgo de morir por inanición sea el supremo criterio regulador. Quien no trabaje también deberá comer: otra cosa es que las garantías sociales de sobrevivencia lleguen a ser tan altas que desincentiven el trabajo creativo, pero no cabe hablar de una sociedad civilizada mientras la aceptación de trabajos inhumanos pueda venir impuesta por la lógica social, o mientras la desocupación implique el riesgo inmediato de miseria.

La condición para que se pueda desarrollar un Estado asistencial nuevo, corregido y profundizado, es la misma posibilidad de un crecimiento solidario. La crisis ha impuesto un ajuste, una actualización de las economías europeas frente a las nuevas condiciones de competición en la división internacional del trabajo, que ha supuesto el estancamiento, o el lento crecimiento, de las economías europeas durante una década. Si se acepta la hipótesis de que estamos atravesando la fase B de una onda Kondratiev se puede pensar que la crisis terminará en los años 90, pero sin necesidad de introducir previsiones deterministas también se puede acordar que ha llegado el momento del relanzamiento económico en Europa.

El problema es que ese relanzamiento no sólo depende de factores objetivos. Ciertamente, la primera condición para que se produjera sería aceptar que se ha avanzado sustancialmente en el proceso de ajuste, y que Europa puede crecer de nuevo sin entrar en la espiral de la inflación ni endeudarse externamente al desequilibrar su balanza de pagos. Pero aún si esta situación ya se diera, sería necesario un factor subjetivo (la voluntad política, una vez más) para que el crecimiento fuera algo más que una posibilidad. Europa necesita una voluntad colectiva y solidaria de relanzar su economía, y en este punto surge nuevamente el problema de la orientación política de los gobiernos europeos. Mientras exista una mayoría conservadora en los principales países de Europa no cabe pensar una recuperación económica apoyada en la potenciación del consumo interno, sobre la base de los avances en productividad logrados durante los años de ajuste.

La experiencia de expansión de la demanda interna fracasó en la Francia de 1981, pero podría ser viable en la Europa de los primeros años 90, si existiera voluntad en las principales economías europeas de avanzar por el sendero de la

reactivación. El estancamiento de la economía norteamericana en 1986 podría ser un factor positivo, al provocar una presión sobre los gobiernos conservadores para que relancen sus economías, pero no hay que engañarse: la clave está en el proyecto económico y social de los gobiernos europeos, y sólo una hegemonía de la izquierda europea creará las condiciones políticas para un crecimiento económico solidario en el continente. También aquí la clave del futuro europeo es una apuesta política.

Decir que el futuro de Europa depende de una apuesta política, es decir, que el socialismo y el porvenir europeo están unidos, y eso supone que debemos diseñar una estrategia para el progreso de las fuerzas socialistas en el continente si queremos que éste llegue a tener un futuro. Esta estrategia debe referirse a la posibilidad de lograr el apoyo de las fuerzas sociales necesarias para conquistar una hegemonía duradera en la sociedad civil, y a la posibilidad de hacerlo con un proyecto realista de progreso social y modernización económica. Se puede analizar este proyecto refiriéndonos a los públicos distintos a los que debe dirigirse.

La experiencia de la ofensiva neoconservadora demuestra que la principal apuesta de la izquierda europea, en el plano electoral, es arrebatarse el centro político a la actual hegemonía de la derecha. Pero la reconquista del centro exige la superación de los argumentos sobre los que se ha apoyado el nuevo pluralismo de la derecha. En primer lugar, es preciso reformar radicalmente la empresa pública, introduciendo en su gestión los mismos criterios de eficacia que se esperan —y no siempre se encuentran, sea dicho incidentalmente— en la gestión de la empresa privada; la empresa pública puede ser deficitaria si así lo exige el interés social, pero no puede ser sistemáticamente deficitaria *por el hecho de ser pública*. Hay que acabar para siempre con la identificación entre gestión pública e ineficacia.

En segundo lugar, la izquierda debe lograr que la burocracia del Estado se convierta en un servicio público real y deje de aparecer ante la sociedad como un poder despótico que obstaculiza y frena la actividad de los individuos privados. La burocracia del capitalismo avanzado se nos presenta mucho más próxima a la *jaula de hierro* weberiana que a un cuerpo de asalariados que aplican la voluntad mayoritaria, expresa en forma de leyes, mediante reglas calculables. No se puede entender el alcance social del ataque neoconservador contra el Estado asistencial si se ignora la experiencia desoladora que para la mayor parte de los ciudadanos supone el choque, frecuente o cotidiano, con la prepotencia y la necesidad, corporativamente organizadas, de la burocracia que en teoría debería servirles.

El público afectado por las críticas neoconservadoras contra la empresa pública y la burocracia del Estado asistencial no es necesariamente, en principio, un público conservador, por lo que puede ser aglutinado en un proyecto de progreso que se deslinda netamente de la identificación con ineficacia y despotismo burocrático. Más compleja es la posición de un segundo público, el público tradicional de la izquierda, el movimiento obrero, y en especial su sector organizado sindicalmente. Pues en este caso la propia modernización de la economía, en general asumida por las fuerzas políticas socialdemócratas, socava su fuerza estructural en los sectores en reconversión, a la vez que el discurso ideológico de la izquierda se apoya fuertemente en la identificación entre el movimiento obrero e izquierda política.

Se produce así un doble desencuentro entre la política socialista y el movimiento obrero organizado. Por una parte, el movimiento rechaza, en función de sus intereses corporativos inmediatos, las políticas de modernización económica que destruyen empleo y debilitan a corto plazo al sindicato; consiguientemente se crea una suspicacia frente a quienes dicen proponer en nombre del socialismo dicha modernización. Pero, por otra parte, los partidos socialistas se resisten a las críticas sindicales, viendo en ellas simple miopía corporativista, lo que les lleva a buscar alternativas más modernas al viejo movimiento obrero. Así se produce la idealización de los llamados nuevos movimientos sociales, mientras se tiende a minusvalorar el peso y la componente de progreso del movimiento obrero.

Frente a tales incomprendimientos, un proyecto socialista debe reafirmar la centralidad del movimiento obrero. El socialismo pretende una sociedad emancipada gracias al control social de la economía, gracias a la generalización del principio democrático a las relaciones económicas, y éste es el primer sentido que tiene la habitual afirmación de que el socialismo no es sino la extensión y profundización de la democracia. No se puede pensar por ello, simplemente, en un proyecto socialista cuya columna vertebral no sea el movimiento organizado de los trabajadores. Se puede afirmar la necesidad de ampliar el concepto de trabajador, se puede discutir la necesidad de modernizar el movimiento, pero no cabe prescindir de él.

Es necesario, sin embargo, hablar de modernizar el movimiento obrero al menos en dos sentidos. El primero es en cierta forma trivial y viene impuesto por la realidad de la reestructuración económica del capitalismo ante la crisis: ciertos sectores del movimiento obrero, al menos en Europa, están condenados a la desaparición o la reducción sustancial de sus efectivos. Las nuevas tecnologías y los procesos de descentralización de la producción (a veces ligados a la introducción de aquéllas) están creando ya, o van a crear previsiblemente, nuevas capas y sectores de trabajadores, en parte de gran cualificación y en parte descualificados y desprotegidos legalmente (economía sumergida). Más allá de las estrategias que los gobiernos adopten respecto a estas nuevas posiciones laborales, los sindicatos deben elaborar estrategias nuevas para buscar implantación entre ellas, a menos que acepten convertirse en la forma organizativa de unos sectores obreros en trance de extinción.

Pero hay un segundo sentido fundamental en el que es precisa la modernización del movimiento obrero: la experiencia de la crisis ha mostrado que una política sindical de meras reivindicaciones salariales tiene un efecto gravemente contraproducente para los intereses globales del movimiento si se llega a la coyuntura en la que los salarios crecen con tal rapidez que minan las bases de la inversión futura. En tal circunstancia las reivindicaciones salariales sólo pueden provocar desinversión y en última instancia paro. Y no tiene sentido culpar a la lógica capitalista de este proceso: independientemente de la forma en que los capitalistas individuales reaccionen ante la disminución de los fondos disponibles para la inversión, la única forma de evitar el paro es garantizar la inversión futura augurando la existencia de excedente. Este problema es nuevo en la historia del capitalismo. Durante la gran depresión de 1873-90 también fue la caída del excedente el origen de la crisis, pero la raíz del problema parece haber estado más en la competición intercapitalista que en la capacidad reivindicativa del movimiento obrero, aunque éste se beneficiara relativamente del curso de la crisis global. En la crisis de los años 70 hay en cambio una componente indudable de fuerza estructural del trabajo organizado, que finalmente se ha vuelto contra los propios trabajadores

al desencadenar el paro y una cierta hostilidad antisindical en la sociedad civil. No tendría sentido negar la existencia del problema: es preciso definir una estrategia que permita superarlo.

Esta estrategia podría ser la de vincular los salarios a la marcha de la empresa, siguiendo la conocida tesis de Weitzman, del MIT, de relativizar los convenios en función de la rentabilidad. Pero semejante vinculación sólo tendría sentido si se adoptara una estrategia paralela de intervención de los trabajadores en la toma de decisiones y, sobre todo, en la toma de grandes decisiones de producción e inversión, que aún hoy queda normalmente fuera del ámbito de intervención de los trabajadores directos y, lo que es más grave, fuera del ámbito de decisión del conjunto de los sindicatos y de la sociedad. Si hay una línea de avance hacia la democracia económica (hacia el socialismo), ésa es la que pasa por la doble responsabilización de los trabajadores respecto a la marcha de la empresa y de la gestión de ésta respecto a los trabajadores y al conjunto de la sociedad. Lo demás es retórica.

Un discurso de progreso para Europa debe dirigirse entonces hacia el movimiento obrero, aceptar su centralidad y buscar su modernización para hacer posible que la defensa de los intereses de los trabajadores sea compatible con el crecimiento económico y el avance hacia el socialismo como democracia en la producción. Pero queda un tercer público al que debe dirigirse también un discurso socialista capaz de propulsar un proyecto socialista para Europa. Es un público heterogéneo por su misma definición, pues es el público que integra los nuevos movimientos sociales, o, mejor dicho, es el público que está detrás de la aparición de las *nuevas demandas sociales*, demandas que no se apoyan en el viejo rol del productor que constituye la base del movimiento obrero, sino en los roles complementarios que configuran las posiciones de sujeto en una sociedad industrial avanzada.

Una mujer obrera no es sólo una trabajadora, es también *una mujer* para la que sus roles como esposa y madre son motivo de conflicto y actividad. Un obrero, o un técnico, no son sólo trabajadores asalariados: su vida continúa fuera de la empresa como vecinos de un barrio quizá degradado, consumidores de productos adulterados (o no), potencialmente afectados por la contaminación nuclear. Un joven en paro no es sólo un trabajador potencial, sino también un soldado potencial o un estudiante bloqueado por las limitaciones del sistema educativo, y es posible que le angustie mucho más la posibilidad de morir en una guerra absurda que la realidad de la ausencia de trabajo.

De estos roles no productivos surgen demandas sociales que afectan a la mayor parte de la población aunque tengan una escasa centralidad en el momento de definir las demandas sociales prioritarias. Se ha extendido en años recientes, dentro de la izquierda, un clima de idealización de los nuevos movimientos sociales, para ver en ellos los nuevos portadores del progreso social. Desde un punto de vista más realista habría que aceptar que los nuevos movimientos sociales no son una alternativa al viejo movimiento obrero, que no son la base de partidos políticos capaces de cambiar el mapa parlamentario, que ni siquiera tienen un futuro histórico apreciable, sino que corresponden a una coyuntura histórica determinada.

Pero, aún así, no es posible una izquierda con futuro que se vuelva de espaldas a estas nuevas demandas sociales. Deben ser incorporadas a un proyecto so-

cialista de futuro porque responden a problemas reales y a una sensibilidad social cada vez más amplia, y porque algunas de ellas son coherentes con cualquier proyecto racional de sociedad emancipada. Una sociedad que merezca la pena debe hacer posible la igualdad de oportunidades entre los géneros, debe habitar en un medio pacífico y en equilibrio con la naturaleza.

Durante los años 60 se hizo habitual equiparar crecimiento económico y destrucción de recursos no renovables: la alternativa era una sociedad de crecimiento cero o la destrucción del mundo. La crisis ha creado otro mundo en el que esa alternativa ya no es real. Ahora cabe elegir qué tipo de crecimiento deseamos, y parece obvio que vamos a un crecimiento que consuma menos energía, que no agote los recursos naturales y que permita una relación armónica entre el hombre y la naturaleza. La izquierda no ha ido nunca históricamente por delante de su tiempo: sólo en los sueños de Marx era pensable la existencia de una vanguardia capaz de prever el futuro y asumir sus exigencias. Pero la izquierda real debe poder asumir los desafíos de su tiempo, y seguramente no es casual que en la izquierda europea se esté difundiendo la evidencia de que la energía nuclear es cara, potencialmente contaminante y peligrosa, y de que por ello puede y debe ser abandonada. Como no es casual que exista un sentimiento general contrario a la escalada de armamentos y a la estrategia de la tensión.

Los nuevos movimientos sociales no son el futuro, como el viejo movimiento obrero no es el pasado. Las críticas de los neoconservadores contra el Estado asistencial y la gestión socialdemócrata no apuntan a un futuro mejor, pero deben ser asimiladas dentro de la experiencia de la izquierda para que ésta recupere la iniciativa. Y el futuro de Europa, la misma viabilidad de Europa, dependen de que la izquierda saque las lecciones del presente y diseñe su propio proyecto de futuro, un proyecto creíble y deseable.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Presidente: José Antonio Maravall • Director: Félix Grande
Jefe de Redacción: Blas Matamoro • Secretaria de Redacción:
María Antonia Jiménez • Suscripciones: Alvaro Prudencio

De reciente publicación:

Homenaje a Federico García Lorca

(Dos volúmenes. 840 páginas. Julio-Octubre 1986)

Contiene más de un centenar de colaboraciones ensayísticas y poéticas firmadas por especialistas en la obra del poeta granadino, hispanistas y poetas españoles e hispanoamericanos

Precio de ambos volúmenes: 2.500 pesetas, IVA incluido

Dirección, Secretaría Literaria y Administración:

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS
INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA
Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040 MADRID
Teléfono: 244 06 00 - Extensiones 267 y 396

SOCIALISTA DESPUES DE MARXISTA

M. A. Quintanilla, R. Vargas-Machuca

análisis y debate



1

Hace ahora dos años publicábamos unas reflexiones de urgencia sobre el porvenir del socialismo ¹. Era un texto para el debate. Constatábamos en él la orfandad teórica o ideológica en que se encontraba el socialismo de nuestros días —y con él toda la cultura de izquierdas— y adelantábamos propuestas para la reconstrucción y renovación de la ideología socialista. Hablábamos ya allí de un socialismo posmarxista, propugnábamos un punto de vista crítico y racionalista para revisar el núcleo de la ideología socialista y apuntábamos ideas para reformular, a la altura de nuestra época, y con la experiencia acumulada por el movimiento socialista durante más de un siglo, ese programa de justificación racional de una opción moral que ha significado el marxismo en el nacimiento y desarrollo de la política de izquierdas en Europa.

Ha llovido algo desde entonces. El reconocimiento de la indigencia teórica del socialismo actual no es ya un hecho insólito. Los propios partidos de izquierda declaran públicamente las carencias de su viejo arsenal teórico y se

disponen a iniciar «oficialmente» una reconversión o renovación ideológica con bastante liberalidad y sin sentirse excesivamente hipotecados por la herencia recibida.

Reconocer hoy el anacronismo de muchas de las creencias de la tradición de la izquierda política europea, la falsación histórica de las predicciones revolucionarias o el fracaso de los programas estratégicos es algo natural. Todo el cuerpo de doctrina tradicional del socialismo se ve superado por la propia evolución de las condiciones en que se desenvuelve la vida social y económica de los países industrializados. Y únicamente se valora el éxito conseguido por el socialismo democrático europeo en una línea de actuación que debe más al pragmatismo de las decisiones políticas impuestas por las circunstancias y por la óptica reformista que a la observancia de unos principios que sólo ritualmente se siguen manteniendo como válidos.

Pero el éxito práctico que acompañó a las políticas socialdemócratas de la posguerra ha dejado de servir de paliativo a la insuficiencia teórica del socialismo, una vez que la crisis económica ha puesto en serias dificultades la pervivencia del Estado de bienestar y ha hecho imposible la continuación, con los métodos clásicos, de una política fuertemente redistributiva de la renta nacional, basada en un crecimiento sostenido de ésta. Y es esta crisis la que nos hace caer en la cuenta —ahora que necesitamos plantear nuevas estrategias y revisar objetivos y métodos— de la distancia que durante tanto tiempo ha existido entre los ideales teóricos del socialismo y la práctica política que se ha llevado a cabo.

Un regusto iconoclasta se ha apoderado de quienes sienten la necesidad de ir más lejos que nadie en el ajuste de cuentas con el pasado ideológico de la tradición de izquierdas; incluso, a veces, los protagonistas de esta fuga hacia adelante no caen en la cuenta de que sus descubrimientos de última hora no son más que algunas de las más elementales convicciones de sus oponentes, o bien, un lugar común de la cultura racional². En cualquier caso, pueden distinguirse dos opciones tentadoras ante esta situación de crisis, ambas, en nuestra opinión, funestas. La primera es la tentación fundamentalista: volver a los orígenes, recuperar una ideología y un planteamiento político que se consideran en realidad no fracasados, sino simplemente traicionados. Se trata, como es obvio, de una opción imposible e ingenua. Ingenua porque ignora que la experiencia acumulada por el movimiento obrero no sólo es la experiencia de los éxitos y fracasos de las socialdemocracias europeas, sino también la de las frustraciones de todos los procesos revolucionarios. Imposible porque, en realidad, no hay en los dogmas sagrados que se pretenden recuperar nada que pueda servir para dar respuesta a los problemas actuales.

La otra tentación es la de la renuncia a todo esfuerzo intelectual y el conformismo con las exigencias que impone la política práctica. Se trata de hacer de la necesidad virtud y renunciar a toda ideología ante la incapacidad manifiesta, ya sea para mantener los viejos ideales como guía de la acción política, ya sea para dar un sentido, con nuevas ideas, a la práctica política que imponen las circunstancias. Esta opción supone en realidad una renuncia a cualquier planteamiento ideológico, pero es compatible, por eso mismo, con todos ellos: el socialismo es ya sólo una modalidad del ejercicio de poder, y para justificarlo se puede echar mano de cualquier contribución doctrinal: neoliberal, religiosa, irracionalista, yusnaturalista. Todo vale, puesto que no hay dogmas y, a la postre, el único valor constante del socialismo es su posible éxito electoral.

No cabe duda, sin embargo, de que la pervivencia del proyecto socialista depende también de su capacidad para mantenerse ideológicamente diferenciado de otras opciones políticas. Y no cabe duda de que, para ello, es preciso hacer un esfuerzo de reflexión intelectual que nos permita redefinir unos viejos ideales de forma operativa para una nueva realidad social.

La tarea seguramente no es fácil y sería ilusorio pretender que la solución se pueda expresar en alguna fórmula sencilla. Es evidente que la reflexión teórica necesaria debe estar abierta a múltiples aportaciones del pensamiento de nuestros días y debe ser capaz de acoger las ricas experiencias de la práctica política. Nuestra tesis es que, de todas formas, sería difícil dar pasos adelante sin el reconocimiento explícito del papel que ha jugado en la cultura de izquierdas el pensamiento de inspiración marxista. Por eso, defendemos la necesidad de replantear la ideología del socialismo democrático de nuestros días con conciencia clara de que lo estamos haciendo *después* de Marx: ni siquiera a partir de Marx, simplemente *después* de Marx, es decir, no a partir *de antes* de Marx.

El socialismo y la crisis del marxismo

El socialismo es una tradición política e ideológica que ha protagonizado en las sociedades industriales intervenciones políticas de muy variada naturaleza, y ha promovido programas dirigidos a combatir las condiciones de explotación y determinadas desigualdades generadas por el desarrollo histórico del capitalismo y por los subsistemas sociales consolidados juntamente con aquél.

En el transcurso histórico, el socialismo ha llegado a convertirse en un ideal genérico de la moralidad y de la acción política, en un mito de nuestro tiempo aunque su caracterización sea extraordinariamente compleja y plural. En la composición del socialismo como cultura específica aparecen materiales doctrinales muy diversos. Sin que se entienda siempre bien de qué manera, en el interior de esa cultura conviven discursos de sabor liberal, retazos de humanismo cristiano y principios de rancio abolengo marxista. Sin embargo, el socialismo como pensamiento político ha tenido en las tradiciones del marxismo su núcleo racional más identificado y reconocido. Se olvida a veces que, explícita o implícitamente, las diferentes doctrinas que han intervenido en la conformación de los estímulos teóricos del socialismo han buscado adecuación y confluencia con un programa máximo o ideario fundamental de origen marxiano. Por tanto, el socialismo como pensamiento se ha reconocido, ante todo, en los postulados de la tradición marxista con independencia de que su práctica haya sido una crónica de rompimientos o infidelidades a su viejo acompañante. De ahí que la deflación del marxismo como doctrina incida en el corazón de las dificultades del socialismo contemporáneo en tanto que, hasta hace muy poco, representaba su núcleo racional más identificado. Durante decenios las tradiciones culturales del marxismo histórico han constituido, en gran medida, la conciencia —buena y mala— del movimiento socialista. El debilitamiento de aquél ha supuesto una gran sacudida para los cimientos de éste.

Curiosamente, desde un principio se ha venido haciendo mención de sucesivas crisis del marxismo. Crisis percibida por Engels a la muerte de Marx, crisis en el cambio de siglo ante la aparición de nuevas teorías de la ciencia, crisis por la evolución de la revolución de octubre. Pero, a nuestro entender, la definitiva crisis del marxismo como concepción del mundo, como forma de

la razón práctica, se produjo en el período de entreguerras. El reconocimiento de la derrota del movimiento obrero revolucionario en «Occidente» y el fracaso de la revolución de «Oriente» fue el principio del fin. Es a la salida de los intentos revolucionarios del período de entreguerras cuando comienzan a presentir sectores de la propia tradición marxista que el marxismo, en tanto que tal, ha agotado sus recursos. El clima de aquellos colectivos de la izquierda socialista y revolucionaria, que en los primeros momentos de la década de los años veinte promovieron la democracia industrial y la alternativa estratégica del consejismo, era en síntesis el siguiente: repulsa de la clase dirigente y del Estado liberal burgués inmerso en una crisis aguda, desencanto ante las vacilaciones del reformismo y, en general, una conciencia de ruptura con la herencia del pasado. En medio de la crispación generalizada de la lucha de clases, cada batalla terminaba por convertirse en un combate revolucionario ³. Pero el final amargo de esa confrontación no fue otro que la derrota y la dispersión del movimiento obrero en Occidente, la progresiva recomposición autoritaria y sangrienta del Estado y, a la postre, la consolidación del capitalismo.

A diferencia de lo que ocurrió en los primeros años del siglo, en los que floreció un pensamiento económico marxista de solvencia, en esta época cundió ante todo el catastrofismo económico. Eso dispensó al movimiento obrero de atender a análisis económicos profundos e hizo perder de vista tanto el proyecto de reconstrucción capitalista como la naturaleza y dimensiones del Estado en Occidente ⁴. Tampoco supo el marxismo teórico remontar coherentemente las consecuencias del desmoronamiento del régimen liberal y del ascenso del fascismo. La consecuencia posterior de todo ello fue la consolidación hegemónica del capitalismo, la conciencia de su fuerza superior y la ascendencia creciente de sus valores entre la clase obrera ⁵. Pero lo que aquellos fracasos resquebrajaron más gravemente fue la fe progresista de todo militante de izquierdas, el mito ilustrado del triunfo ineluctable de la razón y, por lo tanto, del socialismo.

Sólo Gramsci, una vez reconocido el fracaso de la revolución en Europa, el ascenso del fascismo y la esterilidad del seguidismo de la Internacional, impulsó una analítica propia de la sociedad civil y el Estado en Occidente, a la vez que se esforzaba en una reconstrucción de las posibilidades a largo plazo de la realización del socialismo. Gramsci confiaba en que su proyecto fuese más continuado que admirado; pero su fortuna fue la de ser no más que un interpretado ⁶. El cierra, de alguna manera, una forma de ser en el seno de la tradición marxista y el movimiento obrero. A partir de ese momento, el marxismo pervive, como ha dicho Goudner, instalado en sus pesadillas ⁷.

Como advertencia primera hay que llamar la atención sobre la naturaleza plural y, a veces, contradictoria de todo lo que se suele adjetivar como marxista. La amplitud de los marxismos y de sus vicisitudes, que la marxología reconstruye en la literatura acerca de las «crisis», encuentra explicación básica en las propias antinomias, ambigüedades y en el holismo de muchas de las proposiciones del propio Marx. La herencia de Marx para los marxismos posteriores dejaba casi todo por hacer y lo hecho por interpretar, de ahí que los distintos marxismos sólo parecen mantener en común una declaración de intención racionalista y el respeto y lealtad a las creencias básicas socialistas tal cual las formuló Marx, a saber: la perversión moral del sistema capitalista, basado en la propiedad privada de los medios de producción, la voluntad de sustituirlo y la creencia en el ideal comunista como criterio regulador de la convivencia del futuro. Y esto, si hacemos memoria, ha sido durante más de cien años el credo de todo pensamiento socialista.

Una de las grandes pesadumbres de la cultura marxista ha sido el destino de la revolución triunfante. Hoy ningún marxista razonable se reconoce en el régimen que aquella terminó consolidando, aunque la ideología del marxismo-leninismo le haya prestado legitimación y los oficiantes orgánicos de la misma su complicidad o su silencio. Sea cual sea la naturaleza de ese sistema, lo verdaderamente dramático e irrefutable fue que la evolución posterior de la revolución significó un fiasco de las expectativas históricas de un pensamiento utópico como el marxismo. La lección de este fracaso desarboló definitivamente los impulsos revolucionarios de las masas obreras en las sociedades industriales. El cultivo de gérmenes dogmáticos, impulsos mesiánicos e imposiciones jacobinas transformó una energía racional en apología de un poder despótico, dando al traste con lo que pretendía ser la forma de unidad superior de teoría y práctica ⁸.

Precisamente ese divorcio entre teoría y práctica ha constituido otra de las pesadillas que más ha atormentado a los marxismos desde los años veinte hasta nuestros días. Y lo dijo muy expresivamente Colletti hace algunos años: «si los marxistas siguen quedándose detenidos en la epistemología y en la gnoseología, el marxismo habrá muerto» ⁹. Academicismo y escolasticismo han sido refugios de muchas formas del pensamiento práctico, cuando a éste le faltaban las energías suficientes para vitalizar aquella práctica concreta que justifica su existencia. La zanja que separa al movimiento obrero de su representación doctrinal más cualificada y reconocida se fue haciendo cada vez mayor. Ni lo que esa doctrina desarrollaba se refería a la práctica política del proletariado, ni lo que éste hacía representaba las exigencias de un modelo estratégico inferido del marxismo. Este, por su parte, invernó en el gremio académico para uso de sus legítimas inquietudes profesionales en el mejor de los casos y, en otros, para consuelo de su desorientación política. A partir de este momento cambió su naturaleza de programa para la acción por la de un intrincado «discurso del método» ¹⁰.

Quizá la historia de las relaciones entre marxismo e intelectuales representa la evidencia más dramática de ese divorcio entre teoría y práctica que frustró la especificidad cultural del marxismo. Aquellos intelectuales que teorizaron sobre el marxismo lo hicieron sólo desde su perspectiva disciplinar y profesional, dejando muy explícita su voluntad de no irrumpir en cualquier debate de actualidad estratégica. En realidad, el marxismo, en general, fue para los intelectuales un elemento más de su inclinación emocional hacia los estímulos de la cultura de izquierdas. Al revés de lo que, en principio, podría inferirse de un modelo como el marxismo, su versión más contemporánea no exigía al intelectual intervenir en la conformación de un programa de acción; es más, parecía aconsejarsele que no opinara sobre esas cuestiones. En la mayoría de los casos, el silencio sobre lo político ha sido el precio de la libertad personal de aquellos intelectuales que se adhirieron al marxismo práctico ¹¹.

No resulta innovador detenerse en el examen de la pérdida progresiva de legitimación racional del marxismo o en la contemplación de las aporías del «socialismo científico». Pero lo cierto es que esta progresiva pérdida de justificación ha sido otra de las pesadillas del marxismo en los últimos cincuenta años. Comentaba Manuel Sacristán, al término de unas reflexiones con ocasión de la muerte de Marx, que la situación actual, tanto del marxismo como de la clase obrera en Occidente, es una situación de derrota ¹². Es entre nosotros todo un síntoma del vencimiento de las energías utópicas del marxismo como

razón de la revolución y del pesimismo como condición de esa «pasión razonada»¹³. El marxismo ha sido caracterizado, unas veces, como razón praxeológica, otras, como un conjunto de proposiciones y asertos que son la justificación racional de un programa de transformación de la sociedad, encaminado a instaurar el comunismo como expresión más consistente del ideal de justicia. El destino de este proyecto inicial cristalizó, como se sabe, en mil figuras y cada una de ellas ha pretendido realizar a su manera aquella voluntad originaria de justificación racional del ideario socialista. Pero el error de bulto de muchos marxismos se ha asentado en esa inclinación no reprimida que les daba, al parecer, licencia para ocupar espacios sin otro derecho que el salvoconducto de su condición de marxista. Y así, han creído, a veces, reconstruir «more físico» una ontología, una ciencia o una ética; pero, en realidad, ese precipitado que resultaba en determinados casos, parecía más una metafísica dogmática, un empirio-pragmatismo de corte irracionalista o un misticismo de apariencia científica.

Junto a esto han crecido otras versiones que han combinado con rigor y, por tanto, problemáticamente las exigencias de un cierto racionalismo crítico con los estímulos que brotaban de la cultura progresista y los movimientos sociales revolucionarios. A autores como Labriola y Gramsci, en los que hemos podido reconocer exhaustivamente estas constantes, no se les puede despachar con el expediente fácil del suspenso en lógica.

Si se quiere respetar la fidelidad a las pretensiones de cualesquiera de estas versiones del marxismo, es preciso recordar que en toda la tradición marxista, incluso en sus creaciones más fértiles, cierto fundamentalismo moral y político ha oscurecido el horizonte de los problemas teóricos y lo ha poblado de ambigüedades. En la tradición marxista permutan su rango y función metáforas filosóficas y asertos de naturaleza científica, teorías sociológicas y un «pathos» finalista propio de la filosofía clásica. Como hiperbólicamente decía Pellicani, la reflexión de Marx es la expresión de una síntesis imposible entre las causas finales de la teodicea hegeliana y las eficientes de la ciencia empírica¹⁴. No se distingue en la mayoría de los casos entre teoría explicativa y justificación de fines y programas¹⁵. Se transita con ligereza por problemas teóricos de envergadura cuales puedan ser el de la teoría de la acción racional o el de la teoría de la justicia. En la cultura marxista el impulso unificador no permite distinguir entre razón teórica y razón práctica, o entre los distintos usos de la razón. En el fondo se piensa que una buena teoría es aquella que es a la vez verdadera y revolucionaria.

Ese optimismo unitarista de la gnoseología y la moral marxista padeció, en primer lugar, los reveses de la historia: ni sus realizaciones trajeron las dichas esperadas, ni sus predicciones se cumplieron. A su vez, la sociología del conocimiento, consecuente con las exigencias últimas de la crítica marxiana de las ideologías, quebró la inmunidad ideológica que se atribuía el marxismo a sí mismo. Y sobre todo, la utopía socialista, fundada en la canónica marxista, no salió indemne de la ofensiva del racionalismo crítico y, si la crítica marxista fue contundente en la denuncia del cinismo político e ideológico del paradigma racionalista neoliberal, éste quedó atrás en la deslegitimación argumentada de muchas de las pretensiones gnoseológicas y éticas del marxismo teórico y del marxismo práctico.

El debilitamiento de las justificaciones racionales y la progresiva desvinculación del debate teórico de los intereses sociales y políticos de las clases tra-

bajadoras favorecieron el que, tras el período de entreguerras, el pensamiento marxista buscara el rearme teórico en el diálogo con la filosofía moderna y la cultura contemporánea. Shelling, Hegel o Spinoza serían, entre otras referencias, los ingredientes de una recomposición filosófica; Maquiavelo, Montesquieu, Rousseau representaban una buena cantera para remozar la politología del marxismo práctico ¹⁶. Esa búsqueda de materiales y refrendos externos aflojó aquella seguridad original, expresada en el aforismo de que «el marxismo se bastaba a sí mismo», y explica igualmente la progresiva reducción de los propósitos que habían acompañado en el primer tercio del siglo a la implantación del ideario de izquierdas en Europa.

Muy expresiva de aquel nuevo clima es la valoración que resulta de la crónica del diálogo entre marxismo y cristianismo. Nadie duda de la plausibilidad de algunas consecuencias prácticas que dicho diálogo promovió; principalmente el reflujo del dogmatismo y la intolerancia y, anecdóticamente, el trasvase de aspirantes eclesiásticos a militantes de izquierdas. Sin embargo, este proceso se ha desarrollado en una insana promiscuidad de niveles, los cuales hubieran requerido tratamientos diferenciados por encima de irenismos y halagos triviales. Pues si el marxismo ha procurado ser en sus mejores presentaciones una utopía racional, un pensamiento laico, necesariamente eso le sitúa en las antípodas conceptuales de cualquier fundamentalismo y trascendentalismo religioso ¹⁷. Por tanto, todo amago de concordia por ese lado resultaría un dislate basado en mala utopía y en mala filología. Más clarificador hubiera sido aceptar las diferencias insalvables de principios y reconocer, a la vez, que compartiendo por motivos diversos la estima por unos valores genéricos como la fraternidad o la solidaridad, ciudadanos marxistas y cristianos pueden sostener un programa político que se considere acorde con aquellos fines últimos. No dudamos que una determinada teología pudiera darle a ese programa adherentes entusiastas, pero en ningún caso justificaciones racionales. En realidad, toda la liturgia del diálogo entre cristianos y marxistas ha resultado una perífrasis innecesaria y teóricamente desafortunada para afrontar una dificultad práctica de la izquierda: la de cómo superar prejuicios ancestrales y la de cómo encontrar las condiciones para ampliar la base electoral en la Europa Meridional y América Latina. Esa necesidad táctica no precisaba, por parte de la izquierda, ni enredarse en tan espesa ambigüedad teórica ni cometer el desvarío de andar buscando, también por ahí, motivos de legitimación cultural.

No cabe duda que el anticapitalismo ha constituido una de las convicciones más genuinas de la cultura de izquierdas, alentando moralmente desde un principio buena parte de las teorías y de la prognosis marxianas. Pues bien, desde bastante pronto se empezó a comprender que el capitalismo poseía mayores recursos de los previstos por la analítica marxiana y suficiente resistencia, capacidad de adaptación, reconversión y asimilación ¹⁸. De hecho, el sistema ha incorporado a la crónica de su desarrollo las experiencias socialdemócratas, asumiendo como necesidad propia programas de redistribución social; y ha reglamentado más dialógicamente su funcionamiento con la consolidación progresiva del Estado democrático. Una y otra circunstancia han mejorado efectivamente las condiciones de vida y han aumentado la capacidad de control cívico de las decisiones del poder estatal; de ahí que haya que aceptar, al menos en una formulación genérica, que para sectores sociales considerados como la encarnación esencial de las privaciones ocasionadas por el sistema, la evolución del capitalismo en determinadas condiciones ha reportado disminución de la desigualdad y aumento de espacios de libertad.

Ha ocurrido, en realidad, algo aún más sorprendente para las expectativas del pensamiento utópico de ascendencia marxista: muchos de los valores y estímulos del capitalismo han calado en las conciencias de las masas proletarias, las cuales, en su mayoría, se resisten a convertir en principio de su acción la idea de la maldad esencial del sistema, la necesidad de destruirlo y la esperanza de poder construir otro que, negando radicalmente a aquél, vaya a dar cumplida satisfacción a sus intereses o a su proyección ideal. La disolución progresiva de las justificaciones de los grandes mitos, ya fuera el anticapitalismo, ya fuera esa fe en el progreso, fundada en los restos hegelianos de una concepción organicista y teleológica del sujeto y del desarrollo histórico, ha desorientado a la izquierda y evidenciado la escasez de sus recursos para recomponer una respuesta coherente a los requerimientos de una evolución social bastante más compleja y bastante más abierta.

Por último, nunca como ahora el reformismo ha gozado en el seno de la izquierda europea de mejor predicamento intelectual a la hora de comenzar un proceso de revisión. Hasta hace muy poco, en buena parte de la literatura de izquierdas el reformismo era considerado, a lo sumo, un mal menor, cuyo único atenuante era la presentación de sus logros históricos. Por el contrario, hoy se percibe una reafirmación del gradualismo, de la apuesta por un proceso que va de «menos a más», de la democracia como instrumento de ese mismo proceso¹⁹, y se considera el Estado de bienestar como la conquista histórica del movimiento obrero que hay que defender frente a sus actuales desmanteladores.

La conclusión es que, irremisiblemente, el marxismo ha terminado refugiándose en la historiografía o en el análisis filológico y que resulta cada vez más impracticable en su genuina condición de garante racional de un proyecto emancipador como el socialismo posmarxista.

Al desvanecerse el cuerpo de justificaciones del ideario y de la perspectiva estratégica de la izquierda, el socialismo pervive como una referencia de la cultura política del presente, es decir, como un ideal moral de perfiles borrosos y como una práctica plural. En efecto, el socialismo continúa siendo, avalado por la memoria ética de la cultura moderna, un movimiento, un estímulo vinculado a las expectativas de cambio en las condiciones de vida de los grupos sociales más penalizados por el funcionamiento del sistema económico y por el modelo de desarrollo de las sociedades industriales. Pero esa multiplicidad de prácticas políticas que se califican a sí mismas como socialistas, ante el agotamiento de los recursos racionales y el acorralamiento de toda voluntad revolucionaria, se apresura —y ésta es la situación presente— a recomponer una justificación moral y política de la tradición socialista y, así, transformar hoy el viejo ideal de justicia de la tradición ilustrada en una perspectiva emancipadora y en programas de acción históricamente posibles.

Hasta hace muy poco, en las sociedades industriales de Occidente el socialismo ha aguantado el desmantelamiento progresivo de sus recursos teóricos, resguardándose en los resultados de la práctica política de los partidos socialistas democráticos desde la posguerra. Esta política, que ha permitido a la izquierda cumplir algunas de sus promesas más perentorias, no necesitaba para su justificación recurrir a los fondos doctrinales de la tradición marxista, sino apelar a principios intuitivos de la memoria ética de la contemporaneidad. Pero, en los últimos años, a las penurias del ideario socialista ha acompañado además

un agotamiento de los éxitos de sus políticas. Cada vez se ha ido haciendo más difícil conciliar el cumplimiento de las promesas de la izquierda, a saber, el sostenimiento de los programas del Estado de bienestar, con las exigencias del capitalismo para afrontar la crisis y favorecer la recuperación económica ²⁰. Cada vez resulta más difícil mantener aquel proyecto de compromisos que representaba el programa citado del bienestar, porque la revalorización del capital requiere rebajar las demandas sociales y porque el Estado, en tanto que instrumento para las reformas y el cumplimiento de las promesas, no ha resultado ser un medio inocente y aproblemático ²¹. En realidad, en el fondo del análisis de estas contradicciones resurge el viejo sentimiento de la incompatibilidad entre capitalismo y democracia.

Todo esto lleva a la conciencia de que no corren tiempos fáciles para algo que por naturaleza es expresión del optimismo histórico. Los estímulos del discurso emergente, del pensamiento crítico y de la izquierda radical son de ascendencia negativa; o bien invitan a la reclusión en lo privado y la vuelta a lo primitivo, o a lo sumo apelan a la plausibilidad del principio genérico del libertarismo y la autonomía de lo social. En fin, el pesimismo moral y ontológico que desconfía de la razón y renuncia a la esperanza se instala en la inteligencia y la voluntad de sectores tradicionalmente sensibles a la utopía socialista y al ideal ilustrado. ¿Es posible, aún, la reconstrucción racional del ideal progresista de la ilustración y la promoción de programas prácticos orientados a la prosecución de formas de convivencia fundadas en los principios de libertad y de igualdad?

Ante la orfandad teórica en la que la deflación del marxismo dejó a la izquierda, se han promocionado en el entorno del socialismo democrático intentos típicamente revisionistas que procuran entroncar con la herencia liberal de la tradición premarxista y, más específicamente, con el «revival» contractualista. El agotamiento de los principios doctrinales del socialismo clásico ha favorecido un repliegue hacia postulados elementales y formulaciones de naturaleza genérica, con las que se continúa ofreciendo cierto abrigo intelectual a los programas políticos de la izquierda democrática en Occidente. De esta forma, el complejo formulario socialista de ayer puede hoy quedar reducido a una apelación a los derechos del hombre, a la teoría democrática de la justicia, a la teoría normativa de la democracia y a una política socialista constreñida a la defensa del Estado de derecho.

Un repaso a esta literatura con la que últimamente se ha pertrechado ideológicamente buena parte del socialismo evoca, a través del magisterio de Rawls, Bobbio o Habermas, la recuperación del liberalismo, el normativismo ideal y la vuelta de Kant. Parece que, con este plausible propósito, las tradiciones del derecho natural y el contractualismo han logrado un aceptable compromiso que cristaliza en la formulación de la idea de justicia como libertad igualitaria y en la defensa de la intersubjetividad como principio de racionalidad ²². Es cierto que, de ese modo, se huye de viejos recursos dogmáticos y fundamentalistas a la vez que se procura enlazar con la tradición racionalista. Igualmente, estos esfuerzos representan una voluntad de recuperación del sentido originario de la utopía socialista, uniéndola a la fortuna y vicisitudes del proyecto de la Ilustración. Pero no son suficientes. En primer lugar, porque el socialismo no es el único heredero de la Ilustración, y es difícil reconstruir los perfiles diferenciadores del socialismo del futuro echando mano tan sólo de unos materiales doctrinales, que son hoy patrimonio común de todas las ideologías polí-

ticas comprometidas con la democracia y la libertad. En segundo lugar, porque lo que sea la ideología del socialismo en el futuro tendrá que formularse necesariamente de manera que nos permita comprender no sólo las nuevas necesidades y objetivos políticos, sino también el sentido del viejo ideario socialista y la razón de ser de sus éxitos y fracasos. Y para ello no será suficiente hablar de libertad, racionalidad, justicia e igualdad. Habrá que hablar también del poder transformador del movimiento obrero, de las motivaciones subyacentes a los programas políticos socialistas, del futuro del movimiento sindical, y de los contenidos concretos y materiales de los ideales ilustrados en las condiciones de vida de las sociedades industriales. En definitiva, la ideología del socialismo del futuro estará libre de prejuicios marxistas y de preocupaciones por la ortodoxia, pero no se verá libre de dar respuesta a cuestiones de la misma naturaleza que las que Marx intentó comprender en la sociedad capitalista de su tiempo. Por eso es necesario pensar en el socialismo del futuro como una ideología posmarxista.

Un marco filosófico

Todos los grandes movimientos políticos en la historia han ido acompañados por grandes transformaciones ideológicas. Y el socialismo como fenómeno histórico no es una excepción; más aún, es, en realidad, el ejemplo más característico de esa generalización. Desde el principio líderes políticos y pensadores socialistas han tenido clara conciencia de que las transformaciones sociales que pretendían conseguir llevaban consigo, y al mismo tiempo necesitaban, cambios ideológicos profundos, que una nueva forma de organizar y regir la sociedad era inseparable de una nueva forma de ver y comprender la sociedad. Y tanto más urgente y necesaria es esa toma de conciencia de la importancia del *factor ideológico* en el diseño de una opción política cuanto más radical e innovadora pretenda ser esa opción.

No es posible, sin embargo, diseñar de antemano todo el entramado de una ideología que, por lo demás, seguramente no podrá ser ya nunca unitaria y coherente. Pero quizá no es inútil esbozar un marco de ideas filosóficas presentes en el socialismo tradicional para las que nos parece que es preciso reclamar un nuevo protagonismo en el socialismo de nuestros días.

La primera idea que debemos recuperar no tiene hoy buena prensa en los ambientes filosóficos académicos, pero es un componente genuino de la tradición marxista que debe seguir jugando un papel decisivo en el perfil ideológico del socialismo. Se trata del componente materialista de la filosofía de Marx. Para evitar estériles controversias quizá debiera formularse hoy en otros términos: se trata de reivindicar una actitud filosófica naturalista e inmanentista, una posición intelectual que permita valorar la naturaleza, la realidad concreta de las cosas por sí mismas, que sitúe la felicidad de los individuos como último objetivo moral y que nos obligue a contrastar los grandes ideales intelectuales de la libertad y la igualdad en términos de situaciones concretas materiales en la vida de las personas. Para el socialismo, en efecto, la realidad se agota en el mundo natural, la virtud no puede ser incompatible con la felicidad y los ideales morales y políticos se evalúan en términos de las condiciones materiales de la vida de la gente ²³.

Nada más obvio, en cierto modo, que este prontuario de filosofía naturalista. Y, sin embargo, es preciso insistir en ello. Es preciso, por ejemplo, liberar

a la ideología de la izquierda de adherencias místicas y de prejuicios religiosos. ¿Tiene alguna justificación racional el rechazo moral de los bienes materiales que proporciona la industrialización, tan frecuente en la ideología espontánea del socialismo? ¡Ninguna! El socialismo no puede estar reñido con el disfrute de los bienes que son producto del trabajo humano, de la industrialización y del progreso tecnológico. Ni puede darle la espalda al ideal del bienestar material, ni plantearse los objetivos de la acción política en el ámbito irreal de una perfección futura. El socialismo es una ideología para la acción política de aquí y ahora, su objetivo último moral es la felicidad y en función de él persigue otros objetivos, como la libertad y la igualdad.

Esto ha sido siempre así en la tradición más sana del socialismo europeo. Y debería seguir siendo así, más aún en el futuro, cuando las nuevas posibilidades abiertas por el progreso tecnológico plantean al socialismo el reto decisivo de organizar un nuevo espacio cultural en el que integrar esas nuevas posibilidades de aumento del bienestar en beneficio de todos.

La ideología del socialismo del futuro debe ser compatible también con la actitud intelectual del racionalismo crítico, debe potenciar la creatividad, el rechazo de los dogmas, la actitud abierta; el gusto por la innovación y, al mismo tiempo, por el rigor intelectual. No se trata de recuperar la vieja falacia decimonónica del socialismo científico, pero sí lo que de plausible había en esa formulación inadecuada de un ideal ilustrado: el respeto por el pensamiento racional, por el conocimiento científico y por la eficacia tecnológica. El socialismo no puede basarse en filosofías irracionalistas. No puede dar la espalda al progreso del conocimiento científico y a su incidencia en la evolución de la sociedad, ni puede caer en la trampa del voluntarismo contra toda previsión racional. El socialismo debe estar pertrechado de una filosofía que le permita liderar políticamente el progreso tecnológico, adoptar decisiones con criterios racionales ante situaciones de incertidumbre y de riesgo para la sociedad de nuestro tiempo, y arbitrar continuamente nuevos caminos al progreso material e intelectual de la humanidad. Sólo en esas condiciones podrá aspirar a mantener la hegemonía cultural que necesita para llevar a cabo su proyecto político.

Tanto la actitud naturalista como el racionalismo que propugnamos son componentes comunes a una parte de la tradición ilustrada, presentes en la tradición marxista, y que hoy necesitamos recuperar librándolos de adherencias indeseables acumuladas a lo largo de las crisis históricas que ha atravesado el marxismo. Pero son componentes comunes a cualquier ideología progresista del futuro, no específicos de la tradición socialista.

Lo que sí es específico de ésta es el enfoque sociológico que Marx impuso para el análisis y la revisión crítica de los propios componentes ideológicos. Marx ha sido considerado como el fundador de lo que más tarde cristalizaría como sociología del conocimiento. Pero si aludimos aquí a este componente de la teoría marxiana es por algo más que por su significación académica. Se trata en realidad de un rasgo diferencial e imprescindible para entender el sentido de la propia ideología socialista. La diferencia entre el pensamiento liberal y el marxista reside precisamente aquí: el liberalismo se apoya en una concepción del hombre, el socialismo en una teoría acerca de la influencia de las condiciones materiales de vida de los hombres sobre la idea que éstos se hacen de sí mismos. El legado intelectual más importante que Marx dejó a la cultura de nuestro tiempo es precisamente éste: la idea de que para entender la realidad y para

transformarla hay que saber escudriñar en ella los mecanismos de la deformación ideológica, que ocultan precisamente el sentido de la realidad observada e impiden el diseño de planes racionales para su transformación.

Sin duda, son muchas las insuficiencias y ambigüedades de la teoría marxiana de las ideologías, y muchos los defectos de su análisis del capitalismo del siglo XIX ²⁴. Pero más allá de errores e insuficiencias, hay un mensaje en el pensamiento de Marx que el socialismo de nuestros días no puede olvidar sin perder lo esencial de su tradición intelectual: que el socialismo propiamente no se asienta sobre una teoría de la libertad, sino de las condiciones materiales de la vida de los hombres, que no es tan sólo la cristalización de un ideal moral a favor de la igualdad, sino una teoría acerca de la génesis de las desigualdades que sirve de apoyo a un proyecto político para luchar contra ellas; que no se basa en una doctrina acerca de la salvación de la humanidad, sino sobre una teoría de los mecanismos de la producción y reproducción de la vida de los hombres, a partir de la cual se pretende entender el resto de la cultura y organizar la acción política.

También la propia idea de la naturaleza de la acción política del socialismo es deudora de la tradición marxista. Marx supo ver el movimiento socialista no como un producto de una voluntad ilustrada, sino como una realidad social con una dinámica propia. Seguramente en nuestros días la realidad social de ese proceso es mucho más compleja y su unidad de sentido más difícil de reconstruir. Pero debería mantenerse en pie, en la reconstrucción ideológica del socialismo del futuro, la idea de que el propio proyecto socialista adquiere su legitimidad en la medida en que responde a una realidad de hecho, a una exigencia de la propia dinámica de la sociedad. El socialismo es, en este sentido, una ideología de carácter estrictamente político y atenta, por lo tanto, a los mecanismos y a la realidad del poder; no una ideología exclusivamente moral. En todo caso, las razones morales son para un programa político algo parecido a lo que las teorías metafísicas para el conocimiento científico; grandes principios, universalmente válidos, a los cuales se remiten prácticamente todos los proyectos políticos de la cultura occidental. El socialismo, como movimiento social y político, no es simplemente el resultado de un compromiso moral, es, antes que nada, un fenómeno sociológico, una realidad exigida por la desigual distribución del poder a través de los mecanismos de funcionamiento de una sociedad regida por las leyes del capital.

La explotación, el poder y el Estado democrático

En la tradición marxista, el concepto de explotación del trabajo por parte del capital ha actuado como clave de bóveda de todo un edificio teórico, encaminado a justificar racionalmente una alternativa revolucionaria. El objetivo principal del análisis marxiano del funcionamiento del capitalismo es demostrar que la explotación del trabajo es, al mismo tiempo, una exigencia de la lógica interna del sistema y el germen de su destrucción. Como, al mismo tiempo, el factor decisivo para la realización de la explotación es la propiedad privada del capital, resulta así que un concepto de carácter inicialmente moral adquiere no sólo una dimensión analítica en la teoría económica de Marx, sino también una dimensión política en el diseño de la alternativa a la sociedad capitalista.

Muchas son las objeciones que, desde un punto de vista teórico, se pueden plantear al análisis marxista del capital. En primer lugar, el concepto de valor-

trabajo está plagado de ambigüedades. En segundo lugar, el fatalismo de la destrucción del capital no se confirma en la práctica. Por último, independientemente del régimen jurídico de propiedad del capital, alguna forma de «explotación» en sentido marxiano —de apropiación del plustrabajo por parte de los detentadores del capital— parece imprescindible para garantizar el crecimiento económico.

Hay además una experiencia práctica, acumulada a lo largo de más de un siglo, que demuestra dos cosas: en primer lugar, que la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción no lleva consigo la desaparición del fenómeno sociológico (mejor aún psicosociológico) de la explotación. En segundo lugar, que aun manteniendo las relaciones capitalistas de producción se puede variar el grado de explotación desde límites moral y psicológicamente inaceptables hasta límites en los cuales pierde toda su virulencia como fuente de actitudes de contestación al sistema por parte de los trabajadores. De hecho, la práctica del reformismo a lo largo de los años se ha basado en ese pacto implícito con el capital que ha llevado, por una parte, a no poner en cuestión los mecanismos fundamentales de la economía de mercado y, en especial, la propiedad privada de los medios de producción; y, por otra parte, como contrapartida, a respetar el uso del poder político como instrumento de redistribución social de la renta que permite la apropiación social de una parte creciente del producto de la explotación.

A la luz de estas experiencias es posible reconstruir la teoría de la explotación sin renunciar a la perspectiva crítica y al contenido racional que esta noción tenía en la tradición marxista.

El análisis marxiano del funcionamiento del sistema de relaciones sociales que impone el capitalismo tiene una virtualidad que no siempre se ha sabido explotar de forma adecuada. Frente a los modelos ideales, abstractos, del funcionamiento del capital, la teoría marxiana tiene un carácter sociológico: pone de relieve el papel esencial que en el funcionamiento del sistema tienen las relaciones sociales que se establecen entre los agentes de la producción. Y la idea central de la teoría marxiana es que, para el funcionamiento del sistema, es esencial la existencia de relaciones asimétricas de poder. En efecto, la raíz de la explotación como expropiación del producto del trabajo reside en el diferente grado de poder de decisión que detenta quien sólo posee su fuerza de trabajo frente a quien puede disponer de los medios de producción. El hecho de que la realización del beneficio sólo se produzca a través del funcionamiento del mercado —haciendo así que aparezca como «natural» un proceso que en realidad es coercitivo— sólo indica que el propio funcionamiento del mercado incorpora en la práctica la asimetría de las relaciones de poder²⁵. Así planteada, la noción de explotación tiene un carácter estrictamente político, pero al mismo tiempo racional. Es el simple resultado de enfocar el análisis del sistema económico desde un punto de vista más amplio, que engloba al conjunto de la sociedad. Junto a ello hay en la concepción marxiana una identificación de las relaciones de poder con la relación de propiedad; pero esto no es más que una secuela del liberalismo y una circunstancia real del capitalismo del siglo XIX²⁶. Hoy sabemos que el poder de decisión no siempre es función de las relaciones de propiedad, y que las distorsiones del modelo ideal del mercado no dependen sólo de la concentración de la propiedad, sino de factores como el poder político o el militar.

El resultado de todo esto es un cambio de perspectiva en la visión estratégica del socialismo. En primer lugar, la cuestión de la propiedad privada de los medios de producción pasa automáticamente a un segundo plano. En segundo lugar, el objetivo de la supresión de la explotación económica se transforma en un objetivo de redistribución del poder político. Y el ideal moral de la igualdad se concreta en un programa de superación de la desigualdad de las relaciones de poder en el conjunto de la sociedad. En el horizonte estratégico del socialismo democrático no figura ya la abolición de la propiedad privada ni el desmantelamiento de los mecanismos del mercado, sino el desarrollo del poder del Estado como contrapeso a la desigualdad del poder económico.

Hoy en día, todo intento de reformulación del ideario emancipatorio socialista y todo programa relacionado con él apelan a una razón última que, expresada en una u otra manera, reclama un control desde abajo, distribución del poder y mayor socialización de las oportunidades y de la capacidad de decisión. Esto no irrumpe de pronto sino que va abriéndose paso poco a poco en las sociedades históricas, a través de un proceso de optimización de los espacios y prácticas democráticas que han ido surgiendo históricamente. Y no cabe duda que, tanto por su dimensión como por su alcance, el Estado democrático ha sido el intento más ostensible de creación de un espacio público en el que, a través de criterios tales como los de legalidad, representatividad y revocabilidad, se pudiera combatir la desigualdad de poder y hacer más presentes los valores de la racionalidad y de la libertad igualitaria en los procesos de organización de la vida social.

Adquiere así toda su dimensión la importancia de la «especialización» de los partidos socialistas en el ejercicio del poder político en los Estados democráticos. No se trata ya de acceder a un medio necesario para conseguir objetivos más profundos de transformación del sistema, sino de instalarse en un sector del sistema social, cada vez más presente en los planes de acción de una sociedad desarrollada, el Estado, que es el único mecanismo accesible para redistribuir el poder de decisión y conseguir así, al mismo tiempo, una mayor racionalidad del sistema y una sociedad más igualitaria.

Hay una consecuencia notable de este planteamiento para el diseño de la estrategia socialista. En el contexto de la actual crisis económica se plantea, a veces con virulencia, el debate en torno a la necesidad de renunciar al sector estatal de la economía, es decir, a una línea de actuación que había sido el núcleo de las políticas socialdemócratas. En realidad, desde la perspectiva que estamos proponiendo, ésta es una cuestión secundaria. En cambio sí es fundamental la cuestión de seguir reivindicando o no la intervención del Estado no sólo en la economía, sino en el conjunto de las relaciones sociales. El problema que aquí se plantea es el de la naturaleza y la función del Estado. Y la alternativa que hay que construir pasa por una revisión profunda de la práctica que, en este punto, han seguido los partidos socialistas. Las bases para esa revisión están dadas por el propio análisis que hemos propuesto de las relaciones de explotación: el objetivo es la redistribución igualitaria del poder, y esto sólo se puede hacer desde el Estado; pero exige la puesta en marcha de un modelo de Estado que no reproduzca, en el nivel del poder político, las desigualdades que se pretenden combatir en la sociedad civil y en el sistema económico.

Para terminar: el socialismo en el futuro va a ser compatible con el funcionamiento del capitalismo, es decir, con el mantenimiento de la propiedad pri-

vada y de los mecanismos del mercado para la asignación de recursos. Pero no debe renunciar a la lucha contra la explotación, es decir, contra la desigualdad de poder. Eso hará que el núcleo del ideario socialista se traslade desde la economía a la política, y que el reto fundamental para la política socialista sea el de cómo extender los efectos democratizadores del poder del Estado a todos los niveles de las relaciones sociales.

El reto del socialismo es el reto de superar la explotación extendiendo y profundizando el Estado democrático. En consecuencia, los movimientos políticos vinculados a la tradición del socialismo democrático deben desarrollar programas orientados, primeramente, a hacer que el Estado responda más adecuadamente a los objetivos que lo constituyen por definición, es decir, a que el Estado funcione cada vez mejor y más democráticamente. Frente a la crisis de eficacia y a las inclinaciones burocráticas —autoritarias— la solución no pasa por procesos de desregulación, sino por un proyecto de recomposición funcional que garantice la recuperación de la eficiencia y, a la vez, aliente prácticas de intervención y participación desde abajo. Por tanto, promovamos un Estado cada vez más vigoroso en tanto que más participativo. Avancemos programas destinados a la promoción en la sociedad de nuevos dominios públicos sometidos al principio de legalidad y al procedimiento democrático, articulando así un poder público difuso y expansivo, democráticamente reglado. Aquellos ámbitos, que una predisposición ideológica consideraba siempre reservados a la discrecionalidad de lo privado y al dominio de su fuerza, pueden ser, desde la perspectiva aquí razonada, transformados en espacios públicos ordenados por valores universalizables. Esto es lo que, en otras ocasiones, se ha denominado una progresiva politización de la sociedad civil, aunque, esta vez, dicho anuncio está desprovisto de todo «tic» jacobino y de cualquier pretensión de imposición ideológica; más bien se reclama una racionalización y democratización de la vida societaria, entendiendo que así es posible luchar contra la distribución asimétrica del poder, promover condiciones favorables al ejercicio de la libertad y procurar la igualdad.

¹ Quintanilla, M. A.; Vargas-Machuca, R.: «Ideas para el socialismo del futuro», en *Leviatán* 18, 1984.

² Heller, H.; Feher, F.: *La anatomía de la izquierda occidental*. Barcelona: Península, 1984, página 117.

³ Fernández Buey, F.: «Prólogo» en Gramsci-Bordiga: *Debate sobre los consejos de fábrica*. Barcelona: Anagrama, 1975, págs. 21-36.

⁴ Marramao, G.: *Lo político y las transformaciones - Crítica del capitalismo e ideología de la crisis entre los años 20 y 30*. México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1982, págs. 116-152.

⁵ Anderson, P.: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI, 1979, páginas 27-142.

⁶ Vargas-Machuca, R.: *El poder moral de la razón. La filosofía de A. Gramsci*. Madrid: Tecnos, 1982.

⁷ Gouldner, A. W.: *Los dos marxismos*. Madrid: Alianza, 1983.

⁸ Kolakowski, L.: *Las principales corrientes del marxismo. III. La crisis*. Madrid: Alianza Universidad, 1983, pág. 164.

⁹ Colletti, L.: «Entrevista» en *Zona Abierta* n.º 4, 1975, pág. 26. Del mismo autor: «El marxismo después de la segunda guerra mundial» en *Materiales* 6, 1977.

¹⁰ Anderson, P.: *op. cit.*, pág. 68.

¹¹ Macciocchi, M. A.: *Gramsci y la revolución de Occidente*. Madrid: Siglo XXI, 1975, páginas 249-259.

¹² Sacristán, M.: «Entrevista» en *Mientras tanto* 16-17, pág. 211.

¹³ Fernández Buey, F.: *Contribución a la crítica del marxismo científico*. Barcelona: Ediciones de la Universidad, 1984, 36, 237.

- ¹⁴ Pellicani, L.: «Liberar a Marx de Marx» en *Leviatán* 15, 1984, pág. 85.
- ¹⁵ Muguerza recuerda, a propósito de Bloch, que hay que distinguir entre prognosis, planificación y utopía. Muguerza, J.: «Sobre la falta de lugar de la utopía» en *Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*. México: Grijalbo, 1985, págs. 372-373.
- ¹⁶ Anderson, P.: *op. cit.*, pág. 85.
- ¹⁷ Quintanilla, M. A.: *A favor de la razón*. Madrid: Taurus, 1981, págs. 51-72.
- ¹⁸ Kolakowsky, L.: *op. cit.*, pág. 136.
- ¹⁹ Bobbio, N.: «Reformismo, Socialismo e Igualdad». Salvadori, M. L.: «El reformismo como gramática de la izquierda». Ambas colaboraciones en *Mondoperario* n.º 3, 1985, traducidas en *Leviatán* 23/24, 1986. A propósito de esta cuestión comentaba Ludolfo Paramio: «Una de las razones de que la crisis del marxismo revolucionario haya conducido a una crisis de la idea de socialismo es, paradójicamente, el propio éxito que el marxismo revolucionario ha logrado a lo largo de este siglo en desacreditar la vía reformista como vía del socialismo». «Del socialismo científico al socialismo factible» en *Leviatán* 21, 1985, pág. 99.
- ²⁰ Offe, C.: *Contradictions of the Welfare State*. London: Hutchinson, 1984.
- ²¹ Habermas, J.: «Sobre la pérdida de confianza en sí misma de la cultura occidental» en *Revista de las Cortes Generales* n.º 3, 1984, págs. 7-23.
- ²² La bibliografía y comentario en lengua española acerca de estas diversas corrientes filosóficas tienen, en la actualidad, un lugar privilegiado, tanto en la discusión académica sobre los problemas de la moralidad, como en el debate ideológico sobre el presente y el futuro de los idearios políticos de izquierdas, herederos de la tradición ilustrada. A pesar de que existen notables diferencias de enfoque, no cabe duda que la difusión de la obra de Bobbio, la influencia ejercida por las opiniones de Elías Díaz en defensa del Estado democrático, el auge alcanzado por los comentarios a la obra de Rawls y también, en alguna medida, los argumentos de Javier Muguerza en favor de la «comunidad de comunicación habermasiana» y de la democracia directa son, entre otras, circunstancias que explican la preeminencia en España de un horizonte de discusión, sin duda fértil y plural, pero, a nuestro juicio, no suficiente para una recomposición adecuada del socialismo posmarxista.
- ²³ En coherencia con una orientación ética de raíz utilitarista, Esperanza Guisán ha ahondado en la relación entre los ideales morales de felicidad, libertad y justicia, apostando por la felicidad como razón última de lo moral y de lo político: *Razón y pasión en ética*. Barcelona: Anthropos, 1985.
- ²⁴ Quintanilla, M. A.: «El concepto marxista de ideología» en *Sistema* n.º 7, 1974, págs. 29-52.
- ²⁵ En la actualidad, la revisión de la teoría de la explotación incorpora la referencia a la asimetría en las relaciones de poder, de la cual se deduce la coerción y la imposición en los mecanismos que regulan las relaciones sociales. Véase Levine, A.: *Arguing for socialism. Theoretical consideration*. Boston: Rontledge and Kegan Paul, 1984, págs. 65-77.
- ²⁶ Roemer, J. E.: *A general theory of exploitation and Class*. Cambridge: Harvard University Press, 1982. A pesar de que representa un esfuerzo muy notable de renovación de la concepción marxiana de la explotación, sigue considerando a la propiedad privada como la razón última de aquella.

VALORES DE IZQUIERDA ANTE LA MODERNIZACION

Josep M. Colomer

análisis y debate



2

No parece difícil, mirando hacia atrás sin ira, acordar que en los últimos años ha habido un gran cambio en la izquierda: se ha pasado de creer en todo tipo de dogmas y utopismos y de ver la política como una fe y una mística trascendentales, a un cierto cinismo y una especie de resignación ante la fatalidad. Se ha pasado de una concepción de la militancia como autosacrificio, que implicaba una consideración de la política cercana al sacerdocio, a presentar casi como único horizonte de la actividad política la acomodación pasiva a las circunstancias y la instalación más o menos cómoda en el mundo tal como es.

En esta situación, se requiere una buena dosis de optimismo para sostener que es posible una distinción entre derecha e izquierda, tanto en objetivos como en métodos; es decir, que la izquierda tiene unos valores propios y característicos, que pueden inspirar una acción política que sea al mismo tiempo realista y rigurosa y también específica y diversa de otra acción política alternativa. Los

valores que definen la izquierda son valores como la participación (frente a la inhibición de los asuntos colectivos), la tolerancia (frente al sectarismo), la igualdad de oportunidades (frente al grito de sálvese quien pueda), la solidaridad (contra los privilegios). Pero estos valores hoy difícilmente pueden apoyarse en fundamentaciones morales absolutas como las de otras épocas: trátase de la Religión, la Lógica de la Naturaleza o la Razón de la Historia. Por ello, a veces puede dar la impresión que elegir estos valores de izquierda y no los alternativos de derecha sea una cuestión que dependa de los sentimientos de cada cual (no en vano el corazón está situado a la izquierda) Pero no parece que este criterio sentimental pueda ser decisivo si se aspira a aumentar la capacidad crítica, la inteligencia y la lucidez ante la realidad. De todos modos, esta voluntad de afirmar una especificidad de izquierdas no deja de ser la expresión de una insatisfacción ante la situación existente, definición esta última que tal vez sea una aproximación al concepto «izquierda» más sólida de lo que a primera vista pueda parecer.

Pero no se trata sólo de una cuestión de sentimientos. El interés de los valores citados reside sobre todo en que responden al desarrollo de las reglas de juego más aptas para la convivencia del conjunto de la sociedad; es decir, porque son valores propios de la democracia, que ha sido el objetivo y la conquista básicos del combate de la izquierda, más allá de las retóricas y los ideologismos con que tal empeño se ha recubierto en los momentos difíciles.

Abandonar, pues, viejos mitos engañosos tiene un aspecto positivo de liberación personal y mental. Especialmente cuando se trata de doctrinas que pretendían dar explicaciones a todo y encajar el entero desarrollo de la Naturaleza y de la vida de los hombres en un único proceso, guiado por una lógica interna, que había de conducir hacia un único final predeterminado de la Historia. Y también de una visión de la clase que se suponía que era el sujeto histórico revolucionario, a la que se atribuía poco menos que la condición de redentor porque era contemplada como portadora inherente de las formas de vida de una nueva sociedad. Hoy sabemos, por el contrario, que no habrá un gran día glorioso al final de la Historia ni un Paraíso futuro.

Ante este vacío, se han adoptado diversas posturas: ha habido quien ha pasado de un idealismo revolucionario desahogado a la rendición pura y simple, a la capitulación del ideal ante la realidad. Cabe señalar que, desgraciadamente, no es rara —ni tal vez ilógica— esta oscilación entre el idealismo extremo de izquierda y el ultrarrealismo que sólo contempla una única opción posible.

Pero, aparte de esta liquidación por derribo, hay también supervivencias de aquellos ideologismos: ha habido quien ha estado dispuesto a enrolarse en cualquier nueva quimera en boga, sólo con que alguien la vendiera con alguna faramalla: a sustituir, por ejemplo, el Proletariado por la Nación, la Sociedad sin clases por la Armonía ecológica de las especies naturales, la Fe en la Revolución por la Fe en la Independencia de Euskadi o de Cataluña, que al parecer realizarían la definitiva Felicidad de los súbditos del respectivo solar.

A menudo hay también ideologías sin fe; es decir, residuos ideológicos instrumentados de un modo más o menos cínico para enmascarar pequeñas batallas de grupo o de fracción. A veces el uso retórico de los grandes principios se asemeja al despliegue de grandes banderas que sirven de pantalla a comportamientos oportunistas o carrerismos personales.

El hecho es que hoy los cambios de todo tipo de la sociedad (de las divisiones sociales, del trabajo organizado por las nuevas tecnologías, de las redes de comunicación) son mucho más rápidos que la toma de conciencia de los mismos. Hay ya una notable disociación entre algunos de aquellos discursos heredados de la izquierda y la acción cotidiana, entre las expectativas creadas en un pasado aún reciente y las realizaciones concretas de hoy.

Se requiere, por tanto, dejar atrás algunas de las viejas doctrinas y adoptar muchas ideas nuevas: nuevos conceptos para comprender los cambios, y también la recuperación en un nuevo contexto de algunos valores del patrimonio moral de la izquierda que hoy pueden dar un nuevo sentido a su acción.

Uno de los elementos que sin duda hay que dejar atrás es lo que algunos han llamado la herencia jacobina, una herencia que ha pervivido tanto en los sistemas ideológicos de la ortodoxia socialdemócrata como de la ortodoxia comunista. Es decir, la idea de una minoría ilustrada que se autoatribuye una legitimidad de vanguardia única y dirigente porque cree poseer una supuesta verdad ideológica o una pretendida «conciencia de la necesidad histórica», y aspira, por ello, a imponerse como única intérprete del interés general.

Por el contrario, se requiere un nuevo lenguaje político, con poca retórica, basado sobre todo en el rigor y el conocimiento de los hechos y en la reflexión sobre la experiencia.

Hoy nos hallamos inmersos en un proceso de modernización económica, que comporta renovación tecnológica y mayor integración en circuitos internacionales, que está revolucionando las formas de vida y las representaciones mentales tradicionales. Ahora bien, este mismo proceso está dando lugar a nuevas formas de exclusión y de desigualdad social, que podrían llegar incluso a configurar una sociedad dual: una sociedad en la que hubiera, por un lado, las personas con empleo estable, con rentas, prestaciones o subvenciones garantizadas, directa o indirectamente, por el Estado; y, por otro lado, los parados, las personas con trabajos precarios, los inmigrados, los extranjeros y los marginados de todo tipo.

Al mismo tiempo, mientras se extienden los egoísmos y los corporativismos en la sociedad, se están configurando nuevos centros de poder económico (en los que a menudo se imbrican nuevas tecnologías, producción industrial y organización militar), muy diferentes de los clásicos propietarios individuales y situados fuera de las áreas habituales de control tanto de las instituciones representativas como de la opinión pública o del mercado.

La existencia de estos nuevos poderes y procesos de decisión «invisibles» contribuye a crear la sensación de que los fines y las alternativas políticas ya están determinados, que sólo hay unas únicas opciones «inevitables» que habría que tomar en cualquier caso.

En España, además, estos nuevos fenómenos se añaden —como es sabido— a la pervivencia de algunos de los poderes «fácticos» tradicionales, así como al arraigo de mentalidades colectivas propias de una sociedad que ha tenido una industrialización tardía y caótica y falta de experiencia democrática: la inhibición de los asuntos públicos si no comportan una expectativa de beneficio personal inmediato, los comportamientos clientelares en las relaciones entre ciudadanos y

Administración, y una cultura política subdesarrollada que tiende a personalizar las opciones partidarias y a mantener bajos niveles de asociacionismo y de participación. La consolidación de estos rasgos sólo podría conducir, en un plazo más o menos breve, a una pérdida de credibilidad de los representantes políticos, que asumirían una representación cada vez más formal y difícilmente conseguirían actuar como mediadores entre los intereses diversos que se enfrentan en la sociedad.

Ante esta creciente complejidad social, la derecha se ha decantado espectacularmente en estos últimos años hacia un neoliberalismo económico bastante parecido a la ley de la selva, sin tan siquiera la ilusión de aquella «mano invisible» y casi milagrosa que, según decían los liberales clásicos, debía armonizar espontáneamente los intereses particulares en una prosperidad general. Lo que la derecha propugna hoy es, pues, la ley del más fuerte, el aumento inconsiderado de todas las desigualdades e injusticias.

Tal es, en resumen, el panorama actual de la modernización. Pero tampoco da la impresión de que la recesión económica y la disgregación de las estructuras sociales tradicionales nos esté conduciendo precisamente hacia una situación pre-revolucionaria. Más bien parece que la alternativa que se abre ante nosotros es: *o bien el afianzamiento de los diversos reductos de poder incontrolados y de los diversos corporativismos sociales (una especie de refeudalización de la sociedad), o bien la institucionalización del pluralismo mediante la profundización de la democracia y su extensión a todos los ámbitos de la sociedad.*

No hay, por tanto, una única «modernización» posible. La modernización técnica y económica es una opción que social y políticamente no está predeterminada, ni en las formas de avanzar hacia ella ni en las relaciones sociales que contribuirá a consolidar. Desde una perspectiva de izquierda, la modernización no puede ser, pues, una mera adaptación tecnocrática a procesos inducidos desde fuera. No puede ser únicamente una modernización industrial, sino que ha de ser también una modernización del Estado, de la sociedad, de las mentalidades colectivas y, por supuesto, del propio pensamiento de izquierdas.

La izquierda no puede identificarse, así, con un determinado modelo económico u otro, sino sobre todo con un conjunto de valores. Dicho en pocas palabras, la izquierda es hoy la electrónica y la informática, pero también la profundización de la democracia y de la solidaridad.

Por ello, en esta nueva situación pueden tomar nueva vigencia algunos valores de la tradición socialista (especialmente los que tienden a denunciar las desigualdades sociales ocultas tras una igualdad legal o formal), así como algunos valores importantes de la tradición liberal (especialmente la defensa de los derechos de los individuos y de las minorías y la idea de libertad como pluralismo y variedad), e incluso algunos valores de la tradición libertaria (como el antiautoritarismo y el estímulo de la iniciativa personal).

No se trata, pues, de dejar de ser, por ejemplo, comunista para convertirse en socialdemócrata, ni de dejar de ser marxista para hacerse liberal. Tampoco se trata de construir, con algunos retales, una nueva etiqueta-síntesis. Se trata más bien de conseguir vivificar unos determinados valores de izquierda en una políti-

ca de objetivos concretos, dentro de una situación difícil que plantea nuevos retos y que requiere cada día nuevas soluciones.

Consolidar y desarrollar la democracia significa, entre otras cosas, aumentar la transparencia y las posibilidades de control de los poderes fácticos y los poderes invisibles; multiplicar los instrumentos y los campos de participación, la pluralidad de los medios de información y de comunicación; simplificar y eliminar las superposiciones entre los diversos niveles administrativos y concebir, por tanto, el municipio, la comunidad autónoma, el Estado y la comunidad internacional como niveles de participación política que, precisamente por su diversificación, ofrecen mayores oportunidades de iniciativa e intervención social; por ello, federalismo, que ha sido históricamente una de las concepciones comunes de diversas tradiciones de izquierda en este país: tanto de republicanos liberales como de anarquistas, de comunistas como de socialistas.

Hay, pues, unos valores propios de la democracia en los que la izquierda puede apoyar su acción, unos valores que cabe contrastar permanentemente con los resultados concretos de una u otra política de modernización.

En primer lugar, el valor de la tolerancia, concebida no tanto como una insensibilidad pasiva sino como reconocimiento activo de la diferencia, como ocasión de diálogo y comunicación.

En segundo lugar, la solidaridad con los más desfavorecidos, como un esfuerzo por evitar la cristalización de privilegios y por reducir las desigualdades debidas a la arbitrariedad o el azar.

En tercer lugar, los valores de la autonomía del individuo y de la responsabilidad personal; la creación de las mayores oportunidades posibles de desarrollar las variadas facultades naturales de cada uno, de ejercer las capacidades humanas de realizar deseos deliberados y planes razonables, de desarrollar la convivencia y la colaboración.

Son estos valores, articulados de un modo abierto, pero en una posición de superioridad con respecto a otros valores (como, por ejemplo, la seguridad del orden establecido, las glorias patrióticas, la defensa de los privilegios heredados, etcétera), los que permitirán evaluar el avance práctico, efectivo, de una política de modernización desde una perspectiva de izquierda, lo que permitirá desarrollar una distinción entre derechas e izquierdas en la situación histórica de los próximos años.

No se alcanzará, pues, ningún destino predeterminado. No cabe pensar, por ello, en fabricar un nuevo modelo acabado de sociedad perfecta. Y no habrá, por tanto, una «lucha final» (como decía *La Internacional*). Pero librarse de utopismos de este tipo no implica que haya que caer inevitablemente en el cinismo ni en el nihilismo moral.

Es posible dar nueva vigencia a unos valores que son propios de la izquierda. Se requiere para ello un modo de pensar más laico, liberado de cargas engañosas, más lucidez crítica, conocimientos más fiables, que son, al fin y al cabo, la condición de una acción más eficaz. Precisamente porque no habrá al final de la Histo-

ria un final feliz, cabe un esfuerzo permanente que nunca alcanza su final sino que plantea continuamente nuevas exigencias. La izquierda no puede ser, pues, la búsqueda de seguridad, la posesión de verdades absolutas y la conciencia tranquila, sino el inconformismo, la capacidad crítica, la aceptación del riesgo, el gusto por el cambio, la heterodoxia, la disidencia, la iniciativa innovadora, la creatividad.

Este artículo se basa en la ponencia presentada por el autor en la «I Conferencia de Hombres y Mujeres de Izquierda», celebrada en Barcelona en febrero de 1986.

LETRA

INTERNACIONAL

NUMERO 3 (OTOÑO 1986)

Carlos Piera: Estados/cultura/Unidos.

Tom Engelhardt: La televisión y los niños.

Klaus Haefner: El reto de la informática.

Fernando Savater: Nuestro tiempo y el otro.

Miguel Martínez-Lage: El caleidoscopio de la identidad: Viernes y Robinson.

Martin Filler: La construcción y la nada. Miel van der Rohe.

Alberto Ruy Sánchez: Melancolía de la verdad: Gide regresa de Rusia.

Rossana Rossanda: Rosa L.

Danilo Kis: Simón El Mago.

Gianni Vattimo: El futuro pasado.

Vittorio Strada: El futuro del futuro.

Horst Bienek: El ciego en la biblioteca. Jorge Luis Borges.

Eduardo Goligorsky: Cortázar y la política.

André Gorz: El que no trabaje comerá.

Ralf Dahrendorf: El nuevo sub-proletariado.

Max Frisch: Excepto la amistad.

Anthony Burgess: El lenguaje bajo el disfraz de la literatura.

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 2.º - 28010-Madrid.

LOS INTELLECTUALES Y LA DEMOCRACIA

José Joaquín Brunner

análisis y debate



3

Este es un ensayo de problematización. Se pregunta, desde varios ángulos, cuál es la posición y el papel que los intelectuales desempeñan en la democracia. ¿Pueden ellos sentir pasión o tener un interés en la democracia? No nos preocupa tanto la respuesta como los argumentos sociológicos que iluminan, así lo creemos, su dificultad. Por eso no hay aquí, casi, mención a los discursos que los intelectuales enuncian sobre la democracia. En cambio, nos interrogamos sobre las paradojas y tensiones que envuelven al intelectual y que condicionan sus comportamientos y, seguramente, su pensamiento. Hay una larga tradición en el análisis social que ha procedido de forma similar. Nosotros hemos optado por apoyarnos en Tocqueville para reconstruir los principales argumentos de esa tradición y para ampliar, desde allí, el horizonte crítico trazando al mismo tiempo la evolución experimentada por el cuerpo intelectual en sociedades y sistemas políticos diversos. Tomando pie en este contexto nos preguntamos por los nuevos fenómenos que determinan la posición del intelectual en la de-

mocracia contemporánea: la emergencia de la cultura de masas; la acreditación educacional como base de una nueva clase intelectual; el poder del conocimiento; las demandas de la acción política; el fenómeno de la masificación de las posiciones intelectuales en la sociedad; las prerrogativas estamentales y las tareas de construcción hegemónica en un sistema de competencia partidaria. Concluimos con unas pocas reflexiones sobre el intelectual ante un posible tránsito del autoritarismo a la democracia: ¿qué puede esperarse en esa situación y a quién corresponderá decir la última palabra?

Uno de los primeros y más agudos analistas de la posición que los intelectuales ocupan en la democracia fue seguramente Tocqueville. Sus observaciones se refieren, es cierto, a los *legistas*, «hombres que han hecho un estudio especial de las leyes» y que forman «la clase política superior y la parte más intelectual de la sociedad». Tocqueville distingue a este grupo, que hoy se llamaría una *élite*, de los nobles, de los literatos y de los ricos, y lo ubica frente al pueblo, la multitud. Mas, según veremos de inmediato, su análisis puede servirnos como punto de entrada para caracterizar la posición, en general, de los intelectuales en la democracia ¹.

- Son hombres, nos dice, que han realizado «estudios especiales»; que controlan «conocimientos especiales»; son «los maestros de una ciencia necesaria, cuyo conocimiento no está difundido». Se parecen en cierto modo a los sacerdotes de Egipto; como ellos, son los únicos intérpretes de «una ciencia oculta».
- Integran «una especie de clase privilegiada entre las más cultivadas». Además, «forman naturalmente un cuerpo. No es que se entiendan entre sí y se dirijan de consuno hacia un mismo punto, pero la unidad de estudios y la unidad de métodos ligan los espíritus unos a otros, como el interés podría unir la voluntad».
- «Inclinados por sus gustos hacia la aristocracia y el príncipe, lo están también naturalmente hacia el pueblo por interés». Con los de arriba comparten «una inclinación instintiva hacia el orden y un amor natural por las formas»; con los de abajo, un común origen social, siendo «los únicos hombres ilustrados y hábiles que el pueblo puede escoger fuera de él».
- Aparecen incorporados «en todos los movimientos de la sociedad política». «Unas veces sirvieron de instrumento de los poderes políticos y otras tomaron a esos poderes como su instrumento». Con todo, hay que precaverse «de tomar a miembros aislados del cuerpo por el cuerpo mismo».
- Cuando no logran alcanzar «en el mundo político el mismo rango que ocupan en la vida privada» es seguro que se inclinarán a ser «agentes muy activos de la revolución». En cambio, en una sociedad donde «ocupan sin disputa la posición elevada que les corresponde naturalmente, su espíritu será eminentemente conservador y se mostrarán antidemocráticos».
- Lo anterior no significa, sin embargo, que los intelectuales actúen en la sociedad política continuamente como cuerpo. Por el contrario, lo que domina en ellos, «como en todos los hombres, es el interés particular y sobre todo el interés del momento».

- Por fin, el poder de los intelectuales sería uno «al que se teme poco, que apenas se percibe, que no tiene bandera propia, que se pliega con flexibilidad a las exigencias del tiempo y que se deja llevar sin resistencia por todos los movimientos del cuerpo social; pero envuelve a la sociedad entera, penetra en cada una de las clases que la componen, la trabaja en secreto, obra sin cesar sobre ella sin que se percate y acaba por modelarla según sus deseos».

De estos rasgos que Tocqueville atribuye a los legistas —y que hemos seleccionado como atributos generales de la posición de los intelectuales— se derivan las tensiones que caracterizan su relación con la democracia. Podemos expresar esas tensiones bajo la forma de siete sucesivas paradojas e ilustrarlas con el testimonio de la experiencia y de la literatura especializada.

1. *La paradoja de la cultura de masas*

El reclutamiento de los dirigentes en una sociedad organizada democráticamente tiene lugar mediante el sufragio popular. Idealmente, la esfera política democrática es representativa. En efecto, «la expresión democracia representativa significa, genéricamente, que las deliberaciones que afectan a toda la comunidad son tomadas no directamente por aquéllos que forman parte de la misma, sino por personas elegidas para tal propósito. Y punto ²». Los intelectuales, sin embargo, son por definición un grupo que interviene, o esgrime la pretensión de hacerlo, en esa deliberación pública aunque sus miembros carecen, en principio, de legitimidad representativa. En cambio, su poder para hacerlo se funda en el control sobre «conocimientos especiales». Detentan el monopolio sobre una ciencia necesaria (y oculta): la producción de ideologías, entendidas aquí como proyectos públicos y competitivos de transformación de la sociedad, proyectos cuyos enunciados de diagnóstico, metas y medios pueden ser sometidos (idealmente) a deliberación racional ³. Los intelectuales aparecen así como los productores directos de la esfera ideológica; los creadores de determinados productos simbólicos cuya circulación es imprescindible para la configuración de la política democrática. Incluso, ellos reclamarán para sí, por este concepto, el reconocimiento como sujetos que racionalizan la política. Indiferentemente de su adscripción en la contienda política, los intelectuales se ven por eso a sí mismos (y frecuentemente son reconocidos como tales) como «educadores de las masas»; agentes de una conciencia estructurada (en términos de proyectos) que las clases y grupos sociales no pueden alcanzar por sí solas. De allí, como observa Tocqueville, que nuestros modernos legistas, los intelectuales, quieran «el gobierno de la democracia, pero sin compartir sus inclinaciones y sin imitar sus debilidades, doble causa para ser poderoso por ella y sobre ella».

En ningún punto se expresa mejor esta tensión, esta verdadera paradoja, que en la crítica de los intelectuales a la *cultura de masas*. El *demos* invocado por los intelectuales está siempre más acá o más allá de su específica expresión cultural. O se refiere a un pueblo incontaminado por la industria cultural, por la educación y la modernidad, o se dirige a un pueblo místico, materialización de los propios sueños del intelectual. O representa el pasado con sus tradiciones nobles, el pueblo de la tierra y la sangre con sus valores heroicos, o se proyecta al futuro, como encarnación de un ideal emancipado de las cadenas del presente. Por igual, en ambos casos, «el interlocutor imaginario de los discursos de los

intelectuales»⁴, o sea el pueblo, aparece desprovisto de su cultura actuante, aquella que a través de la masificación de sus contenidos y símbolos ha llegado a ser la verdadera «cultura popular» en la democracia.

En la línea de los críticos de Frankfurt, el intelectual moderno rechaza en la cultura de masas su «vulgaridad», su comercialización, su carácter banal y repetitivo, su ausencia de contenidos éticos y trascendentes, su escaso compromiso con la política de ideas e ideales. Se trataría, en breve, de una «cultura manipulada y manipulable» que vuelve al ciudadano un receptor pasivo, sujeto a la influencia de los poderes fácticos.

La erosión primero y después el colapso de la noción liberal de *opinión pública* serían el producto final de esta transformación de la cultura refinada en cultura de masas⁵. Como ésta, sin embargo, «nace en el momento en que la presencia de las masas en la vida social se convierte en el fenómeno más evidente de un contexto histórico, la cultura de masas no es signo de una aberración transitoria y limitada, sino que llega a constituir el signo de una caída irreparable, ante la cual el hombre de cultura (...) no puede más que expresarse en términos de apocalipsis»⁶.

Lo que ocurre, en realidad, es que esta profunda, inconfesada incomodidad de los intelectuales con la cultura de masas se transforma por necesidad en una desconfianza hacia la democracia. Pues si las preferencias culturales de la multitud, del pueblo, son «manipuladas» o «manipulables», si ellas sólo reflejan los dictados de los poderes que las crean artificialmente, entonces no cabe esperar otra cosa de las preferencias políticas formadas bajo condiciones semejantes. La política de masas carece así, ante el intelectual, de autenticidad. No llega jamás a levantarse por encima de los intereses o aspiraciones más inmediatos y groseros de los grupos populares; y éstos sólo aspiran a metas que, en valoración del intelectual, son irracionales. Como dice el propio Tocqueville, anticipando a los pensadores neoconservadores, es frecuente que el pueblo «se deje embriagar por sus pasiones o se entregue al descarrío de sus ideas»; «a su amor por la novedad»; «a la inmensidad de sus designios»; «a su desprecio por las reglas... y a su arrebató».

No piensa demasiado distinto el intelectual revolucionario. Lenin, en un conocido pasaje de sus obras, escribe: «La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia *tradeunionista*, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patrones, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas, elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales»⁷.

Los intelectuales aparecen, entonces, como los portadores externos de la conciencia y de los discursos que, según se mire, pueden moderar a las masas o armarlas teóricamente para emprender la revolución. Sin sus educadores, las masas están perdidas. O se desbordan en el movimiento de sus pasiones o se quedan limitadas por su *tradeunionismo*. O se vuelven espontáneamente revolucionarias, dice el conservador, o espontáneamente terminan siendo conservadoras, piensa el revolucionario.

La cultura de masas, tal como ella se ha constituido modernamente —por intervención de la industria cultural, de la acción persuasiva de los partidos, de la difusión de la educación y de los bienes culturales— constituye, por tanto, un problema casi irresoluble para el intelectual que piensa su propio papel en la democracia. ¿Cómo explicar esta paradójica situación? En parte, lo veremos enseguida, ella es producto de la posición que el intelectual ocupa en la sociedad.

2. *La paradoja de una posición flotante*

Los intelectuales forman una categoría social privilegiada. Son un sector difícil de clasificar, incluso si se procede como Tocqueville a ubicarlo entre las masas más cultivadas. De allí la denominación de *freischwebend* («libremente flotante») con que Alfred Weber y Mannheim califican a este sector. Habitualmente se terminará, por lo mismo, definiéndolo por sus componentes (variables según la época y la sociedad).

Así, por ejemplo, Lowy, desde una perspectiva marxista, dirá que comprende «grupos como los escritores, artistas, poetas, filósofos, sabios investigadores, publicistas, teólogos, algunos tipos de profesionales y de estudiantes, etcétera», cada vez que ellos operan como «creadores de productos ideológico-culturales». Forman la categoría social «más alejada del proceso de producción material» y deben, por tanto, ser definidos «por su relación con instancias extraeconómicas de la estructura social»⁸.

Desde un punto de vista por completo distinto, que llama de diferenciación funcional, Schelsky arriba a un cuadro, sin embargo, parecido de los componentes del grupo intelectual. Distingue por esta vía siete segmentos diferenciados: los especialistas técnico-organizacionales del Estado, la economía y la gestión en general; los productores de valores espirituales independientes, como artistas, dramaturgos, literatos, filósofos; la *intelligentsia* crítica que se apoya en las ciencias sociales; los analíticos de la coyuntura, «futurólogos» y planificadores; la *intelligentsia* ocupada en la enseñanza, en la comunicación, y en la «administración de los bienes de la salvación»⁹.

Si nos restringimos a los intelectuales que intervienen creadoramente en la producción y transmisión de ideologías, podemos configurar un específico segmento de la categoría social más inclusiva cuyo privilegio consiste, precisamente, en que goza de oportunidades desiguales de acceso a la determinación de los fines y las orientaciones de la política. Allí reside su poder, que es competitivo y ha llegado a ser superior al que poseen los ciudadanos para incidir en la decisión de esos fines y orientaciones. El intelectual aparece en este contexto, alternativamente, como un «manipulador» de la opinión pública o, por el contrario, como alguien que por sí solo o a través de los medios, los partidos y otras instituciones la modela, actúa sobre ella, la trabaja sin cesar y acaba por organizarla según propuestas y proyectos ideológicos de acción.

La democracia resulta ser entonces no sólo «un sistema selectivo de minorías competidoras elegidas»¹⁰, sino un sistema donde este grupo-no-competidor, el de los intelectuales, está en condiciones de incidir sobre los términos en que se libra la competencia y, por esa vía, de influir sobre los resultados de la selección.

La autoridad de que se hallan revestidos los intelectuales por este concepto ha sido, desde la revolución francesa, un objeto de polémicas en el propio campo

intelectual. Burke, por ejemplo, fustigó al hombre político de letras quien, en su afán por distinguirse, rara vez es contrario a la innovación. Los intelectuales, escribió, «pretenden un gran celo por los pobres y los estratos bajos, mientras que mediante sus sátiras vuelven odiosas, recurriendo a cualquier exageración, las faltas de la corte, de la nobleza y del sacerdocio. Llegan así a ser una suerte de demagogos»¹¹. Tocqueville, en su estudio sobre el antiguo régimen y la revolución elabora todavía más el tema y proporciona lo que con el tiempo se convertirá en la matriz de la crítica conservadora a los intelectuales: por su propia condición, escribe, se hallan predispuestos «en favor de las teorías generales y abstractas en materia de gobierno»; «viviendo como vivían tan alejados de la práctica, agrega, ninguna experiencia podía entibiar su ardor natural»; destaca en ellos la «afición a las teorías generales, a los sistemas completos de legislación y a la exacta simetría en las leyes»; observa su «desprecio por los hechos existentes» y, otra vez, su «confianza en la teoría»; describe su «afán de originalidad, ingenio y novedad en las instituciones» junto al «deseo de rehacer de una vez toda la organización estatal conforme a las reglas de la lógica y según un plan único, en lugar de tratar de corregirla por partes». Y termina exclamando: «¡Terrible espectáculo!, pues lo que es cualidad en el escritor puede ser vicio en el hombre de Estado, y las mismas cosas que han dado origen a excelentes libros pueden conducir a grandes revoluciones»¹².

La crítica conservadora sostiene, en consecuencia, que el intelectual flota libremente sobre la realidad y la desconoce, absorbido como se encuentra en sus teorías y especulaciones; en vez de pensar los problemas concretos en su complejidad, los disuelve mediante palabras y discursos presentando al pueblo una imagen utópica de la sociedad posible. «Por encima de la sociedad real», escribe Tocqueville, edifica una sociedad imaginaria en la que todo parece «sencillo y coordinado, uniforme, equitativo y razonable»¹³.

Por detrás de esta crítica hay otra: que el intelectual se arroga, y en ciertas condiciones logra, la dirección de la opinión pública.

El intelectual revolucionario reclama, en cambio, para sí este rol y no vacila en proclamarlo: «Los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, escribe Lenin, pertenecían por su posición social a los intelectuales burgueses. De igual modo, prosigue, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente del ascenso espontáneo del movimiento obrero; ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas»¹⁴. Lo mismo había escrito Kautsky antes: la conciencia socialista moderna puede surgir únicamente de profundos conocimientos científicos. Y el portador de la ciencia no es el proletariado, menos las diversas capas del pueblo pobre, «sino la intelectualidad burguesa: es del cerebro de algunos miembros de esa capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido...»¹⁵.

Desde ambos costados —una vez como crítica, la otra como reconocimiento— el intelectual aparece entonces como un especialista en ideologías que, provisto de esa ciencia, busca influir sobre las preferencias políticas de las masas, ya bien para exaltarlas en prosecución de una utopía inalcanzable, ya para orientarlas científicamente de acuerdo a intereses que el propio pueblo no es capaz de descubrir por sí solo, espontáneamente.

En el medio, la deliberación democrática queda limitada nada más que a una lucha entre grupos intelectuales adversarios por el control de los recursos que permiten influir, modelar y organizar la opinión pública.

Llegados a este punto debemos preguntarnos si acaso no estamos exagerando el papel del intelectual; es decir, si acaso no hemos caído nosotros también bajo el influjo, algo narcisista, del intelectual que se piensa a sí mismo como el centro de los acontecimientos y el eje de la historia.

3. *La paradoja del capital cultural*

Vimos ya que su posición en la sociedad otorga al intelectual un grado relativamente grande de independencia. Pero es su formación, en cambio, la que le permite afirmar con creciente éxito su autonomía profesional a partir de la cual desarrolla, enseguida, su influencia ideológica.

Como ya había observado Tocqueville, los legistas, situados debajo de la aristocracia «por su riqueza y por su poder, son (sin embargo) independientes en razón de sus trabajos, y se sienten a su nivel por sus luces». En efecto, cuanto más dependen los intelectuales para su reproducción como categoría social del sistema educacional y de la apropiación de los certificados educacionales, en tanto mayor grado podrán reclamar su autonomía y presentarse ante la sociedad exclusivamente como portadores de «conocimientos especiales»; en verdad, como habiendo abrazado la profesión de la razón. Por otro lado, y en la misma medida que el cuerpo de intelectuales se extiende vigorosamente, hasta llegar a formar lo que algunos han empezado a llamar una «nueva clase», el profesionalismo les sirve para instalarse silenciosamente «como el paradigma de la autoridad virtuosa y legítima, que actúa con habilidad técnica y dedicada preocupación en pro del conjunto de la sociedad»¹⁶.

Esta nueva forma de autoridad, fundada en el control por unos pocos sobre una esfera autónoma de conocimientos cuyo acceso se encuentra regulado por vía de la educación, genera a la democracia una específica tensión. Aumenta la distancia entre gobernantes y gobernados; desvaloriza el principio de la soberanía popular y entrega crecientemente el poder a manos de los expertos, los técnicos. Los intelectuales, como cuerpo, se encuentran comprometidos en ese silencioso desplazamiento desde una a otra forma de autoridad; desde un modo a otro de legitimar esa autoridad. En efecto, según observa Tocqueville a propósito de los legistas, y lo mismo se aplica a toda nuestra categoría de intelectuales, ellos «no quieren derribar el gobierno que se dio la democracia, pero se esfuerzan sin cesar en dirigirlo siguiendo una tendencia que no es la suya, y por medios que le son extraños».

Podría decirse, en este contexto, que el intelectual se halla descentrado respecto a las clases y los conflictos fundamentales que se encuentran en la base de cualquier sociedad, pero que, en cambio, se halla centrado en relación al poder. Su autonomía lo pone en disposición, casi le convierte en un mecanismo, de generación de formas siempre renovadas de dominación. Es, por excelencia, el procurador de la legitimidad de la dominación. Facilita a ésta su consagración por las ideas, por los valores, por la técnica y por los modelos que encierran la promesa del futuro. A cambio, el intelectual exige la cercanía del poder, los privilegios de la dominación, el acceso a los medios para crear, celebrar y

compartir el poder. De allí que exista, como observa Tocqueville, «infinitamente más afinidad» entre los intelectuales «y el poder ejecutivo, que entre ellos y el pueblo, aunque (...) hayan a menudo ayudado a derribar el poder». Y agrega en otra parte: siempre que la clase dominante (en su caso, los nobles) «han querido compartir con los legistas (en nuestro caso, los intelectuales) algunos de sus privilegios, esas dos clases hallaron para unirse grandes facilidades y se encontraron por así decirlo como siendo de la misma familia».

En ningún otro lugar como en las sociedades del llamado «socialismo real» puede percibirse más claramente esta afinidad entre los intelectuales y el poder; al punto que es probablemente sólo en estas sociedades donde surge, de hecho, una «nueva clase» intelectual ¹⁷.

Los socialismos reales son sistemas burocráticos de redistribución racional en que se opera una fusión ideológica de todas las esferas de la sociedad —economía, política, cultura— y una diferenciación funcional de actividades y jerarquías. Garante de la fusión ideológica (que se expresa en un modo total de socialización y resocialización de la población) y de la coordinación de los diversos segmentos burocráticos (desde el plan hasta el control minucioso de la fábrica, la escuela, el ejército, etc.) es el partido, que encarna la más alta expresión de *ethos burocrático*. El partido, a su vez, es la organización (masiva) de los intelectuales (y de reclutamiento de los *cuadros* de las demás clases y grupos de la sociedad). El intelectual, en cuanto poseedor de conocimientos especiales certificados (y provisto además de un certificado que acredite su propia lealtad ideológica), es pues el funcionario llamado a hacerse cargo de las operaciones superiores y centrales de la redistribución racional. «Su conocimiento le sirve como una suerte de medio burocrático de intercambio» ¹⁸; es el capital, por tanto, que está en la base de la «nueva clase» y el fundamento sobre el cual ella logra monopolizar, igual como hizo antaño el estamento de los *litarati* chinos, el derecho a las prebendas oficiales ¹⁹.

4. *La paradoja de la intervención política*

Esta propensión, por llamarla de alguna forma, del intelectual hacia el poder —hacia la visibilidad y las oportunidades privilegiadas de comunicación e influencia— lo envuelven en situaciones de democracia, inescapablemente, en «todos los movimientos de la sociedad política». Dicho en términos contemporáneos, el intelectual interviene como un actor privilegiado en el campo político al cual accede, según vimos, en términos de una legitimidad no-democrática, esgrimiendo el control relativamente monopólico que ejerce sobre la argumentación de la «oferta política». Pues esta última comprende no sólo las decisiones de autoridad y la producción de ciertos bienes tangibles sino, asimismo, la provisión de programas, análisis, comentarios, conceptos, información, delimitación de los asuntos que entran en la agenda política, persuasiones, estímulos emotivos, etc.; es decir, una continua producción de símbolos que sirven la función «de constituir, preservar, reforzar las identidades colectivas que aparecen sobre la escena política bajo sus múltiples formas (grupos, partidos, movimientos, asociaciones, estados, etc.)» ²⁰. En la medida que esas identidades se construyen y reproducen, al menos en parte, sobre la base de elementos cognitivos, o sea, en torno a un eje o proyecto ideológico, en esa misma medida los intelectuales ocupan una posición central en el campo polí-

tico. A diferencia del político, sin embargo, el intelectual no está sometido al control por el voto ni tiene por qué preocuparse de inspirar confianza, establecer lealtades o anticipar en su discurso las preferencias del electorado. Su radio de acción es, en este sentido, más restringido. Actúa frente a un público especializado —los propios políticos habitualmente, los profesionales del partido y sus departamentos especializados— proponiéndole los argumentos para una «oferta». Fundamenta ésta no en nombre o en función de preferencias electorales (incluso puede desecharlas como «alienadas», «manipuladas», etc.) sino a partir de «conocimientos especiales», de su maestría en la ciencia de la producción de ideologías, de su dominio de doctrinas y discursos esotéricos. Por tanto, a diferencia de cualquier otro intelectual involucrado en una empresa científica, busca aceptación para sus enunciados (y a veces la obtiene) fuera del círculo «natural» de sus pares; establece pues una relación asimétrica con el político en el propio campo de éste, eludiendo, por un lado, el control crítico de sus iguales y, por el otro, protegiéndose de la crítica propiamente política mediante el recurso desigual a su posición como intelectual.

Al intervenir de esta manera en la política, el intelectual no lo hace, con todo, sin riesgos. La experiencia latinoamericana de las últimas dos décadas lo prueba, a veces hasta límites aberrantes. Pero, además, en su camino hacia la política y en su deseo de aproximarse al poder, el intelectual puede perder, por el camino, su propia identidad. Refiriéndose retrospectivamente a los años 1960 y comienzos de los 70 en Argentina, una intelectual ha escrito recientemente: «Nos habitaba una certidumbre, que puede reconstruirse más o menos así: si ése era el momento de la política, si las dimensiones políticas debían justamente hegemonizar las otras dimensiones de prácticas y discursos, (entonces) la legitimidad del mundo de los intelectuales dependía de una fuente exterior. La política se convirtió en criterio de verdad y aseguró un fundamento único a todas las prácticas»²¹.

Al final del camino, el intelectual se encontraba desprovisto, pues, del arma de la crítica y se comprometía, sin competencias para ello, en la crítica de las armas. Un segmento de ellos, incluso, se volverían «profetas armados»; otros, en cambio, terminarían subordinados a sus partidos, sometidos al chantaje moral de la acción, a la presión de las tácticas, del compromiso o de la «proletarización» de su oficio para ganarse el acceso al cielo de los justos.

¿Pero es correcto pensar ahora, desde la derrota de tantos ideales e ilusiones, que todo fue un error o un mortal malentendido? ¿Qué mueve a los intelectuales a participar en la política? ¿Acaso sólo buscan incidir sobre el poder o actúan, en cambio, únicamente por determinaciones ideales, de acuerdo a valores y en la persecución de ideales superiores?

5. La paradoja de la masificación intelectual

Según Tocqueville, la adscripción de los intelectuales a diversas clases y partidos tiene que ver no tanto con su origen social o educación sino, principalmente, con consideraciones del interés particular y, sobre todo, del interés del momento. Así, por ejemplo, sostiene que cuando la discrepancia entre su status privado y el reconocimiento público es demasiado fuerte tenderán a volverse contra las estructuras o instituciones que les niegan el prestigio que creen merecer. A propósito de la participación de los legistas en el derrocamiento de

la monarquía francesa en 1789 se pregunta entonces si acaso «obraron así porque habían estudiado las leyes o porque no podían contribuir a hacerlas».

Anticipándose incluso a algunas de las teorías más recientes sobre la lógica de los conflictos en el campo intelectual, Tocqueville descubre en la lucha por las posiciones disponibles en ese campo el aliciente que empuja a los que pretenden esas posiciones contra aquellos que las detentan. Y enuncia a este propósito la siguiente ley perfectamente bourdiana ²²: «un cuerpo selecto no puede alcanzar nunca todas las ambiciones que encierra. Se encuentran en él más talentos y pasiones que empleos, y no se deja de encontrar un gran número de hombres que, no pudiendo subir bastante aprisa sirviéndose de los privilegios del cuerpo, tratan de hacerlo atacando esos privilegios».

Es un hecho que la nueva clase intelectual ha sido exitosa en multiplicar casi indefinidamente las posiciones que le permiten desplegar «todas las ambiciones que encierra». Más todavía: por un largo período de tiempo, su meta de socavar los privilegios culturales fundados en la posición social y el capital —la etapa de crítica a la cultura aristocrática y la cultura burguesa— puso a los intelectuales en consonancia con el ideal democrático y fundió sus propios intereses con el interés del pueblo. Según anotaba Tocqueville, se producía así una confluencia de objetivos. Pues «el pueblo», en la democracia, no desconfía de los legistas, porque sabe que su interés está en servir su causa».

En el presente la cuestión aparece de otra forma. Hay ahora, tras la fase de expansión de la matrícula de la enseñanza superior y de la difusión de las credenciales educacionales, «más talentos y pasiones que empleos». Los intelectuales, aunque sólo unos pocos estén dispuestos a reconocerlo, luchan menos por subvertir una cultura que les garantiza su *distinción* que por preservar las posiciones que ocupan en el campo intelectual, amenazadas desde dentro por un «proletariado ascendente» —habitualmente joven y agresivo— y desde fuera por instituciones y medios de comunicación que controlan porciones cada vez mayores de la opinión pública y de la producción de ideologías ligeras, de bajo perfil, pero poderosas y abarcentes.

Para decirlo de una vez y brutalmente: la «cultura burguesa» ha dejado de ser un objeto de crítica y, en la misma medida que se ha transformado en *cultura adversaria*, se ha vuelto el lugar común de encuentro entre los intelectuales. Estos han triunfado, pues, en su pretensión de separar la cultura de la economía y las clases, liberándola de sus ataduras tradicionales de rango, hacienda y religión, para descubrir al fin del camino que, en el proceso de construcción de la modernidad, habían igualmente separado esa cultura de los intereses, las motivaciones, las percepciones e incluso del lenguaje y de los modelos cognitivos de la gran masa del pueblo.

La confluencia histórica de intereses intelectuales críticos y de demandas populares de emancipación ha cesado de existir. La democracia ha dejado de ser, para los intelectuales, una ideología a partir de la cual podían definir espontáneamente sus alianzas en la sociedad y, simultáneamente, atacar a los tradicionales ocupantes de las posiciones centrales del campo intelectual.

Por el contrario, la democracia ha difundido los medios de acceso a ese campo y ha desplazado el balance entre ideologías «pesadas» y «livianas», de «producción» y de «consumo», desde el campo intelectual hacia la industria

cultural. Dicho en otros términos: los difusores del pensamiento se han disociado de los productores y determinan ya no sólo el volumen de la producción sino, en gran medida, su propia naturaleza ²³. Los circuitos culturales de masas, organizados por los medios y en primer lugar por la televisión, levantan frente a los intelectuales un universo alternativo de circulación de las ideologías, obligándolos a adaptarse o volverse periféricos.

En suma, para los intelectuales la democracia ha significado una pérdida objetiva de su status, un desplazamiento del valor de sus productos y una lucha más o menos encarnizada por las posiciones del campo intelectual.

De allí, probablemente, que nuestros intelectuales se encuentren tan apasionadamente interesados en definir su propia identidad.

6. *La paradoja de la situación estamental*

Es cierto que, al igual que los legistas, los intelectuales no actúan en todo momento como cuerpo. Pero la mayor parte del tiempo lo hacen como miembros de su categoría y, por tanto, a la mayor gloria propia.

En efecto, el cuerpo de intelectuales que nos interesa forma típicamente un estamento ²⁴; esto es, un conjunto de hombres —rara vez de hombres y mujeres— que en su asociación reclama de modo efectivo una consideración social exclusiva (honor) y el reconocimiento del monopolio que ejerce sobre la creación y transmisión especializada de ideologías (pesadas).

Todo grupo estamental es, como señala Max Weber, convencional; ordenado «por reglas del tono de vida». En el caso de los intelectuales, dichas convenciones tienen su base en un tipo y estilo de educación (superior) común, y se expresan en una comunidad del discurso —una cultura común del discurso— que posee su propio circuito interior de comunicación, reglas aceptadas de enunciación, ceremoniales y ritos de incorporación, formas típicas de consumo (simbólico), tradiciones estamentales y mecanismos institucionales para su producción y reproducción. Ser intelectual es, en gran medida, un modo de aparecer como tal, provisto de los signos externos necesarios, en los lugares que importan ²⁵.

De otro lado, toda pretensión estamental reconocida es un modo de asegurarse, como Tocqueville observaba ya a propósito de los legistas, «un rango aparte en la sociedad».

Es, por tanto, un movimiento contra el principio democrático que postula lo que alguien llamó «igualdad de valoración»; esto es, una «relación intersubjetiva entre personas que no se consideran situadas en ninguna escala de rango o clase que pudiera justificar un reconocimiento desigual» ²⁶.

El intelectual, por el contrario, aspira y obtiene frecuentemente ese reconocimiento estamental y lo hace valer, incluso en la esfera política democrática, como una carta especial de ciudadanía. De hecho, su participación política —el estilo característico de ella— se basa justamente en sus prerrogativas estamentales. Schumpeter expresa esta situación mediante una lograda paradoja: «Los intelectuales, escribe, rara vez entran en la política profesional y más rara

vez todavía llegan a ocupar puestos de responsabilidad. Pero forman los estados mayores de los *bureaus* políticos, escriben los panfletos y discursos de partido, actúan como secretarios y asesores, crean la reputación periodística del político individual que, aunque no es todo, pocos hombres pueden permitirse el lujo de prescindir de ella»²⁷.

La ambigüedad de esta posición se refleja, habitualmente, por las tensiones que se generan entre intelectuales y políticos; entre aquéllos y los aparatos que dicen servir como instrumentos pero de los cuales a veces se sirven como de un instrumento propio.

En partidos altamente burocratizados y estructurados en torno a una doctrina, el intelectual terminará por eso mismo, casi siempre, de portavoz y defensor de la ortodoxia o se verá envuelto, a poco andar, en querellas donde invoca su libertad de crítica y su derecho a pensar, el cual si es ejercicio sin pausa puede llevarlo, sin embargo, a los abismos de la duda y eventualmente a la renuncia o a la exclusión.

Escuchemos a Edgar Morin recordando cómo, hacia fines de los años 40, imaginaba la posibilidad de abandonar su partido, el Partido Comunista de Francia: «El super-ego del partido, escribe, se había enraizado profundamente en mi conciencia o, si se prefiere, en mi subconsciente. Ese Sobre-Mí me repetía que la calidad de comunista depende de su afiliación al partido comunista. (...) Ciertamente, yo no hacía parte de esos intelectuales que se imaginan descubrir las voluptuosidades de la praxis pegando carteles y vendiendo *l'Humanité* el domingo, pero estimaba que fuera del partido era el inmovilismo. (...) También me asustaba la idea no tanto de perder a mis amigos, los cuales se encontraban ya en su gran mayoría al margen o fuera del partido, sino de perder el cálido arropamiento de los camaradas, el sésamo maravilloso que consiste en el “es un amigo”, “soy un amigo”, que, fuera donde fuera, abre las puertas de la confianza y de la fraternidad»²⁸.

El partido con sus camaradas, con sus verdades, con su pretensión de monopolizar la acción históricamente eficaz; el estamento intelectual con sus amigos, con sus dudas, con su pretensión de influir y de mantener la lucidez en medio de una historia que parece siempre marchar a pasos agigantados hacia el madero. (No escapo a la tentación de citar de nuevo a Morin, cuando finalmente rompe con su partido. «Así pues, en cierto sentido, declara, vuelvo hoy al relativismo inicial de mis catorce años, (...) vuelvo a algo aún más visceral y que, sin embargo, es el colofón de una peregrinación que duró veinte años: la contradicción. Y así se desprenden, partiendo de mis antiguos magnetismos, nuevas líneas de fuerza: revisionismo ilimitado, crítica ilimitada, relatividad ilimitada, contradicción ilimitada») ²⁹.

El carácter estamental de los intelectuales tiene seguramente su modelo más antiguo en la organización de los *literati* chinos; sociedad en la cual, como señala Weber, «lo que determina el rango social (...) es, mucho más que la propiedad, la cualificación oficial establecida por la educación, y en particular por los exámenes»³⁰. A las oportunidades sociales preferenciales, el estamento de los intelectuales ha agregado contemporáneamente un conjunto de oportunidades *políticas* preferenciales. De allí que suela llamársele el estamento de los «nuevos mandarines»³¹.

En una sociedad democrática, por el contrario, se espera a veces que los intelectuales actúen como sujetos independientes, imbuidos de una ética de valores

absolutos. Chomsky, entre otros, ha abogado por esta causa. «Los intelectuales, sostiene, se hallan en situación de denunciar las mentiras de los gobiernos, de analizar las acciones según sus causas y sus motivos y, a menudo, según sus intenciones ocultas. Al menos en el mundo occidental, tienen el poder que se deriva de la libertad política, del acceso a la información y de la libertad de expresión. A esa minoría privilegiada la democracia occidental le proporciona el tiempo, los medios y la formación que permiten ver la verdad oculta tras el velo de deformación y desfiguración, de ideología e interés de clase a través del cual se nos presenta la historia contemporánea»³². Sin embargo, como muestra el propio Chomsky a través de su análisis del comportamiento de muchos intelectuales durante la guerra de Vietnam, no es para nada extraño que ellos mientan en beneficio del «interés nacional»; que muestren una «absoluta falta de preocupación por la verdad»; que actúen con un «cinismo colosal o una incapacidad a una escala que supera todo comentario». ¿Dónde reside la causa de esta traición de los intelectuales independientes? Según Chomsky, la causa es la sumisión al poder. El intelectual que tiene acceso al poder y la riqueza, dice, «construye una ideología que justifique esta situación» y puede predecirse que, a medida que el poder se haga más y más accesible, «las desigualdades de la sociedad se alejarán de su visión, el *statu quo* le parecerá menos defectuoso y la conservación del orden se convertirá en algo de trascendental importancia»³³ para él.

Desde un punto de vista inesperadamente convergente, algunos exponentes del pensamiento revolucionario han enfilado una crítica similar a los intelectuales que, por su posición, están en condiciones de erigirse en un estamento privilegiado aprovechando las oportunidades que crea la revolución. Bakunin, por ejemplo, preveía que de aplicarse la teoría de Marx, la revolución terminaría poniendo la sociedad «bajo el mando directo de los ingenieros del Estado, que constituirán un nuevo estamento científico-político privilegiado»³⁴. Rosa Luxemburgo, por su parte, escribía en 1904 que las ideas de Lenin «esclavizarían un movimiento obrero joven a una élite intelectual sedienta de poder (...) y lo convertirían en un autómatas manipulado por un Comité Central»³⁵.

Tan pronto, pues, los intelectuales se convierten en una categoría social que por su situación estamental puede beneficiarse de posibilidades de honor social y de influencia política, se ven inmediatamente puestos en la necesidad de producir *ideologías*, ahora en el sentido de racionalizaciones de su propio estilo de vida y de las condiciones de desigualdad que lo hacen posible. Las críticas contra este último tipo de ideologías, aquéllas que justifican o enmascaran privilegios inherentes al estamento, apuntan habitualmente en una misma dirección, sea cual fuere la posición desde la que se formulan. Esto es, que el poder contamina la capacidad de los intelectuales de hablar libremente, sometiéndolos a la razón del Estado, del partido o de los grupos sociales de los cuales depende su honor y el aprovechamiento de oportunidades preferenciales de influencia.

Pero, ¿cuál es específicamente el poder que atrae a los intelectuales en la democracia y cuál el papel que el intelectual juega en función de él?

7. *La paradoja de la hegemonía frustrada*

Parafraseando a Gramsci a propósito del último rasgo que Tocqueville atribuye a los legistas —su poder sutil al que se teme poco porque apenas se percibe, pero eficaz porque envuelve y penetra la sociedad entera— podemos decir que

el intelectual aparece habitualmente como un funcionario principal de la hegemonía. El se encarga de generar razones para el asentimiento (o el rechazo) a las situaciones de dominación existentes; su función consiste, por tanto, en proporcionar o en restar conformidad al sistema de legitimaciones prevaleciente.

En la democracia, el papel de los intelectuales como agentes de hegemonía resulta ambiguo, sin embargo. Puestos «en las primeras filas de todos los partidos» según observa Tocqueville, se ven envueltos en la pugna competitiva de los partidos —que es precisamente el mecanismo para generar legitimidad democrática— impulsando a una lucha de programas (ofertas), «con el resultado de que las expectativas de la población se elevan cada vez más. Ello podría generar un abismo insalvable entre el nivel de las pretensiones y el de los logros, que produciría desilusión en el electorado»³⁶. Lo cual significa que la integración social de acuerdo a ideologías se vuelve o puede volverse disfuncional en un punto respecto a la integración sistémica, que se halla limitada por la capacidad de «rendimientos» de las estructuras administrativas y económicas. Este tema ha sido recuperado recientemente por los neoconservadores bajo la forma de una crítica a la cultura adversaria de los intelectuales, semejante a la que había hecho hace ya 40 años Schumpeter. Se sostiene, en efecto, que los intelectuales habrían favorecido un «desacoplamiento» de la cultura respecto de la economía, dejando desprovista a ésta de las bases motivacionales y de los valores que aseguraban, hasta ayer, su rendimiento eficaz³⁷. De este modo, en vez de generar un racionalismo creciente de la esfera política —introduciendo cada vez mayores disposiciones a calcular beneficios y costos en el «mercado político», y de fomentar la adecuación de medios a fines—, el intelectual se vería compelido a incrementar las promesas de beneficios sin relacionar su obtención con los costos para el rendimiento del sistema socioeconómico, produciendo con ello un clima de hostilidad frente a éste o de frustración con la política. A diferencia de los legistas de Tocqueville, entonces, los intelectuales modernos no podrían jugar casi en la democracia un papel moderador, haciendo sentir al pueblo «un freno casi invisible que lo modera y lo detiene». En tanto se hallan embarcados en una «lucha de hegemonías» que se expresa competitivamente, ellos no pueden dejar de verse arrastrados por un proceso que les impide, precisamente, estabilizar el predominio de sus ideas y de las estructuras socioeconómicas que las reproduzcan permanentemente. Su proyecto racional de sociedad —que aspira a encarnarse en permanencia, irreversiblemente, haciendo que lo racional se vuelva real— se ve así desplazado continuamente por otros proyectos que levantan la misma pretensión de racionalidad pero con base en un diagnóstico, en formulaciones de metas, en selección de medios y en valores completamente distintos. La alternancia de dichos proyectos y del personal político que los promueve según las preferencias que se forman en el electorado es, por tanto, un momento anti-intelectual de la democracia que genera, como contrapartida, un momento anti-democrático entre quienes se han impuesto (y en estas condiciones no pueden lograr) penetrar en cada una de las clases que componen la sociedad y trabajarlas sin cesar hasta moldearlas según sus diseños.

O sea, los intelectuales no podrían cumplir, en la democracia, su rol fundamental, cual es proporcionar las ideas, la *concepción de mundo* según diría Gramsci³⁸, que establezca un sentido de orden, otorgue legitimidad al sistema de dominación y encauce a las masas hacia una participación activa en la economía, la cultura y la política conforme a las exigencias óptimas de su funcionamiento. Por el contrario, su destino sería actuar como agentes continuos de una «inflación ideológica»³⁹, favoreciendo reformas que no van acompañadas

por la necesaria acumulación productiva. Lo característico de la mentalidad del intelectual sería por eso, según De Jouvenel, «la preferencia por los déficits»⁴⁰.

Conclusión

¿Qué pensar, en suma, de la posición y función de los intelectuales en la democracia? Ya hemos visto que su papel es paradójal, sometido a tensiones y, muchas veces, contradictorio. Por eso mismo, seguramente, no ha sido difícil trazar las líneas de crítica que explotan, justamente, esas tensiones y contradicciones, mostrándolas a veces como una perversión subjetiva del intelectual y, a veces, como un desajuste objetivo de su posición en la sociedad.

Sobre todo entre los exponentes del pensamiento conservador se encuentra una larga tradición de crítica a los intelectuales. Ella arranca con la época de la revolución francesa y va desde Burke hasta los neoconservadores contemporáneos⁴¹. Tocqueville, a quien hemos usado en este trabajo como guía y como hilo rojo para orientarnos en el laberinto de esas críticas, se halla las más de las veces en diálogo con esa tradición, pero seguramente la supera en sutileza, en profundidad y en contemporaneidad.

Los exponentes del pensamiento revolucionario, incluso desde antes de la revolución rusa, se han movido, en cambio, más ambiguamente frente a la figura del intelectual. La reivindican y proclaman su necesidad, reconociendo en el intelectual al portador de la conciencia revolucionaria. Luego la convierten en parte de la burocracia victoriosa, exigiéndole, sobre todo, lealtad y sumisión a la razón del partido y el Estado. De allí que el «intelectual disidente» forme casi una categoría por sí solo que ha emergido de los dramas de la revolución; no de su fracaso sino, paradójicamente, de su éxito. El intelectual que formula en público su *autocrítica* o aquel que, como Morin, rompe con el partido, son otros dos resultados de esa ambigua historia de los intelectuales revolucionarios. La mayoría, sin embargo, ha devenido «nueva clase» en el poder; así como el intelectual en occidente va en camino, si hemos de creerle a algunos de los analistas, de transformarse en «nueva clase» mediante el control de procesos claves de la sociedad posindustrial.

¿Qué nos queda entonces en sociedades como la nuestra, donde el intelectual padece simultáneamente las tensiones de su posición junto a las arbitrariedades del autoritarismo y las esperanzas, por necesidad ambigua, según hemos visto, de la democracia? ¿Hacia dónde debe mirar si no desea convertirse en estatua de sal? Puede cerrar los ojos, es cierto, y marchar a tambor batiente hacia las promesas del futuro. Pero ya no podría hacerlo, seguramente, conservando la inocencia. Ni puede reclamar para sí las prerrogativas de la historia, como si ésta guardara al final un cielo nuevo y una nueva tierra. ¿Está condenado, por tanto, a la fragilidad del interés propio y, sobre todo, del interés del momento?

Sería ciego al no reconocer en sí mismo lo que cree descubrir en los otros: pasiones, oportunismo, racionalización de intereses, afán de poder, temor a la muerte, anhelo de gloria, estimación del Príncipe e inseguridad frente al status alcanzado. Pero no sólo de gratificaciones o de su negación vive el intelectual; también pretende hacerlo por la razón. Que se trata de un instrumento frágil y que los sueños que ella engendra pueden ser monstruos es casi algo banal si se contempla la historia, particularmente la que nos ha tocado compartir. Pero

igual como la historia no guarda promesas de redención, tampoco nos obliga al inmovilismo o a preferir, siempre, lo que existe por sobre lo que podría ser.

El problema es que cuando eventualmente llegue la democracia, el campo de posibilidades será, de seguro, un estrecho desfiladero entre una economía limitada y vulnerable y los poderes heredados del autoritarismo, latentes y dispuestos a volver atrás. ¿No ha sido esa, acaso, la experiencia en Argentina y Uruguay, e incluso en países como España y Brasil donde las condiciones del desarrollo admiten un juego mayor? En esas circunstancias, ¿qué se puede esperar del intelectual?

Las tentaciones del momento, se ve desde lejos, son varias y sutiles. El intelectual puede optar, en efecto, por recuperar su posición tradicional, la de influir en la política sin ingresar plenamente a ella, revestido ahora del aura de quien ha sido marginado, excluido e incluso perseguido. A la autoridad de su conocimiento buscará agregar, entonces, la legitimidad moral que le permita decir la última palabra en los conflictos que cruzarán a la sociedad.

O podrá, en cambio, descubrir al poco andar que la democracia no realiza ninguna de sus expectativas y que, por tanto, ella no merece ni su atención ni su compromiso ⁴². Se volvería entonces a producir una distancia corrosiva entre la legitimidad del sistema político y aquellos que, en sus manos, tienen la posibilidad de reforzarla o debilitarla.

O bien puede ser, siguiendo una evolución que ya está presente, que los intelectuales se mantengan al margen de un proceso demasiado engorroso y «sucio», retrayéndose sobre sí mismos, sobre su obra y las pequeñas satisfacciones del estamento. Aparente renuncia a la voluntad de poder, lo que a veces se esconde tras de ella es el deseo de crear un círculo mágico de protección para los propios ideales, por temor a que ellos se vean refutados en la práctica, que se distorsionen con el comercio político, que se debiliten con las pruebas del ensayo y el error.

Es evidente que en un país como el nuestro, tras la experiencia de los últimos veinte años o más, los intelectuales se hallan desprovistos de certezas, que es casi como si el rey anduviera desnudo por la ciudad. Las teorías que abrazaron, sus «paradigmas» o «grandes relatos» sobre la historia, se encuentran trizados cuando no irremediablemente quebrados. Hoy se requiere entre nosotros hacer un acto de perseverancia inaudita, más que de ludicez, para declararse marxista, comunitario, neoliberal, positivista o, simplemente, un intelectual.

Por eso, tal vez, el cinismo y el escepticismo sean tan poco satisfactorios como respuesta frente a las circunstancias. Pues son, en verdad, demasiado fáciles. Por el contrario, es tarde ya para hablar de *la responsabilidad del intelectual*, pero es seguro que ella tiene que ver con las incertidumbres de la historia, sobre todo si pensamos en la democracia. Pues allí no sólo las decisiones deben ser producidas en condiciones que vuelven inciertos los resultados, sino que el propio ejercicio de pensar y de hablar —que se supone forma el núcleo irreducible del quehacer intelectual— está sujeto a esa incertidumbre de efectos, al constante ir y venir entre argumentos inconclusos, entre las palabras y las cosas, entre significados que no se cierran; en fin, a la natural incertidumbre que sobreviene cuando nunca más se pretende estar en posición de decir la última palabra.

¹ Véase Tocqueville, Alexis: *La Democracia en América*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957, sección «El espíritu legista en los Estados Unidos y cómo sirve de contrapeso a la democracia», págs. 267-273. En adelante, las citas de Tocqueville que no indiquen lo contrario pertenecen a esta sección.

² Bobbio, Norberto: *El Futuro de la Democracia*. Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1985, página 56.

³ Véase Gouldner, Alvin: *The Dialectic of Ideology and Technology*. The Macmillan Press, Unites Kingdom, 1976.

⁴ Sarlo, Beatriz: «Intelectuales: ¿Escisión o Mimesis?». *Punto de Vista*, Año VII, N.º 25, Buenos Aires, 1985, pág. 4.

⁵ Habermas ha trazado el panorama histórico de esta decadencia de la opinión pública liberal. Véase Habermas, Jürgen: *Historia y Crítica de la Opinión Pública*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

⁶ Eco, Umberto: *Apocalípticos e Integrados ante la Cultura de Masas*. Editorial Lumen, Barcelona, 1968, pág. 12.

⁷ Lenin, Vladimir Ilich: *Obras Escogidas*. Ediciones en Lengua Extranjera, Moscú, 1960, Vol. I, página 149.

⁸ Véase Lowy, Michael: *Para una Sociología de los Intelectuales Revolucionarios*. Siglo XXI, México, 1978, pág. 17.

⁹ Véase Schelsky, Helmut: *Die Arbeit Tun die Anderen*. Westdeutscher Verlag, Opladen, 1975, páginas 104-105.

¹⁰ Sartori, Giovanni: *Aspectos de la Democracia*. Editorial Limusa Wiley, México, 1965, página 137.

¹¹ Véase Burke, Edmund: *Reflections on the Revolution in France*. Doubleday Dolphin Book, New York, 1961, págs. 124-126.

¹² Véase Tocqueville, Alexis: *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Alianza Editorial, Madrid, 1982, Vol. I, págs. 157-162.

¹³ *Ibid.*, pág. 161. Este mismo punto es retomado y elaborado contemporáneamente por De Jouvenel, Bertrand: «Los intelectuales europeos y el capitalismo». En varios autores, *El Capitalismo y los Historiadores*. Unión Editorial, Madrid, 1974, págs. 93-121.

¹⁴ Lenin, Vladimir Ilich, *op. cit.*, pág. 149.

¹⁵ Kautsky, Karl: «Neue Zeit», XX, I, N.º 3, pág. 79. Citado por Lenin, *op. cit.*, pág. 156.

¹⁶ Gouldner, Alvin: *El Futuro de los Intelectuales y el Ascenso de la Nueva Clase*. Alianza Editorial, Madrid, 1980, pág. 38.

¹⁷ Apoyo mi análisis en Kónrad, George and Szelényi, Ivan: *The Intellectuals on the Road to Class Power*. Harcourt Brace Jovanovich, New York and London, 1979.

¹⁸ Kónrad, George and Szelényi, Ivan, *op. cit.*, pág. 151.

¹⁹ Véase Weber, Max: *Ensayos sobre Sociología de la Religión*. Taurus Ediciones, Madrid, 1984. En particular, cap. V: «El estamento de los literatos», págs. 323-352.

²⁰ Pizzorno, Alessandro: «Sobre la racionalidad de la opción democrática». En varios autores, *Los límites de la Democracia*. CLACSO, Buenos Aires, Vol. 2, pág. 33.

²¹ Sarlo, Beatriz: artículo citado, pág. 4.

²² Véase, por ejemplo, Bourdieu, Pierre: «La production de la croyance: contribution a una économie des biens symboliques». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N.º 13, 1977. Del mismo autor: «The specificity of the scientific field and the social conditions of the progress of reason». *Social Science Information*, 14 (6), 1975. Por último, ver Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean Claude: *Mitosociología*. Editorial Fontanella, Barcelona, 1975.

²³ Véase al respecto la obra de Debray, Régis: *Le Pouvoir Intellectuel en France*. Editions Ramsay, Paris, 1979, pág. 110.

²⁴ Véase Weber, Max: *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1964, Vol. I, págs. 245-248 y Weber, Max: *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, *op. cit.*, págs. 193-222.

²⁵ El cuadro más inquietante y feroz sobre este aspecto sigue siendo el de Wolfe, Tom, en: *Radical Chic and Mau-Mauing the Flak Catchers*. Farrar, Straus and Giroux, New York, 1970.

²⁶ Sartori, Giovanni: *op. cit.*, pág. 339.

²⁷ Schumpeter, Joseph: *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. Aguilar, México, 1963, pág. 208.

²⁸ Morin, Edgar: *Autocrítica*. Editorial Kairós, Barcelona, 1976, pág. 172.

²⁹ *Ibid.*, pág. 261.

³⁰ Weber, Max: *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, *op. cit.*, pág. 323.

³¹ Véase Chomsky, Noam: *La Responsabilidad de los Intelectuales*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1969, pág. 89; capítulo «La cultura liberal y la objetividad», págs. 81-154.

³² *Ibid.*, pág. 35.

³³ *Ibid.*, pág. 89.

³⁴ Citado en Avrich, Paul: *The Russian Anarchists*. Princeton University Press, Princeton, 1967, pág. 94.

³⁵ Citada por Chomsky, Noam: *op. cit.*, pág. 151.

³⁶ Habermas, Jürgen: *Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío*. Amorrortu Editores, 1975, pág. 95.

³⁷ Véase para una fundamentación de esta crítica Bell, Daniel: *Las Contradicciones Culturales del Capitalismo*. Alianza Editorial, Madrid, 1977.

³⁸ Véase Gramsci, Antonio: *El Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Croce*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1973.

³⁹ El concepto de «inflación ideológica» ha sido empleado en un contexto similar por Hirschman, Albert: «The turn to authoritarianism in Latin America and the search for its economic determinants». En Collier, David (ed.), *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton University Press, Princeton, 1979, págs. 61-98.

⁴⁰ De Jouvenel, Bertrand, *op. cit.*, pág. 117.

⁴¹ Véase Steinfels, Peter: *The Neo-Conservatives*. Touchstone Book, Simon and Schuster, New York, 1980. Especialmente capítulo 8 «Intellectuals, the heart of the "new class"», págs. 188-213.

⁴² Este proceso ha sido analizado, para el caso español, por Paramio, Ludolfo: «Cambios y continuidades de la cultura política durante la transición a la democracia en España». *Leviatán*, número 22, invierno de 1985.



NUEVA SOCIEDAD

NOVIEMBRE/DICIEMBRE 1986

N.º 86

Director: Alberto Koschuetzke

Jefe de Redacción: Daniel González V.

COYUNTURA: **Carlos D. Mesa Gisbert**: Bolivia. La dramática transición; **Luis Verdesoto**: Ecuador. ¿Hacia el derrumbe de la derecha?; **Franklin J. Franco**: República Dominicana. Entre la libertad y el miedo.

ANÁLISIS: **Darcy Ribeiro**: Revolución en la educación. El sistema escolar brasileño; **Enrique Neira**: Colombia: las guerrillas y el proceso de paz; **Carlos M. Vilas**: Nicaragua: las organizaciones de masas. Problemática actual y perspectivas; **Ferran Brunet**: El Estado, la política, las clases sociales y el capital; **Lawrence Nurse**: Los sindicatos en el Caribe anglófono; **Oscar Ugarteche G.**: Lo interno de la deuda externa. Los casos de Bolivia y Perú.

POSICIONES: **Alan García**: No hay democracia sin anti-imperialismo.

TEMA CENTRAL: **Samir Amin**: ¿Socialismos particulares o nacionalismo burgués? A treinta años de Bandung; **Karl Grobe-Hagel**: China y Vietnam: dos revoluciones campesinas. ¿Qué ha sido de ellas?; **Sidney de Miguel**: Angola y Mozambique: ruptura y liberación; **Volker Grabowsky**: Corea del Norte: culto a la personalidad; **Enrique Dussel**: ¿Hay Teología de la Liberación en África y Asia?; **Emil C. Ndonge**: Tanzania: ¿El fin del sueño socialista?

SUSCRIPCIONES (incluido flete aéreo)

ANUAL (6 números)

BIENAL (12 números)

América Latina
Resto del mundo
Venezuela

US\$ 20
US\$ 30
Bs. 150

US\$ 35
US\$ 50
Bs. 250

PAGOS: Cheque en dolares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712-Chacao-Caracas 1060-A - Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

CENTENARIO DE LUIS ARAQUISTAIN

Juan González Bedoya

análisis y debate



4

El cántabro Luis Araquistain, nacido hace cien años en Bárcena de Pie de Concha, puede ser utilizado, sin duda, como arquetipo de español cuya biografía ha vivido, gozado y sufrido todas las tormentas sociales y políticas de este siglo que camina a su fin. En Araquistain encontraremos, a veces con vital exageración, las continuas vicisitudes de los españoles del siglo XX; sus grandezas, los gozos y las sombras, la pasión y el pensamiento, el valor y el miedo, el triunfo y la derrota, las cumbres y el hondón. Como en Ortega y en Unamuno, como en Largo Caballero o en Gil Robles, de la misma manera que en Besteiro, en Ramiro de Maeztu, en Madariaga o en Gregorio Marañón, también en Araquistain encontraremos todavía innumerables motivos para colocarle en el pedestal o para instalarle en la picota, una de esas picotas escasas que todavía quedan en Cantabria, de las cuales la mejor se conserva precisamente en el pueblo que vio nacer a Araquistain hace cien años y unos pocos menos.

Al margen de desfiguraciones y polémicas, y pasando por encima de no pequeñas rectificaciones personales del propio Araquistain que agigantan aún más su complicada y enorme biografía, me apresuro a decir que Luis Araquistain figura, por méritos propios, entre los principales protagonistas de la historia de España en la primera mitad de este siglo. Si la selección la tuviera que limitar al campo de la izquierda, en la que siempre militó Araquistain, la posición de éste sería aún más destacable: a la par, casi, guste o no a muchos socialistas de hoy, de nombres como Largo Caballero, Indalecio Prieto, Julián Besteiro, Negrín o Fernando de los Ríos. Esta afirmación hace todavía más injusto el olvido y la indiferencia con que está agotándose el centenario de su nacimiento, y acrecienta mi agradecimiento a la Fundación Pablo Iglesias por ofrecerme la oportunidad de hacer un poco justicia (bien es cierto que no la necesita de mí) con este gran Araquistain, polémico, vital, brillante y contradictorio como suelen ser los grandes españoles.

La figura del periodista, del escritor, del pensador, del político Araquistain ha sufrido en estos años las desfiguraciones habituales en los juicios históricos de todo tipo y, sobre todo, un largo proceso de «demonización», muy extendido en la historiografía del régimen anterior, según la cual los españoles se dividían en buenos y malos, adictos o desafectos. Diría incluso que esa furia descalificadora se cebó especialmente en Araquistain, tanto como en Azaña, quizá (sin duda) porque los dos destacaron por su inteligencia y habían dejado una huella profunda en escritos de Prensa y en libros, lo que les hacía aún más peligrosos.

En el caso de Araquistain, además, por su indudable influencia en la radicalización del PSOE durante la República y por su papel de consejero principal de Largo Caballero, el proceso de «demonización» a que me refiero fue también propiciado por amplios sectores de la izquierda. Los socialistas moderados, en efecto, contribuyeron algo en esa tarea de borrar o disminuir la talla de Araquistain; y con mayor saña y dedicación hicieron lo mismo los comunistas, que vieron en Araquistain a uno de sus más peligrosos y eficaces opositores.

Interesa sobremanera destacar la faceta que me parece más significativa en Araquistain: su importancia como periodista y como pensador. Es Araquistain, además, uno de los escasísimos intelectuales españoles que se adentran con rigor y brillantez en la teoría marxista y que deja textos muy certeros sobre el pensador alemán. No hay muchos nombres en España que puedan compararse en ese campo de la teoría marxista.

Pero Araquistain no se sentirá, al final de su vida, muy satisfecho de su obra de pensamiento marxista. Cuando redacta el libro *El pensamiento español contemporáneo*, publicado en Buenos Aires después de la muerte de su autor, Araquistain escribe:

«Creo que los españoles no hemos aportado nada original al tema del socialismo moderno. Hay algunos buenos folletos de divulgación de Pablo Iglesias, del doctor Jaime Vera y otros; un discurso académico de Julián Besteiro..., y un amable libro de Fernando de los Ríos, *El sentido humanista del socialismo* (1926), antimarxista, de inspiración jurídica y religiosa..., y no sé si voluntariamente omito alguno que valga la pena recordar.» Y añade: «Algunos amigos y yo marxistizamos un poco en la revista *Leviatán*, pero sin entrar muy a fondo en el tema y más bien con propósito de vulgarización. En suma, repito: de verdaderamente original, nada».

Este libro sobre las corrientes intelectuales modernas en España lo escribe Araquistain al final de su vida, cuando culmina un período de reflexión sobre su actividad política anterior, que deja de lado, despectivamente casi, la gran tarea iniciada por él con la fundación, en 1934, de la revista *Leviatán*. Pero, aunque se tiende a dar por buena y a suscribir la opinión de Araquistain sobre la importancia menor de los teóricos socialistas/marxistas españoles, la verdad es que *Leviatán* constituye una excepción resonante. Esta revista tuvo una importancia decisiva en el pensamiento socialista español de los años treinta y supone, sin duda (al margen de coincidencias ideológicas más o menos coyunturales), una de las empresas intelectuales más importantes del Partido Socialista Obrero Español. Bien es verdad que, vista desde ahora y a la luz de su obra y pensamiento posteriores (sobre todo la ya citada *El pensamiento español contemporáneo*), la etapa de *Leviatán* supone una especie de aberración (por citar el calificativo de Paul Preston) en la trayectoria intelectual de Araquistain, que era consciente de que con *Leviatán* había contribuido de forma primordial a la radicalización socialista que se produce entre los años 1933 y 1936.

Ha habido y hay críticas injustas, interpretaciones ramplonas y maniqueas sobre la etapa de Araquistain que protagoniza la revista *Leviatán*, de la que fue fundador, director y principal impulsor. La historia de España que se vuelve a escribir con mayor equilibrio en estos días se encargará de dejar en su sitio con mayor rigor el auténtico valor de aquella empresa editorial. Diré tan sólo que, teniendo en cuenta la producción anterior y posterior del marxismo español, las páginas de *Leviatán* constituyen una aportación destacada y original al conjunto de la teoría marxista existente en aquel momento, a la par, según Paul Preston, a lo que en Italia hizo más o menos por las mismas fechas Gramsci y su revista *L'Ordine Nuovo*. Quiero decir que, incluso en un contexto europeo, *Leviatán* no deja de tener un valor considerable. La revista contenía, en ocasiones, artículos de Trotsky, Wilhelm Reich, Harold Laski, Angelica Balanoff, Otto Bauer y otros intelectuales de la izquierda más inquieta de aquellos tormentosos años. A esos destacados colaboradores extranjeros, de los que he citado una mínima parte, se unían, como es lógico, los mejores y más dinámicos teóricos del marxismo hispano.

Está más que justificada, por tanto, una revisión profunda de los contenidos de aquella famosa «Revista mensual de hechos e ideas», pues así era el subtítulo de *Leviatán*. El periódico *El Socialista* anunciaba el 6 de abril de 1934 el nacimiento de una revista «que dirige nuestro camarada Araquistain». El título reflejaba la huella del director y correspondía a uno de los símbolos más utilizados en la literatura periodística de Araquistain desde los años de la primera guerra europea, donde, por ejemplo, la aparición, por primera vez en una guerra, de los automóviles blindados (los tanques), encarnación de la nueva fuerza militar, le hace escribir a Araquistain un bello artículo titulado «Leviatán en tierra». Más tarde, *Leviatán* será también el Estado comunista, «Leviatán soviético»; o, incluso, el llamado «peligro yanqui», que Araquistain titularía: «En el país de los leviatanes». En definitiva, Araquistain toma como emblema de *Leviatán*, no el animal fabuloso que se evoca en los textos de la Biblia, sino el símbolo del libro de Thomas Hobbes en el que, por primera vez, se define la idea moderna de un Estado totalitario, fundado en el orden de la justicia social, frente a la anarquía que engendran el predominio de los poderosos y la codicia de los grupos minoritarios.

Conviene subrayar estos principios, muy en boga en aquella época, porque aún hoy no son pocas las voces, incluso que se dicen socialistas, que consideran este

Leviatán como un estorbo, y reivindican el famoso liberalismo del «dejar pasar, dejar hacer», como si ese liberalismo no supusiese el retorno a una sociedad más injusta, en la que quienes más pueden y los más libres son los poderosos. Apuntemos de paso, en la polémica, el matiz de que los novísimos enemigos del Leviatán por el que lucharon Araquistain y los socialistas de su tiempo hacen esas declaraciones de liberalismo decimonónico colgados de las ubres del Estado/Leviatán o desde las presidencias de algunos de los Bancos estatalizados.

El Estado hobbesiano

El Estado hobbesiano por el que va a luchar la revista *Leviatán* pretende poner fin, por tanto, al caos, la pobreza y la explotación que generan entonces la anárquica economía individualista y su ley del más fuerte. Pero hay que apresurarse a decir, de inmediato, que el final del camino no es, en ningún caso, ni para Araquistain, ni para Largo Caballero, ni para Indalecio Prieto, ni para Besteiro, por citar sólo a cuatro líderes socialistas de la época, no es la dictadura del proletariado que se está experimentando en la Unión Soviética (para entonces, Fernando de los Ríos ya ha escrito su radical alegato contra el sistema soviético), sino la plasmación en España del ideal social pensado por los marxistas clásicos, el primero de ellos el propio Carlos Marx.

En *Leviatán* escribieron, como ya he dicho, teóricos marxistas relevantes de Europa y los notables del socialismo español: Besteiro, Fernando de los Ríos, Unamuno, Largo Caballero, Ramón J. Sender, Ramón Oliveira, Jiménez de Asúa, Prieto... Un artículo de Besteiro, por ejemplo, alabará el reformismo del Estado de bienestar puesto en marcha por el presidente norteamericano Roosevelt.

Pero eso era en 1934. La radicalización de la política nacional, sobre todo a partir de la revolución de octubre, y los enfrentamientos de la derecha y la izquierda en aquella España de bandazos y cuentas nuevas, se refleja en *Leviatán* a finales de año. 1935 será, además, el año de la ruptura de los frágiles lazos que unían a los diversos líderes socialistas citados. Besteiro no volverá a escribir para Araquistain (peor: habrá polémicas constantes ya entre los dos pensadores), y *Leviatán* inicia su radicalización ideológica y la publicación de contenidos y artículos que en nada desmerecían con la radicalización que se había apoderado de España, a izquierdas y derechas.

Una descripción esquemática del contenido de *Leviatán* no empaña el valor intelectual de la revista ni debe hacer olvidar tampoco la riqueza y el pluralismo ideológico del que hizo gala en sus números. Merece la pena citar, también, su clarividencia al enjuiciar la oleada fascista que ya se extendía por Europa en su doble versión italiana y germana.

Es más, la continua radicalización marxista de los hombres de *Leviatán* debe explicarse porque vieron como nadie el peligro que se avecinaba y creían que aquella oleada infernal sólo podría ser detenida con métodos marxistas: la teoría de las etapas, según Lenin, para los años de la prerrevolución rusa, ya no va a servir para nada con Hitler pisando los talones. Que se lo pregunten a los socialistas alemanes o austríacos, viene a decir Araquistain como argumento contra la etapa democrático-burguesa de la revolución que se avecina, inexorable.

Los tiempos, efectivamente, exigen quemar etapas. Araquistain lo dice de forma muy directa: «La guerra civil en que vivimos no se resuelve con componendas parlamentarias. El dilema histórico es fascismo o socialismo, y sólo lo decidirá la violencia». Si hemos de ser sinceros, Araquistain, en 1935, quemadas ya muchas otras posibilidades de entendimiento entre los españoles, tenía razón. Las posibilidades de estabilizar la República terminaron en 1933, cuando la derecha, durante el bien llamado *bienio negro*, se dedicó con las reformas de Azaña. Digamos otra verdad: lo mismo que sostenía por la izquierda socialista nuestro Araquistain, lo decían sin recato los admiradores del fascismo en España, desde Gil Robles a los generales más destacados de la conspiración posterior, a excepción de Franco, que callaba o engañaba con primor (a esa táctica política, abiertamente revolucionaria, de Araquistain, se enfrentaba dentro del PSOE otra sostenida por Julián Besteiro, clásicamente reformista y marxista en el sentido de que sostenía que España tenía que pasar aún por la fase democrático-burguesa antes de llegar, por vía pacífica, al socialismo. Vistas desde ahora, las dos utopías eran igualmente inalcanzables. Araquistain terminó en el exilio y Besteiro fue condenado a muerte por el régimen franquista).

No era, como vemos, un problema de vías para lograr hacer de España un país más justo, más libre y más solidario. Lo radicalmente condenable para la clase dominante era el propio socialismo, cuyos líderes principales europeos (incluidos varios españoles, entre ellos Besteiro, como consecuencia de la revolución de octubre) estaban en el exilio o en prisión. La depresión económica de aquellos años, que tanta hambre desparramó por la geografía patria, y el auge del fascismo en Europa con el consiguiente aplastamiento de los partidos socialistas alemán y austríaco eran las noticias de cada día. Araquistain, desde su atalaya intelectual, privilegiado por una dedicación periodística a lo internacional, había visto cómo llegó Hitler al poder de forma legal (por las urnas). Muchos judíos salvaron la vida en el coche de Araquistain, cuando fue nombrado embajador de España en Berlín en abril de 1932. Ante la llegada al poder en España de la CEDA y Gil Robles, y la creación de la Falange del hijo del dictador Primo de Rivera, le queda a Araquistain, desde su *Leviatán*, apuntarse a la vía de Otto Bauer (la de Besteiro en España, mientras Bauer ya estaba en la cárcel, víctima de sus teorías), o a la de Trotsky, por ejemplo.

Podía haberse buscado, tal vez, una tercera vía. Araquistain era un pensador de talla y preparación para haberlo intentado con reposo intelectual. Pero lo que Prieto denominó «la fuerza de su pluma» no estaba para descansos. En pocos escritores políticos se mantiene como en Araquistain la preocupación por los mismos temas y el regreso a unos enfoques; sin embargo, rara vez encontraremos otro pensador en el que las formulaciones teóricas hayan dependido con tanta intensidad de la presión social de cada día y sus cambios coyunturales.

Araquistain, como marxista que bebía del original y estaba al tanto del debate que se estaba desarrollando en otros países europeos con mayor intensidad y pasión que en España, vive una permanente contradicción (muy marxista, desde luego), una mezcla dialéctica de ciencia y temperamento, de capacidad teórica y de capacidad de acción. Siguiendo a Lenin y (otra vez) a Gramsci, cree también en el instinto y en el temperamento. Y dice: «Todo lo demás podrá ser marxismo erudito o académico —marxismo a medias, cuando no falso marxismo—; pero nunca marxismo revolucionario», dos términos que en realidad considera una redundancia. Contesta aquí, sin citarle, a Besteiro, al que señala nuevamente cuando escribe sobre *El Estado y la revolución*, de Lenin: «En el espíritu de sus funda-

dores el socialismo marxista debía poner el acento en el problema del Estado». Le irritó sobremanera la simulación que empezaba a edificarse entre sus propios camaradas en torno al marxismo adulterado. Escribe: «No se pide a nadie que sea marxista; pero si dice serlo, que lo sea de verdad. O, por lo menos, que se entere antes de decidir». Podríamos prolongar la diatriba al campo del socialismo y a hoy mismo, apresurándonos a matizar, también por boca de Araquistain, que el marxismo no tiene por qué ser un dogma de ningún partido socialista. Pone el ejemplo del laborismo inglés, que tanto conocía, y cita, con respeto y admiración, a Fernando de los Ríos y a Henri de Man que, «conociendo a fondo el marxismo», dice, «no comparten todos sus fundamentos y conclusiones. Esta franqueza les honra, porque lo primero que hay que pedir a todo hombre es que sea leal consigo mismo». Igual contundencia iba a demostrar en sus escritos ante los que consideraba marxistas y socialistas de oportunidad.

La etapa de *Leviatán* distorsiona en ocasiones la talla intelectual de su promotor. Otros han lavado, con el paso de la historia, sus pecados. Araquistain dejó una huella tan profunda (la huella de lo escrito y lo pensado), que tal vez por eso quema aún nuestras manos desde las posiciones de un socialismo que en 1986 es ya claramente reformista y democrático, es decir: socialista a la manera de sus principales teóricos. Pero, en descargo de quienes abrieron camino, reconozcamos que los vientos de la historia algo han facilitado la labor. Tuvieron casi todo en contra. El *Leviatán* moderno mantiene una gran deuda con ellos: me refiero al Estado social y democrático, el famoso Estado del bienestar, en cuya conquista lo más plena posible estamos empeñados los socialistas españoles de hoy. Entristece que mentes tan lúcidas como la de Araquistain no hayan alcanzado a ver esta etapa. Araquistain, vital y optimista por naturaleza, chocó con la amarga ironía de un destino que le convirtió en militante político vencido. Pero sabía que era sólo una coyuntura histórica determinada y luchó hasta el último día de su vida para acortar para España el tiempo de la espera. «Soy un vencido..., pero, a largo plazo, la fuerza de las cosas trabaja para mí», podíamos poner en su boca citando a Gramsci. La cita conduce a una obligada comparación de personalidades, igualmente trágicas. Los dos, Araquistain y Gramsci, eran sobre todo periodistas a la manera en que el pensador italiano reflexionó en uno de sus ensayos en la cárcel: un «periodismo integral en el que hay que poner el énfasis en la relación existente entre la función del periodismo como tal oficio y la delimitación de las nuevas tareas para una transformación socialista de la sociedad». Conviene también subrayar este matiz como apunte hacia tantos neutrales como florecen hoy entre los llamados intelectuales progresistas.

En los escritos periodísticos de ambos pensadores «se busca siempre propagar una concepción general del mundo» (la cita es textual). Algo parecido hacían por la derecha (o la extrema derecha) otros como Ramiro de Maeztu. Y, en medio, quedaron (y quedan) los de los estilos ampulosos o aquellos que gustan de expresarse con una aridez tan chata que sólo pueden ser escuchados en los grandes salones de la nobleza. Araquistain, por el contrario, está dotado de una pluma en la que no sabe uno si admirar más la fuerza y la belleza de la forma que la contundencia y la precisión del contenido.

El ser de los españoles

Araquistain, después de la guerra civil y durante todo el exilio, expurgó de sus libros cuanto debía. En algo mantuvo su posición: los socialistas, cuando accedan al poder, no lo harán para disfrutarlo, sino para cambiar el mundo, para me-

jorarlo. Conviene no olvidar esa perspectiva jamás. Largo Caballero, del que Araquistain se convirtió en consejero permanente para desesperación de otros líderes socialistas, pronunció un discurso en 1933 que, de alguna forma, resume lo que más tarde iba a suceder en el socialismo español: la radicalización de los dirigentes y de las bases. Acababa de abandonar el Ministerio de Trabajo, desde el que había introducido algunas reformas importantes, y veía cómo el nuevo gobierno de las derechas deshacía la labor del departamento socialista, en el que Araquistain ocupó la Subsecretaría. Largo Caballero empieza por reconocer que en los dos primeros años de la República, el comportamiento de los afiliados y las bases socialistas «ha sido admirable». Y añade: «Yo os digo que desde que estuve en el gobierno, por la observación que he hecho de lo que significa la política burguesa, si cupiera en lo posible ha salido mucho más rojo que entré; ¡pero mucho más!... Creíamos antes que el capitalismo era un poco más noble, que sería más transigente, más comprensivo. No; el capitalismo en España es cerril, no le convence nada ni nadie».

Largo Caballero dice desde su experiencia lo que Araquistain viene sosteniendo desde la teoría: la oposición de la oligarquía española a la tímida legislación laboral de los socialistas en el primer gobierno de Azaña forzaba inevitablemente una postura más o menos revolucionaria de las clases desfavorecidas y sus dirigentes. Hasta entonces, el pensamiento político de Araquistain había sido el del «socialismo humanista», fervientemente democrático. En 1928, en una larga estancia en América, pronuncia una conferencia en La Habana en la que juzga al régimen dictatorial como «compendio de todos los males». Anarquistas y comunistas no representan más que la barbarie», dice poco más tarde, hacia 1930. De entonces es la teoría de *El cuarto estado*, que desarrolla en uno de sus libros. Se refiere al Estado nacional de todas las clases: «en los orígenes no hubo más que vencedores y vencidos, dos clases, dos razas, dos lenguas, dos derechos, dos religiones, dos intereses antagónicos. Poco a poco comienza la compenetración, la fusión, la amalgama, la integración en una unidad superior: es la dialéctica sociológica de la historia», dice. Pero está mirando a Europa, no a España. Mira a Estados Unidos y a Inglaterra. Y escribe: «La gran burguesía está pasando a la historia, por lo menos en Europa. La riqueza, la propiedad, se democratiza, se nivela. Todavía no es el socialismo, pero sí la mayor revolución social de todos los tiempos, una revolución sin grandes violencias internas en general hasta ahora, como había previsto Marx para Inglaterra, que no será probablemente el único país de Occidente que la haga en esta forma. Sólo las sociedades y los Estados atrasados de la Europa oriental y España no han podido hacer pacíficamente esta revolución de nuestro tiempo, pero no por culpa de los pueblos, sino de sus clases dominantes, dominadas a su vez por un egoísmo antihistórico y poco inteligente».

Cuando se pone a buscar los motivos por los que España no se ha incorporado a esa Europa más justa con la que se solidariza, Luis Araquistain hace gala de su buena pluma para decirlo con belleza: «En España, donde las guerras de conquista y reconquista duran casi ocho siglos, caso único en la historia universal, no siempre combatíamos por la independencia ni por la religión; a menudo nada más que por el poder, el botín o la soldada». Y pone ejemplos de sublime locura o de estúpida patriotería: Sagunto y Numancia. Tal vez estaba pensando también en el héroe cántabro Corocota, que se presentó a los romanos para cobrar él mismo el precio que habían puesto a su cabeza. Un héroe ciertamente estúpido, tengo dicho en alguna otra parte. También Sagunto llama a los romanos contra los cartagineses y, aunque los romanos llegan tarde, se quedan luego definitivamente

te. Ejemplos ha habido más recientes. O el del legendario Díaz de Vivar, El Cid, al que Araquistain dedica algunas páginas: «Tan querido por todos y tan popular, El Cid no es más que un condottiero que combate alternativamente contra el moro o con el moro, según le convenía más. Pero no fue el único cristiano que lo hizo; en España las guerras internas siempre se han ganado contra los hermanos con la ayuda del extranjero: desde el Trastámara, que asesinó a don Pedro el Cruel con ayuda de una francesa, a Franco, que terminó con la República vendiendo su alma a Hitler y Mussolini».

Nuestra historia se ha repetido de continuo en el primitivismo y el cinismo del Estado de conquista, y ello le tenía que doler a un pensamiento clarividente como el de Araquistain. Pero, ¿cómo cambiar la situación en un país en el que, aparte el legitimismo sociológico de los teóricos del liberalismo, abundan y se multiplican los predicadores de la fatalidad de las clases sociales y de los privilegios imprescindibles, y donde «son millones los menesterosos que piensan que lo que sufren no es una injusticia, sino una desgracia»!

Por fuerza, una España así tenía que terminar mal: radicalizándose. Porque cuando se llega a la raíz de un problema (eso es precisamente ser radical), y no se encuentra solución fácil, quizá no quede otro camino que el seguido en tantos otros lugares del planeta Tierra por los revolucionarios.

Vaya esto en descargo de un pensador español, nacido cántabro, que empezó siendo liberal progresista; siguió la senda del socialismo humanista y democrático; luchó a brazo partido y con entusiasmo para llevar a cabo en España una revolución marxista; y murió arrepentido de tantas cosas. Sobre todo, con un arrepentimiento público y notorio: apasionado. «Hoy son pocos los españoles que no están en su fuero interno arrepentidos de los errores que cometieron, pero somos muy pocos los que nos atrevemos a reconocerlo públicamente», escribió en el exilio. Y añadió: sólo cuando todos hagamos acto público de arrepentimiento será posible «la reconciliación y la convivencia nacionales a que estamos obligados si queremos coexistir como hombres y no como fieras». «Que aprendan de nuestra desgraciada experiencia», concluye.

Según Luis Araquistain, la guerra civil que acaban de vivir y sufrir los españoles, por su volumen y duración, por el número de víctimas y por sus consecuencias dentro y fuera del país, había sido «un fenómeno único en la historia moderna del mundo occidental», en tanto que guerra civil. Para Araquistain «no se concibe una guerra así en ningún otro pueblo europeo. Sólo la gran guerra civil de los Estados Unidos (1861-1865), la llamada Guerra de Secesión, se la puede comparar en duración y violencia, pero no en el desenlace: terminó con una paz humana para los vencidos, muy parecida en esto a la primera guerra civil española del siglo XIX (1833-1839), «la del abrazo de Vergara, que tanto nos haría reír en otro tiempo; hoy creo que ya no se ríe nadie; yo no, por lo menos». «Esas dos guerras, la española y la americana, concluyeron sin crueldades ni emigraciones en masa, como ésta nuestra en la que vivimos y morimos».

Hubo españoles vencidos, conocedores de esa historia nacional, que después de la derrota decidieron quedarse en España, pensando en el perdón de los vencedores y en la integración social posterior. Fueron muchos los que eso hicieron; la mayoría murieron fusilados; otros, en las cárceles. Araquistain dedica un recuerdo emocionado a Julián Besteiro, con el que tanto polemizó. Y explica por qué fue tan cruel el vencedor en la última guerra civil española y por qué no lo fueron

los vencedores en la primera guerra, o los de la segunda, o los americanos. «A mi juicio, no hay más que una explicación: los vencedores en América y en España fueron los liberales, hombres formados y constituidos en un Estado moderno, de avanzada integración social y cultural. Y los vencedores de nuestra última guerra fueron los vencidos en las dos guerras civiles del siglo pasado: los carlistas, los absolutistas, representantes de un Estado primitivo, anacrónico, que creíamos archivado para siempre en los anales polvorientos de la Historia».

Es verdad que en la preguerra civil trágica ya en peleas sangrientas, las responsabilidades y las culpas se deben repartir entre uno y otro bando ideológico en conflicto. Parece ocioso decirlo otra vez; las rectificaciones personales de Araquistain lo reflejan en varias ocasiones desde 1937 hasta su último día de vida. No fue tampoco de los que se empeñaron en prolongar, como Negrín, la guerra, y con ella sufrimientos y muertes innecesarias. Hizo las maletas con sus escasos enseres y sus numerosísimos libros y salió de Barcelona (tan sólo cuatro días antes de la entrada de las tropas de Franco) hacia el exilio maldiciendo a algunos de sus correligionarios, sobre todo a los negrinistas y, en especial, a los anarquistas y los comunistas: «Es terrible este final, pero bien previsto estaba... Ellos solos son los responsables de este terrible desastre. Cien vidas que tuvieran ellos y los socialistas que les han servido lacayunamente no les bastaría para expiar tanto crimen y tanta idiotez», escribe a su hija Sonia en marzo de 1939. Se unía así a los que, como Unamuno y Ortega, por ejemplo, sostenían que las tácticas comunistas habían favorecido o precipitado el golpe de Estado que terminó con la República. «El comunismo —escribe Araquistain— no hizo, como se proponía, la revolución mundial, pero creó, en cambio, las condiciones sociales y psicológicas de la contrarrevolución fascista en todas partes y, como derivativo ulterior, el ambiente internacional de esta guerra gigantesca».

Araquistain hablaba, además, por la herida personal de verse prohibido en su libertad de expresión por las últimas decisiones de Negrín, cuyo gobierno, dominado por filocomunistas, llegó incluso a ordenar la detención de Largo Caballero para impedir que hablara en público el líder carismático al que hasta hacía pocos años hacían el juego con el sobrenombre de «el Lenin español». La experiencia, cuando Araquistain está ya en Ginebra y puede hablar con libertad y sin poner en peligro su vida, se la expone en carta a León Blum, el líder del Frente Popular que gobernaba en Francia: en territorio español «seguimos sintiéndonos amenazados por otro enemigo más próximo y menos visible que los franquistas». A su hija Sonia le concreta aún más el miedo físico que pasó en sus últimos días sobre suelo patrio: «Yo hace tiempo que venía diciendo que tanto si nos vencían como si triunfábamos, los socialistas independientes tendríamos que emigrar, porque en el primer caso nos asesinaría Franco, y en el segundo los comunistas», a los que describe como «brutos, canallas, falsarios y libeláticos».

Respecto al segundo de los temores, no seré yo quien me pronuncie. Pero es seguro que Araquistain no habría sobrevivido a la derrota en España. Fueron muchos los periodistas que perdieron su vida ante el pelotón de fusilamiento: Zugazagoitia, por citar a uno de renombre nacional; la directora del diario socialista *La Región*, de Santander, Matilde Zapata, por referirnos a Cantabria. Araquistain era hombre informado y había escuchado, sin duda, la siniestra advertencia que el general Mola les había hecho a todos ellos el 19 de agosto de 1936 desde Radio Castilla y que provocaron en Unamuno, tal vez, su tardío «venceréis, pero no convenceréis».

Decía Mola: «Ni rendimiento ni abrazos de Vergara ni pactos ni nada que no sea la victoria aplastante y definitiva... La vida de los reos será poca. Les aviso con tiempo y con nobleza; no quiero que se llamen a engaño». Y añadía, cínico, el todavía director del golpe militar: «Va mi palabra, además, a los enemigos, pues es razón y justicia que vayan sabiendo a qué atenerse, siquiera sea para que, llegada la hora de ajustar cuentas, no se acojan al principio del Derecho de que jamás debe aplicarse al delincuente castigo que no esté establecido con anterioridad a la perpetración del delito». Como se ve, la generosidad no iba a ser, como suele, la virtud de los vencedores, sino el rencor, el odio y la venganza.

Entre Ortega y Azaña

Lomberto Daniel Luis Araquistain y Quevedo, nace el 18 de junio de 1886 en Bárcenas de Pie de Concha. Es, por tanto, coetáneo de Miguel Maura, y tres años más joven que Ortega y Gasset o que Indalecio Prieto. Manuel Azaña había nacido cinco años antes, igual que Pablo Picasso, pero era un poco mayor (entre tres y diez años) que personalidades importantes de este siglo, como Juan Negrín, Gil Robles, José Antonio Primo de Rivera o los generales Franco, Casado o Vicente Rojo.

Pertenece, por tanto, Luis Araquistain, al grupo generacional que protagoniza los conflictos de la década de 1930, y que vive sus consecuencias dramáticas, unos con una ocupación prolongada del poder, y otros con la suerte de los perdedores de una de las posguerras civiles más crueles de la humanidad: la suerte de la destrucción en la guerra, del fusilamiento en la derrota o la del exilio hasta la muerte.

Procedente de la pequeña burguesía, nace en Bárcena de Pie de Concha por casualidad, vive unos pocos años en ese pequeño pueblo de Cantabria y se traslada más tarde a Bilbao, de donde procede su apellido. El mismo lo dirá, ya viejo, a su biógrafo Rodolfo Llopis: «Soy medio vasco. Durante una parte de mi niñez sólo hablé vascuence. Mis raíces son vascas, pero mi cabeza es española». De Cantabria conservará, sin embargo, la nostalgia de una niñez placentera y feliz, y la memoria de sus primeras lecturas y excursiones.

Después de estudiar Náutica en Bilbao, la biografía oficial sitúa a nuestro personaje en Argentina, donde desempeña varios trabajos, casi nunca el de su profesión de marino. Lo contará más tarde: «El cronista se queda perplejo ante la necesidad de ficharme gremialmente. ¿Dirá que he sido dependiente de comercio, que he sido dibujante lineal, que he sido profesor de idiomas?». Araquistain fue en la Argentina lo que pudo ser, además de aventurero. Pero es allí donde inicia su carrera periodística, en la redacción de un órgano anarquista. Indalecio Prieto, en alguna de sus muchas polémicas con Araquistain, recordaría años más tarde malévolamente que los comienzos de Araquistain en el periodismo no fueron nada brillantes pues «se inició como publicista en el semanario sicalíptico *Vida Galante*».

Los primeros escritos de Araquistain, efectivamente, hablan de «la verdadera musa» y cosas así. Incluso vive de colaboraciones poéticas más tarde recuperadas en libro, que reflejan ya la brillantez de la pluma de Araquistain, una de las más ilustres de la época.

Estamos en 1905. Araquistain regresa a España y se introduce en Madrid en medios periodísticos de signo liberal. Prieto, otra vez, relata que Araquistain, en efecto, entra a colaborar en *El Mundo*, el diario madrileño financiado por el capitalista bilbaíno Benigno Chávarri. Poco después le vemos ya de corresponsal en Londres y subiendo peldaños en una profesión en la que hizo de todo y en la que destacó de forma rutilante. «Es un periodista insuperable», diría de él Gregorio Marañón. «Me admiraba su pluma acerada, su cultura amplia y su pensamiento audaz», afirmará Jiménez de Asúa. «España había logrado reunir entonces un buen plantel de periodistas literarios, cuyo maestro era Ramiro de Maeztu, y uno de cuyos escritores más destacados era Araquistain», escribe Salvador de Madañaga. «Su prosa era maciza y contundente», asegura I. Prieto.

Como Ortega, como Azaña, como Unamuno, como Maeztu, Luis Araquistain llega a la política desde el periodismo, sin abandonar jamás esa profesión y dando un paso más grande en su trayectoria de escritor: fue también ensayista, y uno de los mejores de España en aquellos años. El salto a la política lo da después de seis años de profesión periodística, en los que adquiere, desde muy joven, gran renombre e influencia, primero en *El Mundo*, después en *La Mañana* (junto a Luis Bello, Pablo Iglesias, Pérez de Ayala o Martínez Sierra: Araquistain escribía una sección fija, titulada «La voz del exterior», sobre política internacional), y por fin en *El Liberal*, en el que se consagrará definitivamente en calidad de corresponsal en diversas capitales europeas, principalmente en Londres y Berlín.

Luis Araquistain ingresa en el PSOE en 1911, a los 25 años. En la misma época lo harían también otros intelectuales, lo que permitirá a las publicaciones socialistas destacar el hecho y citarlos a todos ellos como algo espectacular en un partido de marcado carácter obrerista por voluntad de Pablo Iglesias. Ingresan en el PSOE o se solidarizan con sus ideas y postulados éticos, por ejemplo, Julián Besteiro, Leopoldo Alas (hijo de Clarín), Ramón Carande, José Ortega y Gasset (que dedica a Pablo Iglesias un bello artículo titulado «Los santos laicos»), Fernando de los Ríos y otros catedráticos de Universidad. Todo ello da pie a la creación de la denominada Escuela Nueva, que organiza cursos para obreros, primero, y desde 1912 cursos sobre doctrinas socialistas, encabezados por el doctor Jaime Vera. En 1913 Luis Araquistain figura como conferenciante de uno de esos cursos de verano. Dos años después nuestro paisano asiste ya como delegado al X Congreso del PSOE (como delegado, precisamente, de la Escuela Nueva dirigida por Jaime Vera), y es elegido para su primer cargo representativo dentro del socialismo español: vocal del Comité Nacional del partido.

Asistirá a pocas reuniones de ese órgano de dirección. Su vida profesional como periodista de internacional le trae y le lleva por las principales capitales de Europa: tan pronto está en Londres o Berlín como aparece firmando crónicas y artículos de pensamiento desde Bruselas o París. De esa época son sus estudios sobre el socialismo europeo, y su fidelidad al laborismo inglés. Pero aún tiene tiempo para escribir obras de creación (alguna novela irrelevante y varias obras de teatro), y de atender a una actividad que no iba a abandonar nunca y que es común a otros grandes contemporáneos: las crónicas viajeras y las cartas a sus amigos o correligionarios; las que escribe a Unamuno son especialmente interesantes.

Son los años de aprendizaje y formación de uno de nuestros más penetrantes pensadores marxistas. Sus estancias en Londres o en Bruselas le iban a marcar especialmente pues en aquellos países el socialismo vivía una situación nueva, origi-

nal: el reformismo de Lloyd George, las actividades fabianas, la municipalización de servicios en Inglaterra o el desarrollo del cooperativismo agrario belga. La aproximación de liberales y laboristas en las elecciones inglesas hacen que Araquistain recomiende a sus correligionarios españoles una táctica reformista capaz de conseguir victorias parciales sobre la burguesía y los gobiernos que la sirven y en una etapa en la que estaba fresca la discusión sobre si los socialistas deberían entrar, o no, en el Parlamento. Una crónica firmada desde Londres en *El Liberal* le permite escribir a Araquistain con esta claridad: «La táctica de los socialistas es aceptar todo lo que les den los gobernantes y ejercer presión continuamente sobre ellos para que les den más cada vez». Esta le parece la solución más razonable porque «el marxismo anda en quiebra» y «no se ve tan próximo aún el día en que los socialistas ganen unas elecciones generales».

La estancia en Alemania le sirve a Araquistain, en cambio, para entrar en contacto con la que ha de ser una de sus preocupaciones centrales: el militarismo alemán. Hago notar que todavía no se ha iniciado la primera guerra mundial (1914-1918), pero Araquistain intuye ya las desgracias que caerán sobre Europa por culpa del militarismo y el imperialismo que se empieza a apoderar de Alemania, y que colmará el vaso de la paciencia de Araquistain con la conquista del poder por parte de Hitler o el comportamiento de Estados Unidos en América. Todas esas ideas cuajarán uno de sus primeros y mejores libros, *España en el crisol*, obra capital de aquel período iniciático socialista.

Guerra y revolución

La primera guerra mundial coincide con uno de los momentos claves de la carrera política de Luis Araquistain, ya que su incansable campaña aliadófila le consolida la fama de escritor tenaz y brillante, al mismo tiempo que profundo, en paralelo a su afianzamiento dentro del partido socialista. En 1916 regresa a Madrid y sucede a Ortega y Gasset en la dirección del semanario *España*, una magnífica aventura periodística y de pensamiento que iba a heredar de Araquistain, cinco años más tarde, el mismísimo Azaña. De esa trinidad directiva Araquistain declaró que se sentía más honrado como antecesor que como heredero. Araquistain tiene dicho de Azaña que era (que es: los buenos escritores no mueren jamás) «nuestro mejor clásico contemporáneo».

Aquel primer ensayo de guerra mundial fue también el primer ensayo de división del socialismo español, cuya unidad imposible pudo evitar tantas tragedias. Me refiero a que un PSOE uniforme y sin discordias internas hubiera cambiado el signo de la República y su trágico desenlace. En efecto, frente a aquella guerra mundial, Pablo Iglesias y Anguiano manifestaron su pacifismo y neutralidad; Largo Caballero sostenía que la clase obrera no sacaría de la confrontación más que nuevas desventajas, por lo que había que oponerse al conflicto e intentar evitarlo; en tanto que un sector muy amplio, encabezado por Besteiro y Araquistain, defendía una tendencia resueltamente favorable al apoyo a los aliados como grupo más progresivo entre los beligerantes. «No hay modo de echarse fuera de la historia», escribe Araquistain en *El Liberal* después de hacer triunfar sus tesis en el PSOE. «A los que no quieren guiar la Historia, ésta los arrastra fuera», añadía.

Araquistain vivió aquellos años con euforia, rebotante de vitalidad y creatividad: publica una media de libro por año, entre ellos uno sobre *La guerra y la re-*

volución (Lenin coincidiría en el mismo tema aquel año de 1915), y edita en *El Liberal* unos seis artículos al mes sobre temas de alta política o pensamiento.

Son textos de polémica más que de historia o de ensayo. Lo dice el propio Araquistain en la presentación de *Dos ideales políticos*: «No es un sesudo libro de historia, sino de polémica». Su fama se extiende y se acrecienta a la par que su prestigio. En una ocasión se enfrenta dialécticamente con Torcuato Luca de Tena, el director y propietario de *ABC*, con una crónica en *El Liberal* que acusa al periódico monárquico ultraconservador de cobrar «fondos de reptiles» por su campaña germanófila. Corría el año 1916, Araquistain tiene sólo treinta años, por tanto. Pues bien, Luca de Tena convoca a todos los periódicos nacionales para redactar una nota de condena contra el joven articulista. A la reunión acuden dieciséis periódicos de Madrid. Algunos son de talla; de la existencia de otros muchos, según Araquistain, «no hay modo de tener noticias como no sean yendo a adquirirlos a sus propias administraciones». Los grandes periódicos republicanos (*El Sol*, *El Liberal*) y la prensa de izquierdas no acuden a solidarizarse con *ABC*, pero se enzarzan en una polémica nacional entre aliadófilos y germanófilos, y se suceden artículos enfrentados, retos, cartas y un homenaje a Araquistain en la Casa del Pueblo.

Al año siguiente (1917) Araquistain pasa una temporada en la cárcel, y un año más tarde se traslada a Bilbao para apoyar a Prieto, recién regresado del exilio, en su campaña electoral por un escaño a las Cortes Generales. El propio Araquistain sería candidato por el distrito de Vergara (Guipúzcoa) sin suerte. Años más tarde, proclamada la República en España, Araquistain fue elegido diputado por Bilbao (capital) y por Valladolid, formó parte de la ponencia que redactó la Constitución republicana y en el articulado dejó su huella, tanto directamente como inspirador intelectual de sus compañeros. No puede ser anecdótico el hecho de que él personalmente redactó y defendió la enmienda, finalmente aceptada, según la cual España quedaba definida como «una República de trabajadores». Salvador de Madariaga cuenta en *La España de nuestro tiempo*, con ironía, a veces con crueldad: «Nadie creyó que aquella enmienda pasara, pero pasó con gran mayoría... Yo proponía en los pasillos que se le pusiera al párrafo un asterisco con una nota explicando que se trataba de una leve exageración... Quizá creyera (Araquistain), al fin y al cabo hombre serio, que era necesario que la Constitución llevara en el frontispicio una sentencia marxista; quizá creyó de buena ley de lucha de clases hacer temblar a la burguesía; quizá se dieron otros motivos que no alcanzo a vislumbrar; pero lo que no cabe duda es que si engañaba a otros, Araquistain no se engañaba a sí mismo; porque él sabía muy bien que España no era una República de trabajadores».

Es arriesgadísimo el juicio de Madariaga. Lo cierto es que la propuesta de Araquistain es rechazada en Comisión y sólo es aceptada por el Pleno del Congreso, donde los socialistas son minoría, después de un brillantísimo discurso de Araquistain, que, por otra parte, nunca destacó por su oratoria.

Araquistain era marxista (uno de los mejores teóricos del marxismo en España), y es lógico que intentase llevar a la Constitución sus ideales. En la trayectoria política posterior, como subsecretario del Ministerio de Trabajo y Previsión Social, como hombre de confianza de Largo Caballero, su huella se dejó sentir en la legislación social de aquella primera etapa republicana, sonada, pero, todavía, reformista: leyes como la de Contrato de Trabajo, la ley de Asociaciones Profesionales; la de los Jurados Mixtos y la de Términos Municipales.

Tras un breve paso por el Ministerio de Trabajo, Araquistain es nombrado embajador en Berlín, donde le sorprende la subida de Hitler al poder, en 1932, y cesa poco después de aprobarse la Ley de Incompatibilidades, que le impide ser diputado y embajador al mismo tiempo. Ya en Madrid, vuelve a su actividad de periodista, de escritor y conferenciante. El mismo día que José Antonio Primo de Rivera pronuncia el discurso fundacional de Falange Española (29 de octubre de 1933), Araquistain dicta una conferencia sobre la subida del fascismo al poder en Alemania. Se titula «Una lección de historia: el derrumbamiento del socialismo alemán». «El Estado socialista no será nunca una realidad si previamente no tenemos la voluntad enérgica de conquistar el poder, por los medios que sea, para fundar desde él nuestro Estado», afirma como reproche al voluntarismo confiado de los socialdemócratas alemanes, que se dejaron arrollar por el fascismo por falta de decisión a la hora de la verdad.

Es el primer giro revolucionario de Araquistain; detrás vendrían los de Largo Caballero y otros líderes destacados del socialismo español. «El dilema fatal era: franca dictadura burguesa o franca dictadura socialista».

Pero ésta es ya historia contada al analizar la etapa de *Leviatán*. Nos queda, finalmente, aludir a su etapa de embajador en París, ya en plena guerra civil, donde lleva el peso de las negociaciones para que Picasso pinte para España, encargado por el Gobierno de la República, el cuadro del «Guernica».

Su exilio fue duro, vital y políticamente, luchando por buscar la forma de romperlo con un regreso a España que no pudo ser por la obstinación del dictador a abrirse a los nuevos vientos democráticos que, a partir de la derrota de Hitler, se ensoñaron de Europa. En 1942, murió de leucemia en Ginebra su mujer Gertrudis; en 1945 se suicidó, por motivos amorosos, la hija Sonia, a la que escribió cartas de gran belleza y contenido. Las desgracias familiares le fueron templando la utopía y hundiéndole en el escepticismo vital, que no ideológico. En su último libro, publicado póstumamente, escribe: «Nos vamos quedando solos, más solos cada vez. A nosotros, los emigrados, nos ocurre lo contrario que a la España franquista. Ella se endurece, se petrifica en el aislamiento... Inversamente, las emigraciones políticas se desintegran progresivamente a medida que pasa el tiempo y crece su aislamiento dentro del mundo en que se instalan y en relación con el país de origen».

Se fue quedando solo. Solo con sus libros, sus artículos, su biblioteca, y unos pocos amigos. Recordando alguna vez los relatos de guerreros que escuchó de niño en Bárcena de Pie de Concha. Uno refiere la mitología del último día del año, «fiesta de la Vijanera o viejanera», con la puesta en escena de ruidosas danzas salvajes. Al romper el día, los mozos se lanzan a la calle cubiertos de pies a cabeza con pieles de animales y llevando colgadas a la cintura innumerables campanos de cobre. Enmascarados con tan (...) salvaje disfraz, corren, saltan y se agitan como poseídos de furiosa locura (...). Al atardecer, los mozos disfrazados de salvajes se reúnen en el límite de las aldeas vecinas y allí esperan a los que en ella han celebrado también igual fiesta. Les ofrecen la paz o la guerra. Si optan por la paz, la fiesta termina amistosamente bailando todos juntos. Si se deciden por la guerra, se enzarzan a golpes hasta caer extenuados».

Se pasó Luis Araquistain los últimos veinte años de su vida luchando pacíficamente para que España entrase en la paz de las democracias occidentales. Pero sus hermanos de la aldea vecina, salvajemente disfrazados, prefirieron continuar la guerra contra la otra media España, en el exilio. Unos pocos regresaron: Orte-

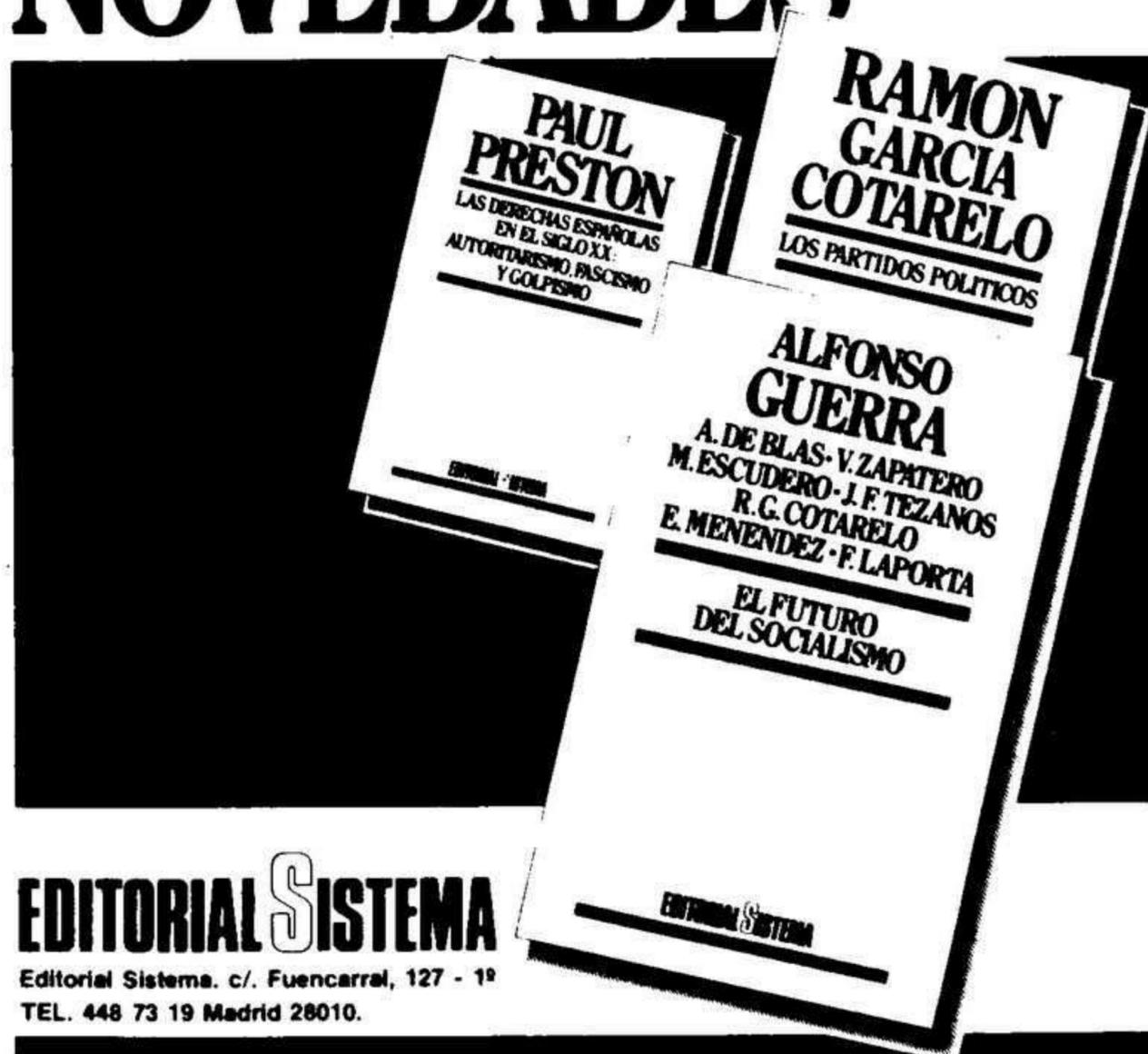
ga, Menéndez Pidal, pocos más, durante los años cincuenta; algunos vivieron lo suficiente para volver tras la muerte del dictador: Salvador de Madariaga, Sánchez Albornoz, José Prat, Rodolfo Llopis; pero la inmensa mayoría recibió sepultura en tierra extranjera. Luis Araquistain murió una tarde apacible de 1959 mientras conversaba plácidamente con su amigo y correligionario Andrés Saborit en la casa de su hijo Ramón, en la encalmada Ginebra. Acababa de escribir lo siguiente: «Sí, eso somos: la Anti-España de ellos, los eternos conquistadores».

Mucho ha cambiado España desde entonces. Para bien, sin duda. Quizá el haberlo hecho pacífica, civilizadamente, a la manera de Occidente, como Araquistain quería, sería el mejor homenaje que le podemos rendir ahora que se cumplen cien años de su nacimiento en mi tierra cántabra.

SISTEMA

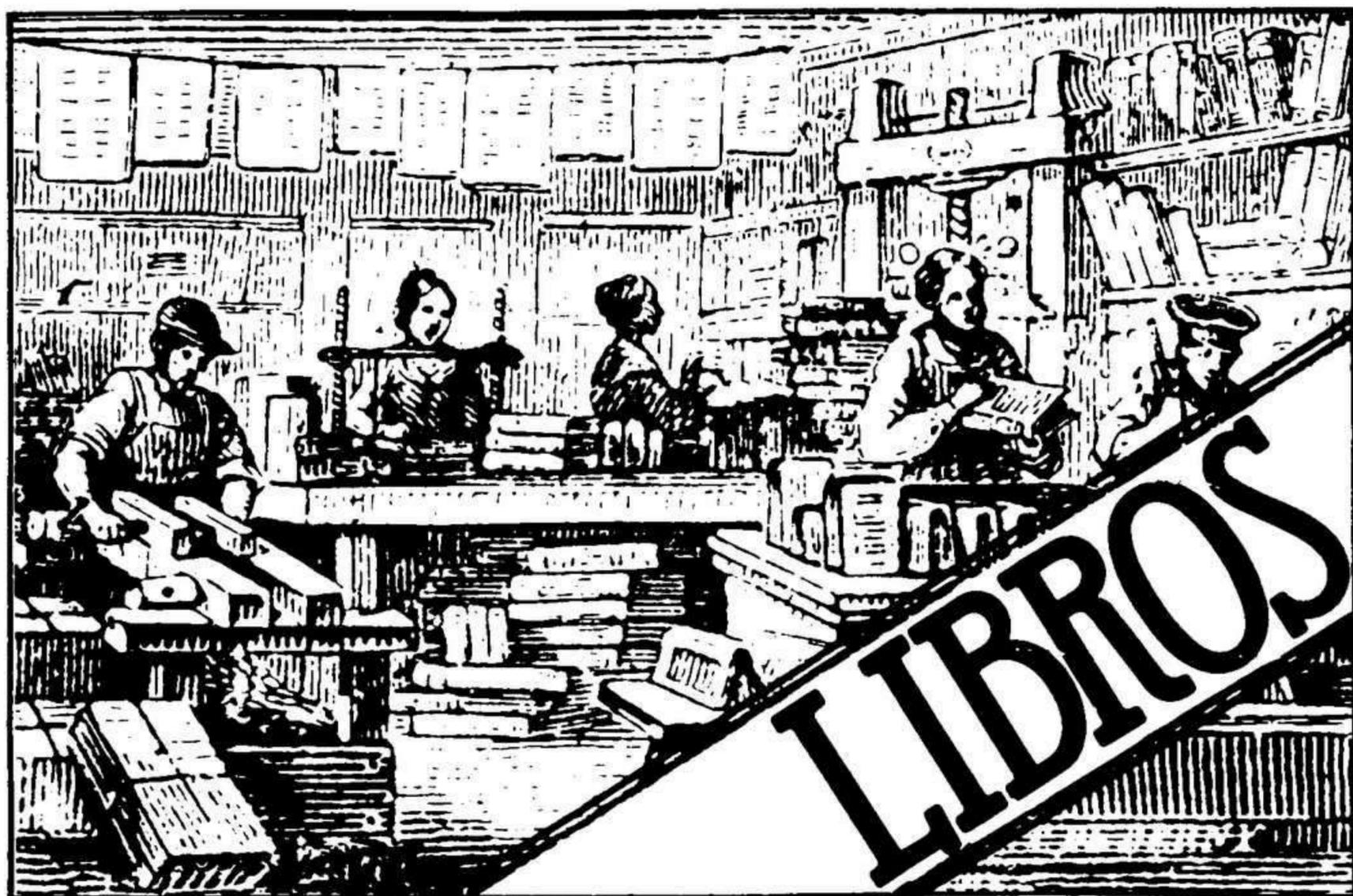
COLECCION DE CIENCIAS SOCIALES

NOVEDADES



EDITORIAL SISTEMA

Editorial Sistema. c/. Fuencarral, 127 - 1º
TEL. 448 73 19 Madrid 28010.



NACIONALISMO Y TOLERANCIA

Miguel Porta Perales

Colectivo Miguel de Unamuno,
Escritos sobre la tolerancia. Homenaje a Enrique Casas.
Editorial Pablo Iglesias.
Madrid, 1986.

El asesinato de Enrique Casas, senador del PSOE por Euskadi, fue todo un símbolo de los efectos letales de la intolerancia. Al cumplirse el segundo aniversario de su muerte, aparece un libro —*Escritos sobre la tolerancia. Homenaje a Enrique Casas*— que es un auténtico alegato contra la intolerancia y el fanatismo.

Escritos sobre la tolerancia es un volumen colectivo que, al presentarse como «Homenaje a Enrique Casas», puede llegar a disuadir posibles lectores. ¿Por qué? Pues porque se acostumbra a tener la idea de que un libro homenaje es sólo una antología de testimonios laudatorios en los que se pondera únicamente la vida y la obra del personaje desaparecido a quien se le dedica el libro. Pero éste, obviamente, no es el caso de *Escritos sobre la tolerancia*. En efecto, este libro va mucho más allá de la mera y simple antología de la que hablábamos y, tomando como pretexto el segundo aniversario de la muerte (asesinato) del senador Casas, nos propone una serie de interesantes reflexiones sobre diversos temas que están hoy, en nuestro país, de triste actualidad.

En el mencionado volumen se esparcen un conjunto de escritos sobre el problema del

terrorismo en el Estado español (firmados por personas de peso como Felipe González, Alfonso Guerra, Roca Junyent, Fraga, Suárez, etc.), y una serie de artículos sobre temas tan candentes e importantes como los siguientes: la relación terrorismo/medios de comunicación; la posibilidad o imposibilidad de justificar la violencia política; el secuestro como tortura; la problemática específica del País Vasco; el pasado y el presente de las ideas de tolerancia y pluralismo, y el carácter tolerante o intolerante del nacionalismo.

¿Cuáles son las conclusiones a las que se llega sobre temas tan importantes? Angel Benito —que analiza en profundidad la relación existente entre terrorismo y medios de comunicación— se muestra partidario de no ocultar el acto terrorista (esto es, de no ocultar la realidad), al tiempo que sugiere una serie de medi-

das: *adecuar* la información en su forma, tratamiento y cantidad (en función de la sensibilización social, de la difusión del medio y de la dimensión real del hecho), sin limitar sustancialmente la información; subrayar que la *competencia* de los periodistas y de los medios de información es la de *informar en libertad*, y ejercer el *autocontrol* profesional, decidiendo en cada caso concreto la información con criterios estrictamente profesionales. Estas sugerencias nos parecen aceptables, pero habría que ir con mucho cuidado a la hora de ponerlas en práctica, ya que algunas sugerencias son, según y cómo, contradictorias. ¿Cómo casar el «no limitar nunca, sustancialmente, la información» con el «adecuar la cantidad de información» o con el «autocontrol» de la información? Por otro lado, ¿cuándo se limita o no «sustancialmente» la información?

La cuestión de la posibilidad o imposibilidad de justificar la violencia política es tratada por Ramón García Cotarelo quien, tras desmontar los hipotéticos argumentos a favor de la violencia política, llega a la conclusión de la imposibilidad de justificar racionalmente el empleo de la violencia política. Compartimos la tesis de García Cotarelo, como compartimos también (no sé si en sentido contrario) las palabras de García Cotarelo al afirmar que «es prudente admitir que la respuesta violenta a la opresión de un régimen no democrático, aún sin ser evidente en sí misma, puede someterse razonablemente a discusión». Y es que, como dice Andrés de Blas en su estudio de la evolución de la idea de tolerancia, «la tolerancia política es incompatible con la presencia, en térmi-

nos de relevancia social, del hambre, el analfabetismo o las formas más oprobiosas de pobreza y marginación social».

La conclusión a la que llega Bernabé Sarabia en su artículo *El secuestro como tortura* no admite discusión: «el hecho en sí de secuestrar a un ser humano sumerge a éste en tal situación de dependencia, debilidad y angustia que ésta no puede ser sino una cruel forma de tortura». Así, sin más. Y cualquier matización sobra.

De entre los temas tratados en el libro conviene detenerse en uno de especial y obvio interés en nuestro país: el de la relación existente entre tolerancia y nacionalismo. Se trata, en síntesis, de responder a las dos preguntas siguientes: ¿hasta qué punto son compatibles tolerancia y nacionalismo? ¿Contiene el nacionalismo componentes que pueden hacerlo desembocar en la intolerancia y el fanatismo?

Estas preguntas han recibido, tradicionalmente, dos respuestas: hay quien piensa que tolerancia y nacionalismo son términos prácticamente antagónicos, y quien cree que tolerancia y nacionalismo no son excluyentes, porque, a fin de cuentas, no existe un solo tipo de nacionalismo, sino varios. Uno de los méritos de *Escritos sobre la tolerancia* es la de presentarnos estas dos posiciones de una manera clara y razonada. José María Benegas y Juan Pablo Fusi exponen en sus respectivos artículos los dos paradigmas dominantes en la interpretación del fenómeno nacionalista.

Para José María Benegas —a pesar de que utilice como referencia los trabajos de Fusi y suavice su tesis aduciendo que sólo se refiere a los nacio-

nalismos «cuando se fanatizan»— tolerancia y nacionalismo son, *de facto*, incompatibles porque «todo nacionalismo contiene un elemento de intolerancia y puede encerrar la tentación de derivar hacia el fanatismo y la violencia». Juan Pablo Fusi, en cambio, matiza la cuestión. Aún y constatando que el nacionalismo manifiesta ciertas tendencias uniformizadoras, Fusi acepta que el nacionalismo ha hecho libres a muchos pueblos y que se ha de distinguir muy claramente entre un nacionalismo verdaderamente democrático y liberal y otro de mesiánico y autoritario. Y, creemos, Fusi tiene razón.

Aunque parezca una perogrullada nadie puede dudar de que hay nacionalismos y nacionalismos. Es decir, hay nacionalismos fanatizados, y organicistas, y nacionalismos que no son ni fanatizados, ni organicistas. Los primeros son excluyentes, nada amigos del pluralismo y, como la historia ha demostrado, peligrosos. Los segundos, en cambio, son abiertos, plurales y democráticos.

Hans Kohn, en su conocido trabajo *Nationalism* (1955), hablaba del nacionalismo «occidental» del siglo XVIII (Francia, Suiza, Italia, Holanda y los Estados Unidos) como prototipo del segundo nacionalismo al que nos hemos referido. Pues bien, de eso se trata: de huir de los nacionalismos mesiánicos y autoritarios al tiempo que se toma partido por un nacionalismo «occidental». De esta manera, la tolerancia (un bien en sí mismo) y el nacionalismo (una realidad) dejarán de ser antagónicos.

Enrique Casas fue víctima de un nacionalismo intolerante (de unos nacionalistas bru-

talmente intolerantes). Es de todo punto imprescindible que tolerancia y nacionalismo vayan de la mano, aunque sólo sea para evitar muertes absolutamente gratuitas como la de Enrique Casas. En este sentido, un libro militante sobre la tolerancia (y contra la intolerancia) como el que aquí nos ha ocupado merece leerse. Y es que, como decía Stuart Mill, la tolerancia no es sino el barómetro de la salud moral de una sociedad.

A VUELTAS CON LA TRANSICION

Antonio G. Santesmases

J. A. González Casanova,
El cambio inacabable (1975-85).
Anthropos.
Barcelona, 1985.

En esta obra, el profesor González Casanova recoge un conjunto de artículos publicados a lo largo de la transición política. El interés por los juicios y apreciaciones del autor aumenta para todo aquel que no ha podido seguir los trabajos que, como comentarista político, ha ido publicando en la prensa catalana.

Los capítulos que aparecen se remontan a la fase de la ruptura con el régimen anterior para culminar con un breve balance de la gestión de los socialistas en el gobierno. El franquismo aparece definido,

siguiendo los análisis de Linz y de Claudín, como un capitalismo relativamente moderno, con un proletariado industrial y urbano y una amplia clase media, que sienta las bases de una sociedad moderna. ¿Era el franquismo un fascismo totalitario y popular o, en su época tardía, constituía más bien una forma coyuntural de dominación de la burguesía, perfectamente superable por ésta? ¿Tenía futuro el neocapitalismo en España, o la caída del régimen franquista implicaría también la ruptura con el sistema capitalista?

González Casanova recuerda el «voluntarismo» de las tesis oficiales de la izquierda para las cuales iba creciendo una España reconciliada, amante de la democracia formal y fatalmente capaz de aislar a los vencedores del 39, hasta el punto de producir una ruptura pacífica con el pasado mediante la movilización y la huelga de amplias masas de la población. El régimen era irreformable pero España era rupturista.

Frente a aquellas elucubraciones el autor va siguiendo, día a día, las posibilidades de la ruptura, en los meses del 76 y del 77. Su análisis es que la oposición era un cuerpo tenido a pan y agua, cuando no perseguido y torturado, durante cuarenta años, y que, por tanto, no tenía fuerzas suficientes para hacerse con el poder del gobierno. La ruptura tuvo que pasar por el cauce obligado de la reforma. El realismo se impuso porque los demócratas no tenían poder suficiente para imponer la ruptura. Esta debilidad de la oposición democrática iba acompañada de la nula voluntad, por parte del ejército, a consentir que los demócratas ocupasen los centros de poder político y administrativo sin

más legitimación que su grandísima razón moral.

La transición democrática aparece, para González Casanova, presidida por esta «debilidad» de la oposición democrática y por el recuerdo trágico de los dos intentos anteriores de consolidar la democracia en nuestro país. El tránsito a una democracia constitucional al estilo de las obtenidas con anterioridad en Europa, aparece como el horizonte esperanzador en aquellos meses del 76 y 77 para todo aquel que tenía presente una historia de enfrentamientos y luchas exterminadoras entre las dos Españas. Clausurar el clima de guerra civil e insertarse en la normalidad democrática era el objetivo de las fuerzas políticas.

Esta constatación del modelo de sociedad por el que luchaban las distintas fuerzas políticas democráticas, y el recuerdo de la debilidad de la propia izquierda al inicio de la transición, va acompañado por una reflexión sobre las posibilidades de vertebrar a la derecha democrática española. Fracasado el intento de demócrata cristiano en los años 76 y 77, se impone UCD, el partido creado desde el poder. ¿Por qué fracasó UCD en su intento de construir una derecha moderna, democrática y racional?

Para González Casanova, Suárez, que demuestra una gran habilidad para producir el tránsito desde la legalidad franquista a la nueva legitimidad constitucional, es incapaz de articular ese partido. Suárez no supo (no pudo) construir un partido político con una ideología clara y una organización nítida. La descomposición del partido que había ganado las elecciones del 79 es la que explica, entre otras ra-

zones, el triunfo de los socialistas en octubre de 1982.

La debilidad de la derecha y el peligro de involución imponen una estrategia socialista que da prioridad a la modernización y democratización del país por encima de los objetivos específicamente socialistas. Para el autor, el espacio que debía ocupar el PSOE (y que posteriormente ocupó) era el de un partido reformador, constructor del Estado democrático y autonómico. La estabilidad política, la consolidación democrática y la creación de un verdadero Estado moderno, forzaban al PSOE a ocupar el papel de la derecha civilizada. La alternativa de izquierda, en la España de los ochenta, aparece en el centro porque la misión de los socialistas era cubrir las radicales y seculares insuficiencias de la derecha. La España liberal, democrática, federal, progresista, moderna, tolerante, necesitaba de una izquierda de clase media y de proletariado no revolucionario, que dotase al país de un gobierno estable y eficaz, que supiese reforzar el poder civil. La ausencia de un poder civil eficaz, ha conducido en nuestra historia al poder militar y al golpe de estado.

Como el lector habrá podido percibir, las tesis que defiende el profesor González Casanova responden plenamente a las posiciones mantenidas mayoritariamente por el socialismo español. La conciencia de la imposibilidad de la ruptura con el régimen anterior, la debilidad política de la burguesía española, y la necesidad de suplir a la derecha en la tarea de asentar un Estado democrático a la usanza europea, han sido los pivotes sobre los que ha girado el discurso político socialista en estos últimos años. Para los que

tratan de medir, desde estos supuestos, la acción del gobierno, los resultados están ahí: el espectro de la guerra civil y la sombra de la involución se han alejado, y España ha logrado integrarse en Europa. La dosis de cambio es suficiente.

Como señala acertadamente el autor, no es ésta, sin embargo, la única tarea de los socialistas. La sustitución de la derecha democrática (la suplencia de una carencia) no puede agotar el proyecto socialista. El reto de construir el socialismo autogestionario aguarda. Los viejos ideales juveniles que apostaban por una transformación radical de la sociedad permanecen intactos. Por decirlo con palabras del autor: «...he de admitir que los socialistas no han sabido ni podido movilizar a los españoles en la construcción revolucionaria de una nueva sociedad, tal vez —entre otros motivos— porque no está nada claro que hubiésemos sabido o podido conservarla y defenderla de sus enemigos interiores y exteriores» (pág. 10).

En el epílogo de la obra se intenta tender un puente entre esta tarea de consolidar la democracia y la posterior etapa de transición hacia la sociedad socialista. ¿Logrará algún día el PSOE arribar a esa segunda fase de profundización democrática, de lucha contra el poder hegemónico capitalista? El buen sentido posibilista de la generación hoy en el gobierno, alabado a lo largo de la obra, como muestra de cautela y de prudencia, se completa en el epílogo con una leve crítica a un talante excesivamente pragmático y poco ideologizado.

Una sociedad secularizada, compleja y pragmática es poco dada a metafísicas, y por

ello, teme el autor, que nuestra inserción en Europa, en momentos de degeneración de los hábitos democráticos en el viejo continente, pueda posponer «sine die» cualquier proyecto socialista. ¿Dónde están esos proyectos a largo plazo que suplan la constante apelación a lemas genéricos y equívocos: cambio, modernización, progreso?

Tras este resumen de la obra me gustaría realizar ciertos comentarios a la misma. En primer lugar, es preciso constatar que la imposibilidad de la ruptura con el régimen anterior no debe hacernos olvidar la necesaria diferenciación de los periodos. Es cierto que la izquierda no podía hacer otra cosa hasta el 15 de junio del 77 sino aceptar el cauce de la reforma. Etapa diferente es la constituyente, donde sí se pudo hacer otra política. Aún aceptando los límites que impone la constitución en un país capitalista, como un compromiso entre las clases ascendentes y las descendentes, entre la derecha y la izquierda, y asumiendo las renunciaciones a las que se vio forzada la izquierda (en temas como el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, la república o la caracterización del régimen económico capitalista) parece imprescindible recordar que aquel periodo de consenso pudo haber sido continuado de maneras muy distintas.

La gran crisis del PSOE en 1979 viene justamente no de discrepar en la política realizada a lo largo de la transición, sino de enjuiciar de manera distinta el proyecto de futuro. ¿Debia el PSOE convertirse en un partido de gobierno a corto plazo, o debía permanecer largo tiempo en la oposición? Si pretendía acceder rápidamente al gobierno,

¿debería mantener sus anteriores señas de identidad o debía arrojar todo lastre ideológico que le impidiera alcanzar un éxito electoral?

Es evidente que no se optó por construir un partido de clase, con unas señas de identidad nítidas en relación al modelo de sociedad existente, sino que se abdicó de todo programa anticapitalista para pasar a defender un discurso puramente liberal. Si el único criterio para medir la acción posterior del gobierno, para saber si la dosis de cambio es suficiente, es el de la estabilidad democrática, el balance es enteramente positivo. Si nos hacemos, sin embargo, otras preguntas, tenemos que constatar que esta tarea de consolidar la democracia en España ha tenido un precio: la desnaturalización del proyecto socialista.

Se puede contestar a esta crítica que para hablar de desnaturalización habría primero que conocer la «naturaleza». ¿La situación actual del socialismo europeo permite mostrar algún modelo socialista que haya triunfado? La crisis de la socialdemocracia y la experiencia fallida del socialismo del sur de Europa fuerzan a contestar negativamente.

Tiene por ello razón González Casanova cuando afirma, en las últimas páginas, que la integración de España es en una Europa de democracia degenerativa y de socialismo languideciente. Pienso, no obstante, que si no queremos sucumbir a la tesis empirista de aceptar que el socialismo es simplemente lo que hacen los socialistas hay que intentar mantener, al menos teóricamente, un concepto de socialismo alternativo a las prácticas existentes. Desde la idea del socialismo como

autogobierno de los productores hay que decir que la hegemonía del capital nacional y transnacional se ha fortalecido y que las expectativas de los socialistas se han evaporado. Desde este balance, positivo para la democracia constitucional, negativo para el socialismo autogestionario, podemos afrontar mejor el debate sobre el futuro del socialismo. Esta obra, al recordarnos el pasado y prevenirnos sobre peligros que nos acechan en el futuro, puede ser un buen punto de partida para iniciar ese debate.

LA POLITICA, NUEVA FORMA DE CULTURA

José A. Gimbernat

Reyes Mate,
Modernidad, religión, razón.
Anthropos.
Barcelona, 1986.

La colección de trabajos «escritos desde la democracia» de Reyes Mate representa una reflexión libre, sensible al pulso de la historia y socialmente comprometida cuando encara las cuestiones que hoy plantean la modernidad y su razón, el socialismo y la dimensión pública del cristianismo. Son temas fluidos en razón de la controversia actual y dignos de un debate intelectual y moral.

Fueron los dos grandes filósofos de la primera genera-

ción de la Escuela de Frankfurt, Adorno y Horkheimer, los que ya destacaron en los años cuarenta la crisis traumática de la modernidad y consecuentemente de la razón que la hace nacer en cuanto proceso cultural y civilizatorio y como proyecto político-social. Crisis y aporías debidas sobre todo al imperio de la racionalidad instrumental, experta y eficaz en la adecuación de los medios técnicos a los fines, pero ciega para replantear y reconducir los fines sociales, e impotente para hacer realidad los ideales de libertad e igualdad que estaban en el origen de la modernidad. «Se ignora continuamente que un exceso de racionalidad es un déficit de racionalidad», escribía Adorno. Sin embargo, este diagnóstico sobre los límites y fracasos del discurso de la modernidad no les llevaba a preconizar ni a desear su reversibilidad.

Tampoco a Reyes Mate, que al destacar la actual crisis de civilización defiende a la vez los contenidos irrenunciables de la ilustración fracasada. Habermas ha reclamado una ilustración de la ilustración. Reyes, en la misma dirección, inicia una reflexión que no acepta el entierro sin duelo de los proyectos que definieron la modernidad, en oposición a los propósitos del pensamiento posmoderno. Los objetivos de la igualdad y la libertad nacidos en aquella tradición siguen siendo reivindicados en este libro. Las tendencias disolutorias de los ideales ilustrados representan también una amenaza para el socialismo. Su herencia se ve puesta doblemente en peligro.

Por una parte, debido a la persistencia y al fortalecimiento de la racionalidad instrumental, perceptible en la tecnocracia legitimada en sí

misma, en la gestión política limitada a cumplir fines no propuestos, sino ya dados; en la adaptación a la, en apariencia, única racionalidad propia e inmanente a la realidad. Consecuencia de ello son los déficits en las propuestas éticas, desvirtuadas como retórica superflua, y la ausencia de un pensamiento filosófico-político capaz de replantear antiguos y nuevos objetivos sociales. Para Reyes el socialismo más que nunca necesita ser impulsado desde la ética de la igualdad universal; la revalorización de ésta es su más fiel valedor, una vez desmoronadas las filosofías de la historia, que apoyaban su plausibilidad y hasta su carácter ineluctable. Ausente tal pretensión moral, no se ve con qué bagaje se pueda plantar cara al darwinismo social cuyo resultado es el éxito de los menos y más fuertes, ni como se pueda rebatir a los historiadores que sólo juzgan dignos de mención a los triunfadores y olvidan las causas y los sufrimientos de los vencidos.

Por otra parte, el pensamiento igualitario se ve asaltado por los propiciadores de la filosofía de la diferencia, que difícilmente eluden su interpretación neoconservadora: se entiende, de la diferencia —incuestionable en cuanto hecho— de los socialmente más fuertes, más bellos.

Sabe el autor que no se trata en la democracia de recuperar la ardiente sobrecarga ideológica de la última época de la dictadura y los primeros años de la transición, habiendo quedado en evidencia su fuerte componente retórico. No cree posible repetir el mismo discurso político en la libertad que bajo la dictadura, pero tampoco le resulta justo abdicar de todos sus supuestos, y sobre todo no lo es, re-

nunciar a lo mejor de sus fines. Ciertamente que esta sobriedad ideológica no viene sólo exigido por las nuevas condiciones de pensar y actuar en la democracia. La crisis supranacional de la izquierda europea, la crisis también del marxismo y del pensamiento socialista, determinan un enfriamiento ideológico que Reyes no ve obligadamente acompañado del fin del socialismo.

En este contexto preocupa también al autor resituar el tema de la religión. Ni la razón moderna —«por lo dicho»— ha representado siempre progreso, ni la religión ha supuesto ineludiblemente oscurantismo. Dos supuestos demasiado simples de los primeros ilustrados. Es cierto que una nota irrenunciable del Estado moderno es la laicidad, y que hoy la teología reconoce la legitimidad de tal pretensión, a la que durante tanto tiempo se opusieron las Iglesias. Ello devuelve la religión a la sociedad civil, que es su espacio adecuado. Pero esto no significa que la religión deba renunciar a su vocación pública. Desde luego, ésta no debe ser entendida como institucionalización de lo religioso en instancias sociales de poder, ni como una reconfesionalización camuflada de las instituciones públicas. Pero en el pluralismo cultural moderno le corresponde un espacio y un reconocimiento al hilo emancipador, de libertad, que también está presente en la mejor tradición religiosa, junto con sus páginas reaccionarias. Esta dimensión pública de la creencia, el cristianismo la puede hacer efectiva en sus símbolos y narraciones, en la memoria del sufrimiento padecido en la cara oscura de la historia, en el recuerdo de la esperanza de los vencidos y de los que aún hoy no han conse-

guido llegar a ser sujetos, sino que son los no-sujetos de nuestras sociedades.

Desde aquí se puede ejercitar una crítica religiosa y política a la ideología del éxito, en la que se resuelven gran parte de los impulsos de la modernidad. Y el cristianismo de este modo puede significar una fuente de inspiración ética para el socialismo; así lo reconoce Reyes Mate. Todo ello nada tiene que ver con la pretensión de altos eclesiásticos españoles de configurar una cultura católica en frente y opuesta a la cultura laica. El significado legítimo del cristianismo es, entre otras cosas, una presencia en favor de la igualdad, dentro de la cultura de todos.

LA NOVELA DE LA TRANSICION

César Leante

Juan Luis Cebrián,
La rusa.
Alfaguara.
Madrid, 1986.

Lo primero que sorprende en esta muy atractiva novela es su título (*La rusa*), seco, directo, quizá si chocante, que no cuadra ni a la historia que cuenta ni mucho menos al tono en que está escrita. ¿Deliberada intención del autor por molestar desde el principio? Después de releerla estoy

convencido de que mucho más adecuado habría sido llamarla *Esas hojas podridas* o *Amor, política y todo lo demás*, o cualquier otra designación huxleyana semejante. El hecho de que Baltushka sea la protagonista no justifica que su apodo de prontuario policiaco se estampe en la portada.

También pudiera achacarse a una suerte de advertencia del narrador a sus postulables lectores: «Atención, que van a enfrentarse no con un relato almibarado, sino duro y con un cargado sabor amargo». ¿Como escrito por quien desde hace muchos años es un brillante periodista y dirige uno de los periódicos más seductores de España? Otra trampa, un nuevo ardid. Pues la novela poco tiene que ver con el periodismo si entendemos por esto superficialidad, anecdotismo, mera información. En este sentido *La rusa* (casi me niego a poner este nombre) poco tiene que ver con ese medio de comunicación masiva.

Ahora bien, si para Juan Luis Cebrián como para García Márquez, periodismo es el uso de «ciertos recursos legítimos para que los lectores crean la historia», entonces la ficción que nos entrega tiene ribetes francamente periodísticos. ¿Y cuáles son esos recursos legítimos (periodísticos) utilizados por Cebrián? De nuevo nos socorremos de García Márquez: nos remite él a un «apoyo en elementos de la realidad inmediata». Esto le otorga credibilidad a la historia. Y *La rusa* (no hay más remedio que identificarla así) se nutre de elementos (hechos, medio, conceptos) de una realidad tan inmediata que uno está tentado a preguntarse si no se trata de una crónica íntima e intelectual de

la transición democrática en España. Hay más, inclusive uno se pregunta si el presidente del cual es ayudante o consejero Juan Altamirano, el protagonista de la saga, no será Adolfo Suárez. Hay guiños para inducirlo así: por ejemplo, su «cara infantil de ojos saltones», además de que la data de la acción de la novela se corresponde con su período presidencial. Pero son celadas del autor para inquietar o hacer sucumbir al lector, como decenas de ambiguas pistas semejantes entre las que despunta la posible relación de la ficticia revista *Más* con la verídica *Cuadernos para el diálogo*, tan significativa en el mundo intelectual-político de los años póstumos del franquismo.

Todas estas asechanzas de que está plagada la narración no tienden sino a conferirle la medular actualidad que posee y su asentamiento en un terreno fronterizo entre lo supuesto y lo fáctico. No soy muy ducho en la novelística española contemporánea, pero tengo para mí que se adentra tan abierta y descaradamente en los días casi presentes que este bautismo de Cebrián en el relato largo lo inscribe entre los adelantados o rastreadores de este género. ¿Quiere eso decir que *La rusa* (me niego a justificarme más) es una novela realista? No, si por realismo se entiende el traslado crudo de la realidad a la literatura; sí, si acordamos, como lo postula Jorge Ruffinelli, que «el realismo es la más mañosa de todas las escrituras literarias». Quizá sin conocerla, Juan Luis Cebrián ha aplicado puntualmente esta definición para entregarnos un producto que cae dentro del campo neto de la creación literaria: una novela no real, sino posible; no veraz, sino creíble.

Esto nos devuelve a su vinculación (o no) con el periodismo, pero ahora desde la vertiente del lenguaje. En *El grado cero de la escritura* Roland Barthes apreciaba la escritura periodística como «blanca, sin estilo». Con entera seguridad la consideración es injusta y peca de soberbia. La escritura periodística no tiene por qué ser blanca ni carecer de estilo. Todo depende del periodista, aunque, por otra parte, también es verdad que el medio, como las estrellas, inclinan. Pero ninguna prosa más alejada de cualquier peyorativa albura que la que Cebrián despliega en su ficción. Por el contrario, es un lenguaje de suma riqueza, lleno de aciertos idiomáticos, cuyo registro abarca por igual párrafos de absoluta poesía hasta el uso desafiante de la jerga más zafia, sin desdeñar la acidez del humor. Hay en él una transparente voluntad de estilo. Tanto es así que Baltushka acusa a Juan de estar siempre haciendo frases. Y si yo tuviera que definir a la novela como una, no vacilaría en decir que es una novela sobre un intelectual escrita por otro intelectual que en más de una ocasión parece funcionar como «alter ego».

Y el intelectual Juan Altamirano descrito por el intelectual Juan Luis Cebrián es en cierto modo arquetípico del que formó o se forjó en la lucha un tanto legal, o sólo veladamente clandestina, contra el franquismo; un intelectual de procedencia católica y, por supuesto, de extracción social no proletaria, pero que se sintió tentado por «el Partido», «el único», que se escribía con mayúscula. Pero a estas alturas, cuando lo toma el autor de la novela, Juan es un ser pensante ya con una gran fatiga encima y decepciona-

do, quizá justamente a causa de su lucidez. Ya sabe, por ejemplo, que no es la verdad sino la duda «lo que ha hecho siempre libre al hombre»; ya sabe que detrás de la violencia revolucionaria (de ETA en su caso) no está el idealismo sino el fanatismo, y con obsesión se cuestiona: «¿Cuál es la frontera que los separa (a los idealistas) de los fanáticos?». Se debate entre su pertenencia al poder, que rechaza, y el retorno (ya imposible para él) a sus tal vez ingenuas pero nobles aspiraciones juveniles, reprochándose lo que en palabras un tanto crípticas de Lezama Lima sería el «haber cambiado la fede por la sede», doliéndole hondamente no poder ya «construir siempre desde cero, que es la mentira hermosa de los jóvenes, su condición inocente de bastardos engañados». (Entre paréntesis, he aquí una muestra del estupendo estilo en que está construida verbalmente esta novela). Se ha dado cuenta, Juan, de que el intelectual es un incapacitado no sólo para ejercer el poder, sino hasta para girar en su órbita: el sayo de funcionario no le ajusta. «Los intelectuales no servimos para esto» —le confiesa a su amigo el periodista Julián García Hurtado, el único a quien guarda una sentida amistad y por ello es capaz de confiarse a él—... no servimos porque se nos llena la boca de explicaciones que desconocemos y se nos vacía el cerebro cuando la realidad sobrepasa nuestra alucinación».

Desde el principio la novela tiene este tono, reflexivo, analítico, permanentemente conceptual. No es una obra que roza la epidermis sino que cala el cuerpo, pero que por su sagaz manejo del presente histórico se lee con el interés informativo de la primera edición de un diario, en busca de

la noticia de última hora, con el sabroso olor y la temperatura de un pan recién sacado del horno.

Dos impertinencias: quizá Cebrián debió diferenciar más las voces de Juan y Baltushka, que se alternan la narración de los capítulos, pues el timbre conceptual de ambos los emparenta excesivamente; y dos, la novela realmente concluye en el capítulo XV, cuando Begoña regresa desencantada de Cuba y se entera de que Juan ha sido víctima de un atentado. La cercana muerte de su amante —en la más afectiva acepción del término— que presiente, y su regreso como derrotada de la isla en la cual un día depositó su anhelo de futuro y se retrató con un machete al viento como una bandera de permanente victoria, mas donde ahora «sólo se hace lo que quiere Fidel» y donde su amiga Beatriz ha sido violada por «un mulato brutote y espeso» (la adjetivación de Cebrián es otro de sus aciertos lingüísticos) que era el jefe de su brigada, y ella, Begoña Aizpuru, vasca de origen, sutilmente ha tratado de ser captada por la Seguridad (si bien este Gulag «no es tan malo», en palabras de Baltushka, y el tratamiento que recibe a manos de la Seguridad española como presunta implicada en el asesinato de Juan no es precisamente cortésano).

En fin, la novela termina aquí, en este capítulo conducido con mano maestra, y poco importa saber si Juan fue asesinado por ETA, por Ricardo o mandado a eliminar por oscurar fuerzas del propio poder al que servía. Todo eso carece de importancia y remite a una anécdota policíaca de la cual la obra de Cebrián carece por completo, pese a lo que en contrario intento ven-

ernos la solapa del libro. La novela no tiene por qué ser explícita ni explicativa. Su terreno es la sugerencia. Mucho más en un *roman à clé* como ésta lo es en más de una oportunidad (o en muchas oportunidades). Felizmente.

En suma, y en contra de lo que podría suponerse dado el poderoso historial periodístico que acarrea su autor, Juan Luis Cebrián ha escrito una absoluta novela.

EL CREPUSCULO Y LA BRUMA

Antonio G. Santesmases

Manuel Azcárate,
La izquierda europea.
El País.
Madrid, 1986.

Esta obra de Manuel Azcárate es sumamente importante en el panorama del pensamiento político español actual. Si hay alguna tarea urgente a realizar es la de desmitificar Europa, en la época del franquismo, ha significado la democracia, la libertad y el pluralismo. Nada más lógico dada la represión, el autoritarismo y la uniformidad que caracterizaron al anterior régimen. Nuestra situación requiere, sin embargo, análisis más cuidadosos de las posibilidades y los límites de la izquierda en el continente europeo.

Si el lector desea iniciarse en problemática tan difícil como apasionante, nada mejor que comenzar leyendo este libro de Manuel Azcárate. El autor comienza estableciendo un breve recordatorio histórico acerca de la crisis de la II Internacional. Es acertado este inicio para poder afrontar los problemas del internacionalismo actual, remitiéndonos a experiencias históricas en las cuales fracasó la llama internacionalista en el seno del movimiento obrero.

Interesa resaltar, igualmente, el análisis de los inicios de la Internacional Comunista para comprender la dificultad posterior de compatibilizar los intereses del Estado soviético y las perspectivas de los partidos comunistas. Al producirse el aislamiento de la Rusia revolucionaria al fracasar la revolución en Europa Occidental, los temores que expresaron Gramsci y R. Luxemburgo se hicieron realidad, el temor a la rusificación se confirmó y la Internacional Comunista fue convirtiéndose en un instrumento del Estado soviético.

Uno de los episodios más trágicos de esta disociación entre las realidades que vivían los partidos comunistas y las necesidades del Estado soviético aparece el 23 de agosto de 1939 cuando se produce el pacto Hitler-Stalin. Como señala Azcárate, los comunistas perdieron en días un capital de combatividad democrática que habían tardado años en ganar en el corazón de los pueblos. Sólo una mítica fe en las «razones» de la URSS podía hacer comprensible semejante acuerdo. Cuando en junio de 1941 Alemania invade la URSS, los imperialistas de ayer (Francia, Inglaterra) se convertirán en demócratas que defienden al lado de la

URSS la libertad y el progreso. Sólo la valentía, la capacidad de sacrificio y la entrega de los comunistas lograron borrar este recuerdo y conseguir que en la resistencia antifascista se produjera el momento más alto de la historia del comunismo en Europa.

Una Europa en la que las luchas y los sacrificios en la resistencia y la euforia por la victoria frente al nazismo, no desembocará en insurrecciones nacionales ni en tomas del poder por parte de los partidos comunistas. La revolución no se producirá.

La Unión Soviética comienza a aplicar a partir de Yalta, una política de gran potencia y «exporta» la revolución a los países que caen en su órbita de influencia constituyendo las denominadas «democracias populares». Los Estados Unidos, a partir de la era Truman, sustituyen el antiguo antifascismo por el anticomunismo y dividen el mundo en dos: los países libres y democráticos en los que impera la regla de la mayoría, y aquellos otros que están presididos por la opresión comunista. Los países europeos, arruinados por la guerra, aceptan la perspectiva norteamericana y a partir de 1947 se produce una nueva escisión en la izquierda. Los dos grandes militarismos imponen sus «razones de Estado» y la contraposición maniquea entre los bloques. Los partidos socialistas se alinean con la OTAN y los partidos comunistas apoyan a la Unión Soviética.

Es especialmente interesante recordar el debate en el seno del Partido Socialista francés, cuando L. Blum intenta defender una tercera fuerza que evite a los socialistas escoger entre los dos bloques militares (págs. 130-133). Esta

perspectiva desgraciadamente se esfuma y la presión norteamericana se impone.

A partir de esta definición bipolar de las relaciones internacionales cada una de las dos superpotencias aplica una política de sometimiento a sus directrices. En Hungría en 1956, o en Praga en 1968, la URSS muestra con sus carros de combate los límites de la soberanía de sus satélites. La socialdemocracia de posguerra se convierte, a su vez, en una pieza decisiva para lograr un funcionamiento estable de los Estados europeos. Mediante una política keynesiana de distribución de la renta y de estímulo a la demanda, la socialdemocracia piensa que ha logrado domesticar al capitalismo. El Congreso del SPD de Bad Godesberg marca un hito decisivo en esta evolución del socialismo europeo, al aprobar el abandono del marxismo y la asunción de la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica. El SPD se define como un partido del pueblo que defiende la conjunción entre la planificación y la libre empresa.

El culto al Estado, el incremento del consumo y la extensión de los servicios sociales va acompañado por una defensa del sistema parlamentario pluralista. Las experiencias del fascismo y del estalinismo están detrás de esta reivindicación de la democracia representativa por parte del socialismo de posguerra, pero también pesa la división del mundo en bloques militares. La OTAN aparecerá definida como un poderoso baluarte para la paz. No se pondrá en discusión la hegemonía estadounidense, hasta el punto de que en la época de la guerra americana contra el pueblo vietnamita la Internacional Socialista permanecerá silenciosa (pág. 183).

Esta interpretación de Azcárate del socialismo de posguerra es muy necesaria. La crisis económica actual con sus secuelas de paro, marginación y pobreza, ha hecho que muchos teóricos y analistas vuelvan sus ojos al Estado del bienestar como si éste fuera sin más el socialismo. Las tres críticas de Azcárate a la socialdemocracia: a la dependencia norteamericana, a la insolidaridad con los pueblos del Tercer Mundo y a la limitación de las reivindicaciones a un ámbito cuantitativo, son por ello pertinentes y conviene tenerlas presentes.

La crisis de 1968, en pleno «boom» económico, plantea, sin embargo, una serie de reivindicaciones cualitativas que habían sido olvidadas por la izquierda gubernamental. Para Azcárate, en aquellos días de mayo van germinando los nuevos movimientos sociales. Movimientos europeos que, sin embargo, no se realizan a espaldas del Tercer Mundo, ya que para muchos de aquellos jóvenes de la generación del Vietnam los que luchaban de verdad contra el imperialismo eran los pueblos del Tercer Mundo.

Mayo del 68 y la primavera de Praga van a generar una nueva reflexión de la izquierda europea y van a forzar transformaciones importantes en el seno de los partidos políticos. El socialismo francés renace a partir de 1971 y comienza a hablar un nuevo lenguaje. Trata de acabar con el capitalismo y de construir un socialismo autogestionario apoya transformar la naturaleza y la función del Estado e iniciar la transición al socialismo. Este «nuevo» socialismo no rehúye la alianza con el partido comunista y apoya a los pueblos que luchan contra el imperialismo y el colonialis-

mo. La superación de los bloques militares vuelve a aparecer entre sus objetivos.

El eurocomunismo es la fórmula que adoptan los partidos comunistas que tratan de ofrecer un modelo distinto al soviético. Para estos partidos el Estado soviético está regido dictatorialmente por una capa opresora. Hay que ofrecer a las masas trabajadoras un horizonte distinto al capitalismo avanzado y al despotismo burocrático. Es imprescindible salir del binomio elecciones o insurrección y enriquecer la democracia política con un reconocimiento del protagonismo de los nuevos movimientos sociales. El eurocomunismo defiende un modelo de transformación social que se articula mediante un avance disperso por el tejido social y se basa en un partido de nuevo tipo en el que se fomenta la crítica y el respeto a la discrepancia; un partido que es, de algún modo, anticipo de la efectiva autogestión que se promete para toda la sociedad.

El lector podrá pensar que hemos vuelto de pronto a la noche de los tiempos porque es tal la velocidad en la evolución ideológica de nuestra izquierda que los términos del discurso político antedicho, habituales hace sólo diez años, han desaparecido casi por completo de escena.

Ni el socialismo mediterráneo (en el poder) ni el eurocomunismo (en la oposición) han logrado pervivir. Los socialistas franceses eran los que defendían de una manera más audaz este discurso de ruptura con el capitalismo y de freno a la bipolaridad. Es cierto que en los inicios de su gestión realizan una serie de medidas, congruentes con su programa, y proceden a efectuar la na-

cionalización de la banca y a adoptar medidas favorables al incremento del poder de los trabajadores. A partir de 1983, sin embargo, retornan a una política económica tradicional, centrista y capitalista, que concede un cierto espacio a los servicios sociales pero que trata de asegurar la rentabilidad de la empresa privada.

¿Estamos, como pregunta Azcárate, ante una repetición de un esquema ya clásico: los partidos socialistas prometen en la oposición un nuevo camino y una vez en el poder olvidan sus programas y se someten a los dictados del capital? Hay que estudiar detenidamente las causas de este fracaso de los socialistas franceses. ¿Es cierto que los gobernantes no pueden sino administrar unos mecanismos de poder cuyas opciones decisivas están determinadas por factores supranacionales (los bloques militares y las multinacionales)? ¿Dónde queda entonces la voluntad política y la capacidad de iniciativa?

El desconcierto y la duda de la izquierda nace de una triple realidad: el fracaso del esfuerzo soviético por lograr una sociedad donde se pueda hablar de socialismo, el fracaso del camino socialdemócrata por evitar los males del capitalismo avanzado y la pavorosa situación del Tercer Mundo. ¿Qué le queda a la izquierda?

Para el autor, la izquierda debe evitar, en primer lugar, una confianza mítica en el poder de los Estados nacionales. La izquierda ha sido, hasta ahora, nacionalista y estatalista y ha pensado que tomando en sus manos el gobierno podía transformar desde arriba la sociedad. La internacionalización de la vida económica exige concebir y preparar los

cambios en un plano europeo. La ocupación de Europa por las dos superpotencias hace perder a ésta su iniciativa como entidad independiente. Los dos grandes bloques militares no sólo amenazan con poner fin a la existencia humana, sino que al militarizar la política hacen que ésta pierda cualidades democráticas. Como señala acertadamente Azcárate: «Todo intento de discutir con racionalidad los fines, la razón de ser de las dos grandes alianzas militares, es sospechoso porque puede agrietar esos dos grandes edificios. La racionalidad sólo se admite en el cómo, en los instrumentos, no en el para qué» (pág. 303).

Este desmedido proceso de militarización hace que la contradicción Este-Oeste se imponga como la única realidad, olvidando la trágica realidad de una división Norte-Sur y la urgente construcción de un nuevo orden económico internacional.

La pérdida de confianza en la capacidad de maniobra de los Estados nacionales y la innovación de un plano europeo es resaltado continuamente por Azcárate en su libro. La parte final de la obra, al hablar de la crisis de los ochenta, muestra ese desconcierto, ese vacío, del que hablábamos anteriormente y formula la interrogante que considero esencial para entender la obra: ¿es el Estado el instrumento necesario para operar el cambio, para realizar la nueva sociedad? ¿Debe ser la participación en los gobiernos la razón de ser de los partidos socialistas? ¿Son soberanos los Estados europeos o constituyen más bien las coartadas, los conductos vergonzantes para imponer las decisiones de la superpotencia norteamericana? ¿El Estado

europeo está encerrado en una red de determinaciones a la que no puede escapar?

Todo este conjunto de interrogantes son de tal magnitud que invitan a callar y pensar. Estamos ante una obra que no es habitual en el panorama español, y no lo es porque trata de situar nuestra problemática en el contexto de un continente sometido a la presión de las dos superpotencias y de mostrar que nuestro futuro puede acabar en manos de minorías financieras, supraestatales.

Ante tan sombrío panorama Azcárate apuesta por un proyecto socialista a nivel europeo que logre conjugar las necesidades que imponen las nuevas tecnologías, los problemas de la paz y el desarme y la relación con el Tercer Mundo. Esta acción en el plano europeo no debe ser sólo institucional sino que, partiendo de las insuficiencias de la democracia parlamentaria, debe tratar de fomentar nuevas fórmulas de democracia directa. Ante el techo de la política institucional y la capacidad de manipulación de las élites, Azcárate ve en los nuevos movimientos sociales el germen de una nueva forma de hacer política. El pacifismo, el feminismo, y el movimiento antinuclear son formas de resistencia frente a la degeneración de unos partidos políticos cegados por el pragmatismo electoralista.

El Estado es demasiado grande para absorber las reivindicaciones cotidianas, y demasiado pequeño para poder superar los constreñimientos económico-militares. La lucha en un plano europeo-institucional sólo encontrará sustento si se ve apoyada por las reivindicaciones sectoriales de aquellos que pueden evitar

una estatificación burocratizadora y paralizante. Sólo desde estos movimientos se puede mantener un mínimo entusiasmo militar y evitar un alejamiento de la cosa pública y una reclusión en lo privado por unos ciudadanos cada vez más resignados ante lo inevitable. ¿Es suficiente esta resistencia movimientista para salir de la resignación y evitar la privacidad pasiva? Es evidente que las luchas revolucionarias en el Tercer Mundo prosiguen, pero en el caso de Europa, ¿no nos encontramos con una realidad crepuscular, condenada a la decadencia y a la marginación? ¿Es posible esa revitalización de la izquierda institucional que la permita fraguar un proyecto europeo? ¿Está garantizada la supervivencia de los movimientos sociales?

Todas estas preguntas surgen de la lectura de este libro de Azcárate. Continuamente se tiene la sensación de que esta obra importante puede ser malentendida o tergiversada. Para unos puede significar «la gran justificación» de todas sus dejaciones. Para otros, una nueva fuga hacia adelante que remite a un futuro brumoso cualquier posibilidad de acción transformadora.

Quisiera centrarme en estos comentarios finales en tres puntos decisivos de toda la obra. En primer lugar, la propia conceptualización del espacio europeo plantea un problema decisivo. Si excluimos a los países neutrales y a los miembros del Movimiento de Países No Alineados, es evidente que la dependencia del liderazgo norteamericano es de tal magnitud que se podría decir que la internacional conservadora siempre juega con ventaja. Es evidente que conservadores hay en Estados Unidos y en Europa Occiden-

tal. Socialistas únicamente en el viejo continente. ¿Tiene alguna posibilidad de evolución hacia la izquierda de la sociedad norteamericana? Si la respuesta es negativa, si no existe ninguna posibilidad de poner coto al reaganismo, las posibilidades del viejo continente son sombrías.

La acción política en el plano europeo encuentra un segundo problema en las diferencias de ritmo. El aislamiento del socialismo español en el contexto europeo puede ser sustituido un día por el aislamiento germánico, británico o francés. ¿Es pensable acaso una coordinación a nivel gubernamental, al mismo tiempo, de los socialismos europeos? Aún en el caso de que fuera así, ¿podrían los socialistas europeos contrarrestar la hegemonía conservadora (norteamericana y europea)?

Si las perspectivas institucionales son limitadas, el

mantenimiento de los movimientos sociales es también problemático. La derrota de los pacifistas europeos contrarios a la instalación de los euromisiles y de los pacifistas españoles puestos a la permanencia en la OTAN ha producido una dispersión de fuerzas y una vuelta a la privacidad. ¿Se pueden mantener las banderas ideológicas cuando los poderes políticos son hostiles a estas demandas? ¿No existe el peligro de un abandono del espacio político para curar las heridas de tantas derrotas? ¿No se reivindica hoy una reclusión en una cotidianidad «absolutamente distinta» a lo establecido pero a su vez «absolutamente marginal» frente al sistema?

Creo, en fin, que este libro de Azcárate es de imprescindible lectura para todos aquellos que quieran huir de la maldad estatal (por utilizar la expresión de un libro de Elías Díaz ya comentado en estas

páginas) y hacer realidad la soberanía popular. Muchos de ellos recordarán la época del reformismo revolucionario y su defensa de la necesidad de transformar la naturaleza del Estado capitalista mediante un partido de nuevo tipo y un socialismo inédito. Es evidente que estos proyectos han quedado en discursos teóricos y no se han materializado en la práctica. La obra de Azcárate tiene el mérito de mantener aquellas convicciones y de intentar diseñar un nuevo marco estratégico. El hecho de que este marco sea de difícil realización por las razones antes expuestas no es culpa del autor sino de la realidad de un continente crepuscular. Cuando el tiempo de la aurora ya ha pasado sólo queda la memoria para resistir ante los dictados de lo establecido. Para afianzar esa memoria y construir una nueva racionalidad política, el libro de Azcárate es una compañía inestimable.



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Arbor

Las páginas de ARBOR están abiertas para tender un puente entre "las dos culturas", para propiciar la comunicación entre las ciencias y las

humanidades, y en especial para promover el estudio, la reflexión, el debate y la crítica en torno a la ciencia y la técnica, a sus dimensiones sociales, culturales, educativas, políticas, históricas y filosóficas.

Director:
Miguel Angel Quintanilla

Comité de Redacción:
José Manuel Orza
Luis Alberto de Cuenca
Carlos Solís
Rafael Pardo
Eduardo Rodríguez Farré

Redacción:
Serrano, 127 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 66 51

Suscripciones:
Servicio de Publicaciones del CSIC.
Vitruvio, 8 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 28 33

Arbor

ciencia .

pensamiento y cultura



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 400 PTAS.